



Library
OF THE
University of North Carolina

This book was presented by

864 - C 340 v. 2

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

MAY 23 2011

DEC 2 2010

Lib. 10M-F.'35

LOS ARGONAUTAS

J

864 - C340 - v. 2

JESÚS CASTELLANOS

LOS ARGONAUTAS
LA MANIGUA SENTIMENTAL
CUENTOS

COLECCIÓN PÓSTUMA PUBLICADA POR LA
ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

TOMO II



Habana
—
Imprenta "El Siglo XX"
de Aurelio Miranda
Teniente Rey 27
1916

A MANERA DE PROLOGO

669258



Digitized by the Internet Archive
in 2015

No sin dificultades prosigue la Academia Nacional de Artes y Letras su propósito de recoger en varios volúmenes las páginas dispersas de la obra de Jesús Castellanos.

Revolviendo en diarios y revistas de su época, en los cuales dejó huellas de asombrosa actividad mental, he descubierto aquí y allá, arsenales intactos de trabajos olvidados, que forzosamente variarán el plan primitivo de publicación.

Un sinnúmero de cuentos, crónicas, impresiones de viaje, fantasías y críticas tan interesantes, como las dedicadas a hablarnos de la poesía de Francisco Villaespesa y Mercedes Matamoros, han aparecido en las recientes colecciones de *El Fígaro*, *Cuba y América*, *Azul y Rojo*, y *Letras*, donde fuí a buscarlos, guiado por el fiel práctico de la memoria, apenas inicié mis excursiones de investigador.

La comisión designada por la Academia para realizar esa labor, no ha podido reunirse por causas ajenas a la voluntad de los nombrados. Max Henríquez Ureña, vive alejado de la Habana. Félix Callejas, por motivos de salud, hase visto precisado a hacer un paréntesis en sus tareas académicas. Y Julio Villoldo, a quien la Academia nombró a petición mía, para llenar los claros, se encuentra en el extranjero des-

cansando de fatigosa y fecunda lucha. Me toca pues, a fin de no perder tiempo, aceptar la responsabilidad de continuar la tarea emprendida, que llevaré a término si fuerzas superiores no me lo impiden.

No desconozco lo arduo del empeño. Sé, perfectamente, que no reúno las cualidades indispensables para ordenar esta clase de trabajos. No me he distinguido como hábil seleccionador. Mi cualidad, y lo pregonó sin modestia, consiste en ser ejecutivo. Pienso, y a paso de carga llevo el pensamiento a la acción. Como el principal objetivo de la Academia es coleccionar la producción literaria de su inolvidable Director, realizo la finalidad sin preocuparme demasiado del detalle. Mañana, cuando el mayor número de sus trabajos hayan sido recopilados, podrán otros, con preparación adecuada y espíritu crítico, hacer una selección ordenada y completa. Esto, que entonces será fácil, ahora es imposible. Me obligaría al suplicio de cruzarme de brazos hasta reunir materiales que, con certeza, no sé dónde se encuentran; y que he de ir buscando con calma y perseverancia. Y en la espera pudiera sorprenderme la *Emboscada*...

No son términos iguales, vivir de la literatura dedicándole las horas de trabajo, a cultivar la literatura, por amor al arte, robándole horas al sueño y a la necesidad de bregar, con éxito dudoso, por la existencia.

Ténganlo presente los críticos: los que por rendir homenaje a la forma pierden de vista el fondo de las cosas, y dan más importancia a la presentación de la cubierta y a la distribución de los tipos de imprenta que al mérito intrínseco del pensamiento realizado.

La perfección no existe. Hacer, construir, ese es mi lema. Y cumpliéndolo al pie de la letra, olvido a los descontentadizos que viven esperando que alguien alce una torre, para emplazar contra ella sus baterías que nada pueden al cabo, porque hay más virtud en la resistencia que valor en el ataque.

Explicadas las deficiencias de mi labor, penetra ¡oh buen amigo! en este primaveral jardín donde aroma y encanta el pensamiento delicioso de Jesús Castellanos.

JOSÉ MANUEL CARBONELL.

Habana, agosto de 1916.

LOS ARGONAUTAS

I

Aturdido todavía por el plomizo letargo sorbido entre los hondos balanceos del barco, con la humedad de la litera aún pegada a las costillas, se asomó Camilo Jordán, apuntalándose en los neceseres del camarote, al ventanillo que empañaran las olas y el relente de la madrugada. Nada se divisaba del otro lado del ojo glauco y lacrimoso. Pero los taconeos atrafagados por sobre las cubiertas y el rumor intermitente de las poleas mecánicas, dominando la queja crujiente de las maderas, le hablaban de la próxima llegada a puerto. Al cabo, enmascarándose con su bufanda y tosiendo recio, violentó de su cerco de moho el ancho disco pringoso de salitre. Un cañón de aire revolucionó un minuto los trapos en desorden, y Camilo pudo vislumbrar allá muy lejos, meciéndose sobre el manto lívido de las aguas, un punto luminoso que con largos guiños miraba a las perdidas soledades. ¡El Morro!... El corazón le palpitó violento y sus manos corrieron expertas al chorro de agua, tibia y lodosa, a la abierta maleta, a los zapatos porfiadamente escondidos entre los repliegues del camarote.

Una ardiente curiosidad que hasta entonces no le

picara, daba alas a sus miembros entumecidos y dibujaba en su memoria las blandas líneas de aquella playa verde que dos años antes viera huir tras la raya muda del horizonte. Todas sus visiones inmediatas: París, la chata campiña francesa, riente de sembrados geométricos y de rojos techos; el Loire, dormido y sedoso junto a la línea; los muelles de Saint Nazaire que cruzaba lento el tren, entre una bandada de *gamins* pedigüeños; el puerto con sus rectos diques y sus puentes, abiertos como flores ante la proa del trasatlántico; las escalas en la costa española, claras y bulliciosas, dramatizadas por el aluvión oscuro de los emigrantes; la comba anchurosa del mar de verano, aplastado y lustroso bajo el hálito solar; hasta los rostros distraídos de los pasajeros abrevando vaso tras vaso de limonada en el *polser* del fumadero... Todo cuanto fué sensación vibrante de aquellos días, se había disipado como cosa añeja al golpe débil de una chispa de luz temblando sobre el agua. Y ahora recobraba su color y contorno cada paisaje de callejuela cubana, cada silueta de criollo bigotudo y gritón, la pobre chiquilla de ámbar que no tuvo respuesta para sus cartas, el portero de la casa de huéspedes que, entre los dedos el peludo lunar, meditaba el homicidio de un estudiante...

—¡Este indecente servicio!, masculló de súbito mientras oprimía el grifo del agua, exhausta en gotas suspendidas a la boca del tubo. Buscó al tacto el botón de llamada, y, como se encarase con el espejo, comprobó la imposibilidad de desembarcar con aquella barba de dos días.

—¡Oh!, pateó; pero estos bandidos que no vienen!
Y después de descargar todo el cuerpo sobre los

dos botones de aviso, sacó aún el busto medio desnudo al pasillo atareado y voceó:

—¡*Garçon, garçon!*

Un hombrón de roja nariz asomó al fin, mostrando un insolente asombro; a la mano una enorme cafetera que iba dejando un hilo de agua en la alfombra. Embebiéndose en las cortinas para darle paso, le señaló Camilo el pequeño lavabo en tanto que prometía con acento cariñoso:

—Gracias, Durand: cuando anclemos véame...

Ante los hombros desdeñosos del camarero que se encogían incrédulos para salir, recordaba ahora dolientemente su modesto rango económico que durante muchos días había cubierto con manto dorado la ilusión de verse entre ricos comerciantes coloniales y herederas mexicanas que volvían del rastacuerismo abri-llantado de Trouville y Ostende. Recordó, con desgarrada visión de sus pasados horizontes, que volvía a la patria como un descalzo peregrino que cumplió su romería, devorando fugazmente los dos años de su beca de viaje, más desarmado que nunca ante el secreto del destino.

Lánguidamente, mirándolos por el espejo ante el cual se pasaba en tajos sinuosos la Gillete, iba considerando su camisa de algodón con vistas de seda, su sombrero de panamá diez veces lavado, su pardesús donde el hermoso color *beige* empezaba a dolerse del cepillo: toda una pobreza disimulada y digna que se fatigaba del perenne esfuerzo de mentir elegancias. Y como si aquel camarote angosto fuera a ser ya todo el marco simbólico de su vida de huérfano, se sentía vagamente contenido en el libre juego de sus manos y de sus pies jóvenes, y con angustia pregun-

taba a su propia imagen desgredada y compungida si aquello no había de acabar nunca, si todo había de resolverse en su eterno escenario de miserias, timideces y envidias.

De repente retozó por el pasillo un fresco bullicio de sayas y tacones:

—Amigo Jordán, cantó con dos golpecitos una voz femenil. ¡Que estamos llegando! ¡Las comisiones le van a encontrar entre las sábanas!

—¡Ah! ¿es usted, Teresita? replicó él parando la navaja. ¡Qué lástima que me encuentren solo las comisiones! ¿No lo cree usted?

—¡A la porra, malcriado, respondieron desde fuera las sayas fugaces.

Aquella impresión sabrosa alegró sus pensamientos. De pronto se detuvo sin acertar a fijar un botón de los tirantes. Comisiones no, pero posible era que alguien, algún compañero fuese a esperarlo a la bahía. Una postal desde París a Lauro Casas, redactor de necrologías y bienvenidas en *La Tribuna*, anunciaba su arribo para fines de agosto... De su familia no esperaba nada. Roto el vínculo de afecto por la muerte de los padres, sus hermanos le eran esquivas sombras cuyo calor cercano a veces extrañaba. ¿Dónde estarán? No le escribían, no se interesaban por sus rumbos soñados; antes bien; le asignaban un lugar aparte guardado por la envidia y la desconfianza. De uno de ellos, Jacintillo, conocía vagas historias de pequeños vicios o pequeñas raterías, del mismo modo incierto y menudo. Su única hermana arrastraría las vergüenzas de su marido, curiosa lámina de histrión que las musas de la zarzuela conservaban en alcohol. Casi se felicitaba ahora del olvido en que lo tuvieron.

¡Qué atroz cuadro el de su familia ante aquella orgullosa burguesía del pasaje!

¡Menguada herencia la del poeta Elías Jordán! Si siquiera valiera de algo la ruta penosa de su Camilo, a quien de niño hacía recitar versos franceses, sus cursos brillantes rematados por abrazos de barbas plateadas, sus ríos de elocuencia bajo los laureles universitarios o en las mesas turbulentas de Nadal... En sus recuerdos se coloreó por un minuto la visión de su despedida de la Universidad: el cuadro magnífico de catedráticos con rojas mucetas y birretes encasquetados; las felicitaciones de los estudiantes; el abrazo formidable de Rodrigón, parecido a un *tackle* de *football*; la moción instantánea de Solano para un almuerzo en "La Tropical", "con mucho arroz, mucho pollo, y mucha cerveza", la alocución nerviosa, mojada en lágrimas y sazónada con briosos puñetazos, del viejo profesor que le entregara el historiado diploma de "alumno eminente":

... "y es a vosotros, estudiantes, maestros del mañana, a quien toca tomar ejemplo ¡caramba! de esta vida joven templada en el estudio y exornada por el desinterés. Caso esporádico en esta época de tanto por ciento, este hijo de poeta parece amar el saber por el propio gusto de la ciencia y no tener entre sus proyectos ¡caramba! el de hacer dinero... De estos idealistas, de estos hombres de gabinete, es de lo que está sedienta nuestra sociedad rabiosamente utilitaria... ¿Está entendido?..."

¡Pobre doctor Mendive! ¡Y qué gran hija aquella que llevaba consigo a clase de Pedagogía.

Un toque de corneta interrumpió sus evocaciones.
—¡La Habana, al fin!

Y palpándose los bolsillos, después de una mirada en torno, salió con un portazo hacia la cubierta.

* * *

Todo el pasaje de primera se congregaba sobre el entrepuente de proa y en la borda de babor. Las gorras de viaje habían desaparecido, y lucían en la caricia del viento algunos sombreros femeninos encintados de azul y de violeta.

Una luz nueva, una luz que doraba con divino barniz la arboladura del barco y espolvoreaba irisadas lentejuelas en la cresta de las olas mansas, se diluía en el ambiente marino, limpiando con un soplo tibio la visión entoldada de las cosas. En el cielo de ámbar, tocado aquí y allá de frágiles cendales translúcidos, se había levantado un sol de día de fiesta que amalgamaba plata y oro sobre las colinas lejanas y demarcaba en filo violento de espumas el límite de la tierra y el mar. Como banda de patos en redor de la laguna, se apretaba el caserío en abierto arco al Oeste, sacando al brillo de la mañana las claras azoteas y las torres de piedra rosa. Al frente, negro, arcaico, desproporcionado, empujaba el Morro hacia el agua su trompa abrupta y su mole romántica de almenas, mástiles y arduos acantilados. Y en torno al barco, y hasta el horizonte, se salpicaban de blanco el mar y el cielo: blanco de gaviotas girando en rosario sobre los palos, y blanco de barcas sobre el lomo turquí del océano.

—Bonita la tierra, ¿eh?—murmuró un señor obeso y velludo sobre la nuca auri-rizada de una muchacha.

—Como que otra igual hay que mandar a hacerla,—repuso ella riendo.

Cesó un momento el rítmico trepidar. Llegaba el práctico. Voces ásperas sonaron; una figurilla uniformada escaló la borda; se tendió un cabo a la efímera chalupa acoplada en lo hondo, y a poco retemblaba de nuevo el barco en la busca mesurada del puerto...

Camilo Jordán iba identificando los repliegues de la orilla amable, que con tintes de urbe moruna, festoneaba de piedra fulgurante el golfo de añil. El Vedado se fundía en una platabanda de suave verdura, con masas plenas en los montículos de las fortificaciones y motas claras de *chalets*, desgranados sin acuerdo, hasta resolverse débilmente entre los pinos del cementerio. Sobre su curvo balcón de lisa arcilla señorial, se asomaban en extraña tropa desnivelada los nuevos edificios de la Avenida del Golfo, que él apenas conociera, encimándose en tres manzanas, pintados de fresco algunos, otros todavía enmascarados de andamios: todos alzando a la envidia del vecino una loca presunción de maravilla arquitectónica. Las casetas caducas de los baños de mar, abiertas y democráticas, habían volado. La lámina metálica del Frontón, bañada en luz, hacía base a las discretas, cortesanas colinas de la Universidad, encrestadas de crema, y de gris. Una gran mancha de hollín, la planta eléctrica, afeaba el rubio panorama con sus seis dedos negros, señalando a la comba celeste, y dos columnas de humo que de ellos ascendía dominaban soberanas delante de una cadena de humos distantes que alentaban en las brechas del caserío, cual por Atarés, cual por Infanta, cual por el nimbo de Puentes Grandes... Dos tranvías pequeños como insectos, se perseguían cerca del Torreón; y más próximo, ya neto y determinado, resbalaba sobre la cinta del Malecón un auto-

móvil de gran lujo... Jordán comprobaba con los ojos húmedos—como se adivinan las curvas crecientes de una hija impúber—el desenvolvimiento rápido de la joven ciudad.

Enfilaba ya el canal el barco, en órbita ceñida; y de su vélo matinal iban surgiendo con valores netos los morteros verdinegros de la Punta, la glorieta de la música, evocadora de un templo del Trianón, tras la cual huía tierra adentro la doble línea de laureles del Prado. De los arrecifes del Malecón llegaban gritos de pilluelos pescadores. Una boya roja danzaba en las olas... Súbito, una seca detonación de alegre cohete resonó por la proa y pronto repiquetearon otras por el cielo de nácar.

—¡Córcholis, nos tirotean!—exclamó un señor de gafas, presunto marqués, acaso agente de negocios, probablemente cónsul cubano en comisión.

De frente al trasatlántico, apretándose entre los dos castillos de la entrada, salían humeando hasta cinco remolcadores empavesados de colorines. Los ecos de una marcha, agriada por la ira de bombos y platillos, se elevaban a trechos sobre la trepidación del navío.

En el enjambre elegante de la sobre-cubierta se cruzaron miradas inquisitivas buscando un rostro de personaje político. Una comezón irresistible apiñó a todos sobre la borda, en el ansia de precisar los detalles de aquella flotilla vestida de feria. Sobre las toldillas hormigueaban algunas docenas de gnomos vociferando algo ininteligible. Frente a la proa del barco, en fin, se abrió la menuda escuadra en dos rangos y, con escandalosa salutación de las sirenas inacordes,

tornaron a dar escolta al trasatlántico, entre un diabólico florecimiento de cohetes.

—Amigo Jordán—apuntó una joven de flotante velo malva—¿no se habrá preparado usted subrepticiamente su pequeña manifestación de estudiantes?...

—¡Quién sabe!—repuso el aludido.

—Ahora—confirmó Teresita (y ésta era una Teresita morena, con tres grandes puntos luminosos en los ojos y en los dientes)—ahora tosa usted y prepárese a arengar a las comisiones...

—Pues la verdad—dijo un cura rubicundo quitándose los anteojos para limpiarlos—es que parecen estudiantes, gente joven por lo menos.

A Camilo, un poco pálido a la sombra del velo malva, le dió el corazón un vuelco.

¿Sería posible?... ¡En fin, aquel Solano tan entusiasta y tan organizador!... Por otra parte, el suelto de *La Tribuna*... ¡Quizás qué casta de bombo se le ocurriera a aquel diablo de Lauro Casas!... Pero no; era demasiado. En Cuba nadie se acordaba de él: las abundantes postales que de todas las grandes ciudades lanzara sobre sus amigos con un: “Esto es Londres y lo demás Nigricia”, o un: “Desde los álamos de Rousseau le envío un gran saludo”,—sin respuesta quedaron, ni señales de otra cosa que una envidia sorda y venenosa. Sin embargo...

En aquel punto encañonaba el canal la magnífica procesión. Bajo los muros de la Cabaña, clamó la sirena con tres largos bramidos que el eco del acantilado duplicó. En el vapor dorado de la mañana se hinchara la rabia de las charangas... Los ojos de Jordán, armados de los anteojos del cura, descubrieron

una silueta grande y desgarbada que junto a un rollo de cuerdas ponía gravemente fuego a un cohete.

—¡Rosales, el bribonazo de Rosales!

Es decir, su camarada de la casa de huéspedes, el último bohemio de la República, versado en latines y prócer voto en ginebras y cognacs, con quien se permitiera raramente literarias juergas que empezaban en las frescas sombras de la Avenida del Golfo, discutiendo el neo-idealismo alemán al olor de los mariscos, y acababan en los jardines galantes de la Chorrera, frívolamente acompañados por el más bello y risueño de los imperativos categóricos. Rebosando agradecimiento, dispuesto a revelar a los viajeros la clave del enigma, levantó los anteojos con el brazo temblón evocando todavía las palabras del doctor Mendive: ...“y así dentro de unos años, menos de un lustro ¡caramba! marcharemos todos en apretado haz a recibir a este lírico conquistador...”

Pero uno de los remolcadores, ceñido entonces al trasatlántico, trajo de pronto hasta la borda atiborrada un tropel aullador que alzaba del infierno de pañuelos y sombreros un grito único, inesperado, abrumadoramente prosaico:

—¡Viva don Vicente Iñiguez!...

Con ligeras variaciones sobre el mismo tema:

—¡Que salga Iñiguez! ¿Viene o no viene Iñiguez?

La multitud elegante, con las cabezas descolgadas hacia el agua, rezongó un ¡ah! de alivio. Jordán sospechó por un segundo llamarse Iñiguez. Después, rechazó la posibilidad de otro Iñiguez, como una usurpación. La voz de un hombre de rojo cuello, tipo de veraneante en Asturias, lo sacó de su estupor.

—Vamos hombre, si la cosa es con don Vicente; el

gran hacendado de Cienfuegos: la providencia de los políticos... Pero ¡lo que es con nosotros no viene!...

Lento y augusto desfilaba el buque ante la línea quebrada y chispeante de los muelles. El agua era gris y pesada como almidón cocido. Y Jordán, desorientado, preguntaba a la ciudad aún dormida, a los remolcadores bulliciosos, a las lomas esfumadas y a los guadaños plomizos de recogidas velas, quién pudiera ser aquel extraordinario Iñiguez del que jamás oyó palabra en su vida. Y Gregorio Rosales, ¿por qué extraño nexo tenía que quemar cohetes en su honor? Indudablemente se trataba de un personaje de nueva creación; algún triunfante aldeano español que había resuelto despilfarrar sus talegas engordadas con enorme esfuerzo de sus manos velludas. Reconocía de un golpe al trópico ardoroso y voluble, donde todas las historias de duelos o fortunas, como las nubes del crepúsculo otoñal, nacen, cuajan y mueren en lapsos de minutos.

En la cerrada flotilla obsequiosa había la furia de los pasodobles, y un centenar de rostros inquisitivos hervía con un murmullo sordo en las toldillas. Las tiras de absurdos gallardetes pendían lánguidos; los trofeos de banderas españolas, cubanas y americanas, perdían su artística rigidez, y algunos estandartes se fatigaban en el bochorno de la mañana, rindiendo sobre las bordas grasientas sus letras bordadas y sus flecos de oro. Los flancos del trasatlántico rasgaban apenas la lámina muerta de la bahía. Con un agrío rechinar, rodó el ancla hasta hincar el diente en el fango, y a poco quedó clavado el barcazo en medio de la ancha bahía. De largo en largo estallaba mengua-

damente la impaciencia de los manifestantes en un ¡viva! desganado y temblón a que respondía, como por ritual, un corro opaco semejante a un gruñido.

Por unos minutos, sin embargo, tuvieron los pasajeros que olvidar a Iñiguez y su estupenda apoteosis. Un golpe de individuos imasibles, enfundados en sobrios uniformes, ganó la escala tendida rápidamente. La soberanía local, en la forma menuda y enfática de un termómetro, reclamaba a todos en el salón. Y allá fueron a acorralarse, quien con la maleta hinchada cortándole las manos, quien con la caja de sombreros, vasta, fantástica, provocadora de eternos conflictos de espacio y tiempo, quien con la jaula del canario o la bolsa de las joyas que bajo la almohada durmiera hasta entonces y con su precavida dueña concurriera a todos los secretos del barco. Por fortuna el doctor abrigaba sus reservas sobre la existencia de los microbios, y con amable manga ancha dió en breve rato por libre de peligro al puerto, recogiendo sus termómetros mientras por encima de los espejuelos cubicaba con ojos glotones a las buenas mozas. Una frágil bandera amarilla descendió de un mástil, y el rebaño risueño de primera clase fluyó ruidosamente hacia la salida, mezclado con la chaqueta blanca de los camareeros, activos como nunca para todo enojoso ajetreo en el minuto psicológico de la propina.

Pero no era fácil aventura la de escapar de aquella cárcel de acero hirviendo bajo la lumbre tropical. Camilo Jordán, asoleado, inmovilizado en un pasillo entre ringleras de baúles, observaba, acariciado por las últimas miradas de Teresita, cómo se reducía el cerco de lanchas y remolcadores y se iniciaba un férvido asalto a la cubierta. Los metales de una cha-

ranga rompieron en un toque a degüello y los oficiales del barco, rojos como partos de julio, tuvieron que batirse—entre un vendaval de *parbleus* y de *vo-yons*—con los asaltantes que obstruían la blanca manga de desahogo. Una cuestión de preeminencia, una grave cuestión entre el “Centro Gallego” y el “Asturiano”, había surgido al pie mismo de la escala, sobre a cuál de las dos respetables instituciones correspondía saludar primero a don Vicente. Y todo ello se deliberaba con enérgico fraseo, salpimentado del condimento nacional, en medio del clamor de los camareros que trasegaban los equipajes, del tintineo de los inquietos remolcadores, hundidos en un colchón de gris espuma, y de la tropa abigarrada de los manifestantes saltando de barco a barco en una sinfonía de aullidos que en vano loaban a aquel famoso Iñiguez tercamente invisible.

El probable cónsul en comisión identificaba con una loca sed de saludos a algunos personajes que lograban conquistar la plataforma superior. ¡Ah, el ilustre Esquivel, eterno Secretario de Hacienda de todos los gobiernos, que se carteaba con Leroy-Beaulieu y que se sentía poeta en sus malos ratos; Gómez Vaquero, presidente de una patriótica sociedad regional; el general Govín, senador; el doctor Díaz Parra, ventrudo y pequeñín, cuyas gafas de oro se encontraban en todas partes; Martín Díaz, director de *La Tribuna*, con su primer redactor el tonante don Cristino Alcázar; Mr. Farwestman, el del negocio de la desecación de los pantanos nacionales; toda la fuerte baraja del momento! Un cura gordo y ágil había logrado, con un poco de arremango de la sotana y otro poco de furiosas exploraciones en la nariz, reducir a una fór-

mula de transacción a asturianos y gallegos. La obstrucción se resolvía.

De pronto una mano recia pesó sobre el hombro de Camilo:

—¡Jordán ilustre!

—¡Rosales!

El mismo Gregorio Rosales, en efecto. No podía ser otro aquel hombretón que con tan decorosa gravedad cumplía su programa de entusiasmo quemando cohetes en la boca del puerto. ¡Este Rosales! Y los dos amigos se abrazaron tiernamente, contrastando con la silueta huesuda y el tinte de ladrillo borrascoso del hombre de los cohetes, la fina lámina rubia y elegante, acaso si femeninamente endeble, del recién llegado.

—¡Caramba, Jordán, has tenido una gran idea al rasurarte el bigote. Eres un Greco indiscutible...

—Este Rosales—repetía el otro refrescado por un mundo de recuerdos.—Pero ¡qué bribonazo! Ni una letra tuya en cuatro años... ¡Y cuidado que te he postaleado desde cada rincón importante! Hasta te mandé un ejemplar de *Più che l'amore* una de las últimas tonterías de D'Annunzio.

—¡Qué quieres, chico; el calor!... Aquí se derrite todo: la voluntad, la vergüenza... Supongo que vendrás hecho una pirámide de saber, como decía Mendi-ve: Ancho en la base, luminoso en el vértice...

—Así, así... Dos cursos en la Sorbona, algunas lecciones en Bologna y en Sena. Me siento con la cabeza hinchada... Ahora lo que tengo es una necesidad absoluta de emporcarme... Dime, ¿cómo se conserva tu amiga Irene; sí, hombre, aquella gran rubia que suspiraba mucho?

Mas un extraño personaje sobrevino llamando a gri-

tos a Rosales. Era un flamante oficial de bomberos que, con una inmensa hacha bruñida bajo el brazo, se abría camino dejando una vaga sensación de alarma entre los grupos.

—¡Nada—dijo con trágico ademán—esto es inconcebible! No aparece por ninguna parte!... ¡Y luego esa música maldita que no se calla!

Sin contestar a sus lamentos, presentó Rosales al bombero:

—Mi amigo el capitán Jústiz, jefe de la Brigada de Demoliciones...

En efecto, lo que ocurría era inaudito. Aquellos graves caballeros dispersos por pasillos y entrepuentes, no podían avenirse a que en aquel programa tan inteligentemente combinado faltase el número esencial. El insigne Esquivel, desesperado de aquel Himno Invasor que en pugna con una Giraldilla de otra banda endiablaba los ámbitos, aumentado el ridículo, se inclinó sobre la borda para suplicar silencio; pero su aparición, reveladora seguramente del hallazgo de Iñiguez, provocó una nueva erupción de hurras:

—¡Viva don Vicente! ¡Viva el renovador de la industria!...

Aquella vez creyó el capitán, furioso desde el entrepuente, que debía intervenir.

—*Mais, voyons*—gritó midiendo la toldilla a grandes pasos—*qu'est que c'est qu'ils veulent, ces diables-là?*...

Hubo parlamento con los notables de la manifestación. Vinieron en representación de las clases directoras de la capital—partidos políticos, banca, sociedades regionales, cabildo catedral—a festejar el arri-

bo dichoso de don Vicente Iñiguez, que seguramente no habría caído al agua. Y como se recurriera a la sanción suficiente de la lista de pasajeros, y ni por la V. ni por la I. asomara el nombre ilustre, Martín Díaz, estremeciendo en un tic nervioso su cuidada barba de ónix, mostró un cablegrama recibido en las oficinas de Iñiguez: “Cuban Developing Company”, y luego en más hinchada forma publicado en *La Tribuna*: “Embarco Champagne. Iñiguez.” ¿Estábamos o no estábamos a bordo de *La Champagne*?

Se encogían de hombros los oficiales, cuando una pequeña persona tripuda y vivaracha, entre agente de cambios y tenedor de libros de la casa de Iñiguez, se dió una enérgica palmada de quinto acto, y, prelu-diando con un redondo terno, reveló una tremenda y abrumadora plancha:

—Lo hemos metido, hemos metido el remo hasta la *dura mater*... El cablegrama... Déme usted acá... ¡Claro; pero si está más claro que el agua!... “Embarco Champagne”: que embarca las cuatrocientas cajas de Pommery Sec que necesitábamos para las ventas de Pascuas...! Pero hombre...

Y cruzados los brazos sobre la panza movediza, con el papel amarillo bajo el sobaco, miraba triunfante a sus compañeros, en cuyos ojos alternaban todas las ganas del furcr y del cansancio. Martín Díaz, que recordaba la prolijidad de detalles con que en su periódico apareciera el lacónico telegrama, le pasó furiosamente el hombro por las asombradas narices y tomando el rumbo de la escala barboteó:

—Podía usted haberse quedado una semana más con la solución de la charada... Tiene usted una espesa cencha...

Bordeaban a la sazón Rosales y Jordán el grupo anodadado, cuando fué éste reconocido por algunos caballeros que de las soñolientas aperturas universitarias lo recordaban vagamente. Hubo nuevas presentaciones. Rosales, solemne, como en una tenida masónica, proclamó:

—El doctor Camilo Jordán, hijo de nuestro gran poeta Elías Jordán... Regresa de Europa con cuatro años de beca de viaje como alumno eminente... Una de nuestras más seguras glorias...

Camilo, molesto, alarmado por la sonrisa sibilina de aquellos hombres de negocios, estrechó algunas manos, la efusiva y cálida del doctor Díaz Parra y la muerta y sudorosa de Mr. Farwestman, moviéndose torpemente entre sus dos maletas hinchadas.

—Ustedes perdonarán a Rosales—dijo—que sigue siendo el mismo. Yo no soy más que el hijo de mi padre...

Llegaban a la pequeña escotadura de salida, y como don Cristino Alcázar, el famoso periodista agresivo, fallara que dos poetas como Elías Jordán no cabían en una misma generación, Esquivel, el conspicuo corresponsal de Leroy-Beaulieu, oprimió fraternalmente el brazo del joven invitándole:

—Usted irá a tierra con nosotros... ¡Pues no faltaba más!... Yo he sido, mi querido joven, el gran confidente artístico de su padre...

Los señores profesores y los maestros pirotécnicos habían puesto tregua a su furor. Un rosario humano, a trechos atracado de recios bagajes, chorreaba escala abajo hasta ganar por forzados puentes de barcas la toldilla de un vasto vapor de dos pisos amparado por la insignia de la casa armadora. Por los

abiertos portalones del transatlántico se iniciaba el tráfago febril de cada día de arribada. Oprobiosos lanchones nadaban en el agua verdosa, bordada de blanca espuma, hasta acoplarse al casco embreado desde donde dos brechas circulares escupían turbios caños; y de su maderamen crujiente brotó un racimo de negros musculosos, charolados de sudor, que como monos trepaban hasta el vano de las escotillas y se absorbían en el vientre de las bodegas. Aquí y allá, forzando un equilibrio inestable en bailarinos botes, gruían con las gorras en lo alto los agentes de hoteles y expresos.

Entonces sucedió algo extraordinario. A la enorme apoteosis de Iñiguez faltaba un episodio tropical, digno de aquel sol que ya en muy alto ángulo calentaba las cabezas. Los manifestantes de segundo rango, apiñados sobre las toldillas, vieron aparecer sobre el puente avanzado de la escala, entre el grupo de los notables, a un viajero inesperado que sonriendo al ilustre Esquivel designaba con gestos vagos los accidentes del litoral. Una extraña ilusión voló sobre todas las cabezas. ¿Iñiguez? No; no podían haberlo remozado tan maravillosamente las divagaciones de París.

En momentos tales era cuando el doctor Díaz Parra, el hombre de las bizarras iniciativas, de cuyo gabinete de masaje eléctrico surgían abundantes los banquetes y las serenatas, se crecía sobre la punta de sus pies menudos. Erguido y superior, blandiendo el sombrero sobre la pequeña escuadra, explicó:

—Señores manifestantes, distinguidos manifestantes: el eximio patricio a quien veníamos a ofrendar las flores de nuestra admiración, ha querido prolongar su sentida ausencia. Un lamentable *mal entendu* nos hi-

zo creer en su llegada, que era anuncio de venturas en el seno de sus amigos consecuentes... Cosas del Destino. “El hombre, decía un filósofo, creo que Buffon, es el más errante de los animales.”

El general Govín, prácticamente mudo, se atrevió a cruzar una mirada de sorpresa con don Cristino cuyos bigotes se erizaban.

—Pero, ¡ah!—continuó el doctor—y su mano arrolladora descubrió a Camilo estupefacto—, que nuestra empenachada peregrinación no habrá sido en balde. La suerte nos ha deparado la llegada oportunísima de un compatriota de méritos, el joven doctor Jordán, hijo del malogrado poeta Elías Jordán, que con cláusula de alumno eminente dejara nuestras aulas hace cuatro años...

Camilo, consultando a los ojos de los circunstantes, gravemente desaprobadores de aquel discurso extra programa, sintiéndose señalado por mil dedos y vitoreado por un murmullo de zumba, creía soñar. Volviéndose a su amigo, que chupaba tediosamente un puro desmesurado, suplicó:

—Rosales, por los clavos de Cristo, ¿qué broma es esta?

El aludido se sacó de la boca la brocha reluciente, y aconsejó:

—Deja correr las aguas y aprovéchalas. Vas a tener un recibimiento de César vuelto de las Galias...

En efecto, el monstruo multicéfalo había sonreído agrado por la novedad del suceso. Realmente era de absoluta necesidad un héroe a quien ovacionar, un objeto pasivo en quien fijar la posibilidad de aquellas marchas y aquellos voladores. La joven y cepillada delegación del Cuerpo de Bomberos, del cual era Iñi-

guez uno de los presidentes honorarios; el enjambre malicioso de los repórters; los Jóvenes Nacionalistas con su atlético jefe a la cabeza; la brigada de peones de Obras Públicas, con la oficina invitada cortésmente para realce de la recepción; la extensa variedad de cesantes interesados en dejarse ver, hasta el oscuro pelotón del Gremio de Carretoneros, mal humorados por la crueldad de las planchadas camisas; todos cuantos componían el plural democrático del homenaje, convinieron tácitamente en que no podía aceptarse el fracaso de aquel acto trascendental por el solo elemento de la ausencia de don Vicente. Si no había Iñiguez, habría... ¿Cómo se llamaba?... Ni falta el saberlo. ¡Adelante y vaya por el hombre de la beca!...

—¡Abramos, pues—concluía el doctor ante las espaldas de Jordán que huían—, una hermosa vía... ¡Una vía!... ¡Bueno, una Vía Láctea!...

—¡Arriba con Jordán!—rugió la multitud. ¡Viva la unión de los cubanos!

Jordán, atraído por un bosque de manos efusivas, entre una masa de carne trasudada y hedionda, salvando con el chorro humano pasos de abismos, no supo ya a donde iba... Una de las bandas atacó impetuosamente un *zapateo*.

Desde la borda bañada de sol asistieron todavía Esquivel, Farwestman, algún otro tal vez, al despliegue de la escuadrilla endomingada. Entre verdes espumarajos numerosos, dejaban los remolcadores el costado del barco con bufidos de sirenas y vibraciones de timbres. Ondulando y haciendo camino, esquivando las proas guarnecidas de haces de pajas, hundidos hasta la línea de flotación, ganaban rápidamente la anchura estañada de la bahía; y como bandada de

oscuros ánades enfilaron el rumbo a la Machina entre brava pista virginal. En la brisa adulatora de la mañana se estremecían nerviosas las tiras de infantiles banderolas. Alígeros voladores trazaban tenue línea gris sobre el tapiz turquesa del horizonte, resolviéndose en una nubecilla que detonaba seca, apagada. De las bandas iracundas no llegó, a poco, más que el grito lamentoso de los cornetines y el golpe mullido, persistente, del bombo y los platillos. Y el semillero de cabezas apretadas sobre las toldillas se salcochaba al sol, en un zumbar intermitente que vitoreaba a un tal Jordán, viajero inédito...

Cerca, con un jadeo de pacífico obrero, pasó gesticulando con los brazos inacordes del balancín un gran vapor de ruedas. Un muchacho compañero de un perro, remaba en una cachucha rondando el despojo mísero del *Maine*, del cual asomaban la cofa de un mástil y un raro arco comido de salitre. La bahía se sumergía de nuevo en su casta paz de agua dormida.

De súbito sonó arriba, en la blanca borda de la sobre-cubierta, un barboteo gutural. Durand, el camareero, braceaba señalando con los puños cerrados a la alegre flota empavesada que huía:

—*Ah, cette espèce de quadrupède!... Il a filé sans me laisser mon purboire... Ah, trahison!...*

Y así volvió a pisar la tierra de su cuna, en una tibia mañana de agosto, el hijo de Elías Jordán.

II

—¿Conque secretario de correspondencia de Iñiguez?... Vaya, vaya... Debe ser una atrocidad tener que sufrir tan de cerca a ese bárbaro, con unas espaldas así, de gañán, un olor a cebollas crudas y un terrible acento asturiano... ¿No?

Rosales sonreía brumosamente en el humo de su cigarro, escuchando en calzoncillos desde la cama, donde se había tendido de través, a su amigo que discurría mirando al horizonte a horcajadas sobre una vieja silla.

Era ancho el cuarto de Rosales. Aislado como añoso palomar en el centro de chata azotea de caserón, entre malla tormentosa de hilos telegráficos y alegrado por la vecindad de blancas angarillas de lavanderas, tres vastas ventanas divorciadas de nivel lo esclarecían, compensando con generoso barniz de sol lo que de menos se echaba en la habitación de boato y comodidad. En verdad poco había de menester en asunto de mobiliario aquel nómada de las casas de vecindad cuya nocturna guarida constituyera perpetuo enigma para sus amigos. No obstante ello, una divertida irregularidad daba realce, en fuerza de vio-

lentos contrastes, a las cosas allí esparcidas: no estaban por ejemplo perfectamente completas las acostumbradas cuatro patas de la mesa, pero sobre ella, en medio lienzo de pared, lucía, señorial y pedantezca, una enorme panoplia de antiguos arreos de pelea, presuntas reliquias de remotos Rosales; nada de armario ni más resguardo para la ropa que el trasiego del baúl a la percha y de la percha al baúl, pero valía por docenas de armarios el viejo reloj plateresco de dos metros de talla, con bronces martillados y vidriería eclesiástica, irreductiblemente pasado por la complejidad de sus rodajes; y si las camas de hierro y las sillas de paja pudieron haber tenido previa vida en algún hospital de provincia, en el librero elemental, hecho de desnudos cuadros de pino, se barajaban con la descosida turba de amarillos volúmenes franceses, suntuosas colecciones de oro y granate, incunables manuscritos en el lomo, la *Historia de las Indias* del Padre Las Casas, unas obras completas de Ruskin, la edición definitiva del *Quijote*. Una tela renegrida clavada sobre los libros pretendía ser un Goya auténtico; dos fragmentos de azulejos sostenidos entre la mesa y la pared procedían del Palacio de los Dux. Y toda aquella vetustez pintoresca se resolvía en bohemia gracia, dentro de los cuatro blancos muros, lavado con derroche por la luz de los cielos que corría libre hasta el horizonte de colinas y perdidas iglesias de extramuros, sin más obstáculos que la flotante cortina de una enredadera de jazmines prendida a la roña del paramento exterior por la fantasía risueña de una vecina de veinte años.

No habían vencido a Gregorio Rosales sus escrúpulos de pudor económico al pensar en ofrecer una

cama y un techo en su chiribitil a su amigo recién desembarcado. Para aquel solterón, aburrido y seco, irremisiblemente desorientado en la vida, desde que en su desaforada juventud se comiera de un solo trago los cincuenta mil pesos que le dejara el misterioso personaje,—padre, tío o padrino,—cuyo nombre llevaba, para aquel incrédulo de todo lo que no fuese el suave calor de las pantuflas de felpa, los secretos paradisiacos del *fine champagne 1800*, o la deleitosa paz de dos horas de lectura en la brisa olorosa de la abierta ventana, fuera de un descubrimiento señalado con piedra blanca el de aquel Camilo Jordán de siete años antes, iconoclasta, melencólico y ático, con tiempo siempre para que entre dos lecciones bien aprendidas de Derecho Romano pudiese conversarse con él de suaves cosas inútiles en el sosiego de la media noche, bajo la copa paternal de un negro laurel del parque o frente a unos formidables cangrejos rellenos, del Café Central. Una tarde en el comedor grasiento de la casa de huéspedes, concordaron con vagos distingos en la necesidad de un gobierno de tiranos literarios que impusiesen a la humanidad un tributo periódico de sangre de imbéciles como medida de ayudar a una selección del actual tipo humano. Molestos un momento por haberse encontrado mutuamente en flagrante *pose* paradoxsal, callaron sumergiéndose en el fragor de la discusión política que viraba sobre el mantel a manotazos las tazas de café. Pero el gigante aburrido halló agradable esta inquietud juvenil de saber y de reformar, este desdén arrogante del hijo de un gran poeta por los cazadores de fortunas y de jerarquías; mientras el joven estudiante se indignaba del desmayado escepticismo de aquel hombre ex-

traño que no protestaba de nada y que con una chocante coquetería exhibía un epicureísmo fundado en la inanidad de todo sistema para redimir las torpezas económicas, políticas o sociales. Y agrado e indignación vinieron poco a poco a fundirse en una necesidad de rellenar con cambio de tópicos ligeros la hora vacía del anochecer cuando los estómagos siempre ligeros de los huéspedes clamaban por una refacción. Los trece años que diferenciaban las edades de ambos se nivelaron paulatinamente al calor de pequeños sucesos que sobrevinieron: un modesto empréstito que en el flaco bolsillo de Jordán levantara Rosales, de sobremesa, bruscamente; una cena pagada por éste en conmemoración de su nombramiento para oficial quinto de Sanidad, con Molinita, Rodrigón, la guitarra de Rodrigón y dos señoras que también aportara éste para amenizar la fiesta; una intentona de revista literaria por la cual, aun cuando no llegara a ver la luz pública, descubrió Camilo Jordán que Rosales, inédito hasta entonces, poseía “un vigoroso estilo de *ensayista*, admirable de esa facultad de concisión tan rara entre los latinos”; un duelo frustrado en fin, en que Rosales, padrino de Jordán, redactó un acta habilísima por la cual Morejón, el envidioso Morejón del mismo curso, confesaba “su minuto de ofuscación de que hondamente se arrepentía”, después de haber recibido dos claras, inconfundibles bofetadas de Jordán.

—Camilo, concluyó Rosales un día, después que recitaran en voz baja rimas sueltas de Elías Jordán; tú no tienes ciertamente el talento de tu padre, pero tu inteligencia es más simpática, y por ella encuentras abiertos dos caminos: puedes hacer una gran for-

tuna o puedes ser un anarquista encantador. Escoge a tiempo...

No se había cuidado todavía por aquel tiempo Camilo Jordán de encararse con la idea del porvenir. Sólo entreveía vagamente una nebulosa incompatibilidad de su espíritu con la carrera que había escogido, y como un paso difícil de una ruta, a lo lejos entrevisto, aceptaba con una mueca la necesidad de encerrarse algún día con un cliente moroso a puntualizar eso de los honorarios, o hinchar anodinos escritos pautados en el formulario e indigestos de latinajos para agravar sobre algún infeliz el peso de una vía de apremio. Algunas materias del programa universitario medianamente abstractas, como la sociología o los orígenes del derecho civil, lo habían reconciliado con la especialización de sus estudios, y apasionadamente se atracara de Gumpłowicz y de D'Aguanno; y cuando exploró el campo nuevo, siempre abierto a la personal especulación, de la antropología y el derecho penal, todavía se excedió sobre su duro sistema de vigiliias y privaciones y a remiendos compuso para la *Revista Forense* unas "Breves observaciones sobre las lagunas de la *Terza Scuola* criminológica". Pero ¿era esa la vía para el futuro bufete? Ya una vez le interumpió una discusión en el Ateneo, el viejo abogado Zamora, en cuyo bufete siempre movido y congestionado habían dejado la piel algunas familias:

—Déjese usted joven, de asimetrías y de craneoscopías. Menos derecho y más torcido...

¡Maldita pobreza! Porque si él hubiese poseído una mediocre fortuna, si por herencia fatal de su padre no estuviese condenado al diario ojeo de la peseta para el yantar de cada día siguiente ¡oh! cuán

noble uso hiciera de su riqueza!, ¡qué entrega definitiva al estudio por el estudio mismo! Melancólicamente evocaba esas altas vidas de otros países mejor organizados: el abogado que no defiende pleitos, el médico que no asiste enfermos, el ingeniero que no lanza puentes; aquél comentando leyes, el otro inclinado sobre el microscopio, éste calculando el peso de un astro. Desde su gabinete de trabajo, que soñara confortable, amurallado de libros, bajo de techo y decorado a la europea como los viera en láminas de ilustraciones, se engazaría en polémicas científicas, esparciría nuevas ideas libertarias, fundaría revistas, encendería la chispa de las revoluciones con sus amplios conceptos de la misión humana. El espíritu de idealidad, libre de los bajos reclamos de la materia, volaría como el Ariel libertado por el mago Próspero en *La Tempestad* chespiriana.

Pero era pobre; pobre hasta vivir de limosna; y su alma temblaba ante la probabilidad de tener que profanar su temperamento aristocrático y embrutecerse voluntariamente en la labor del mercachifle graduado. Por eso renunciaba a planear en el futuro, y tronando en aulas y cafés contra “el flagrante delito del capitalismo”, se absorbía en un vértigo de estudios heterogéneos, enflaqueciendo cuando mayo promediaba, ganando oposiciones y redactando crítica de libros para eventuales semanarios, en una prodigiosa distribución de las horas del día, los ojos cada vez más ardientes sobre la pátina marfileña del rostro. A veces proclamaba con el vaso de cerveza en la mano temblorosa, que no aspiraba a ser rico y que ese aligeramiento de la obsesión universal era lo que constituía la fórmula de su logrado *nirvana*. Y

distraídamente, como evocando una sombra tutelar, recitaba con musical entonación una vaga rima de su padre:

Yo no sé si hay mañana,
ni busco rutas en el campo yermo,
sólo tengo una cítara pagana,
y en ella pongo la cabeza y duermo.

Había conocido Gregorio Rosales algo de la vida de Elías Jordán cuando de oficina en oficina arrastraba las cuerdas rotas de su lira excelsa en demanda de un destinillo, y por haber sufrido la herida en su bolsa sabía cuán razonadamente se le conocía entre la gente de buen humor por “el mosquito”, que *canta y pica*. Pero recordaba asimismo que aquel artista íntimo, débil para las bregas del mundo, había puesto heroicamente un dique entre su historia de hombre y su gloria de poeta, y del naufragio de su orgullo, de la cadena de sus claudicaciones y desventuras había sacado intacta su lira amada, pura de toda mácula de adulación o sectarismo como si por su egoísta rebeldía quisiera compensarse de sus miserias actuales con el premio de la posteridad. Hasta el hijo que dejó pequeño, con cuatro más, no llegara por fortuna más que el lejano resplandor de la gloria del padre; y Gregorio Rosales apenas podía ocultar su emoción al escuchar en la mansedumbre de una tarde de caminata junto al mar, roto el costal de las confidencias, ilusa narración de Camilo sobre sus orígenes y el recuerdo brumoso de su padre, de quien sabía,—y sus versos lo proclamaban bien alto,—que fué un rígido espíritu de contradicción que jamás se prostituyó con el trato de los poderosos.

—¡Ay, mi amigo, se interrumpía con un suspiro, yo no puedo abandonarme a la exclusiva y fácil tarea de hacer dinero! Me pesa mucho el nombre de mi padre...

Fué en aquella tarde y al amor de la rima eterna de las olas dormidas donde mecía un débil reflejo la bandera americana todavía enhiesta en las almenas del Morro, cuando Camilo contó las tinieblas de su niñez, regada con la de sus hermanos mayores por las calles arenosas de Cárdenas, los tormentos de su madre viuda, cuyos codos morados y flacos veía contraídos sobre la *batea* colmada de ropa blanca, la mañana en que ella escupió sangre dejando, muda, correr una lágrima que le fué hasta la barbilla, los últimos minutos en fin de aquella lucha decidida por la miseria, con dos hijos lejos, sin que se supiera dónde, y sólo él y su hermana Consuelo oprimiendo a través del catre el cuerpo paupérrimo, del que los ojos se destacaban tercios, desmesurados, mirando a las vigas del techo. En los primeros días del luto una brecha de pálida luz empezara a insinuarse en el horizonte. El médico municipal, llamado a escape en la postrer disnea, se asombró de que aquel montón de miseria fuera lo que quedara del nido de Elías Jordán, el gran lírico de los *Oriflamas* y en la misma noche lo relató en el Casino como testimonio de una enorme injusticia social. Dos periódicos recogieron la noticia y en uno de ellos, diario de oposición, se acusaba al gobierno de “la muerte de la ilustre matrona por criminal abandono de las autoridades”, al mismo tiempo que se convocaba a las clases pudientes “para salvar de la ruina moral, acaso de la prostitución y del presidio, la herencia viva del más grande poeta de la pa-

sada generación, el noble hijo de Cárdenas, Elías Jordán." Cierta tía lejana se reveló a los pocos días gruesa y bullente, un poco profesora de piano, encontrando encantadora a la jovencita Consuelo a la que se llevó a su lado; y en la sesión del Ayuntamiento se descubrió casi al mismo tiempo que el pequeño Camilo era un brillante alumno de la escuela pública, cuyo maestro le encontraba en la clase de lectura ciertos puntos de contacto en miradas y gestos con José Antonio Cortina. Un crédito fué votado sin esfuerzo para pagar la educación del hijo menor de Elías Jordán en el Instituto de Matanzas, mientras los dos mayores, ya zagaletones y con la boca sombreada de gordos pelos, encontraban suave quehacer de mensajeros o escribientes en la Oficina de la Aduana. Desde entonces la vida de Camilo había sido la de un caballo de noria sujeto a tarea: sabiéndose protegido de un grupo de personas extrañas o mejor aun de una entidad abstracta sin ojos y sin ternuras, bien comprendía que esta protección estaba condicionada por su brillantez como alumno y que lo que para otros fuera hazaña para él era obligación. Estudió, pues, por razón de vida, ya calentando levemente el ensueño de hacerse grande como aquel padre que entre brumas recordaba, alzándolo hasta una mesa para enseñarle versos en idiomas que no comprendía; y por cuya gloria le sonrieran ahora en un salón muy grande, con sabrosos tironcitos de oreja y extrañas excitaciones a "hacerse hombre", a "abrirse paso" y a "tragarse el mundo", media docena de señores de imponentes trajes negros.

Por discreta mediación de la tía Catalina se consiguió para el joven estudiante un cariñoso alojamiento

to en Matanzas en casa de un cuñado, médico cargado de hijos, de bondades y de pequeños vacíos, cuyas puertas permanecían abiertas noche y día para todos. Los domingos veía en Cárdenas a la tía, y atiborraba de bombones a Consuelo, siempre dulce y melancólica; el resto de la semana lo invertía en recorrer la biblioteca del doctor Márquez y discutir con éste de filosofía frente a una botella de cognac en cuyos secretos se obstinaba el doctor en iniciarlo. Algunas noches leía en voz alta novelas de Walter Scott, de que la mujer del doctor, triste señora de lentes de oro con cordoncillo, gustaba mucho, y él llenaba de pastosas inflexiones la voz para hacer suspirar calladamente a la sobrina del médico, cierta Marianita de quince años cuya melena de un rubio de bronce era un nimbo de llamas, sobre su bordado tendido en el casto regazo de ninfa de Escocia; en fin Rosales la conocía, ya más madura. Las mañanas le sorprendían sin haber hojeado sus lecciones, después de fatigosos letargos poblados de fantasmas voluptuosos; y entonces se sorbía de prisa, con mediocre asimilación, su programa del día, asombrando a los profesores que no podían colegir “a qué hora se tejían esos cestos”, máxime cuando ya le reprobaran el verlo a menudo con inmundas novelas bajo el brazo puliendo epigramas para casuales hojas estudiantiles. A intervalos de meses subía las escaleras del Ayuntamiento cardenense acompañado de la tía; y muy estirado en la silla adjunta a la mesa del Alcalde, escuchaba un corto sermón de la patilluda autoridad que lo congratulaba por sus triunfos con frases escogidas que a él le traían fugaces reminiscencias del *Juanito*...

—Y aquí está toda la prehistoria de mi vida, amigo Rosales; mi historia se forma ahora y tú la conoces. ¿Se me olvidó acaso algún detalle?...

Se detuvo, acordó un suspiro con un puñetazo en el duro pretil y arrojando la punta del cigarro sobre las peñas donde el agua lechosa moría, rezongó:

—Bueno, ¡qué diablos! te lo diré todo.

Y ante los brazos cruzados de Rosales enigmático desarrolló la tira de sus últimas miserias. La guerra le alcanzara ya en la Universidad, y como se encontrara sospechado de deslealtad a los sentimientos patrióticos del Consistorio Municipal por subversivos versos de su padre “A una Estrella lejana” que alguien escarbara, se despertó una mañana sin mesada ni más honores cívicos, obligado a encararse con un seco oficio en letra pautada al lápiz donde se lamentaban “los extraordinarios gastos que implicaba el ayudar a la causa del orden” y se le anunciaba la suspensión de su crédito agregado al capítulo de “Caridad y Hospitales”, “lo que se le comunicaba para su conocimiento y efectos oportunos”. Lucía mal de veras la realidad presente al través del sello taladrado de la hoja de “papel de oficio”... Ideara él, como la más airosa revancha, incorporarse al campo insurrecto, donde quizás qué misión desmesurada esperase a sus diez y ocho años nerviosos y sedientos; no tenía por qué sonreirse el amigo Rosales. Cuando he aquí que muere la excelente tía Catalina, muerta precisamente de pena por la fuga de su hijo para la libre manigua; y a Cárdenas tiene que volar el mísero estudiante, y de su desamparo sacar amparo para la hermana. Dos años de paralización en los estudios: Marianita, ahora en la Habana donde tie-

ne su padre una imprenta, hincha el pecho pulposo ante el entrecejo preocupado de Camilo, investido de padre de familia. Había que poner tregua a las ambiciones: en fin Rosales amigo, pasante de colegio, ayudante de dentista, repórter, parlante de cinematógrafo, delineante, copista de zarzuela... Pero ¡ay!, que por esta última puerta entrara insensiblemente el *enemigo*—como en las crónicas medioevales se dijera—. La pobre Consuelo, anémica y abúlica, no pudo resistir a Satanás, aparecido bajo la estampa de un mal cómico de la legua. Traída al huérfano hogar sin intervención de la policía, la pobre muchacha encharcó muchos pañuelos: hubo una semana de mal reprimido escándalo; y con la lengua fuera sobre el puño cerrado de Miguel, el hermano mayor, tuvo el cómico que oír en pocos días la famosa epístola... La espina de aquella desgracia que acaso era ahora un problema más doloroso y con menos probabilidades de solución, no podía dejar de hincarle en el pecho cada vez que evocaba el flaco rostro fraternal cuyas miradas decían una inmensa indefensión.

—A ver Rosales, se interrumpió bruscamente,— y con la mano flotando indecisa mostró la mancha de un cafetín agazapado en la costa,—¿qué te parece que nos coloquemos un par de *manhattans*?

Avanzaron callados unos pocos pasos dorándose en el incendio del crepúsculo que cambiaba en el horizonte magníficos tapices de caliengamas.

—Es decir, resumió Rosales, que te alcanzó todavía de estudiante. La verdad es, agregó alzándose los flojos pantalones, que has tenido mucha escuela en la vida y en los libros... En fin... las siete vacas

flacas van pasando para dejar su turno a las siete vacas gordas...

*
* *

Por los tiempos en que escucharan las olas del golfo aquella confesión más amarga que el agua marina, acometía Camilo Jordán su último curso del Doctorado en Derecho Civil. Fuera para él una gran fiesta del espíritu, una como reconquista de sus ilusiones sin ruta fija, el reanudar los estudios con desahogo de trabajo suficiente a permitirle una fácil dedicación a las tareas universitarias. Vencía ahora el año con matrícula de honor y devoraba de prisa, como un alimento desabrido e indigesto, las últimas lecciones del derecho adjetivo, la Ley Procesal y el Código de Comercio, que le abrumaban como inacabables reglamentos de serenos o guardas de aduana. En las academias semanales, sin embargo, abría sonriente la flor de su elocuencia un tanto aparatosa y sacaba partido del reseco articulado del juicio ejecutivo o del complicado proceso de las quiebras para improvisar curiosas y retorcidas imágenes que arrancaban a veces a los profesores, severos comentarios de sí “estábamos aquí o en el pórtico de Alejandría”.

Sus devociones literarias no habían tenido tregua entre tanto y llenara los ratos muertos, intermedios, entre dos clases, con hirvientes planes de “renovación moral del medio por la difusión del arte hecha obligatoria, como la vacuna o el agua corriente”. Para ello imaginaba vastas organizaciones cuyo desenvolvimiento, expuesto de pie sobre un banco, los ojos ardiendo como brazas entre dos morados cercos, llenaba de alarma al grave cuerpo de bedeles. Eran or-

ganizaciones académicas que antes de nacer se enlazaban ya con uniones internacionales de obreros, federaciones de estudiantes, ligas prohibicionistas y sindicatos de maestros y que como entidades visibles se manifestaban por ahora en el rincón de alguna imprenta donde se tiraba determinada revista tan absolutamente seria como flaca de suscripción, o en un cuarto de casa de huéspedes, centro de la Sociedad de Conferencias "Symposión", donde se abría bizarra liza semanal a los más extraordinarios debates sobre todas las cosas del mundo y las por formar. Aquellas leves organizaciones irradiaban, sin embargo, sus resplandores más allá de la comba de los mares tropicales, por la extensa correspondencia que, con todos los centros de protesta y de lucha y aun con eminentes personalidades científicas, cultivaba Camilo, preparando desde su mesa de pino la gran reivindicación social, todavía sin fijar claramente la naturaleza de su apostolado. Embarcara en estas enigmáticas aventuras a Lauro Casas, su más allegado confidente literario, con varios estudiantes más que se perecían por ir a corregir sus pruebas a la redacción de la revista; y aun trajera a remolque a Rosales para verlo sonreír bonachonamente ante alguna carta autógrafa de Max Nordau o Joaquín Costa, recibida en respuesta a alguna comunicación de la Academia, y que Camilo besaba con unción. Una huelga llegó, movida y amenazadora, y en el fermento de rencor que por todas partes fuera levantando, Camilo entendió que la sociedad "Symposión" debía aportar a las bullantes manifestaciones obreras su estandar-te blanco y rojo donde el arte se casaba a la vida. Hubo una noche funesta de sables de caballería y de

casa de socorros, y la embajada de "Simposición" se desbandó cayendo Lauro Casas en el fondo de una galera del vivac, mientras Camilo salvaba la ventana protectora de uno de sus catedráticos, frente a cuya casa se desmigajaba el hormiguero huelguista ante los pechos de los caballos. El ardoroso apóstol tuvo que resignarse a conocer silencioso en la mañana siguiente, los puntos de vista del bedel mayor que, con las piernas en paréntesis para defensa de los callos, le explicaba a lo largo de los corredores la inmensa respetabilidad del orden establecido. La revista *Rumbos nuevos* sufrió un eclipse de varios meses.

Sobre aquel volcán de planes y protestas volaba, no obstante, un céfiro primaveral que redimía la atmósfera moral del joven con frescuras de jardín recién regado. En los altos de la imprenta de Lorenzo Márquez, donde a temporadas inacordes se tirara la revista, en un pisito encogido y blanco, al frente de geranios y albahacas, lo esperaba cada noche, viniese o no, Marianita, la sobrina del doctor Márquez, más profundos ahora sus grandes ojos pensativos y más grave su andar rítmico de sacerdotiza. Una hermana mayor, menos bonita que ella pero con una deliciosa risa infantil que le retozaba por los ojos de café y por la boca carnozuela, había surgido al encontrar Camilo en la capital a su dulce devota de Walter Scott. Y Camilo sentía un orgullo de Aníbal en Càpua, Bonaparte en Malmaison, al llevar a sus amigos, en románticas peregrinaciones de domingos al mediodía, a aquel rincón de paz donde reinaba como divino visitador y donde, callados los adoquines en que hasta la víspera trepidaran los carretones de muelle, podían ahora leerse versos emotivos entre dos roman-

zas de Tosti. Fuéranle fáciles las puertas de aquel hogar donde todos le conocían ya de nombre y donde sus fiebres de reivindicación social encontraban una relativa armonía con el desorientado programa ideológico del amo de la casa. Era Lorenzo Márquez desde años luengos Venerable Maestro de la logia "Sol del Mañana", masón de activo sectarismo, que hacía un nudo en el pañuelo cuando se cruzaba con un fraile y cantaba "La Marsellesa" en Semana Santa; y pese a los guiños escépticos de su hermano el médico, para quien un masón no era más que un cura con cuerda al revés, este título lo iniciaba en toda suerte de doctrinas radicales, amalgamando con cierta habilidad cariñosa el gusto de las novelas realistas con el de un determinismo demasiado concreto, filtrado como pozo esencial al través de traducciones catalanas de Hæckel y Darwin; y mezclando en un agrado confuso los programas de un socialismo francés y lo que el llamaba "su filiación de librepensador". Vuelto de estas nubes ideológicas que le enzarzaban en inabarcables discusiones con los comerciantes fronterizos, españoles del dócil rebaño católico, su horizonte se circunscribía a dos cabezas rizadas que copiaban trazo por trazo la imagen de la suave madre muerta y a una regadera de asa verde, enorme, con la cual recorría en los ratos muertos que la imprenta le permitía, siempre suspirando por un verdadero jardín, sus rosales de la azotea y sus geranios del balcón.

Cuando pisara por primera vez aquella casa Camilo Jordán, tuvo el viejo una sorpresa melancólica al comprobar una vaga semejanza entre aquel joven rubio y el hijo que años antes perdiera, ya serio adolescente con latines estudiados y banqueta fija en ca-

sa de comercio. Otra figura, claro, y otras maneras; pero en la voz, en la mirada ¡mecachis! la misma cosa, la misma tristeza dulce y persuasiva, ¿verdad, Angelita?

Y tosiendo, y mordiéndose los bigotes con la cara vuelta, abrazó desconcertado a Camilo con una efusión que quería llegar hasta unos pobres huesos desperdigados lejos en un poco de tierra. Más tarde, cuando después de haber concordado en muchos problemas trascendentales, le comunicara Jordán que Mariana y él se querían y para ser novios deseaban su permiso, él detuvo la regadera embobado sin reparar en una alfombra que se empapaba bajo el chorro diamantino. Sinceramente no había caído antes; le habían pasado la mota maravillosamente; ¡diablo de muchachos! Y sin preguntar al porvenir, agradao por aquel cuadro de juventud enamorada que los geranios hinchados aromaban, volvió a abrazar al joven estudiante, todo sacudido de risa:

—¿Cómo no, muchacho?... Con las dos si quieres... Tú has entrado aquí con buena pata y no hay quien te la saque...

Todavía le sujetó los cabellos rebeldes de la frente y mirándole al fondo de los ojos suspiró:

—Caramba, la misma cara, la misma cara... ¡Canalla suerte!...

Cuando el doctor Márquez, el de Matanzas, lo supo, vino a la Habana a pedir al impresor estrecha cuenta de aquella anómala y burguesa actitud, frente a la libre expansión amorosa de su hija. No señor, no era esa la justa decisión de un consecuente radical. Y con toques de codos y con guiños de inteligencia a Camilo, contó ante las muchachas, rojas como guin-

das, la anécdota de Eliseo Reclus, quien ante la petición de la mano de su hija por un honrado obrero, tomó simplemente por un brazo a la muchacha y entregándola a su novio le notificó que por él ya estaban casados, sin más zarandajas legales, y en disposición de instalar desde luego la gran fábrica de chiquillos.

Protestara don Lorenzo amoscado con gran acopio de citas científicas de la última hora, pero el doctor erre que erre y con bárbaros manotazos y carcajadas, resumió a poco el debate pidiendo a gritos una taza de café bien negro.

—Nada, nada, que eres un indecente burgués. Ya no quedamos más anarquistas que el Obispo de Matanzas y yo...

Camilo se acostumbró a compensarse de la pesantez de la oficina y la universidad con aquella tertulia arrullada por aquel honrado rumor de la máquina de coser. Pianoteaba a la sazón en una "Remington" de Instrucción Pública, con fáciles recesos para el estudio, concedido por el Secretario en gracia al recuerdo de los versos de Elías Jordán que bien valían una brecha de tolerancia administrativa en favor de su heredero. Lauro Casas, a quien la música sensibilizaba hasta el espasmo, pedía a Mariana nocturnos lánguidos de Chopin o polonesas de Schumann que le arrancaban gordos suspiros y cambios de miradas con Camilo y el viejo; y Angelita, que era el ama de llaves, siempre preocupada con la elegancia de su padre y el gracioso adorno de la salita, chachareaba asistida de una amiga delgada y risueña, Rosales silencioso y burlón tras el humo de su cigarro, o con algún estudiante traído por Camilo bajo el compromiso so-

lemne de que no iría allí a enamorarse imbécilmente ni menos a profanar con torpes pensamientos u obras, el sagrado recinto de aquella Arcadia feliz. Para tales holganzas no le faltaban a él succulentos refugios donde hundir las sensuales trompas como cochinos. Pero ¡había que distinguir, caballeros! La fama nítidamente pura de Marta y María, como se las bautizara, quedó consagrada en los pasillos universitarios y en definitiva se convino en que la casa resultaba cursivamente aburrida y que para templo votivo de Jordán bastaba y sobraba.

Algunos fieles quedaron. Mariana tenía ya dueño. Angelita podía ser considerada como un bien común y refrescar por igual los espíritus con la visión riente de sus ojos húmedos y de sus volantes faldas perfumadas. No se atentaría a la casta paz de Artemis sagrada. Estrada, un atezado mozo camagüeyano se conformó con dar claro curso a su hermosa voz de barítono; Lauro Casas escribió en los álbumes; Camilo recitó a Díaz Mirón, a Julio Flórez. El anciano impresor vagamente sobresaltado por aquellas incursiones de la falange delirante de *Rumbos nuevos*, pensaba enterarse con tímidas preguntas a su yerno de “qué pata pusiera cada huevo”; pero agradado ya desde los tiempos de la revista, por aquellas discusiones vehementes de filosofía contemporánea y de arte futurista en el negro salón del taller, que el escándalo de las prensas hacía más diabólico, acallaba sus escrúpulos al ver ascender la turba hacia su cerrado solar y sentía una paralela satisfacción en presidir en su propia casa, aclarando a menudo los puntos de debate, a aquel areópago de destructores de mundos de cuyas ideas “siempre se sacaba algo”.

En la casa de Guttemberg, en el noble recinto de la difusión cultural—ya entonces leía Márquez *La España Moderna* y conocía la palabra *cultural*—bien estaba la franca discusión de las ideas palpitantes. Rosales, que hallaba tristemente cursi y peligroso todo aquello, pero a quien enternecía un admirable café negro que el mismo don Lorenzo compusiera por una receta ya perdida, asentía fogosamente con la boca llena y los ojos brillantes:

—Habla usted como un apóstol. Dios le dé a usted un par de millones para que sea el Mecenaz de esta adorable canalla.

Y así corrían los días y los meses. Camilo aseguraba los postreros sobresalientes de la carrera; el decano Mendive lo saludaba como “el genuino polluelo de la alondra, espejo de espiritualidad y desinterés donde debía mirarse la juventud metalizada”. Y parecía feliz.

Sólo que en el errar callejero de alguna media noche, cuando persistía en sus oídos el lamento del piano de Mariana y libraba Lauro Casas a los ámbitos mudos el surtidor generoso de su lirismo proclamando que aún quedaban templos paganos donde adular a Psíquis, Jordán restaba ensimismado y luego señalando a los nuevos palacetes de ricos comerciantes, cuyo lujo sabroso se adivinaba en la luz tamizada que caía hasta la calle, movía la cabeza y deslizaba una duda melancólica en el oído de Rosales:

—¿Tendremos razón nosotros, o la tendrán esos? ¿No estaremos perdiendo el tiempo al apartarnos de la única, óyeme bien, Rosales, de la única fórmula de felicidad?

* * *

Vuelto de su gran viaje comprobaba Camilo que no había hecho mella en Gregorio Rosales el curso de aquellos cuatro años cuyo paso tardo y accidentado comentaban ahora los dos amigos fumando brevas largas de Caruncho frente al panorama achatado y resplandeciente de la ciudad. Rosales nació con cuarenta años; tal representaba su lámina cuando Jordán lo conociera, y tal perduraba ahora. Magro de carnes inútiles, pero abundante de ancha y alta osamenta y de secos músculos que denunciaba su ascendencia canaria, mecía sobre el largo cuello una cabezota morena y angulosa agriamente dotada de mechones de crespa dureza: el bigote era verde y carmesí, cortado en cepillo, y por él se pasaba muy a menudo como para ayudarse a morder las puntas, una mano desmayada y húmeda, de suavidad femenina. Era descuidado en el vestir y había en su andar desgarrado y lento, en sus ojos grises y hasta en su boca contraída por una sonrisa irónica, algo de gran bestia filósofa, acaso de un dromedario del desierto.

Completaba el programa de la tarde, sobre la mesa de noche y junto a la caja de tabacos, una esbelta botella de cognac, toda jaspeada de hermosos reflejos dorados. Había además un montón de papeles en desorden y hasta ellos alargaba Rosales los dedos vagarosos desde la cama, tomando algunas cartas que leía rápidamente. Camilo Jordán, entretanto, huésped de honor con derecho a la cama doble de bronce, derramaba sobre ésta desde el oloroso seno de una maleta *neccesaire*, toda una familia de chirimbolos de tocador que chispeando en la luz de la tarde, daban la sensación de un gran espejo hecho pedazos. Roja la cara por el paso reciente de la navaja, buscaba el

polisoir de tierna badana y los polvos rosados para las uñas. Un pequeño baúl yacía con el mezclado vientre abierto mostrando un parco surtido de ropa, donde a cambio de indumentaria interior, que evidentemente escaseaba, se manifestaban completos el terno claro de los tés vespertinos, un pico de los faldones del frac que el clack tapaba, la recta levita Prince Albert de solapas de seda, un irisado rimerero de corbatas, toda una dorada mentira de opulencia que el cepillo harto despeinado y el pomo de bencina, taponado con celo, desmentían. Topando al fin con el menudo cojinete volvió a cabalgar sobre la silla, frente a la ventana diáfana y mirándose a las puntas de los dedos comenzó su tarea de soba y maquillaje.

Rosales se sumergía ahora en la inspección de una extensa carta y Jordán podía rodar de vez en vez una mirada furtiva, larga, angustiada, sobre aquellos trastos decrepitos, sobre aquel escenario de abandono que unas horas antes le había enviado mudamente el saludo de la miseria, de la vieja miseria por él conocida, al hacer su entrada allí. Aquellos cuatro años de Europa le habían disfrazado la vida hasta no conocerla al encontrarla en su antiguo solar. Libre de cavilaciones de índole práctica dejara huir blandamente los días bajo cielos siempre renovados, comiéndose sus quinientos francos de mesada en labores gustosas a su espíritu y en gratos devaneos que antes ni en sueños sospechó. Romero de la ciencia tuvo piadosas estaciones para los altares de belleza y en una y otra fuente de consuelo abrevó con vieja sed inextinguible gozando en la innecesidad de apuros y en la ausencia de toda férula de programa. Aquello se parecía ya un poco a la magna fórmula que él dibuja-

ra en otros tiempos con el puño azotando el aire, a la febril asamblea del café: el bacteriólogo ilustre que no sabe poner el termómetro, el jurisconsulto que ignora la tramitación de los pleitos, el matemático sin curiosidad por el precio del millar de ladrillos. Horas vacías y pródigas para la lectura o la experimentación, mesa y techos regularmente estables, anchos pórticos de academias y laboratorios brindándole a la vuelta de calle su sombra magistral, literarias cervecerías y *serres* burguesas de argentinos y españoles, donde humea el té verde y aletea el *flirt*... Todo un horizonte, toda una vida digna de ser vivida.

Sin darse prisa, pues, con el deleite intenso de lo no indispensable, adquirió idiomas nuevos y asistió a cátedras célebres en que escuchaban religiosamente hombres de barba, graduados de todas partes del mundo. En el Instituto de M. Bertillon aplicó el compás catalométrico a famosos criminales; Lombroso, pequeño y cortés con aires de coronel garibaldino, le aceptó fotografías e impresiones digitales, y más tarde en un congreso de Psiquiatría, al que como curioso asistiera por excitación bondadosa de M. de la Casagne, pudo columbrar de cerca a las cumbres de la ciencia penal moderna: Ferri, Miceforo, Tarde, Laurent, Sighele, Von Listz, Dorado... La llovizna homicida de París,—donde la Sorbona y la Escuela de Estudios Libres lo clavarán,—debió haber amenazado los canales efímeros de sus pulmones tropicales, porque en dos inviernos sucesivos bajó en busca de sol a Italia y a España, y del brazo de bohemios compañeros hispanoamericanos se sació de artísticas vejees, levantando himnos a las caderas suntuosas de Tizianos y Tiépolos, para jurar después con grueso entusiasmo espa-

ñol ante las “Meninas” velazquianas; con tiempo todavía para abismarse ante la flora pétreo, coralina, del arte religioso, joyel bizantino en Venecia y filigrana gótica en Burgos. ¡Cuarenta catedrales entre pecho y espalda, amigo Rosales!

Aquellos viajes, prodigios de doméstica economía, en que los quinientos francos se multiplicaban como los peces y los panes bíblicos, le dieron entre pórticos de hoteles y salones de espera, un surtido de curiosas relaciones momentáneas que a ráfagas, por manera de contagio, le traían la voluptuosa sensación de ser rico e independiente. Eran cubanos de holgada posición económica, que alzando la voz en los trenes, con enormes cargamentos de baúles y tropas de niños, viajaban entre dos visitas al ingenio remoto, distrayendo su vagancia en las vitrinas del milanés pasaje de Víctor Manuel o dilatando el estómago a los vasos interminables del *Celestins* de Vichy. Algunos de ellos los que, mozos ardientes, tenían el dinero largo y suelto a todo evento, afirmaron todavía en París esta amistad casual, con aperitivos cambiados en el *Pré Catelan* del Bosque, en la tierna hora de la caminata matinal; e invitándolo más luego a su hotel lo iniciaron lentamente en los secretos delicados del baño turco, de la ropa interior perfumada con lilas de Francia, de las uñas pulidas, del champagne helado y de los vinos del Rhin calientes. Todo eso era caro, casi inaccesible, pero lejos de ser estúpido y afeminado como en un tiempo creyó, era sabroso, divinamente sabroso, ¡caramba! Desde entonces pidió nuevos milagros a sus quinientos francos que llegaban ya a su coeficiente máximo de elasticidad, y cortando por aquí y mordiendo por allá, pudo improvisar una vida de parodia que,

defendida por su personal espiritualidad y por su marmóreo aplomo, le permitía la entrada en ciertos salones a los cuales podía llegarse por el puente patriótico de la Legación Cubana; y aun más allá... Hasta una discreta asiduidad a las *premières* del otoño y a las recepciones uniformadas de la Academia. Hacia su tercer invierno pudo comprarse un hermoso sobretodo de piel de nutria. Una tarde de mariposeo bajo los castaños del boulevard pudo gozar, en fin, la infinita satisfacción de que un poeta sudamericano le sorprendiese pidiéndole un luis a quemarropa.

—Tengo tipo de *rastacuer*... se dijo relamiéndose. Me creen dueño de ingenio.

Visitaba a ratos los focos literarios españoles; sabía que a Gómez Carrillo podía encontrársele en el *Cafe Napolitain* y a Bonafoux en el *bar Criterion*; saludaba de lejos a los traductores de Garnier y Ollendorff, buenos muchachos cuya amistad podía ser valiosa para la publicación de algún libro futuro; frecuentaba los despachos de Piñeyro y Bobadilla que con gusto le alargaban una butaca porque sabían que no habría de leerles verso ni prosa algunos. Y en las tertulias, más políticas que literarias, afectaba una aristocrática reserva frente a los debates ciclónicos, ya vagamente tocado del horror a las multitudes. Sólo que cuando con algún compañero de Montmartre exploraba la sagrada colina, buceando en las buhardillas de pintores y poetas, no podía conciliarse con aquella realidad del talento abaratado hasta cotizarse con menos precio que los brazos de los gañanes, y entonces, sintiendo resurgir bajo su pechera almidonada el Camilo Jordán de los cafés estudiantiles, gri-

taba en un español gordo y desvergonzado ante el espanto de las verduleras de la Chapelle:

—¡No, no, córcholis, esto es una vergüenza de la humanidad!... ¡Esto está pidiendo a gritos otro Robespierre y otro Sansón!...

Y así, variadamente, asistiendo a Longchamps de sombrero de copa, mandando correspondencias sobre los estrenos dramáticos a Cuba, y escribiendo muy poco a la hermana y a la novia, dejándose besar durante tres semanas por alguna Suzzete o Aline que le enseñaba a ondearse el cabello con tenacillas al rojo, visitando a Piñeyro en su refugio de la Muette, flirteando con ricas herederas argentinas y mexicanas, perdiendo quince francos en Enghien y comiendo pistaches en el *Sentier de la Vertu*, un poco olvidado ya de los señores Bertillon y Lombroso, así, variadamente, se le gastaron al hijo de Elías Jordán los cuatro años de su beca de viaje, como un cigarro demasiado sabroso, sintiendo al cabo que se había excedido un tanto en el auto-pulimento y que le aterraba ahora más que antes la vida honrada de profesional del trópico, a cuya puerta, tantos años deseada, y con tantas zozobras y lágrimas y claudicaciones trabajada, llegaba al fin a asomarse en las postrimerías de un verano tropical.

A aquel punto nebuloso de sus meditaciones llegaba, cuando arrojando la carta que leía, bostezó sonoramente Gregorio Rosales y retomando la conversación olvidada, contestó a una frase lejana de Camilo:

—Un bárbaro, sí, pero un bárbaro que ha sabido hacer diez millones de pesos en pocos años... En fin, tú lo conocerás... Este Iñiguez es menos bruto de lo que la gente se figura...

—Ah, replicó Jordán despertando ¿hablas de tu gran Iñiguez?... ¿Ves? He aquí un mal negocio ese de parecer bruto sin serlo. Mejor le fuera siéndolo sin que nadie lo presumiera; al menos lo sería sólo para sus amigos... Pero qué maravilloso trastorno de todos los órdenes creados te ha podido poner en relación con él? Porque la verdad es que nunca te conocí aficiones comerciales...

Entonces contó Rosales que su papel en el alto comercio habanero era tan relativo como el del cartero que circulaba la correspondencia de unas razones sociales a otras. Entrara en el escritorio de los azúcares, justamente en el despacho personal de Iñiguez, hacía ya un año, por ocasional y distraída recomendación de Esquivel, el ilustre ignorantón de Hacienda que seguía siendo el hombre necesario para el comercio y que con él tenía especial deuda de gratitud por el valeroso estoicismo con que se dejara cazar con frecuencia para una lectura de sus versos pavorosos. Tenía a la sazón Iñiguez necesidad de un joven de lenguas, “algún figurón entendido en gringo que no gastara mucho pisto”, y que habría de descifrar las cartas de los Estados Unidos y Europa que eran un problema en la casa ahora que acababa de morir cierto viejo tenedor de libros que con don Vicente conviviera toda la vida viéndole desde su miseria amasar los millones. Rosales sudó enormemente unas semanas al encararse con el vasto sistema de jeroglíficos comerciales de todas las naciones... Un día resolvió fácilmente una porfiada discusión ortográfica del alto personal de la carpeta, y don Vicente, que seguía la escena de reojo, lo honró pocos días después con el encargo de una carta insultante a un gobernador de provin-

cia que después de haberlo saqueado cuando la elección se había negado ahora a servirle por un estúpido empacho de legalidad.

Quedara satisfecho el potentado y desde entonces, citado Rosales con frecuencia para las tristes, casi desnudas habitaciones privadas del piso alto, abriera largos paréntesis en sus traducciones del francés y el inglés, para traducir del asturiano borradores taquigráficos que junto a Iñiguez tomaba y que luego arrojaba para hacer nuevas cartas que el viejo mercader paladeaba como propio producto. Y he aquí cómo desde su escondida tribuna compró honras el desheredado Rosales, oprobio a estirados próceres, tuteó a damas de aristocrática belleza, fomentó y destruyó partidos, amenazó a los gobernantes, alquiló cerebros ilustres, zarandeó la Bolsa y pudo hartarse en suma de la suprema sensación de tener atado al mundo por un hilo de oro.

—Y bien, gran Rosales, ¿qué quieres que te diga? resumió Jordán después de escucharle en silencio. Detesto a tu amigo. No lo conozco, pero en él contemplo a lo que es más vergonzoso en la humanidad: el triunfo de la inteligencia astuta y de bajo vuelo que nada nuevo trae al acervo social; y después, ¡esa insolencia, esa absoluta confianza en que sin ellos no puede respirar el mundo!... Mira Rosales, por esta clase de tipos, peores que todo la nobleza del antiguo régimen, es que se tiran bombas y se mira con tanto odio el atropello de cualquier pobre diablo por un automóvil...

Como siempre que quería evitar una discusión, Rosales sonreía fumando desafortadamente. Jordán continuó con la mirada perdida sobre la ciudad que chispeaba:

—Por desgracia la América está bajo su despotismo. Ellos son los barones de hierro que a su antojo imponen su fuero a los dictadores. Son la aristocracia de este continente plebeyo. Y menos mal si constituyese una nobleza reluciente como sus monedas, separada del mal olor de la plebe por la muralla de los clubs o la borda de los *yachts*, donde encierra su pereza, a semejanza de lo que se ve en tantos multimillonarios yanquis. No; todo su orgullo no los libra de confundirse con el pueblo para envenenarlo con mercancías podridas y erigirse en su representante para fomentar revoluciones cuando un gobierno no los acepta de socios. Hasta entonces son *pueblo*. Pero he aquí que de repente late una débil respiración en el verdadero pueblo para comer un poco más barato o ganar una peseta más de jornal; y entonces se le encrespan las cejas a la respetable burguesía y habla de fermentos anarquistas y de fusilar a los cabecillas de la huelga, reclamando el trabajo del ejército para sustituir a los huelguistas y gritando en los oídos del gobierno sus derechos de clase privilegiada, moderadora y solvente... Ah, yo siempre recuerdo un artículo del Código Penal español que castiga el delito de “coaligación para alterar abusivamente el precio de las cosas”. Parece escrito para los ladrones de mostrador, para los que a una voz controlan la importación de la leche condensada y suben diez centavos por lata sembrando el hambre en miles de hogares... ¿Sí, eh?... Pues la burguesía ha entendido y con la fuerza de su fe ha llegado a convencer de su tesis a los tribunales de justicia, que fué promulgado para sujetar los ímpetus de los obreros y contrarrestar el derecho de la huelga, y con arreglo a ese artículo es que le echa al pueblo

encima los rurales y el escribano. Y ¡ay de la situación que ose discutir la luminosidad de esta jurisprudencia!... Contra esta otra coaligación de jueces, gobierno y reyes del azúcar y el café, los únicos que pueden algo son los intelectuales, los que explican cátedras y escriben periódicos, que al fin y al cabo mucho significan, su privilegio divino de ser los que componen la moral y desenvuelven el porqué de las instituciones...

Una tos convulsiva cortó el flujo de su indignación antiburguesa. Rosales, que se había sentado en el borde de la cama, con los pies colgando, miró con flema la ceniza espesa y blanca de su cigarro y repuso:

La verdad es que no está mal para leader de un movimiento intelectualista, vagamente protector del proletariado, el hijo de Elías Jordán... Tú llegas justamente al punto en que se te puede graduar de intelectual, dicho sea sin profanación de tan sufrida palabra: viajero con beca universitaria, escritor a ratos, editor de revistas serias, dilettante de pinturas y anticuallas... En fin, mientras que duras realidades no te profanen, eres un hombre que vive de su cerebro y para su cerebro, o lo que es lo mismo un intelectual profesional y catalogado. Ahora, que hablar como intelectual es en este caso hablar como sectario. Sin que se haya averiguado el origen histórico de tan remoto odio, siempre fueron castas rivales la de los ricos hombres y la de los sabihondos. Para la mayoría de los escritores y artistas, un rico es un bárbaro abrigado, y para todo potentado un poeta es un tipo raro que no se baña. Se temen y afectan desdeñarse. Consecuencia natural es que se desconocen, no perdiendo minuto para denunciarse recíprocamente co-

mo elementos perniciosos al buen engranaje social. Y la madre del cordero está en que ambas clases, hechas a dominar alternativamente, continúan aspirando a prevalecer sobre la sociedad en que viven...

Iba a contestar Jordán aprovechando dos chupadas que al cigarro, ya moribundo, diera Rosales, cuando éste alzando la mano le atajó:

—Y sin embargo, estoy persuadido de que se comete con esto una gran burrada... Tú dirás lo que quieras, pero yo no me prometería mejor cuadro plástico que el de mi amigo Camilo Jordán entrando en la Cámara, de brazo y con el apoyo moral de don Vicente Iñiguez, entre otros Iñiguez de la misma marca, coloradotes y espléndidos.

El aludido sonrió divertido ante la idea:

—¡Puede!... murmuró simplemente.

—Por necesidad orgánica, continuó Rosales, debe el intelectual ser amigo del burgués y aun, dominando escrúpulos, colaborar con él al aplastamiento del proletario. Después de todo, puesto en el dilema de escoger entre la amistad de los pobres o la de los ricos, la elección no es dudosa. La historia sirve para algo; y bien, ella nos enseña que nunca estuvieron mejor los artistas y los pensadores que cuando en mejores siglos se sentaron a la mesa de los reyes y rieron discretamente los chistes de linajudos castellanos. Por lo menos en esta preferencia hospitalaria había una pura ofrenda al talento, lanzada a los cuatro vientos de aquellas barbaries aristocráticas. Y la verdad es que al Pinturichio y a Leonardo y a Miguel Angel les fué mejor aliándose con César Borgia que con sus víctimas, por muy honorables que éstas fueran. Y Voltaire no se encontró más desahogadamente inmune

en su ironía agresiva que cuando fué huésped de Federico el Grande. El intelectual moderno, en cambio, es un loco ojeroso en quien los trabajos profanos ahogan la mitad de su talento, un pobre señor de gafas, a vueltas siempre con el casero y el tendero que se niegan a abrirle cuenta cuando se enteran que escribe en los periódicos. La libertad omnímoda de su pensamiento le da el derecho de elegir entre ser explotado por una casa editora, por un conservatorio, o por un director de periódico. . . En fin, hay por lo menos el derecho de Bertoldo a escoger el árbol en que se va a ser ahorcado. . .

—¡Bah, bah, bah!, interrumpió Jordán. Todo eso estaba escrito ya en las comedias de Narciso Serra. Amigo Rosales, he aquí el inconveniente de no estar al día, de no leer más que a Balzac y a Jorge Sand. El artista y el pensador de hoy se hacen ricos con sus obras y dejan testamentos como el de Zola o el de Bougerau.

—¡Justamente! Vamos caminando por la misma vereda. El intelectual moderno empieza a preocuparse ya del dinero. Es la última fase de este tipo interesante. Y ya invadido de la fiebre universal, el oro de su talento empieza a sufrir sensibles amalgamas que son necesarias para ponerlo al mercado. La fórmula de Lope de Vega sobre la necesidad de “hablar en necio”, ha vencido a la orgullosa aspiración de los “treinta lectores” de Barbey D’Aureville. Naturalmente, se han imaginado modernas filosofías, géneros nuevos, maneras personales que las firmas acreditadas lanzan a la calle ruidosamente, antes de que se fatigue el público, como con sus maniqués hacen los grandes modistos a cada nueva estación. Y los peores son los jóvenes, los que en otras épocas se enrolaban

en todas las empresas gigantes, levantando silenciosas torres de marfil donde morían de tuberculosis puliendo versos que no publicaban; ahora son los más infatigables productores de novelas policíacas, de carteles chillones, de comedias de adulterio. El desdeñado burgués ha venido a ser el punto de mira, pero ahora todo lo que se busca es tenerlo con la boca abierta ante el desfile diabólico de extravagancias. Convengamos, Jordán europeizado, en que para este final de feria, no merecía la pena de haber gritado tanto por los fueros de una privilegiada casta intelectual.

Jordán, detenido en su trabajo de bruñido, escuchaba con la mirada posada inmóvil en un punto del horizonte. Desperezándose de pronto y con un hondo suspiro, se acercó a la mesilla y con un golpe rápido dobló sobre un vaso diminuto la botella de cognac.

—Esto, como tú comprendes, continuó Rosales, es un hecho triste. La imaginación creadora no puede tener como ideal de perfección el divertir a gruesas multitudes frívolas. Precisa por la salud de la humanidad que se mantenga un perenne fuego de arte limpio y desinteresado. Pero he aquí el problema: el intelectual moderno no puede tolerar la miseria; nadie como él, ni el hijo del marqués, ni el hijo del bodeguero, reconoce más costosas necesidades; como que suma las que el espíritu maniático de un arte le pide, a todas las que le ha creado el iniciarse en los refinamientos del alto círculo social en que a veces se exhibe. Y he aquí que es fuerza volver a las comparaciones de lo viejo con lo nuevo. El intelectual de hace sesenta años era un pobre diablo que divinizaba sus miserias metamorfoseándolas en melancolías versificadas: no

viajaba, no soñaba en dirigir cuadrillas; tenía una concepción muy rara del mundo, ya que lo contemplaba a vista de pájaro desde lo alto de su buhardilla; y fuera poeta o filósofo había aceptado tácitamente, mansamente, un estado de ruina crónica, juzgándose venturoso cuando una revista le enviaba cincuenta francos por un artículo duramente trabajado. El profesor de energía de ahora, el novelista psicólogo, el conferencista para damas, el pintor puntillista, son unos señores de barba cuidada cuando no limpiamente afeitados, que están en todas partes y tienen siempre un compromiso pendiente en banquete, recepción académica o entierro de tres parejas. Son ¿cómo diremos? Son las figuras de la baraja social que matizan elegantemente un duelo, un rigodón de honor. ¿Quién es aquel? ¡Oh, si es Montiel, el comediógrafo misterioso! Y ya basta para que la *soirée* adquiriera cierto color de que antes carecía. En estas nuestras tenderiles tierras del trópico el papel mundano del intelectual se reduce un poco, pero siempre tendrá sus necesidades de viajes y libros y teatros que lo atenacearán en su retiro voluntario, despertándole ansias perpetuas que no se satisface más que con el dinero. Los teatros y salas de concierto tienen siempre alguna sensación de intensa novedad que no se puede perder sin desorientarse en el hilo de las nuevas corrientes; los catálogos de librerías son malvadas sirenas que hablan deliciosas facilidades; las revistas se especializan y hay que suscribirse a todas; y si tiene alma de escritor y no puede dejar de parir prosa o verso a todo evento emocional, entonces ya se puede echar a pensar que cultiva el *sport* más caro de toda la América: el de editar libros cuya impresión cuesta como hecha

en papel de oro y que regalará a los parientes y compañeros de letras. ¿Y qué pensar de la comezón de los viajes? Desde la costa lejana de las naciones viejas le están cuchicheando de continuo los salones de otoño y de primavera, las peregrinaciones artísticas, los teatros de la naturaleza, los congresos, las coronaciones de poetas, las *premières* y los *vernissages*, las inauguraciones de monumentos, toda esa malla de artificios inventados del otro lado del mar como máquinas de cazar turistas,—para que salve los horizontes a costa de todo, apretándose el estómago durante un año e importunando al gobierno para que le invente una comisión, con una sed de probarlo todo, que va creciendo así que se rebasa el dintel de una nueva sensación...

Se había levantado con un gran esfuerzo, al paso que explayara sus últimas ideas, y sacando las manos de las profundidades de los bolsillos vino a acodarse sobre el alféizar de la ventana que la enredadera entoldaba de encaje. Durante unos minutos subieron hasta el silencio de la azotea los roncros rumores de la calle; y aquí en la habitación sonaba intermitente el metal de los útiles del tocador que la mano de Jordán revolvía. Al cabo masculló el joven desde el fondo de la maleta:

—Tal vez tengas razón, tal vez. También yo he pensado que nunca ha estado el hombre inteligente en más difícil situación moral. Pero me resisto a creer que para el hombre de letras o ciencias, fiel a sus devociones, no haya más caminos que cepillar faldones o reventar de hambre...

Rosales giró su corpachón en un cuarto de vuelta y cortándose a trechos en el discurso para morderse arduamente el bigote, repuso:

—¡Hombre, no tanto!... Es decir, sí tanto, si es que quieres llevar la cosa a su matiz extremo. Resumiendo: el intelectual de hoy es un gran señor que necesita dinero, mucho dinero, no importa de dónde, para atender a sus caprichos hechos violentas necesidades. El espíritu de empresa de algunos industriales avisados ha hecho surgir una serie variada de amonidades y sensaciones espirituales que antes no existían o no se presentaban tan provocativas; y por otra parte el relativo acceso de la familia intelectual al primer rango social, le ha hecho columbrar detalles de una vida gratamente complicada, de la cual vivió hasta ahora en santa ignorancia. ¿Cómo volver el pollo emplumado al cascarón en que estuvo preso? He aquí el conflicto... El que vió el rostro de Artemis en los bosques, decían los pastores helénicos, ya no hallará mujer hermosa en la tierra. El que veló siete noches hasta hacer cuajar una idea o brotar un acorde, el que noctambuleó en París o Roma por las cervecerías bohemias, no podrá ya soportar la cadena de una mesa de oficinista desde la cual tire modestamente de la vida. Y cuando la dura realidad le robe las horas que él quisiera para el noble trabajo de la fecundación ideológica, se desesperará de verse pobre y tronará contra los ricos que pletóricos de horas vacías, pasan sin ruido y sin huella, como una savia mezquina, a lo largo de su árbol genealógico. Todo, sí, todo puede ser tolerable para el intelectual menos la miseria!...

Por la ventana de encarranchadas hojas se derramaba el resplandor dorado de la tarde. La masa de claras azoteas, punteadas de banderas y lienzos lavados, se tendía bajo un cielo de turquí aguado hasta

trepar en grupos aislados, a manera de blancos rebaños, las suaves colinas del fondo. Los ruidos febriles de la calle se fueron embotando. Jordán enfrentándose con un espejo que la brisa hacía columpiarse a trechos, perfeccionaba trabajosamente, silencioso, el lazo de la corbata. Rosales vino en su auxilio pres-tándole la ayuda de sus dedos torpes.

—Y ese dinero, concluyó en tanto deshacía todo lo hecho por Camilo, ¿de dónde sacarlo? Lo más eficaz es una lotería, un matrimonio ventajoso. Este es el ideal, lo que permite dedicarse desde luego por entero a las bellas cosas improductivas... Pero ¿si se es feo o no se tiene para billetes, si le faltan a uno las armas para cazar esos mirlos blancos?... Amigo Jordán, pobre Camilo, viajero triste, la única forma para este caso de abandonado a las propias fuerzas, es abrir batalla sin piedad contra el mundo y su bolsa, con las mismas armas que de él se han sufrido, correr con fanatismo de argonauta y con codicia de cada minuto, en pos del vellocino de oro que todas las épocas incensaron. Y aunque esto distraiga por el momento de las pistas futuras, ceder algo del propio orgullo de aislamiento para que no pierdan fragmento de áurea escoria nuestras uñas rapaces y lleguemos más aprisa a la costa risueña donde apacenta la gran bestia... Ya llegará el gran día en que nademos en oro y podamos dar a nuestra alma el alimento espiritual sin el cual moriríamos. La cuestión es que llegue pronto, aunque tengamos que caminar con los tacones sobre todo lo más respetable...

Se paró de pronto asustado de sus propias palabras. Dejando la corbata de Jordán, que flotaba en la brisa, se alejó tosiendo al aire de la ventana, rojos los

pómulos, de costumbre amarillos, y luchando con las manos en la garganta por contener su excitación. Jordán azorado le siguió, hasta que la sonrisa de su amigo, enorme y siempre franca, le tranquilizó.

—Perdóname Camilo. Te he hablado como si fueras otro hombre, como si también fueras tú una de esas fieras sueltas que se ven todas las mañanas. No me acordaba de tu corazón... Perdona por Dios las amarguras de un derrotado de toda la vida!...

Pero Jordán había avanzado lentamente hacia él y posando gravemente sus dos manos sobre los hombros del gigante murmuró mirándole a los ojos:

—No, no me has ofendido. Lo que has hecho es darme una gran voz de alerta... Yo seré o no amigo de tu ilustre Iñiguez, pero te juro que algo amargo que desde muchos años atrás, tal vez desde niño, no sentía, se me ha subido a la boca oyendo tu sentencia feroz: lo único que no se puede absolutamente tolerar, es la miseria.

*
* *

Los recibos quincenales del doctor Díaz Parra se marcaban por dos notas características que toda la Habana elegante conocía, a saber: sobre el *filo* de las once, y el prodigioso ponche con huevo, regulado por la misma señora del doctor según sabia fórmula antigua que, al paso del criado con la bandeja temblorosa, explicaba ella a alguna amiga risueñamente distraída.

Aquella noche, la mediocre velada de los miércoles segundos y cuartos cobraba vuelos de fastuosa

recepción en mérito a la fecha onomástica del propio doctor, que en tal día de San Rafael festejaba la familia. Desde media semana antes una porfiada labor de pulimento y barniz había renovado el brillo del gabinete de masaje eléctrico, contiguo al zaguán, por donde había de enfilarse hacia la escalera de mármol el chorro de invitados, separado de él por amplias ventanas cuyas cortinas discretamente alzadas dejarían adivinar en una luz azulada algo de grande y misterioso. Zoraida había estudiado dos romanzas nuevas, largas y húmedas, de amor sin fortuna; y Pura, la fuerte matrona que había iluminado treinta años de Díaz Parra con su gran sonrisa de Juno otoñal, ordenó a la servidumbre un exceso de seis huevos más en la receta del ponche. Otro ponche de menos complicada estructura y más energías alcohólicas, según las requerían algunos paladares masculinos, se espaciaba espumoso, con anchas rodajas boyantes de limón, en la enorme jícara de plata del abuelo que con toda la vajilla cifrada saliera bien bruñida de las oscuras gavetas, para aquella señalada solemnidad. Guardada por dos clásicos criados negros, de apuesto empaque y altos cuellos asfixiantes, una estirada tropa de salvillas, montadas por cónicas torres de dulces, esperaba en el largo mantel en que anchos lazos azules se posaban; y entre una y otra dormían, chatas como balsas, dilatadas fuentes de *sandwiches* y pastelillos que los chicos olfateaban con delicia, licoreras con cremas verdes y doradas, bomboneras con *pistaches* y *marrons glacés*, y con menos profusión algunos búcaros demasiado repletos de helechos, con rosas demasiado hinchadas y gigantes. De la cocina, por último, llegaron hasta muy

avanzado el crepúsculo tintineos de ensaladas y batidos rumores arrastrados de sorbeteras. El teléfono había funcionado con incansable vocinglería toda la tarde; los muebles de felpa crema, desnudos de sus fundas de Holanda, reían a la sorpresa de la luz; por el vano de la doble cascada de encaje, abierta al primer cuarto, podía aventurarse la mirada hasta la miscelánea coruscante de los obsequios recibidos aquel día por el doctor, apilados y distinguidos aún por tarjetas como en una quincallería; y todavía otras tarjetas huérfanas se amontonaban con bien calculado desastre sobre un historiado cesto de plata. Al portero, engomado desde los bigotes hasta la vasta concha, se le desterrara su mesa de cigarros, indigna de su angosto traje nuevo y de su alta misión de dirigir la circulación de coches y automóviles. Un pianista que arrancaba suspiros en los valeses, se ocultaría desde las nueve tras un bosquecillo de arbustos que las propias manos de las muchachas habían hecho brotar bajo las arcadas de la antesala. No podía pensarse que los cronistas de salones fueran olvidados: ya Rebeca y Judith, teniendo la red de sus pestañas entornadas, los habían cazado entre dos actos de la última opereta de Albiisu. Todo puntual, todo a la inglesa. “Pura, había dicho siempre Díaz Parra, sabe indudablemente hacer bien estas pequeñas cosas trascendentales.”

No quedarán sin premio las tribulaciones y sudores de la activa dama. Sobre las diez, ya las dos panzudas lámparas rutilantes de la sala chispeaban sobre una multitud sonriente que felicitaba calurosamente a la noble señora por el buen gusto de cada detalle decorativo y por la excelente calidad del ponche.

—Decididamente inimitable en toda la Habana, mi querida señora.

Poco antes había aparecido bajo un fuego de miradas curiosas Camilo Jordán, del brazo de Molinita, José Luis Molina, su antiguo compañero de los primeros cursos—donde quedara clavado para siempre; —mozo moreno, de vivos ojos, frescos dientes e ignorados recursos, con quien podía irse en seguridad de buena compañía al aperitivo de la tarde en el Cosmopolita o a los salones y teatros de cada noche, que por misterioso resorte le abrían francas puertas; y con alguna menos seguridad al bulevardeo de Obispo, en que tendría que serpentear la ruta por marcada enemistad con determinado sastre o perfumista. Días antes se habían encontrado ambos jóvenes en una de las más amenas antecámaras de políticos, y como hallase Molinita que Platón tenía arrugas y lentitudes de hombre preocupado, él que lo admiraba como un tipo “de historia antigua” cuyas virtudes no podría jamás imitar, le estimuló con copiosas explicaciones de higiene del ánimo y del cuerpo, a que lo acompañase de vez en cuando a alguno de esos rincones estratégicos desde donde se podía conocer a la Habana toda, “uno de los pocos conocimientos a que realmente no había alcanzado el amigo Jordán”.

La otoñal pareja de los Díaz Parra esperaba erguida en lo alto de la marmórea escalinata, a la sombra de un gallo de bronce que arrugaba la cornuda frente sosteniendo el prodigio anacrónico de una lámpara eléctrica. “Suntuosa *toilette* de tul salmón á *pailletes*”, dijo de la señora un cronista. Cuando emergieron ambos jóvenes a la blanca claridad de la antecámara, el doctor,—que recordaba aquella cara sin

acertar de dónde,—tuvo una grata sorpresa al escuchar de nuevo, por boca de Molinita, el nombre de Camilo Jordán.

—¡Oh, un verdadero gusto!... Yo fui su introductor en la Habana, ¿no es eso?... Jé, jé... Mire Jordán, mi señora...! Hombre y ¡qué casualidad! hoy se encuentra usted aquí con el propio don Vicente Iñiguez que, como usted sabe, llegó hace tres días... Pase usted hacia la sala... Ahora le presentaré a mis hijas... Para la juventud de talento están siempre abiertas mi mano y mi casa...

Se regodeaba ante la idea de congregar bajo su techo a los representantes de todas las cumbres sociales, aun las más heterogéneas, como si a ella lo obligara una cívica investidura excepcional.

—En estos salones, proclamaba a veces, se ha revelado la mayoría de los hombres representativos de la Habana...

Un vals de raudos compases solazaba ahora en el piano arrebatando a la multitud en un claro remolino de armonías vaporosas. Camilo, a quien molestaba el recuerdo del episodio de la bahía y sobre todo la cita del odioso Iñiguez como nota esencial de la fiesta, bordeó con Molinita la sala tropezando con las rodillas de algunas redondas mamás que, haciendo de cenefa, se abanicaban suavemente. Cuando ganaron el gran salón fronterizo con la calle, callaba el piano y las parejas, ávidas de aire fresco, se deslizaban ligeras hacia el balcón. Una muchacha de largo talle cimbreante y ojos húmedos cercados de violeta, se detuvo a saludar a Molina. Este presentó a Jordán que inclinó su torso delgado. En aquel instante sobrevino Pura, la ilustre matrona que llevando de

aquí para allá su sonrisa, alcanzaba los límites de la ubicuidad:

—Aquí tiene Vd., dijo, a mi *pet*, Judith, la mayor, mi teniente general en la casa... Ahora le buscaré a Zoraida y a Rebeca. Todavía tengo otra, Noemí... Pero esa *no sale* todavía... Está muy verdecita... Cuatro nombres árabes, ¿verdad? ¡Ah, mi marido tiene el mal de los caprichos orientales!...

Y después de saborear la lisonja de Jordán, comprensiva de la casa y la hija, desapareció con una agilidad maciza y risueña de automóvil. Jordán ofreció el brazo a la joven dejando a Molina en las garras del americano Farwestman que le encomiaba las excelencias del ponche número dos.

—Vámonos al balcón, propuso Judith, hay muchos viejos aquí, ¿no le parece?

—Y que con hadas como usted, replicó Jordán, sufren a veces el milagro de creerse jóvenes...

En el balcón, que anchas tinas de palmas y arecas poetizaban, una suave luz caía desde altas bombillas azules. Al frente se esfumaba un abierto horizonte de dormidos tejados, y sobre ellos fluía una brisa tibia que traía remotos olores de campo. Una docena de parejas había acampado allí sobre ligeras butacas de mimbres o mirando a la calle, de codos sobre la baranda, y de unas sombras a otras cuchicheaba el *flirt*. Judith y su compañero vacilaron en escoger un claro suficiente, cuando ella vislumbró en el límite negro del balcón una forma aniñada que reía escandalosamente hombrunos chistes detrás de un macizo de hojas que casi la cubría.

—Ah, Noemí ¡qué chiquilla!... ¡Y mamá que la cree en la cama!... Jordán, perdóneme un instante.

Se fué hasta ella, tratando de hablarla al oído. Pero la muchacha mofletuda y desgarbada, esquivó el encuentro tirando rápidamente de la manga a su amigo, un atlético mocetón, al que atrajo hacia la puerta de una cámara abierta.

—Aprisa, masculló siempre riendo, vámonos para el corredor. También hay palmas allí...

Judith retomó su camino sin insistir ya, un poco colorada y encogiéndose de hombros.

Camilo riendo la felicitó.

—Veo que hace usted una excelente mamá. Un verdadero teniente general...

—¡Sí, eh?, repuso ella en el mismo tono. Pues sepa usted que se quedan inéditas estas facultades; porque pienso quedarme para tía... Vamos, que no tengo vocación para casada ni paciencia para resistir el olor a tabaco...

Era su tric, un tric inocente destinado a interesar a los jóvenes pálidos y con carrera concluída, y a él respondió Jordán con el suyo, igualmente inocente y enderezado a arrancar suspiros a doncellas de veinticinco años:

—Pues lo siento, mi linda amiga, dijo, porque yo he venido de Europa decidido a casarme en tres meses, y así a boca de jarro, usted me resulta una candidata ideal.

De espaldas a la balaustrada, en uno de los claros del balcón revelados a la claridad de la sala, enfilaron por unos minutos una vaga conversación sobre aburridos tópicos de la próxima temporada teatral, de la transformación de la Habana y del nuevo vals inglés, con retóricas digresiones galantes sobre la be-

lleza de la mujer cubana, no igualada ni de lejos, en este ni en otro planeta descubierto.

La joven protestaba forzando el grandor de sus ojos, cuando una pareja desigual, remedo lejano de Titania y su bestia, se detuvo a absorber con delicia la suave oleada de aire nuevo del balcón. Judith y Camilo se hicieron a un lado, pero como pasaron muy ceñidos los recién venidos, el hombre, un coloso de torpe andar de oca, extrañamente caído en aquel ambiente de seda como un fauno en un bosque de ninfas, posó al sesgo su ancha pata sobre el zapato charolado de Jordán.

—¡Bárbaro!, masculló irrefrenablemente.

—Dispéñseme, amigo, exclamó el otro. Por mi madre que he metido el remo. Así como así le han caído a *ustez* encima doscientas libras netas...

—Una cosa así, dijo Jordán reponiéndose, ya estaba haciendo el cálculo...

Y completando la frase en los rizos de la nuca de Judith:

—¡Lástima que para salir de dudas no tuviéramos aquí una romana de ganado mayor...

Detenido el hombrón en el dintel quedó un minuto sondeando el cielo carbonoso como si le pidiesen pronósticos del tiempo. Su compañera, la Titania de aquella noche de verano, observaba entretanto a Jordán con una suave atención profunda, en tanto se arreglaba el cabello rebelde. Judith rompió el hielo con una presentación sonriente:

—El señor Iñiguez... La señorita Eva Alcázar... El doctor Camilo Jordán.

—Ah, Iñiguez, dejó escapar Camilo.

—Hombre, Jordán, gritó el gigante. ¡Qué cosas!

Y ante el asombro de las dos muchachas extendió al joven las dos manos alfombradas de pelos, con una ruda cordialidad.

—¡Caramba, caramba! resopló entre carcajadas... No sabe *ustez* cómo me he reído con la historia... Me la hizo la otra tarde Martín Díaz, ya sabe *ustez*, el sinvergüenzón de *La Tribuna*... Pistonudo, descacharrante!... Fué una gran idea de ese borrachín de Díaz Parra... ¡Ah, perdóneme *ustez*, señorita, volví a meter el remo...! En fin, dicen que hizo *ustez* muy requetebién de Vicente Iñiguez...

Camilo había sentido una súbita explosión de odio, que ignoraba de dónde viniera. Pero ante la sonrisa burlona que volaba de una a otra boca en el joven grupo, se conformó con protestar cortésmente:

—Oh, no, se hace lo que se puede, pero usted es inimitable... Usted es único, usted es un ejemplar de una fauna ya perdida...

Pero ya el potentado se distraía curioseando con ojos ardientes el *pendentif* de Judith que rutilaba sobre la rósea pulpa de su seno descotado.

—Muy reteprecioso... De mucho gusto...

Y olfateando salvajemente se volvió hacia Camilo con un guiño confidencial:

—Suculento, por mi madre.

LA MANIGUA SENTIMENTAL

I

¿Por qué estaba yo en la guerra?

Antes de pasar adelante y para que tengáis una idea de mi persona, os diré mis apellidos: Agüero y Estrada. En cuanto a mi nombre no hay que ir tan lejos: me llamo simplemente Juan. Mis padrinos, desdeñosos acaso ante mi lámina esmirriada y lamentosa, no me creyeron digno de ser Bernabé o Serapio, como los héroes de aquel entonces de hace treinta años.

Pero ¡ay de mí! que mis apellidos habían de decidir toda mi vida. Por ellos me encontraba, cinco meses después del grito de Baire en aquel pequeño campamento oriental, bajo una luna plácida, ambarina, que poetizaba los ranchos y hacía soñar a los centinelas. Habría yo desmerecido de mis antepasados si, dejando los estudios habaneros, no hubiese volado a la manigua incendiada al primer asomo de un desembarco filibustero.

En mis abuelos fué una costumbre el guerrear contra la España colonial. El más remoto de ellos, cuyo retrato en medallón nos lo mostraba rígidamente en-

fundado en la casaca verde, estuvo a punto de perder la cabeza—una cabeza heroica, palabra—cuando la conspiración de los *Soles y Rayos de Bolívar*, tiempos del general Vives, año 23. Otro, cuya miniatura en colores se perdió con la confiscación de sus bienes, tuvo sus dares y tomares con Narciso López y destapó sin ruido una negra botella el día de la muerte de Castañeda. Mi padre, pobre viejo maniático de hoy, fué aquel Agüero y Castillo que con su bello gesto de libertar en la mañana de la sublevación en su batey, a sus trescientos negros de dotación, asombró a los oficiales que semanas antes le saludaban en un besalamanos de Palacio, y hasta inspiró una oda—conservada en la familia—a cierta poetisa que era la preocupación celosa y ¡cuán poco artística! de mi madre. Y a ambos lados de la línea recta se esfumaban tíos emigrados, primos con el grillete al pie, buenas señoras que portaban toda una documentación revolucionaria en las varillas del *malakoff*... Pensad en esta mole de tradiciones sobre un mísero estudiante de Derecho, boquirrubio y almidonado, que de la mesada que del Camagüey llegara puntualmente a la patrona “para entregar a J. A.” tenía que descontar una buena parte con destino al aceite de bacalao y al ioduro en veinte formas. No esperé a que me lo recordaran las muchachas de mi calle, ya bien insinuantes con sus lazos azules y rojos. Corrí a la guerra. ¿A qué decir con qué disfraces ni mediante qué curiosos sistemas de transporte?

...Pero no era cosa de hurgar ahora en los orígenes de lo que ya no tenía remedio... No malgastaba así el raro tesoro que es el sueño en la guerra, mi compañero Ricardo Luján—alumno de tercer año,

reprobado perpetuo en Penal—que había venido a la guerra por significar algo en *el curso*, por escribir a la novia desde la prefectura tal, por una de esas menudas razones que en todas partes llevan a los hombres a destrozarse. Mi compañero de aventuras roncaba sabrosamente entre los hilos de su hamaca, dominando la turba de cuerpos, monturas y serones flojos. Sobre ellos se espantaba los mosquitos con los ojos cerrados. Timotea, la tenienta, una de esas Amazonas negras, que aterraban a los soldados bizoños, extraña bestia andrógina que ninguna lujuria hubiera profanado. Un bulto cercano y sosegado denunciaba al gigante Joaquín, el temible machetero dominicano, ahora flácido e inofensivo, exhaustas las manazas colgantes, extinta su risa estruendosa de buen muchacho. A su lado un perro enorme velaba alzando la testa gorda a cada rumor de los insectos en el techo pajizo. Y fuera del tinglado primitivo, entre los árboles y junto a las trincheras, anegado en la hierba húmeda, iba prolongándose aquel pueblo de sombras quietas. El silencio saturaba las cosas. Sólo algún relincho agrio de bestia en celo, rasgaba la paz del campamento de *Cheo* Molina, anexo a la brigada de José Maceo y ahora en línea, frente al caserío fortificado de Almiquí.

La jornada había sido dura. Ocho horas de fuego incesante. Ya podéis suponer lo que encontró el crepúsculo: un par de fuertes desmoronados allá, a lo lejos; un grupo lamentoso aquí, en la impedimenta.

El mezquino pueblecito, agazapado tras sus fosos alambrados, se había defendido bravamente. Con el refuerzo peninsular que pidiera acaso el tendero asturiano, algún clásico don Cleto o don Bartolo de ru-

dos bigotes y acento avinagrado para recibir con decoro a los mambises, hubo para todo un día de brega, entre un vendaval de balas Mauser que saludaba a otro turbión de *parque amarillo*; mal fabricado en las rancherías de la Sierra Maestra. El sol cantó alegre e indiferente sobre aquella escena monótona, de implacable simpleza, página de una guerra de maniguas difusas contra fuertes blindados, económica de proyectiles, confiada siempre en el factor de tiempo y de lugar.

¡Enigmas de la guerra!... Mis juicios de pacífico metódico se desconcertaban al pensar qué iba a ganar nuestro coronel con la conquista de aquella plaza miserable en que por seguro, no habría ni con qué remojar la garganta. Ni tampoco justificaba yo el empeño de aquel hipotético don Bartolo o don Cleto en defender un oscuro rincón, cuya insignificancia le aseguraba la paz bajo cualquier gobierno. Pero la casualidad había querido enfrentar a dos testarudos de la misma marca. Y por esta simple tangencia de dos vidas gemelas—he aquí todo—enseñaban ahora las panzas verdosas algunos infelices, mientras unas cuantas siluetas temblonas abrían a la luz de la hoguera una zanja honda, muy honda...



...Sobre mis meditaciones sosegadas fué tendiéndose un velo de nieblas. Fué uno de esos gruesos letargos de esta vida perra. La diana criolla, traviesa y martilleante como un repique de domingo, me echó de la hamaca entre el barullo difuso de todo el campamento desperezado, bajo el lívido claror de una madrugada tibia, algodonosa. Un muchacho de

tostado torso desnudo, pasó despertando a los modorros con un largo bejuco: una travesura obscena le valió una lluvia de insultos de la *Tenienta*.

El dominicano se desperezó mirando a lo lejos por el abierto tinglado.

—Ya nos saludan de allá abajo—dijo.

En el montón blanquecino del pueblo posado en medio de la árida sabana de palmas canas, se dibujaban las manchas leves de los primeros disparos. A poco llegaron las detonaciones, apagadas, secas.

Ricardo Luján, que afuera apretaba la cincha a su caballo, compareció alegre; con un gran gesto bizarro desenvainó el *yaguaramas* y con él describió un círculo fulgurante en el aire:

—¡Hoy tiembla la valla!—exclamó—con brillo africano en los ojos.

De repente un silbido agrio, semejante a un maullido, cortó las hojas altas. La corneta rebelde sonó más cerca. Recogiendo objetos desperdigados pasó un negro cojo con su saco pendiente del hombro. Los caballos se encabritaron entre los grupos inquietos haciendo chasquear las piedras rodadas.

—¡Al avío!—gritó alguien entre el pelotón. Dice el coronel que el que quiera desayuno tiene que tomarlo en el pueblo.

Diez minutos más tarde estaba formalizado el combate. *Cheo* Molina vigilaba el ataque en medio de un tropel de jinetes, allá a lo lejos; débil figurilla encajada en un grueso caballo campesino.

Mi papel en estos casos era bien poco interesante. Pese a mis heroicos pañales es lo cierto que todo aquel extraño aparato me molestaba... Necesito explicar el caso en dos palabras.

No, no soy ni he sido nunca un cobarde. De mis hazañas de colegial hay monumentos vivos en las cabezas rotas de algunos queridos compañeros. Después he tenido un par de duelos y tres cuestiones solucionadas con actas, que son también una muestra indirecta de valor... Soy simplemente un ¿cómo diré?... un cómodo. Dilettante de los chocolates en la cama, espectador de los estrenos, ducho en las jueras a la moda, ¿cómo podían conciliarse estos urbanos gustos míos con aquella vida a salto de mata, limpio el estómago y andrajosa la indumentaria?... ¡Pero ya estaban hechas las cosas, por honor del nombre!... Ahora soñaba con llegar a uno de esos campamentos ilustres donde un general de las dos guerras reunía cada noche en su rancho a todo su estado mayor en arduas disquisiciones sobre el porvenir de la patria y las relaciones de la música con la poesía...

¡Pim, pam!... El plomo cantaba cerca, cortando el curso tranquilo de estas divagaciones. Cerca de nosotros un soldado se dobló con una maldición, atravesado el vientre.

—Vámonos de aquí—me dijo Ricardo—y en aquel momento un botón de su cuello saltó arrancado por otro proyectil.—¡Mal rayo!... Aquí no hacemos nada y estamos en peligro.

La compañía entera, puesta en reserva, le siguió a paso lento, por un tortuoso sendero de grava. Junto a mi caballo, la amazona negra, los blancos dientes al aire, hostigaba a su pobre mulo, comido de sarna; y un corto machetín le azotaba el muslo nervioso y masculino. Vagando a la sombra de los jagüeyes, veíamos a trechos el pueblo, cuyas descargas cerra-

das propagaban un eco rumoroso en los farallones azulados. Por las cuestas suaves brillaban aisladas las armas de algunos grupos.

De pronto una noticia circuló: el enemigo hacía una salida, tal vez una retirada.

—¡A cargarlos! ¡A cargarlos!

Un chorro humano descendió hacia el valle en hormigueante confusión de jinetes e infantes, mientras la corneta, ágil, incisiva, llamaba diabólica a degüello. No puedo decir lo que pasó allí: el huracán me envolvió; mi caballo corrió con los otros; mi machete silbó como los demás machetes. Y vi al dominicano volar hacia las casas que se agrandaban y se definían. Y vi al coronel tendido sobre las crines, mezclado con sus hombres. Y vi bajo mi caballo veloz un cuerpo conyulso. Y vi en los claros del humo, el cuadro azul de los españoles que se escalonaban en retirada. Y vi, al fin, entre el macheteo feroz, a la terrible *Tenienta* abrazada a un sargento español sin sombrero, cuyos ojos se espantaban bajo las cejas hirsutas al verse tan cerca del monstruo...

Pronto saltábamos las trincheras rotas, Un pelotón siguió picando la retaguardia a los fugitivos, mientras nuestros caballos atravesaban rescoplando la calle central entre la doble fila de casas cerradas. A lo lejos se debilitaba el tiroteo, en tanto el jefe recorría el pueblo. Frente a una tienda abierta se detuvo al fin. Un hombre gordo, trémulo, se quitó el sombrero para acercarse a su caballo.

Fué allí donde nos reunimos.

—Capitán—me dijo el coronel suavizando sus duras facciones de campesino—. Ya puede su gente matar el hambre. Desparrámela por ahí.

Y añadió con un acento de rencor:

—Anden aprisa, que voy a darle candela al pueblo... Eso menos tendrán los otros si vuelven.

Y he aquí que un nuevo personaje sobrevino de repente; era un viejo alto y nudoso, de simpática lámina guajira, que levantaba las manos al cielo, implorando por su casa. Desde una puerta entornada, dos mujeres le hacían señas desesperadas, llamándole.

—Amigo—exclamó con cantante dejo—¿qué es lo que quieren hacer ustedes? Primero los soldados, después los insurrectos... Ya no quedamos en el pueblo más de media docena... ¿Pero es que no *pue* uno trabajar en paz?

El coronel lo escuchó un momento en silencio con mirada de pena. Pero la guerra es cruel. Esquivando la respuesta tartamudeó espoleando a su caballo:

—Dígale eso al jefe... Allá abajo...

Las dos mujeres surgieron entonces. Viéndome echar pie a tierra, sus semblantes reflejaron una súbita expresión de espanto. Creí oportuna una caballeresca explicación:

—Ciudadanas, todos somos cubanos. Ni ustedes ni su padre tienen que temer nada...

Mi cortesanía las convenció y todavía angustiadas tornaron al portalito con el viejo, que se dejaba conducir. Por el otro extremo del pueblo nacía negra y pausada, una columna de humo. El hambre no obstante me apuraba a aprovechar los minutos. Pronto pasaba por mis fauces a grandes trozos un enorme pan de maíz.

—Ya verán ustedes—aseguraba yo con la boca llena—como no les pasará nada.

Pero una de las muchachas al acercarse temblorosa

a la puerta, volvió con el rostro lívido. El viejo comprendió.

—¿Ya?—dijo lanzándose a la puerta.

Y al ver la línea de llamas en el viento me dijo con las dos manos posadas sobre mis hombros:

—Dos hijos le había dado a la guerra. Ahora le doy la casa... todo... En fin—suspiró—con tal que sirva de algo...

Momentos después salían con nosotros, incorporados a nuestro campamento nómada. Detrás del grupo fingía el pueblo una cinta de aurora boreal, y las palmas crepitaban enviando pavesas a lo alto.

Una de las muchachas lloraba sobre su lío de ropa. La otra parecía extrañanamente animada. Esta era morena y fuerte, con algo varonil en el andar. Aquélla era pequeña, tímida, casi bonita, medio rubia, un poco sentimental en sus trapos de guajira...

II

He de escribir yo algún día un libro trascendental que llevo dentro, *El amor en la guerra*: he aquí su tema, presuntuoso, enfático, digno de una tesis doctoral. Unas trescientas páginas, todo médula.

Porque convengo en que mis ansias por aquella fresca muchacha medio bonita, un poco rubia, casi sentimental, eran algo previamente escrito en el magno itinerario de los destinos humanos. Pero, ¿cómo nació aquello, cómo creció?

A los cinco meses de campamento, nuestro concepto de la mujer ha sufrido muy notable modificación. Quizás nos hacemos castos por el derivativo del cansancio; tal vez nos hacemos tontos por la vida instintiva, al ras de la tierra. ¡Vaya usted a saber! El caso es que el aporte de algunas hembras al paso por el pueblo de Almiquí, no conquistó con el ruido fofo de los trapos y los melindres ante las voces de las alimañas, otro tributo que el de un leve desdén o un asco leve, como el espectáculo de un animal triste, incapaz para la pelea o el hambre. En todo caso no era la primera vez que erraban con nosotros grupos de muje-

res, de una prefectura a otra, utilizadas en los hospitales, siempre componiendo el mismo cuadro de algo pobre y sucio, de algo que se descompone y enferma periódicamente y que en resumidas cuentas estorba...

Con permiso del coronel, ¿puede haber cosa más inhumana que la guerra?

Esperanza era la mayor, Juanilla contaba dos años menos; quizás andaba por los diez y siete. Ocupaban un lugar en la impedimenta con el viejo Fundora que, paseando su cabeza bamboleante de gran bestia, husmeaba por los serones de viandas. Y ahora debo añadir que la impedimenta es el eslabón más curioso de una columna insurrecta. Depósito de todo lo ruinoso y lo débil; almacén ambulante de chiquillos aventureros, de heridos en convalecencia, de rancheiros, sanitarios y acemileros que se absorben en pacíficos trajines; rincón de barullo e indisciplina donde se encuentra el avío de coser que nos falta, el trago de aguardiente para nuestros nervios flojos, la refrescante charla femenina que nos pide el espíritu cohibido.

En nuestro andar errante hacíamos altos de varios días. Se vivía entonces entre murmullos confusos, rasgados por voces de mujeres en riña alrededor de grupos de matarifes que descuartizaban la res sorprendida poco antes. Era éste de la matanza un momento de sensación que confundía en la misma curiosidad morbosa a soldados y pacíficos. Yo acudía siempre de los primeros tratando de acercarme al rancho de las mujeres, y éstas, poseídas de una leve fiebre abrían los ojos oyendo los sordos mugidos para adivinar desde lejos la agonía de la res. Una vez tuve

lo idea de llevarlas cerca, con un deseo picante de comunicarles mi horror. Y ellas vinieron.

—¡Ohé! ¡Hop! ¡Hihop!... se escuchaba de entre las maniguas caladas de luz.

La bestia venía rápidamente, pataleando sobre la tierra reseca, abriéndose paso con su vasto corpachón por entre los arbustos espinosos; tras ella, teniéndola por una larga soga, corría sin sombrero Ricardo Luján, gozoso con aquel gran juego de su espíritu y de sus músculos, rojo, desmelenado, derramando salud.

Por fin llegaron al calvo redondel formado en la hierba, de donde una zanja cárdena y vampírea escapaba hasta el río. Luján adelantándose llegó hasta un palo recio que se erguía en medio de la tierra pelada, y allí hizo rápidamente un lazo fuerte deteniendo en seco la carrera de la res. Era un toro blanco tocado de lujosas manchas de oro viejo desde la cruz a las agujetas; parándose con la cabeza doblada a la tensión del lazo, jadeaba rítmicamente, desbordando los ojos, como si no vislumbrara el porqué de aquella persecución, y aquel escenario. El sol a plomo, azotaba sus ancas esparciendo nueva luz hasta nuestros refugios de sombra. Una de las mujeres rompió en una risa convulsa; y el toro estremecido, olfateando la sangre cuajada en el suelo, echó fuera un mugido largo, como si quisiera llevarlo hasta los lejanos corrales, llenos de palpitaciones, del otro lado del palmar.

Entonces los hombres que ayudaban a Luján, las blancas camisas reluciendo en el sol, fueron acortan-

do la cuerda hasta clavar al tronco el testuz ancho y vigoroso. Luján, risueño como un torero en la plaza, sacó un puñal que chispeó en el aire, y brindó la res a Esperanza Fundora, cuyos ojos fulguraban. Y súbito, ahorrando tiempo, acaso con un vago miedo, zigzagueó la hoja en el aire y la clavó pesadamente en el cogote duro y veloso.

Un clamor de protestas y de risas coreó la faena. La res pateando furiosamente bajo la torpe acometida, logró doblar la cabeza astillando la cornamenta contra el palo que se enrojecía; y ya la posición fué más difícil. Luján cortado, apretados los labios, probó un segundo golpe. Pero el cuchillo rodó sacando dos o tres ojales a la piel. Nuevos gritos vibraron en la atmósfera limpia. Juanilla, junto a mí, volvió la cabeza, mirando con débil deseo el techo de su rancho, que apuntaba sobre las maniguas.

El toro había logrado apartarse un tanto del bramadero, aflojando la cuerda. La cabeza baja, tinto en sangre el cuello fornido, sacaba por un lado un pedazo de lengua amoratada, y diríase que esperaba para herir. Fué un momento de estupor. Luján rabiando, los ojos inyectados de sangre, espantoso, rodeaba el cuerpo enorme del animal buscando un nuevo punto para su puñal: el grupo de hombres miraba inmóvil.

De repente, una mujer se adelantó. Era Esperanza, la mayor de las Fundora. Iba riéndose, doblado el cuerpo en las convulsiones de las carcajadas.

—¡Muchacha!—gritó Juanilla incapaz de movimiento.

—¡Déjenme!—dijo la otra.—A ver acá... No será el primero.

Todas la dejaron paso. Un deseo de egoísta, de acabar la escena, les hacía alegrarse. Tal vez. Hay mujeres para todo...

Ricardo Luján, al verla llegar, echó un terno. Ya aquello era una afrenta. Y precipitándose loco sobre la bestia se cogió a una de sus astas y así hundió dos, tres veces, sin apuntar, la hoja aguda sobre el pescuezo y en la cruz. El toro se revolvió, roncando bajo el dolor hasta que en un revés supremo se deshizo del asesino arrojándolo como una pelota sobre la hierba quemada. Y atado, pero sin morir, abiertos y pasmados los ojos, sacó la cabeza a lo alto y así bramó con varios gritos roncocos y prolongados pidiendo tal vez auxilio a la justicia bestial de los suyos.

De pronto el clamor se cortó en su belfo. Esperanza, risueña y ágil, había recogido el puñal del suelo, y sedosamente, sin ruido, y apuntando un momento a la nuca inmóvil, había descargado el golpe decisivo. La res dobló la cabeza sobre la flácida papada, parpadeó un segundo; y con un temblor a lo largo de las patas, cayó pesadamente sobre su lecho de sangre.

—¡Bravo!—gritaron alrededor.

Y Esperanza, felina, tornando a ser mujer, se sentó tranquila sobre el costado enorme del toro y allí gozo, entornando los ojos, la embriaguez salvaje del triunfo. Cuando volví los ojos fascinados, vi a Juanyilla que separándose de las otras mujeres, se pasaba la mano por la frente con un gesto de enfermo. A su lado el coronel, súbitamente aparecido allí, la bromeaba por su miedo, y reía con una risa gruesa, llena de saliva pastosa.

Aquel episodio quedó mucho tiempo en mi memoria, porque con él quedaron marcados en brutal relieve los dos temperamentos. La una, morena, creeríase la gitana, aspiraba el aire de la guerra como un ambiente hecho para sus pulmones de bohemia. La otra, pálida y triste, traía el recuerdo brumoso de los prisioneros de bárbaras hordas; acaso nos temía como a tales, con una desconfianza vaga que se refería a todo lo suyo, a su vida, a su honor, hasta a sus prendas de coral y nácar envueltas en el pringoso pañuelo. Una vez preguntó con angustia en sus ojos verdes:

—¿Es cierto que hay en la guerra unos negros dominicanos con argollas en la nariz?

Pronto estuvimos todos enamorados de ella. Y yo veía merodear por el rancho de la impedimenta a Luján, al francés expedicionario que habría de preparar la dinamita, al coronel Molina, grave y duro, con sus ojos fruncidos entre los pómulos salientes orgulloso de sus súbitas apariciones napoleónicas en los extremos del campamento, bajo la noche muda.

¡Oh, las noches del campamento! Sobre la hierba mojada o en las hamacas abiertas cambiábamos ideas simples ante el bohío de los jefes que echaban un trozo de luz hacia la tierra dura y hacia las hojas de los árboles. De las palmas cercanas caía el grito melancólico de los pájaros y en lo azul chispeaban las estrellas. Boca arriba, sobre la malla floja, leíamos distraídos su caprichosa combinación.

—Aquella es Orión; aquella Casiopea; aquella es la Cruz del Sur.

Del otro lado de las sombras espesas emergía de pronto la voz de Esperanza Fundora, cantando gua-

jiras al compás de dos piedras, voz cálida de contrato que denunciaba una garganta ancha y una boca grande y fuerte. Y todos callábamos ante el imperio de aquella vibración lejana, puestos los ojos del alma en el interior revuelto y risueño del rancho de las mujeres.

Una noche de aquellas, al dejar la hamaca por una necesidad íntima de caminar, de mover los brazos, de dar gritos, sentí de pronto, sobre los hombros las dos manazas de Ricardo Luján.

—Vamos a ver—dijo con rudeza—¿Por cuál de las dos te decides? Porque no es cosa de hacer aquí parodias de salón.

La expresión de mi amigo y los codazos con que la subrayaba, al andar, me intimidaron como la lontananza de un peligro. Ante mi mutismo, se sentó sobre una gran piedra, levantando con un brusco ademán la vaina del machete.

—...Porque si tú no eliges, continuó—yo he tomado ya mis posiciones.

Y cambiando la voz agregó:

—Vamos, ¿qué te parece la trigueña?... La tengo madura; cayéndose de la rama...

Suspiré aliviado. Y él me relató cómo se habían encontrado dos o tres veces a solas, mientras se apartaba ella del rancho para bajar con ropas a algún arroyo dormido entre las cañas bravas. Las conversaciones habían sido ardientes; al pasar por entre las hojas se inclinaron cierta vez para evitar un ramo de espinosos *aromas*, y él teniendo cerca los labios carnozuelos de la muchacha los besó frenético, mientras abarcaba con su mano ancha la pulpa de los senos inquietos. Al fin la dejó bajo el ruego de no

abusar de su soledad. Y ella prometió ser buena con él en lo sucesivo.

Yo sonreía envidioso. Y entonces evoqué claramente la figura fuerte y dominadora de aquella muchacha, tan distinta a su hermana. Aquélla se hallaba entre los mambises como en su propio elemento; diríase que ansiaba encontrarse por azar en un combate de abundante carnicería y absorber en los momentos del triunfo o de la fuga, el olor mareante de la hecatombe. Su amor debía de ser violento, casi cruel; sus besos serían mordeduras sangrientas. Y al observar en vago paralelo los recios hombros, el rudo cuello de aquel bruto de Ricardo recordaba pálidamente los bajo-relieves asirios y babilónicos que pintan luchas de monstruos animados de odio o de amor.

—Pues si se te entrega, anda con ella—dije sonriendo con esfuerzo, con un vago terror a la realidad que se me echaba encima...

Los días corrieron grises, sin matiz. Una tarde arribamos a una prefectura fundada en el batey de un antiguo cafetal, clásico batey de campanario alzado sobre zócalo de hormigón y pozo derruido con agría garrucha en el brocal, en lo llano de un valle sembrado de rojizos y desaliñados cocoteros. El prefecto, mambí de la *guerra grande*, que como en su casa vivía allí con la parienta y los chicos entre un grupo de cerdos que hozaban en el fango, nos prestó durante unos días sus bohíos esparcidos en derredor del vasto caserón y su zona de cultivo donde verdeaban yucas y boniatos. Al amparo de su barba

de profeta y bajo el temblor de la bandera de Cuba Libre, clavada en una caña brava, dejamos resbalar el tiempo, mientras se reponía la columna para seguir su ruta militar, en espera de algunos despachos del general Maceo que debía de andar a pocas leguas de allí.

Detalles estratégicos eran éstos, de los cuales me tenía a punto la *Tenienta*, el temible marimacho, que se aburría atrozmente en la forzada quietud del campamento. Siempre me fué interesante aquel tipo andrógino, el más fiel asistente de *Cheo* Molina. Encargada siempre de misiones peligrosas, llegaba a su lado de vuelta de algún *forrajeo* audaz, saltando como un perro cariñoso, brillante de sudor la nerviosa musculatura por entre las desgarraduras de su traje de hombre, secas las abiertas fauces por donde asomaba la blancura de los dientes limados en punta.

La *Tenienta* me concedía su amistad; acaso con cierto aire de protección varonil ante mi pobre timidez femenina. En cambio odiaba a las mujeres, y aquella parte del campamento de donde surgían risas y barboteo de agua jabonosa, le parecía una deshonra y un peligro del ejército.

—Perras, decía al verlas tejiendo sombreros bajo el sol. —¡Qué tonga de satas!... Güena guindá de guásima les daría, pa que no fueran luego con cuentos al *soldao*.

Hubiera dado cualquier cosa buena por verlas en un apuro, por hacerlas llorar un descalabro en esa perrería de la honra! Una vez se le presentó la ocasión.

Fué una noche en que sobre mi aburrimiento de vagabundo, caía una luz romántica de luna llena,

bordando los senderos de nevados encajes. Una ceja de monte a la derecha me enviaba el hálito sosegado de su seno, pletórico de vidas menudas. De pronto se alzó un ruido de maniguas profanadas. Y oí como si de la tierra surgiera, la voz de la *Tenienta*, fantástica y dura:

—Po aquí... Po aquí... No tengas mieo...

¡Diablos, que podrá ser aquello! Un acento débil se quejó entonces, entrecortado:

—Pero... ¿adónde vamos?... ¿No me decías... que mi padre... me llamaba al rancho?...

Conocí la voz de Juanilla, la chiquilla de Fundora. Y vislumbrando lejanamente la clave de aquello, torcí con el corazón en los labios hacia la espesura tras las dos mujeres, adivinando en la sombra los ojos salvajes, fascinadores de la negra.

—Po aquí... po aquí vamo ma corto... Sigue, que te conviene...

Se escuchaban de nuevo las duras sílabas africanas, y los golpes de su machete al abrirse paso entre los guayabales. Pronto llegaron a una antigua tranquera derruida; y ya no me quedó duda: momentos antes había visto sumergirse entre las frondas en esa dirección, la silueta doble y pesada del coronel, el cíclope guajiro que enrojecía al hablar con las mujeres.

Tuve un minuto de melodrama: perdonadme. De un salto me planté frente a las dos mujeres en mitad del portillo, obstruido por palos secos. La muchacha gritó ahogadamente hurtando el cuerpo hacia atrás, mientras la negra, confundiéndome en la sombra, reía con las manos en las rodillas:

—¡Ueté tiene prisa, mi coroné!...

Pero al levantar la cabeza quedó extática: a la claridad lunar dejó ver una expresión de pasmo idiotizado. Juanilla Fundora miraba a todas partes, perdido el rumbo entre las maniguas, próxima a llorar.

—Vamos, esto no es nada—le dije después de una pausa... —Yo andaba por aquí... casualmente... Usted quería ver a su padre, ¿no es eso? Bueno; ahora, vamos los tres juntos...

La *Tenienta* había pasado del asombro a la cólera y de la cólera a la violencia. Su superioridad física me miró con desdén.

—¿Y quién eres tú, jubo e caña, pa meterte en lo que naiden te ha echao maloja?...

Y avanzando el cuerpo trató de asir de nuevo a la joven por un brazo.

No sé de dónde saqué aquella explosión de valor. Con un terno cálido y brutal me abalancé al cuello de la negra, que con un salto atrás y llenándome de improperios hizo fulgir en la luna el *yaguaramas* desenvainado. Los dientes le relucían como de loza. Sin tiempo para sacar mi machete corto, agarré un leño rodado, parando un tajo terrible. Detrás oí gritar a Juanilla, pero no pude mirar, dominado por el monstruo iracundo... Comprendía ahora a los españoles degollados por ella... Por fin, loco de miedo, como aquellos caballeros que luchaban contra fantasmas, aproveché un segundo vacilante de su machete para darle un golpe titánico, desesperado, en el dorso de la mano. Dió un aullido de rabia y la hoja doblegada cayó a sus pies. Entonces, ávido, salvaje, temiendo una reacción de la fiera, me le eché encima abrumándola a puñetazos entre los haces de

malvas. De su boca hinchada y espumeante, brotaban todavía roncros insultos.

Poniéndole una rodilla al pecho saqué el revólver, mientras arrojaba lejos el largo *yaguaramas* hambriento de sangre. Después la dejé levantarse, apuntándole siempre.

—Sigue de largo—dije con la voz temblona.—Sigue, y no mires para atrás.

Al perderse bajo una ceiba, me hizo una señal de amenaza. Luego sentí el vuelo de una piedra sobre la cabeza y el ruido de sus pies descalzos huyendo hacia abajo. Al mirar en torno, no encontré ya a Juanilla.



—¡Juanilla!... ¡Juanilla!...

Acechando los rumores, pude encontrarla en lo más intrincado del manigual, vagando como una sonámbula. Al verme tembló de nuevo.

—Vamos afuera, le aseguré. Ya anda lejos la *Tenienta*, hablando con ese bárbaro...

Os juro que en aquel instante ningún mal pensamiento perturbaba mi cabeza de héroe; os juro que busqué honradamente, con miradas perforadoras, la salida hacia el campamento. Pero he aquí lo difícil. Perdida toda orientación, atravesamos los matorrales húmedos, bajo el zig-zag fosfórico de los cocuyos; y las yagrumas irguiéndose a nuestro paso fantaseaban su hojarasca de dos tonos, semejjando ora mariposas negras, ora mariposas de plata. Marchábamos sin hablar y yo sentía detrás los pasos de la muchacha paupérrima, anonadada ante la emergencia de una noche pasada a solas con un hombre. El campamento apa-

gado dormiría quizás muy cerca, acaso a algunos kilómetros... Al cabo de largo caminar reconocíamos el mismo tronco doblado, el mismo bejuco trepador que nos obstruyó el camino poco antes. Fatigados, caímos, al fin, sobre el suelo quebradizo...

Aquella intimidad por el común contratiempo, hizo que conversáramos con una suelta comodidad que nos hacía ligero el tiempo y tolerable la fatiga. La pedí declaraciones francas sobre nosotros los mambises; quise escarbar en su historia anterior; la confesé la dulce impresión que su silueta frágil me hizo aquel día rojo en que conocí sus lágrimas...

Nos sentimos, tal vez, como náufragos de un mismo vendaval; y juntos protestamos de aquel mal vivir y de aquellas malas compañías. Quizás insinuamos hasta alguna murmuración determinada. Creo, sí, creo que le abrí poco a poco mi corazón, que ella, sin énfasis, sencillamente, me preguntó por mis novias de la Habana; que la anuncié que tendríamos que separarnos pronto, ¡quién sabe si para no encontrarnos ya en la vida!...

Una racha de brisa, presagiando la madrugada, se filtró entre el follaje. Ella sintió frío. Entonces quitándome la capa la rodeé sobre sus hombros, ciñendo blandamente su cintura... Su oreja cercana, clarucha como un pequeño caracol en la noche, me invitaba y puse un beso en ella. Después...

En el ambiente azul cantaban quedamente algunos pájaros que también se amarían a aquella hora. Todavía caminamos, hasta encontrar en un claro un techo abandonado, sobre viejas estacas. Entre los pliegues de mi capa, bajo mis caricias, única cosa dulce que aquel tiempo le enseñara, fué resbalando

en un sueño de niño, tranquilo y confiado. Yo, mirando a una estrellita verde, alta, muy alta, pensaba en las leyes de la campaña, en mi destino de libertador, en el triste trasiego de las presas de guerra de unas manos a otras. . .

III

Volvían las duras jornadas. Por los campamentos volaba una palabra sonora, simpática, vibrante como el lema de una aventura antigua: la Invasión. Ya la habían escuchado veinticinco años antes, aquellas mismas maniguas cuando a la Cámara de la *guerra grande* la propusiera Máximo Gómez en 1875. Ahora había saltado a las primeras palabras en aquel abrazo histórico de Gómez y Maceo, en pleno monte, cerca de la orilla de desembarco. Y todos la repetían confiados, presumiéndola un supremo recurso de pelea.

El general Antonio Maceo había hecho beber a su caballo en las aguas del río Cauto, prometiendo llevarlo a abreviar semanas después a las del Almendares. Había pasado el ciclo de explosión que relampagueó en Peralejo, Sao del Indio y el Jobito; ahora se absorbía el general en la tarea de organizar zonas militares, establecer reservas y verificar una buena remonta de caballos para dispensar de la enérgica prueba a los remendados jamelgos de la primera campaña. Después se supo que estaba la *gente* en Baraguá, de cuyos altos mangos que oyeron la célebre *Protesta* había de arrancar hacia Occidente la ex-

traña correría. Más tarde le vieron orillando el gran río, con unos mil quinientos hombres aparte de la larga impedimenta.

Una mañana de cristal en que oscilaban las palmas en el vaho de la tierra, se oyó un confuso trompeteo hacia los montes del Sur. Esta vez no se temió la llegada del soldado; las armas pestañearon y media hora más tarde se colmaba el batey de una muchedumbre de jinetes que hacían sonar los guijarros buscando estacas para amarrar las bridas. El prefecto dió un viva a Cuba Libre que le hizo temblar la flotante barba blanca, y que la turba polícroma contestó desanimada, con aire de cansancio. Entre el tropel casi sin distintivos, iba el general sobre su caballo claro, rodeado de hombres solícitos en quienes pude reconocer algunos retratos vistos en la prensa yankee: Miró, Castillo Duany, Pérez Carbó, Feria, los Ducasse, Quintín Banderas, gordo y risueño con su negrura lustrosa. Maceo se mantenía alto, membrudo, sobre la montura nueva. Su faz atezada, ahora sombreada por una barba crespa, era afable, y se humanizaba singularmente con dos arrugas profundas sobre las alas de la nariz. Los oficiales le miraban de continuo, como a mujer hermosa... No he podido olvidar la impresión...

Fué en aquellos días cuando quedó decidida mi situación sentimental. ¡Pobre idilio mío! ¡Cuán poco tiempo resbaló en el aura de aventura novelesca y casi heroica, en que yo lo había visto nacer!... Algo debió haberse tramado entre los oscuros ranchos, algo en que jugó papel muy importante la envidia. El viejo Fundora, modorro y goloso, se transformó por un súbito avatar en iracundo Rigoletto que gri-

taba la deshonra de su hija; Juanilla lloró y Fundora quiso beber sangre. El rumor escandaloso llegó hasta el Estado Mayor. Conocía yo de sobra los puntos de vista de Maceo en estas cuestiones y sospechaba vagamente lo que serían aquellas famosas salinas de Puerto Padre, a donde se enviaba a los donjuanes de charreta, no resignados al matrimonio... Por precaución dejé de ver a Juanilla; pero entonces llegaron los recados suplicantes, ensanchando el escándalo... El enredo fué tan perfecto que poco más allá nos casábamos frente a la barba mosaica del Prefecto, que anotaba el acta en un libro solemne. *Cheo* Molina mostraba una cara de gran ceremonia, siniestra y satisfecha. Esperanza pasaba de un lado a otro, ágil, caliente la sangre, doblando su cintura ancha, hecha para la fecundidad. Mi corazón lamentó la ausencia de Luján, desaparecido con las fuerzas invasoras; mi vanidad deploró la del general que días antes me hablaba de mi padre, y que al despedirse me bromeaba con subversivos pellizquitos: “¡Estos habaneros!”... Aquella noche, al apretar contra mi pecho la dulce cabecita castaña, besé sus ojos levantados que me pedían protección! Protección!... ¿A quién?

Porque... Debo decirlo... Aquel matrimonio y el paso de las huestes de la invasión, fueron en mí dos ideas asociadas, una de las cuales podía resolver la otra. De que estaba ya casado, obligado a responsabilidades ya marcadas por un Código, no me quedaba duda. “¡Oh, pensaréis, una organización provisional, en andamics!”... Y bien, ¿creéis por eso menos comprometido y *santo*—frase muy jurídica—el pacto que habían sancionado sobre mi firma una barba

hebrea, un murmullo satisfecho de hombres armados? No sé que haya más efectividad bajo la cúpula ahumada de un templo. Siempre serán una barba o una coronilla y unas enhorabuenas babosas las que verdaderamente nos han encadenado. Lo demás es letra de pluma. Letra muerta.

Comprenderéis ahora que mi cabeza se llenase aquellos días de planes estratégicos, no muy militares tal vez. Y pensé mucho en la incorporación a las huestes invasoras, quizás sin llegar hasta Occidente. Fórmula decorosa, caballeresca si queréis. Ella permanecería en Camagüey, con los míos. Al finalizar todo, se sabría si la cosa iba en serio...

Pero Juanilla lo resolvía todo fácilmente. Ante la exposición grave de mi plan:

—¿Qué, te quieres ir con la Invasión?—dijo, mirándome con sus ojos limpios. Pues, bien, nos vamos.

Y bajando la voz:

—Si me matan contigo, no me importa...

No había ya manera de ceder. Esperanza palmoteó como al anuncio de una romería, y el viejo pensó que en cualquier parte le iría mejor. Ya no cabía en un capitán—propuesto para comandante—anunciar con timidez su desistimiento reflexivo... Y, casi a la fuerza, fuí invasor.

Quiero decir que fuí invasor hasta la provincia de Camagüey. Al encontrar en el campamento de Mala Noche el grueso de la columna, obsequiada por el pueblo con un gran baile a la guajira, en amplio tinglado que caldeaban las luces de gasolina, se nos anunció que no se admitía impedimenta, y que no eran los planes del Cuartel General el hacer la inva-

sión en familia. Luján y *Cheo* Molina, reunidos a los invasores, trataron de interceder, mirando con ojos glotones a Esperanza que protestaba de quedarse. Pero no hubo modo.

—Bueno—acabó por decir el enviado—La sabana es de la República. Ustés puen hacer lo que les dé la gana.

Las cabezas del grupo conferenciaron: y al cabo decidimos formar nuestro Estado dentro de aquel nuevo Estado. Era día de difuntos; de una aldea, venía alegre cabalgando en la brisa, un campaneó martilleante. Seguimos el rastro del general Maceo, marcado por cajetillas de cigarros, ¡aún había cigarros! Delante de nosotros vimos poco después, más allá de un vadeo simpático, de excursión deportiva, abrirse un panorama chato, tostado, el panorama de mis queridas llanuras camagüeyanas. Y yo vi en sueños a Juanilla entrando con Esperanza en un cuartito confortable de la ciudad, instalada por mi padre, que sonreía ante las aventuras prodigiosas de su hijo...

Eramos, unos cincuenta, contada la media docena de mujeres; y por mi indicación nos dirigíamos hacia "La Caoba", el antiguo potrero de mi padre, al Este de Camagüey, en otro tiempo graneado de toros lucientes alrededor del barracón del arrendatario. Un día nos siguió una guerrilla a lo largo de un terreno pantanoso, velado de mosquitos, donde los caballos hundían los cascos con fofó chapoteo. De vez en cuando silbaba muy cerca una bala y todos bajábamos las cabezas instintivamente. Esperanza dejaba ver los dientes albos, y mirando hacia atrás con la voluptuosidad del peligro, iba a pegarse contra el

cuerpo sudoroso de un soldado. Y sus senos bailaban rítmicos en el galope...

Estaban para acabarse las viandas en los flacos se-
rones, y ya empezaban las disputas, cuando de im-
proviso surgió detrás de un abra la roja punta de mi
viejo palomar. ¡Tierra!... Ya era hora. Las avan-
zadas retornando alegres nos informaron que todo
estaba vacío, que "La Caoba" era Cuba Libre...
En un minuto estuvimos en el batey. Un negro de
cabeza algodónada, mi viejo Pánfilo, el boyero, pa-
seaba sobre nosotros su mirada inquieta, en medio
de sus hijos, de sus nietos desnudos...

—Pánfilo, ¿no me conoces?

—¡Ah, niño Juancito!... ¡Alabao sea Dios!...

Luego me dió nuevas de mi familia: me contó có-
mo se habían reunido allí recientemente la caballería
camagüeyana con el contingente invasor, refuerzo
aquel con que contaba Máximo Gómez.

—¡Bah!—pensé, puede pasarse muy bien sin nos-
otros.—A ver, viejo, ¿qué hay para comer?

Entonces vi desde el portal las manchas lejanas de
muchas reses, cientos, miles, al menos así las multi-
plicaba mi imaginación.

Después me llevó misteriosamente a una despensa
disimulada donde blanqueaba un depósito de quesos,
de aquellos quesos prensados que antaño iban en
anchas hojas de plátanos a la ciudad, y que ahora me
enviaba el perfume lejano de mi niñez.

—¡Vamos, muchachas, a la carga!...

Luego salí al portal con Juanilla. Y estrechando
contra sus harapos mis harapos de Robinsón, sentí
hincharse mi pecho con una oleada póstuma de or-
gullo burgués...

IV

Os he hablado más de lo que quería del curso homérico de la insurrección. Soy, como ya sabéis, un pacífico tristón a quien sus apellidos trajeron a la guerra para ver menudos detalles poéticos, para hacer poco daño al enemigo.

Habéis de saber, según eso, que vejetamos sin contratiempos en la vieja hacienda. Adscritos como hospital de sangre a una brigada, fuimos visitados frecuentemente. Se nos envió un médico, un viejo silencioso, antiguo farmacéutico, que pasaba los ratos perdidos en un rincón atestado de brebajes extraños, defendido por letreros terribles.

Una vez descendieron frente a nuestro portal, dos jinetes en rumbo al gobierno, instalado ahora en la sierra de Cubitas.

—¡Ricardo, *Chcol*, grité al reconocerlos.

Nos abrazamos con cariño. Ante mi confusión no exenta de agradecimiento, me palpaban buscando si no tenía alguna herida. Llevaban largas barbas manchadas de fango, y el rostro de Molina parecía más sombrío, bajo el amplio sombrero tamaño como un quitasol. Habían venido a una comisión del Segundo

Cuerpo. Pero al sorber conmigo, poco después, una taza de café cerrero, no pudieron tener las lenguas quietas y declararon muy simplemente que habían venido a *majasear* un poco. Se batía el cobre por allá abajo.

—Mira—dijo Ricardo enseñándome una cicatriz en el brazo, blanco y delicado sobre los codos.—Esta fué en Bejucal!...

El mediodía pesaba sobre nosotros. Y al prolongar una pausa, viendo que Molina tomaba rumbo al batey, se me acercó Ricardo confidencial.

—¿Y Esperanza? ¿Con quién está ahora?

Sonreí. ¡Cualquiera adivinaba con quién estaría aquella hada propicia de los ejércitos! Unos venían a la guerra a matar, otros a curar heridos; ella vino a consolar a los tristes con la panacea incomparable del amor. Santa risueña, ¡qué más dulce limosna que aquella que niveló a jefes, oficiales y clases y de cuyos misterios sabían las cálidas maniguas camagüeyanas!

—Ahora—respondí—te estará esperando. No hace mucho se fué con un comisionado que pasó por aquí... Dicen que estuvo en un pueblo... Después volvió como si tal cosa... Y ahí está, más apetitosa que nunca... ¡Ah, si no estuviera aquí Juanilla!

—Luján abrió los ojos:

—Juan, ¿qué es eso? ¿Te has aburrido ya de tu mujer?

Diríase que aquella exclamación me cogió infraganti en mi pensamiento. Maquinalmente extendí la mano para tapar la boca a mi amigo. ¡Pobre Juanilla! Lo cierto era que sin dejar de amarla, la visión ondulante de su hermana me ponía a veces un

haz de candelas en los ojos, haciéndome odiar cuanto se interpusiera entre su carne y mi deseo. Esperanza lo sabía, lo había oído, para expresarlo en una forma de animalidad. Y cuando junto a mí cruzaba, aún delante de Juanilla, sus pupilas tenían más cambiantes de luz, su cintura se anchaba más al andar, sus manos se hacían más temblorosas al resbalar sobre su pelo bronceado y tomaban, en suma, una aguda exaltación todos sus potentes órganos de sembradora. ¿Por qué ese efecto? ¿Acaso porque era yo la fruta difícil?...

—Y no sabes lo mejor—continuó.—La pobre Juanilla...

Mi amigo comprendió mi seña.

—Vamos ¿también sucesión?... Qué apuro, en estas soledades!...

—¿Qué vamos a hacer, chico! Los camagüeyanos tenemos siempre algún hijo en la manigua,... Eso viste mucho en la historia...

Concluí con un gran suspiro:

—Bueno; has llegado en hora oportuna. Adjudícate otra vez a Esperanza. Así tendré yo que estar quieto a la fuerza...

Luego salimos a visitar los ranchos. Del fondo de un *conuco* miserable salió un oficial sin más traje que un pantalón viejo. Después surgió de un haz de guayabales que respiraba con un humo blanquecino, un grupo de soldados que, con el largo *paraguayo*, colgando hasta los pies, rodeaba a *Cheo* Molina escuchando sus noticias de los amigos.

—¿Quién, la *Tenienta*? ¡Una fiera! En Cacarajícara la hicieron capitana... Ahora quería venirse conmigo para acá...

Y así de los demás, de Joaquín el machetero dominicano, de Perico mi antiguo asistente, de un hijo del prefecto que se fué con el general Maceo... Casi todos muertos, macheteados en sorpresas de campamentos...

Tres tardes después siguieron viaje al Gobierno con la promesa de volver. Una sonrisa de Esperanza, que lavaba con otras mujeres bajo un tinglado, había caldeado a un tiempo mismo la sangre de los dos hombres. Y, amistosos rivales, desaparecieron agitando los sombreros.

Entonces... Tenía que suceder... Entonces y en los días que siguieron, un deseo loco de fundirme en aquellos brazos de Esperanza, tentáculos mortíferos de pulpo, me quitó el sueño, haciéndome codiciar las horas que huían... Ahora... Sí... Antes que volviese el otro; antes que Juanilla pudiese evitarlo!

Aquello fué sin ceremonias. Una noche me lancé sobre ella como un tigre que ha acechado largo tiempo a su presa. Ella reconociéndome, después del primer susto, murmuró en la media luz:

—Bueno; pero no se lo dices a nadie... Por ti y por mí... ¿Sabes?

Yo sentía latir sus sienes...

Y todo tan sencillo, tan fácil... ¿Cómo pude vacilar tanto tiempo?

Fué un áspero idilio con el sol irritado por testigo de nuestra sed satisfecha. Y como tales satisfechos, nuestra actitud ante Juanilla era de calma, de una calma llena y fuerte. El médico palpaba algunas veces el vientre a Juanilla, y ella y yo hablábamos con entusiasmo del pequeño mambí que venía... Y así nos encontraron Ricardo y *Cheo* Molina a su vuelta,

alegres, como si en aquella jornada de vuelta hubieran pactado la paz... Y así los vi compartir ávidos aquel sabroso tesoro... ¡Ah, si yo pudiese escaparme con ella!... ¡Quién sabe!...



Nuestro campamento no era en realidad cosa de guerra. Lleno de domésticos rumores tenía más bien trazas de aduar gitano donde se protestaba pacíficamente del alcalde, del juez y del cura, del orden establecido de las cosas. Su situación aislada, lejos de todo camino hacía que por él suspiraran los heridos y los palúdicos, los que en las venas traían el morboso recuerdo de las costas de Turiguanó a Sabinal.

En la somnolencia de la tarde se escuchaba en tono de mansa sitiería, algún punto audaz de la guerra:

¡Alto! ¿Quién va? ¡La guerrilla!
 ¡Muchachos, machete en mano
 que esos son nuestros hermanos
 pero de mala semilla.

Contábamos entonces unos treinta enfermos. El doctor me había aceptado como interno, y entre ambos rellenábamos lentamente un pequeño cementerio dormido bajo los brazos protectores de cuatro mangos amarillentos, venerables. Sólo algunas salidas imprudentes de Molina con media docena de amigos para tirotear a los convoyes que cada veinte días se arrastraban trabajosamente por el camino central, habían interrumpido con una sensación de vaga alarma aquella grata paz que una nutrida piara de toros y el verdear de una tabla de viandas aseguraban.

Una madrugada tierna, tibia, hecha para amar, para dormir, para soñar, para todo, menos para morir, nos despertó en nuestro caserón el galopar ansioso de los avanzadas, y casi en seguida un pavoroso griterío que brotaba de los ranchos alejados donde se podrían los tísicos y los leprosos.

—¡Pa alante...! ¡Arriba con los mambises!,—se escuchó culminando los aullidos.

¡La guerrilla, la guerrilla que se nos echaba encima, la banda de mercenarios que conocían bien las veredas de su propia tierra y para cuya moral de presidio no había miseria respetable. Algunos tiros aislados sonaban mientras hacía su obra silenciosa el machete.

Recogí a los míos, todavía sin partido adoptado. El viejo Fundora apareció entonces, soltando ternos terribles, increpándome por la infamia de haberlo traído a estos apuros.

—¡Y ahora? ¡Y ahora?—decía casi llorando.

Echándolo a un lado salí con Juanilla al portal, voceando por Esperanza que no aparecía, dormida quién sabe en qué bohío. Aventurándome al otro lado del batey la encontré junto a las trincheras, mirando fascinada a la distancia humeante, un revólver en la mano caída y temblorosa.

—¡Ah,—dijo como si despertara al sacudirla yo... Toma, toma esto... Se lo quité a un herido. Quise ¡robar... y tiré al bulto... ¡Ah, creo, sí, lo he visto... ¡Creo que he matado a uno!...

De pronto nos envolvió la ola de gente que huía. Los enfermos arrastraban por los guijarros los largos camisolines.

—Son un burujón, se gritaba. ¡Lo menos quinientos!... ¡Asesinos!

Corrimos al caserón fortificado, que se tragó compasivo la muchedumbre convulsa. Dentro de aquellas paredes seculares, todos se creyeron momentáneamente seguros, y ya nadie pensó en huir. Reconocí junto a mí vivos, ilesos, a Molina, a Mendoza el médico, a Luján, a los nietos del negro Pánfilo. El sombrío salón, dominado por altas llaves, se colmó de murmullos. Por entre los resquicios del humo aparecieron algunas figuras azules a caballo, que avanzaban con precaución.

Fué un momento de prueba. ¿Por qué misteriosa fuerza se alejaron en ese momento de mi retina aquellos hombres valerosos, aquellas mujeres que se estrechaban contra mis hombros, y surgió, solo, claro, distinto, como no lo había rememorado nunca, mi alegre cuartito de estudiante, mi lecho desordenado con pelos rubios en la almohada, mi sombrero colgado en la percha, propicio a llevarme a los innúmeros refugios del capricho urbano?...

Fué uno de esos relámpagos de lucidez que trae el soplo helado de la muerte. Y todo me fué allí extraño, y hubiera deseado volar más por repugnancia que por miedo...

Me despertó de mis divagaciones la voz de Luján:

—Anda, saca el revólver... Ahora sí hay que batir el cobre...

Molina, tomando la dirección del grupo, daba órdenes breves. Una línea de fuego se había establecido por las aspilleras en silencio, cuidando no desperdiciar las municiones. Entonces el enemigo imaginó una fuga y animoso, dando gritos de júbilo, se

lanzó en desorden al batey, los rojos machetes al aire.

—¡Ahora!. . .—gritó Molina.

Y la casa, incendiada, diabólica, vomitó por todo su frente una racha de balas, doblando las patas a los caballos y volteando algunos cuerpos hacia atrás. Fué sólo un minuto de vacilación; porque feroces, ávidos de matar, se lanzaron a la casa, enviándole desde lejos una granizada de plomo. Un muchacho que curioseaba por un ventanillo cayó desde lo alto, con un ruido de fardo, tiñendo un grupo con su sangre.

Las mujeres se taparon la cara.

—¡En el nombre del Padre!. . .

Había que salvar a las mujeres. Recordé de pronto un refugio mediano, precioso, en aquellos instantes. Y así, sin ruido, con feroz egoísmo, llevé a las mujeres, al viejo, al negro Pánfilo, hacia un recinto amurallado del sótano, encierro antaño de los negros cimarrones desgarrados por los perros. Olía a maíz y a moho.

Subí otra vez, sin embargo, por un impulso irresistible. Por las puertas golpeaban los guerrilleros con las culatas. *Cheo* Molina, con una pierna fracturada se movía pálido en un taburete, enseñando la hinchazón monstruosa. Por la escalera, al mirador, ascendían, aterrados, los enfermos, buscando el escape por donde quiera, en las nubes, en el cielo. Tenía que surgir el héroe. Y surgió.

Matías Mendoza, el boticario taciturno, se adelantó hacia la puerta. Llevaba algo, un bulto pequeño, escondido en un pañuelo. Un negrazo trató de detenerlo, pero el viejo lo miró con siniestra frialdad, y todos le dejaron paso.

Lo recuerdo como una pesadilla. . .

La puerta libre de sus cierres, dejó ver un golpe de luz y una invasión de hombres endiablados. Mendoza se echó dos pasos atrás y arrojó al suelo el bulto... Una detonación abierta, con algo de desgarradura, lo llenó todo. Luego gritos, resoplidos; astillas que saltaban al techo... Los ojos alocados de Mendoza se esfumaron en el humo. Ya no vi más que a Molina tinto en sangre huyendo hacia el fondo, a Luján subiendo al mirador seguido por la turba de enemigos confundidos.

Pronto salíamos por el portón del sótano hacia el campo, libre por allí. Una mirada de despedida a la casa nos hizo contemplar el último episodio. El cuartito alto desgranaba la gente fugitiva sobre los tejados. Todavía surgió un hombre en su azotea eminente, donde rompía los cielos la bandera tricolor.

—¡Ricardo!—gritó Esperanza:

Un pelotón de soldados brotó a la luz en su busca.

Pero él saltó sobre el muro y allí gesticuló un momento con su revólver descargado. Cercado al fin, volvió el rostro; rompió el asta... Y con el trapo flameante se lanzó al abismo, golpeando en cada tejado.

Ya no quedaba más que el palmar sombrío. Descalzos, misérrimos, corrimos al manigual. Juanilla se desmayaba... Echándomela sobre el hombro anduve con pasos torpes un gran trecho. Al fin, uno que pasaba a caballo se detuvo un instante para atravesarla en su albarda. De pronto dejé de ver al viejo; después fuimos media docena. Los bejucos airados nos desgarraban las carnes. Y he aquí que al echarme al suelo rendido, oyendo a lo lejos los disparos, dispuesto ya a todo, me encontré solo con Esperanza, san-

grientos los pies, medio desnuda, agónico el ancho rostro.

Estábamos en la linde del bosque... Un paisaje dulce de cañas, en que hundían los pies, desperdigadas, algunas palmas, nos sonreía por entre el calado de ramas secas. Espiamos convulsos los ruidos lejanos. Nada. Sólo una banda de totíes sobre un arroyo de sombríos moarés.

Echados sobre las hojas, pudimos reposar de la inmensa fatiga en silencio. Y sin proceso de transición, aliviado paulatinamente, vine a considerar la belleza áspera y cruel de aquella mujer, mía ahora, mía o de nadie...

—¿Y ahora, qué hacemos?—preguntó ella inquieta.

La tranquilicé un tanto afirmándola que los otros estaban seguros, que ya se habrían reunido con alguna fuerza y en breve tornarían al campamento. Pero ante su busto amplio, ante la frescura de sus dientes, mi pensamiento se alejaba del batey de “La Cao-ba” y rondaba iluso por la blancura lejana de un pueblo que ahora mirábamos hundido a lo lejos en la hierba, más allá del trazo plata de la laguna. Las circunstancias nos traían de la mano a aquella fuga suspirada tanto tiempo, como un corte necesario a una situación inhumana. Ella debía leer en mi pensamiento, mientras echada sobre la grama húmeda acentuaba la curva pomposa de su cadera.

—Oye—la dije de cerca—¿te gustaría morir junto conmigo, así, en pareja sabrosa?

No contestó de pronto; luego irguiéndose y mirando al pueblo cuyos fuertes albeaban al sol, murmuró con malicia:

—¿Dónde hemos de morir?

—Allí; esta noche...

Luego esquivando mi gesto rapaz, saltó y fué hasta las bajas ramas de un mango cercano, bruno y gigantesco sobre la tarde dorada. Los frutos cárdenos, gruesos, perfumaron sus manos.

Y con el gesto pristino del Paraíso, dió la fruta a su Adán semidesnudo, aquella Eva cuya carne morena estremecía a las bestias a su paso...

V

Un matrimonio de desarrapados guajiros, sin otra arma que el largo machete de labranza, a la espalda un racimo de mangos colgando del seco garrote, no podía ser personal sospechoso de contrabando, para los centinelas del caserío de La Guanaja, en aquellos días en que el bando de reconcentración vertía sobre las poblaciones a todo un miserable rebaño de campesinos, indefensos para la trama de lacerias urbanas, complicadas con el hambre antigua.

Fué un interrogatorio de pura fórmula ante el destacamento del camino real, en la claridad lívida del anochecer. Eramos dos desdichados que habían visto arder su bohío junto con su tabla de maíz, una tarde terrible. Todo lo habíamos perdido: las vacas, las colmenas, los cerdos; hasta el pobre penco alazán que nos quitó una partida en el camino...

—Ay, amigo—lamenté mirando a mi hembra, conmovida por el relato; ¡qué cosa tan mala es la guerra!

Mi rostro barbudo, duro de pómulos y cetrino de matiz, convenció al cabo de guardia.

—Bueno, bueno,—regañó su voz de taberna;—¡há-

la pa dentro! Pueden dormir en los portales de la alcaldía...

Y añadió tocando con el codo a otro del grupo:

—Y tenga cuidao con la parienta que está de búten...

Tuve que sonreír cínicamente. Avanzamos en el pueblo arrebujaado en los primeros crespones de una noche sosegada. En la arena de la plaza desierta, bajo los árboles negros e inmóviles, paseaban fumando algunos soldados. A lo lejos una tienda derramaba sobre los surcos claruchos de la calle enhierbada, tres cintas luminosas que alegraban los pensamientos.

Comimos en un ángulo del mesón, bajo la égida de una lámpara de brazos ennegrecidos por las moscas. De la cantina llegaba un murmullo de discusiones y ruido de vasos. Algunos billetes que mi previsión conservó en el forro del sombrero, surgieron arrugados, olorosos, y por su virtud allanadora devoramos, uno tras otros, los platos humeantes que acarreaaba el tendero, volviendo el rostro lleno de sospechas...

Una alegría secreta nos brincaba adentro; una alegría infantil de día de mudanza. Halagado físicamente en aquel cuadro de bienestar, evocamos muy apagadamente la impresión de la mañana roja, y ahora nos parecían inexpugnables a toda sorpresa aquellas tablas pringosas, deshilachadas, del bodegón. No nos atrevíamos a comunicarnos nuestra emoción con los ojos o con las manos, para no despertar dudas, pero nuestros pies cantaban sin ruido por bajo la mesa, un poemita tierno, todo hecho de estrofas desmayadas.

Poco después seguíamos la linterna pestañosa del

mesonero hasta el cuarto de la posada, cercano a los establos. Venía un olor a heno y a estiércol; y era un buen olor, burgués y honrado. Dormimos... Quiero decir que dormimos muy poco... A veces ella, revolviéndose sobre las sábanas, hablaba de los que habían quedado perdidos por el momento, y de los otros, los que hubieron de morir bajo el filo del machete o cayendo desde lo alto de una azotea... Yo la tapaba la boca con un beso convulso y febril. En la calma azul se alzaban intermitentes los alertas de los centinelas...

¿Para qué detallar el viaje? Dos leguas en carreta, entre sacos de maíz sobre los cuales merodeaban insectos rubios. Luego el tren: las plataformas se llenaban de militares que desafiaban desde los coches blindados los tiros de las maniguas, y Esperanza mirando pesarosa la llanura asoleada, musitaba en mi hombro:

—¡Qué atrocidad! ¡Qué atrocidad hemos hecho!

A media tarde Camagüey, mi vieja ciudad provinciana, ahora aumentada en cafés, hirviendo en una agitación enfermiza a la sombra de sus iglesias.

Ardua empresa el parlamentar ahora con mi padre, el heredero de tres Agüeros rebeldes. Mi carta desde la posada "El León de Castilla", fué discreta, y en ella se aludía muy veladamente a cierta delicada misión que me llevaba a New York, vía La Habana. No hubo más. En el abrazo en que sentí su añeja corpulencia, en el temblor de sus manos que me reconocían vivo, latía un orgullo de héroe candoroso y grande. Sufrí una recóndita vergüenza.

Y la espina no hubiera cesado de hincarme si las ansias de vivir no me hubiesen devuelto poco después

los besos de mi madre, allá abajo, en la casita modesta de ahora; y las preguntas inquietantes de las hermanas transformadas, hermosas, y las miradas cargadas de amor de las negras encorvadas, de los perros, de los retratos mudos en sus lienzos pardos...

Esperanza aguardaba en la posada, mientras en mi casa rellenaba yo cada día un cofre desmesurado, bañándome el alma de sensaciones gratas y menudas.

—Mira, Juan,—oía a veces—aquí tienes una frazada, por si te coge frío en Nueva York.

¡Mi buena gente! Esperanza quiso conocerlos, bien que sólo fuese de vista. Y una vez espiamos desde sus persianas el paso de mi madre, tambaleante y pálida, que iba a compras con una de mis hermanas. Viéndolas deslizarse sin ruido por la arenisca asoleada, me venían locos deseos de confesárselo todo, prometiéndoles no manchar la tradición. Pero mis pensamientos se ahogaban en una niebla de indecisión y al cabo iban con mi mano serpenteante hasta unos senos redondos y trémulos.

—Ven acá—murmuró Esperanza, acendrando un mundo de fiebre en el acento—¿con quién te quedas, con ellas o conmigo? Vamos, con franqueza...

Ante aquellos ojos criminales, ¿quién podría vacilar?... Mis labios ofrecieron la respuesta a sus labios.

Al día siguiente tomábamos el tren para Nuevitas, con un generoso recuerdo de mi padre en los bolsillos... Me despedí de él hasta Cuba Libre. Tomé de mi madre, regado con sus lágrimas, un *detente*... ¡A La Habana!... Ya en la corriente, ¡qué remedio! Y mis ojos brillaban húmedos todavía, cuando en la

marcha veloz del tren, fui a buscar ansiosamente, co-
diciosamente a una pequeña viajera olvidada en el
vagón de los pobres...

Dos mañanas, más allá, enfilábamos el canal de La Habana bajo la mirada soñolienta y adusta del Morro, dorado en el sol tempranero. Fueron después unos días intensos en que miramos el mundo a través de nuestro postigo vestido por el posadero, un poco poeta, con una enredadera de coralillos que cantaba un epitalamio.

Sólo por las noches, como los pájaros agoreros, salíamos con paso breve y nervioso a lo largo de los paseos y ante los pórticos de los teatros, desbordantes de una gente nueva, toda trajeada militarmente, en mil caprichos de indumentaria, toda acorde en un airecillo cursi, insolente. Entonces nos enterábamos de que la guerra seguía en toda su crueldad, de que en la Cabaña se fusilaba, de que la fiebre amarilla devoraba los batallones.

Mis cartas a Camagüey anunciaban que mi viaje a New York se había aplazado en espera del primo Castillo. El primo Castillo era, en nuestra clave, el delegado de la Revolución. Y el honor de los Agüero quedaba salvado...

Y así, rodó todo mientras hubo dinero. Mis sueños se poblaban de gorras blancas, que venían hasta mi lecho a quitarme a Esperanza. La miseria era una cosa lejana, vista por las ventanas del restaurant donde asomaban ávidas, envidiosas, las cabezas verdes, de los reconcentrados.

Pero un día despertamos sin un centavo, literal-

mente sin un centavo. Esperanza no aceptó la noticia como un chiste ni mucho menos, y con algo de rencor en la voz dijo clavándome la mirada siniestra:

—Bueno, ¿y para esto hemos venido a la Habana?

Y a mi gesto de súplica, que rogaba un plazo añadió:

—Es decir que todo lo que tú traías, todo lo que el viejo te había dado... ¿era esta miseria?

Entonces fantaseé. Hablé de un empleo que me reservaba un antiguo amigo de mi padre; de buscar a los viejos compañeros, de acabar los estudios... Hasta dejé vislumbrar allá, a lo lejos, remotos, los muros encalados de la Vicaría...

Consintió al fin, encargándose de ablandar al posadero. Era un fornido gañán de engomado cabello rizo, con mangas sujetas sobre el codo por ligas de goma. Al principio frunció el ceño peludo, monstruoso; después, ante las angustias de ella, que agitaba en su zozobra un pecho redondo, levemente escotado, abrió bajo su mostacho hirsuto una sonrisa blanca y bestial... No fué más que un relámpago de deseos en sus pupilas saltonas. Pero me pareció que me abofeteaba. ¿De dónde sacó nuevos bríos mi dormida voluntad?... En dos saltos arrebaté a Esperanza de aquella casa ante la sorpresa del cíclope hospitalario.

Fuimos a arrimarnos a un compañero de curso, cargado ahora de hijos, alrededor de la falda grasienta de su mujer, antigua corista de Albisu... Y entonces empezaron las pequeñas contrariedades de la pobreza sin amor. Esperanza, un poco delgada y biliosa ahora, me echaba en rostro amargamente la salida prematura de la posada.

—Ahora, vamos a ver—decía—lo que sacamos con

estos pujos de dignidad... Miseria y Compañía...

Yo la besuqueaba babosamente, intentando caprichos sensuales. Y para comprarla una pluma de sombrero o unos zapatitos blancos, fuí, sucesivamente, copista de teatro, agente de anuncios, repórter policiaco, bajo de capilla, testigo de estuche, memoria-lista de cartas amorosas.

A veces la encontraba en la puerta con un oficial, primo de la corista. Yo me conformaba con entristecerme.

—Mira, hija—insinuaba—no es que yo desconfíe, pero...

—Pero, ¿sabes que estás posma?—interrumpía ella.

Pensé en que debíamos mudarnos, con esa ilusión de los enfermos que creen aliviarse con un cambio de postura. Al cabo aquella casa habíase tornado en un jubileo de militares de todas las graduaciones que visitaban a la corista y a sus amigas que allí pasaban temporadas. Y a mis "Buenas tardes", tímidas, breves, todo era un relámpagueo de sonrisas que me hacían daño.

Una vez me dieron una mala broma. Llegaba rendido una tarde de frío... Caía una lluvia, de muse-lina; lo recuerdo. De pronto, un individuo realzado con un bastón con borlas surge tras la puerta y me invita a seguirle a la Jefatura de Policía. Un teniente de ejército le acompaña. Me instruyen de cargos: soy un terrible conspirador; voy a salir, sin duda, para las Chafarinas en breve plazo. Luego, una noche horrenda... Esperanza, a quien escribo con palabras que sangran, me deja solo...

Al llegar el día me despierta un coro de carcajadas; mis amigos, los militares de casa, se doblan de

la risa... Es una broma: puedo volver al trabajo en paz y en gracia de Dios.

Pero al tornar al cuarto miserable lo encuentro vacío... La corista deplora decirme que la vió salir a la puesta del sol con uno de artillería.

¿Querréis creerlo? Por mi frente pasó una racha de homicidio. Salí a la sala y allí, en medio del florecimiento de gorras blancas, desaté mi rabia con ánimo de atravesarme en uno de aquellos sables relampagueantes.

—Sí, soy un insurrecto... He venido del campo de matar soldados... ¡Soy un mambí!...

Un capitán viejo, con aspecto de chivo, me tomó suavemente de un brazo:

—Váyase a acostar. Usted no es más que un buen hombre.

Me acosté en efecto. Y fué por muchos días. Un médico habló de fiebre cerebral... ¡Qué pesadillas, Dios mío!...

Al levantarme me pareció retornar de un largo viaje. Todo renovado; por lo menos todo vuelto a mi humilde ser antiguo...

Todo nuevo, sí. Mis ojos volvían a la vida extrañándose de cuanto les rodeaba. Era una habitación distinta, era una ciudad desconocida y hostil. La Habana con su tráfago febril, me repelía de su seno.

Solitario ahora, tragaba una vida negra que rezumaba en mi espíritu el más cortante pesimismo. La Habana era un gran vientre abierto que hedía al sol. Por las calles lodosas rondaban procesiones de soldados con vendas y astrosos reconcentrados cuya mano imploraba en las ventanas de los restaurants

hasta que los barría con un terno la escoba del camarero. Sobre el empedrado, en que las basuras se podrían, pululaban los perros y su barahunda se abría para el paso de un convoy resonante de heridos y enfermos que vomitaban la borra negra sobre el hombro de su compañero. En los parques, en los alrededores de Palacio, reía no obstante, una dorada población. Pero era una alegría teatral y enfermiza que no curaba la pátina verdosa de la piel y la fatiga de los ojos bajo las viseras. De vez en cuando se adornaba la ciudad con la vieja percalina, abriendo sus calles angostas a un batallón peninsular que avanzaba candoroso, todavía sonrosado, entre el escándalo de un pasa-calle. Después, tornaba a su vida emponzoñada, bajo el velo denso de las moscas.

Mi vida se reducía a hacer copias para los teatros; era una serie de zarzuelas en que se combinaban la bandera, la mochila del soldado y la marcha de "Cádiz". De Esperanza tenía pocas noticias. Una noche la vi en un coche abierto con otras mujeres que espiaban a sus amantes por el Parque. La miré sin rencor, casi regustado del progreso evidente de sus ropas y su sombrero. Otras veces sabía de ella por mi antiguo condiscípulo que venía a menudo a pedirme un peso. Ahora la había dado por asistir a los fusilamientos de la Cabaña... Las noches de esos días se la disputaban los hombres; parece que aquel estímulo la hacía amar de un modo agudo y extraño...

Vuelto a mi serenidad de espíritu, empecé a gustar la nostalgia de los campos mambises. Allí al menos se reía con un impulso infantil y fuerte. Con una súbita sed irresistible ansié la guerra como un refugio de paz.

Todavía vacilaba, no obstante, al recogerme cada noche en la cama blanda y tibia. Pero un episodio sencillo, un simple encuentro en la calle, me confirmó en mi resolución de fuga.

Una tarde, final de aquel largo verano, la casualidad me llevó al mismo banco de un viejo campesino que dormitaba a la sombra.

—¡Córcholis!—me dije—éste es él. Sí, el viejo Fundora; no cabía duda. De repente, como si mis miradas lo lastimasen, se despertó resoplando. Clavó sus ojos en mí, y una sensación de espanto, de miedo a algo sobrenatural se dibujó en su rostro.

—¡Sí!—dije tomándole las manos—yo mismo: Juan Agüero!...

Todavía, turbado, miró a todas partes, mudo, como cogido en flagrante delito. Y a mis preguntas en tropel, me apretaba la mano suplicándome callara. Tomamos otro banco.

¿Tú, tú mismo?... ¿Pero, cómo ha podido ser esto?

—¿Y Juanilla?, demandé sin contestarle.

—Viva, viva también. Es decir... Después de aquella macheteá en que se me desapareció la probecita Esperanza, tóos nos esparramamos. Juanilla conmigo, con tres o cuatro, con *Cheo* Molina medio muerto, vinimos a parar a las tembladeras del Sur. Quince días entre el fango comiendo caimanes... Allí...

—Allí, ¿qué?—le exigí con un presentimiento.

—Allí... allí vació el muchacho... Sietemesino... Una noche de aguas... Los fósforos mojaos, no daban luz... ¡Mal rayo! Era cosa de colgarse de una *cabulla*... Yo escuchaba trémulo. Mi hijo, el úl-

timo Agüero, raquíptico, naciendo en una tembladera, desconocido de su padre...

—¿Y después?, insistí.

—Después se la llevó *Cheo* Molina con los otros pa Oriente... Yo no quería... Yo quería buscar a Esperanza, que no podía haber muerto, no... Pero él se empeñó; le tomó ley a Juanilla... Y como toos te creían muerto...

En la niebla de mis recuerdos brillaron un punto los ojos de *Cheo* Molina siguiendo la falda ondulante de Juanilla. Callamos un rato. El continuó:

—Yo los seguí un poco por la playa pa el Este... pero una noche no pude más y me volví solo pa atrás. Quería buscarla a *ella*, encima o debajo de la tierra, donde estuviera... Unos me decían haberla visto descuartizá... Otros la hacían presentá con un hombre... Nunca logré ná...

Se pasó el dorso de la mano por los ojos. Después acabó precipitado:

Un día me sorprendieron solo... Tuve tiempo de tirar el machete... En el consejo de guerra hubo un guirigay tremendo... Al fin se conformaron con desterrarme... Figúrate. A morirme de hambre. Vine pa acá... Unos americanos me dan la comía...

Me despedí del anciano con una mezcla extraña de alegrías y remordimiento... Mi hijo, ¿cómo sería? ¿Se parecería a mí?...

Lo que encontró Fundora al día siguiente en la casa de huéspedes, fué algo mejor que la mesa puesta que esperaba. Eran dos líneas mías: en ellas le descifraba el enigma de su Esperanza, se la presentaba viva y hermosa, le daba las direcciones seguras para hallarla... En cuanto a mí, aquella tarde me apea-

ba en mitad de una carretera florida, para incorporarme aquella misma noche a Adolfo Castillo. Reinaba en el cielo de estaño una luna amable. Y yo pensaba que también Juanilla la miraba desde su retiro ignoto...

VI

Y cayeron los días pesadamente, en una malla angustiosa de hambres, enfermedades, y tiroteos rápidos que se perdían sin efecto entre las hojas. Agotadas las provisiones, en ruinas las zonas de cultivo, se hizo una campaña de espectros contra espectros. A veces fuí un héroe. Tuve nuevos amigos.

Pero una idea fija, tal vez amor, acaso simple curiosidad, me hacía buscar continuos pases hacia las fuerzas de Oriente. Por las noches evocaba una pequeña silueta verde y escuálida que muy lejos o muy cerca, quién sabe dónde, respiraba con su madre el hábito de los pantanos. No era, sin embargo, una desesperación, porque el remordimiento había cesado: todo había sido obra de la casualidad. Era una orientación, un porqué encontrado al fin en mi vida errante... En los campamentos se hizo famosa mi pregunta a los que pasaban:

—Una rubia, pequeña, con un chiquillo... Juana Fundora... Estaba en "La Caoba" cuando la sorpresa.

Llegué a recorrer los mismos valles orientales donde la encontré una mañana de julio. Al cabo, la sen-

sación de curiosidad se mitigó como la de remordimiento. Arribó la paz. Nuevas sensaciones apagaron aquella llamita humilde, cerrando una aventura de la manigua.

¡Oh, teatrales entradas en los pueblos empenachados, explosiones de hurras al abrirse las plazas hirvientes, sendas de flores tejidas por manos blancas que ahora se llevaban el pañuelo a los ojos brillantes...! Fué una vida nueva Acabé por casarme. Mi mujer, morena y ávida, puso mi rifle adornado con un lazo sobre la cabecera de la cama...

...Pero la aventura olvidada esperaba misteriosamente su desenlace; y lo tuvo. Fué pocos años más tarde. Oid:

Viajaba entonces yo, Juan Agüero y Estrada, el héroe de las Majaguas, como llano y burgués inspector de escuelas. ¿Qué queréis? Una transformación de la paz, que mis amigos políticos destacaban en sus discursos como ejemplo de la fiereza domada y hecha trabajo fecundo. Viajaba por toda la Isla. Una vez...

Era en el esplendor de la tarde. Una claridad blanca y cruda encendía la sabana desierta dando tonos cobrizos a las lomas lejanas, mientras bailaban en el vapor las ceibas de altos brazos suplicantes. El camino se tendía humilde, cubierto de alto espartillo, entre dos vallas ligeras de alambres; y más allá, y delante, y a la espalda, sólo rompían la unidad gris y ocre, algunos grupos de guano, desaliñados, erguidos sobre una vegetación de duros arbustos sin hojas, retorcidos como de dolor o de rabia. Ni palmas, ni cañas bravas sombreando arroyos

suspirantes. Una tierra sedienta, calva a trechos, y cuarteada como una piel de saurio, marcada acaso en la lontananza por tenues columnitas de humo azul. Algunos toros, comidos de sarna en las agujetas, alzaban la cabeza bien armada, tras la cerca, al pataleo seco de mi caballo contra los guijarros. De las maniguas subía el gorgojo del *sabanero* en escalas aflautadas, y súbito, un vuelo sin ruido ponía un trazo fugaz en el azul del fondo. Y el cielo era de esmalte, con vagos vellones flotando muy altos.

Ni un alma, la sed me atrofiaba la lengua. Al cabo, en una de las revueltas del camino un tejado chato y extenso apuntó sobre una hondonada, más allá de la cual se humanizaba y sonreía el panorama, hablando de los fecundos secretos del agua. Espoleando al caballo alcancé las copas verdes de algunos frutales, el vuelo doméstico de algunas palomas, las paredes blancas, el portalito donde una carreta sin bueyes holgaba sobre la lanza; todavía un campo de cañas que verdeaba el sol. En el silencio sonaron argentinas unas voces de niño.

—¡A la paz de Dios!—grité desde el batey desierto, aún sobre el caballo cuyos hijares latían.—¡A ver, ciudadanos, si hay por ahí una poca de agua...!

Compareció entonces un muchacho de unos cinco años que sujetaba un chivo blanco por una cuerda: era un simpático arrapiezo de cabellos rubios que el sol había hecho cárdenos; fuerte, artísticamente sucio bajo su sombrero de yarey. Repetí mi súplica, repentinamente agradado por aquella aparición de cromo.

—Espérese, me respondió gravemente.

Y fué a atar el animal junto a una estaca, mien-

tras yo hacía lo propio con mi caballo frente a uno de los pesebres del portalito. Después, entrando en la casa, me trajo un jarro rebosante que bebí con avidez dejando correr por la barba los hilos diamantinos.

—¿Y tu gente?—le pregunté deseoso de permanecer aún un rato en aquella sombra sedante, entre el rum rum de las palomas familiares.—¿No hay nadie aquí?

—Naiden; papá allá abajo, en el cañaverá... Mamá nel corrá curando la vaca. Los otros—y citó varios nombres desconocidos—no sé; trabajando...

—¿Y tú no tienes miedo a quedarte solo?

—Yo no.

—Los orientales no tienen miedo nunca... ¿verdad?

—No, pero yo no soy orientá; yo soy camagüeyano.

—Venga esa mano—le dije—, somos paisanos... ¿De qué pueblo? Tú no lo sabrás...

Aquí alzó los hombros desconcertado.

—No sé... no sé... Nosotros vinimos de la tembladera...

¡Simpático chiquillo! Oyéndolo hablar de la tembladera, recordaba mis duras excursiones del servicio al través de los pantanos, y aun ahondando más evocaba los días misteriosos de la guerra, aquella despedida brusca de la pobre Juanilla, muerta acaso en esas mismas tembladeras del Sur, veladas de mosquitos.

De repente la idea antigua de mi hijo perdido vino a mi imaginación. ¡Si por un acaso!...

—¿Cómo se llama tu madre?—le dije de pronto.

—¿Mi madre?—respondió riendo.—¡Mamá!

Los mismos informes de su padre. Traté entonces de penetrar en la casa, de vislumbrar algún objeto que me contara 'viejas cosas. Pero el chico, amostazado, se me cruzó heroicamente impidiéndome el acceso.

—¿Tu madre no se llama Juanilla?—le pregunté entonces.

Quedó pensativo.

—Juanilla no, Juana...

Erré impaciente de una punta a otra del portal... ¿Sería posible?... No... Sí... Durante unos minutos un deseo loco me poseyó de ir a buscar a los buencs labradores a su trabajo escondido entre las cañas sosegadas. De pronto, se oyó como si de la tierra surgiera un canto muy lejano.

—Debe zé la *Tenienta*...

¡La *Tenienta*! El corazón me dió un vuelco. ¡Sí, no había duda; estaba entre los míos! Me contuve para no aplastar con un beso aquella cabecita de candelas. Y para desahogar la agitación tomé su cuerpo en alto hasta las soleras del techo y lo paseé por el portal entre su risa convulsa y alarmada.

Pero una fiebre quemante se apoderaba de mí, una fiebre de saber, aún a trueque de desengaños. Sin saber lo que hacía.

—Juanilla, Juanilla!—grité demandándola a todas las entradas de la casa.

El chico corrió despavorido hacia adentro. A poco volvía asido a las sayas de una mujer delgada, digamos todavía fina, rubia, modesta, doliente, toda ambarina en la viva luz matinal. ¡La misma!

—¡Juanilla, Juanilla!... ¡Yo!... grité abriendo

los brazos, dispuesto a todo, en una sincera explosión de arrepentimiento.

—¡Ah!—murmuró sólo ella, deteniéndose a lo lejos. Y el haz de hierbas medicinales se le deshizo de las manos esparciendo su aroma humilde.

—Juanilla, ¿no me conoces?—insistí acercándome sobre su rostro pálido, mezcla de dolor y de remordimiento.

—Oh, ¿cómo no?... Juan... ¡cuánto tiempo!... Alargándome ambas manos evité mi abrazo.

—Sé que te has casado de nuevo—le dije bajito. —Tú eres buena y lo que hayas hecho, bueno será. No me tengas miedo...

Hubo una pausa en la que ella miró a todas partes atemorizada. El silencio pesaba, hécho luz, sobre los campos. De pronto los ojos del chico, inmóviles, cuajados de espanto, me atrajeron. Tomándolo de nuevo en brazos lo besé en ambos carrillos fundiendo en fuego sus pucheros inquietos.

—¡Mío!... murmuré.—¡Hijo mío!...

Y lo consulté a los ojos de ella, todavía dudando del simpático hallazgo. Ella se estremeció ante mis miradas y de pronto, sin transición, rompió en un llanto convulsivo, vergonzoso, oculto entre sus manos crispadas por un pico del delantal.

—¡Mamá!—gritó el chico, deshaciéndose de mis brazos.

Fuimos a un rincón de la salita, clareada por una ventana en cuyo alféizar merodeaban palpitantes las palomas blancas. Allí, sentado frente a ella, adulado por la brisa, que oreaba la fiebre de los naranjos en flor, oyendo el timbre diáfano del chico que jugaba fuera, escuché la relación doliente del pobre sér que

fué casi mío alguna vez, que ya no lo sería en este mundo...

No era mi hijo; no... Era el del *otro*, el que nació cuando venían de la tembladera, vueltos al sitio abandonado donde el arado dormía... El mío... ¡Oh, ahora tendría seis años!... ¡Qué desgracia!... Después de todo había ganado con morirse. El otro, *Cheo* Molina no lo quería mucho; parece que le tenía celos... Los hombres tienen cosas muy raras.

Juanilla se tapó los ojos un momento, más para quitarse una visión siniestra que para borrarse una lágrima. Después, con un gran suspiro, se echó atrás en la mecedora dejando caer las manos exangües.

—¡Juanilla! ¡Juanilla!

Mis manos temblaban. ¿Es decir que todo, todo destruído? ¿Aquella dulce visión tan vagamente querida en tantos años, no podría ser para mis ojos, cuando la habrían disfrutado tantos ojos indiferentes?

—¿Oh, Juanilla, cómo era? ¿Era rubio como ella, o como yo moreno? ¿Era fuerte, era hermoso?... ¿Cómo fué que murió?...

Juanilla no respondió de pronto. Luego, levantándose hasta apoyar la cabeza en la ventana y mirando al sol que vibraba en las espigas de las cañas me contó, oscuramente, que aquella muerte había sido un misterio: un dolor en un costado, una fiebre alta, dos visitas del médico que torcía el gesto al tomar el pulso; y nada más. Después, al llegar la mañana, lo llevaron al cementerio y lo pusieron bajo un pino muy alto. *Cheo* mismo le había hecho la cajita; toda la noche estuvo martilleando, aserrando...

Y ante mi angustia, llena de sospechas, Juanilla

rememoraba, sin lágrimas, la historia simple y cruel. Mi emoción lo advertía con extrañeza, demandando a sus ojos, duros o exhaustos, un cauce para mi llanto que se brindaba... En verdad, había llegado demasiado tarde, cuando ya los pobres huesos se hacían polvo en la tierra, cuando ya los ojos de Juanilla habían llorado por otras nuevas penas. Y para mí solo, sin comunicarla, retuve un instante la visión infernal del hambretón feroz acosando al pobre huérfano...

Hubo una pausa en que el otro chico haciendo irrupción en el recinto con la pequeña bestia blanca, fué a acogerse al regazo de su madre. Aquella figura tierna refrescó mis ideas.

—¿Se parecía a éste?—pregunté tímidamente.—
¿Era más guapo?

Ella sonrió con indulgencia, como ante una comparación ante un extraño.

—Sí... no... Era muy delgadito; tenía un lobanillo en el cuello y eso le desfiguraba un poco.

Una sensación súbita de repugnancia física me hizo rechazar la idea. Pensé, imprecisamente, en mi contextura raquítica y escrofulosa de aquella época, cuando procreaba un pobre sér que nacería antes de tiempo entre las emanaciones del pantano... Oh, sí, para estos terribles errores sano remedio era la muerte. Y el recuerdo del pobre muertecito se fué apagando poco a poco en nuestras cabezas como los leves contornos de un sueño, al despertar.

—Y *Cheo*—dije con una voz tranquila de viejo amigo,—¿cómo te quiere? ¿Te quiere mucho?

—¡Oh, sí... mucho—lo dijo con una expresión casi feliz.—Vive para mí... Ah, pero es muy celoso...

No deja entrar en casa a ningún hombre... Mira su machete.

Me lo enseñó señalando al muro, donde campeaba el arma, lisa y temible, sobre un trozo de palma seca. Y riéndose ya, añadió:

—¿A quién crees que ha traído para que me cuide también? Es curiosísimo... ¡A la *Tenienta!* Se la encontró en un hospital cuando le cortaron la pierna...

—¿La pierna? Yo iba de asombro en asombro.

—Sí; lo dejaron medio muerto, cuando lo de “La Caoba”. Cuatro machetazos en la cara. Un tiro en la rodilla: ¡espantoso! Pues bien, desde entonces no se han separado. Cuando él va al pueblo, la *Tenienta* se queda por el batey dando vueltas. Después va a esperarlo al puente como un perro... Es curioso, muy curioso... Di tú que yo no soy celosa...

—Y que la *Tenienta*—dije yo—no es una mujer...

Y así, festivamente, terminó aquel quinto acto de melodrama. El chiquillo salió de nuevo al portal. Su chivo y él brillaron en el sol como dos trozos de nubes blancas. Mirando un momento a Juanilla, que sonreía aún con la última idea, consideré sus claros ojos de ensueño, su busto que la caricia brutal de la naturaleza no había aún deformado, su boca fina suavemente plegada al dolor. Y con una ráfaga de aire caldeado que nos enviaba la llanura tendida al abrazo del cielo, pensé ligeramente, casi un segundo, en una reconstrucción momentánea de nuestro amor. Pero no fué más que un instante. Pensé en aquella semi felicidad egoísta en que ahora rodaba ella. ¿A qué romperla? ¿Con qué derecho podía tornar a ha-

cerla desgraciada? Y el machete de *Cheo* Molina brillando sobre la pared renegrida contribuía a hacer razonables mis pensamientos.

Me puse en pie.

—¿Y tu padre?—le pregunté todavía por decir algo.

—¿El viejo? En la Habana con Esperanza. Parece que ahora están en fondos porque nunca escriben.

—¡Bueno, adiós Juanilla!

Nos despedimos sin alardes sentimentales, como dos amigos, yo un poco emocionado tal vez, ¿a qué negarlo? prometiéndole volver con un regalito para el chico, y dándole a éste un beso resonante. El muchacho reconciliado, vino a sujetarme el estribo mientras la albarda rechinaba bajo mi peso. Los cascocs del potro chocaron en los guijarros abrasantes.

—¡Adiós, adiós!

Los árboles se combaban al paso de la ruta. Y era un paisaje de fronda espesa, todo henchido de rumores de pájaros, de hojas, de insectos. Un hilo de agua límpida saltaba junto conmigo por la cuneta lateral, y más allá se hundía hasta morir en una cañada parlanchina que cruzaba el camino bajo un puente de tablas. Altas palmas que mojaban sus pies en lo hondo erguían sus coronas buscando más anchas perspectivas.

Las tablas crujieron bajo los duros cascocs. Por la ruta, a lo lejos, venían dos figuras jadeantes. Una cojeaba sobre su pata de palo, balanceando dos hombros de atleta; la otra era una negra huesuda, tocada de rojo pañuelo. Pasaron casi sin advertirme, hablando de las siembras, de las faltas de lluvias.

—Buenos días, amigo.

—Buenos días...

Más allá se abría la llanura de nuevo, en su implacable desnudez. Algunas casuchas se posaban sobre el espartillo y ante ellas pasaba, tímida, la línea blanca de un cementerio con un pino muy alto en un rincón.

Entonces volví los ojos al bosquecillo, y lo ví todo alentando en una atmósfera de paz y de equilibrio, fuerte atmósfera de cosas definitivas y de intereses creados.

Y hablando tan quedo que sólo mi corazón lo oyó, le dije:

—¡Corazón, corazón, duerme otra vez tu sueño de piedra!

1909.

CUENTOS

UN PARENTESIS

Desde su modesto camerino, vestida con pobreza coquetona, escuchaba Elena el rumor de la ciudad, que distraía alegre y escandalosamente las mejores horas de la Noche Buena.

Por el enorme ventanón del muro que cerraba al fondo el teatro, se colaba una ruidosa mezcla de coplas vibrantes, murmullos de bordones estremecidos sobre guitarras, gritos a pleno pulmón, mezcla sugestiva y contagiosa que embriagaba como los perfumes muy fuertes.

Pero Elena tenía muchos pensamientos bailando en su hermosa cabecita aureolada por un halo de cabellos castaños, para que sobre su alma hiciera impresión todo aquel eco del bienestar ajeno.

El estruendo de su triunfo, apagado ya hacía media hora, vibraba aún en sus oídos y llegaba a su corazón en una oleada de ternura, de orgullo, de confianza en sí misma que no había sentido hasta aquel

momento de su vida. Sentía nacer dentro de sí una personalidad nueva y experimentaba un inefable placer ante la invasión de la otra Elena intrusa que empezaba a vivir y a gobernar en su espíritu...

Por primera vez desde que se inscribiera en aquella compañía de verso, encauzando un tanto su vida nómada, había hecho un papel de alguna importancia. Debía su ascenso a mister Clinton, soberbio tipo de yanqui, dueño de un frac y un monóculo que aristocratizaban el ambiente del camerino y la seguían de un lado a otro mientras ella recibía las felicitaciones. Su amistad con el empresario le había conseguido aquel papel en sustitución de la segunda dama, que había roto su contrata.

Elena no escuchaba nada; hablaba maquinalmente. Sentía una vaga melancolía que la aprisionaba, y no sonreía con su delicioso descaro de costumbre a sus amigos de parranda. Sólo hubiera deseado que acabase aprisa el capítulo de enhorabuena, porque todo aquel marco de vicio la molestaba. Por primera vez se entregaba a sueños de gloria, sueños de arte que la hacían pensar en que la vida valía para algo más que aquel errar constante de pájaro sin nido.

Se acordó de su hijita, de su Carmela. ¡Oh, qué tiempo hacía que en sus recuerdos no la veía como ahora con tal aureola de bondad! Y entre los chistes de grueso calibre que se cruzaban de un lado a otro del camerino, la corroía el corazón cruel impaciencia por volar a la cuna donde debía dormir la chiquilla y fortificar con un beso aquel estado de alma que podría ser el comienzo de un cambio de dirección. ¡Qué bueno es a veces tener hijos!...

Habría que atravesar la ciudad, tocar en la casa

de su abuela, donde la había instalado por una medida de prudencia...

Al fin pudo suspirar con holgura cuando por el pasillo desapareció el último faldón, y apenas oyó a mister Clinton cuando al estrecharle la mano después de todos, le recordó la hora de la cita, fijada desde el día anterior, para cenar juntos aquella noche.

¡Atravesar la ciudad! Qué largo viaje arrebujada en el fondo de un coche hasta el otro extremo, hasta los barrios pobres, donde dormían los obreros fatigados...

Pero era Noche Buena y nadie dormía a aquella hora. La ciudad celebraba a la moderna la llegada del Mesías, escupiendo a sus habitantes de las casas a la calle. Los faroles del coche iban iluminando a trechos las multitudes grises. De cada boca salía una canción distinta, cada coche cargado de alegría democrática llevaba una diversa dirección, de cada guitarra salía un suspiro triste apoyando las cadencias de la copla. Y todo fundido en el eterno *ritornello*:

que esta noche es Noche Buena
y es noche de no dormir...

¡Noche Buena! Y de qué modo tan distinto había visto reclinada sobre el hombro de Clinton deslizarse las horas de la otra, la de un año antes. Fué recordándola detalle por detalle. Se acordó de Santa Clauss, aquel viejo de barba grande y blanca como un talud de nieve, de que le había hablado su amigo, y que bajaba de las montañas con cargamento de juguetes para los niños buenos... ¡Qué alegre e ingeniosa le había parecido aquella leyenda cuando a

la mañana siguiente encontró un puñado de oro en sus zapatos! ¡Cosas de yanquis!

Santa Clauss no visitará seguramente a su Carmela, porque no para todos tienen la bondad esos disfraces de *Pére Noel* o Rey Mago. Acaso no tendría ni zapatos donde dejarle los juguetes...

¡Si ella se los llevara! Pero ¿dónde encontrar una juguetería abierta a esas horas? Sólo el vicio tenía aquella noche sus puertas francas... Y este contratiempo le oprimió el corazón e hizo que sus ojos brillasen con lágrimas en la oscuridad...

En casa de la abuela no se perdía el tiempo pensando en Elena. Se cenaba con escándalo en el comedor. No le costó gran trabajo sacar a su arrapiezo del butacón en que dormía y llevarlo como quien hace un secuestro al coche. La chiquilla se dejaba besar con cierta expresión de susto en sus ojos cargados de sueño.

Aquel otro viaje fué muy corto. La pobre arrepentida hablaba muy bajo; y como quien hace una confesión, como si la niña pudiera entenderla, le decía al oído:

—Mira Carmelita, Santa Clauss, el viejo Santa Clauss, ¿sabes? te ha traído lo que más necesitabas... Te ha traído una madre muy buena que te querrá siempre, siempre...

Y como al bajar a la acera columbrase la silueta de mister Clinton, que aguardaba desesperadamente como quien intenta continuar un sueño, cubrió a su hija con el mantón y se asió a la aldaba murmurando:

¡Hoy no! Quiero al menos hacerme la ilusión de que emprendo vida nueva... Mañana ¡acaso seré la misma!

UN EPICUREO

Decididamente no me convencían mis compañeros de cuarto: nuestro vecino Dorié no era un explotador de su deshonra, ni era un pobre de espíritu que no se atreviese a castigar enérgicamente al que tratase de perturbar la paz de su hogar. Era, sin duda, un hombre de buena fe, que caminaba con la frente demasiado alta para ver las alimañas que le obstruyesen el camino. Si su mujer lo traicionaba, podíamos tener la convicción de que él no habría alentado jamás la idea recelosa de preguntar al alto dosel de su lecho conyugal, si bajo la cascada de raso azul, otro amor que no fuera el suyo había arrancado un suspiro a su Magdalena.

Pero mis amigos no se daban por vencidos. Citaban hechos, detalles inequívocos que presentaban a Tomás Dorié, comerciante retirado de los negocios, donde fuera parte de la firma Dorié y Pérez, como un idiota o como un hombre sin honor. Lo habían visto invitar reiteradamente al teniente Roch para

que con ellos se pasase una temporada en la finca, y lo supliese en los partidos conyugales de tute durante los viajes que tuviese que hacer él a la capital. Sabían de otra ocasión en que habiendo sufrido Dorié un cuarto de hora de espera ante el aldabón de su casa, aceptó como buena la explicación de que se hallaban podando los arbustos del jardín, dada por Magdalena y el teniente. Y me abrumaban con datos: que encontró muy natural el hallazgo de una espuela bajo una silla de su alcoba, que se conformaba a la idea de que su mujer tuviese que velar cada quince días a una amiga, que había seguido dócilmente el consejo de su consorte respecto a lo bien que le estaría un mes de San Diego.

Después no nos ocupamos más de Dorié ni de la interesante pareja de caballería. Mis amigos me aconsejaron que procurara heredar al teniente y me dejara de malas defensas.

Los días que siguieron a esta discusión estuve sin embargo preocupado con este caso de adulterio. Dorié vivía frente a la casa de huéspedes que nosotros habitábamos. Por las tardes al llegar a mi casa lo encontraba de pie en el umbral de su puerta, perfectamente afeitado, oloroso a agua, tranquila la mirada, equipado como para salir a la calle pero sin avanzar del quicio. Hablábamos de pie dando un golpe de vista general a los asuntos del día, y siempre su opinión y sus simpatías estaban del lado de lo noble, de lo justo, de lo valeroso. Su tono era sencillo sin énfasis, sin teatralismos, pero enérgico, tal como me había imaginado que hablarían los héroes bondadosos de los tiempos heroicos, los templarios infatigables, los rudos soldados de Bonaparte. Su pe-

cho abierto, la ancha palma de su mano, la limpieza de sus ojos, me lo presentaban como un hombre que sabía distinguir lo bueno y que no entraría nunca en convenciones con lo malo.

Me dió por estudiar su problema psicológico y durante algún tiempo escarbé trabajosamente en aquel corazón. ¿Lo notó él? Debió ser así, porque en algunas ocasiones en que yo no podía contener cierta arruga en el ceño, ante una caricia o un llamamiento tierno de su esposa, su boca se entreabría y tomaba alientos como para declararme algo; pero sus ojos limpios se apartaban disimuladamente de los míos y la revelación no llegaba.

Al fin un día me lo contó todo. Fué en los últimos que permanecí en esta ciudad cuando creí que un viaje que preparaba, era la expatriación para siempre. Al despedirme de Dorié y al acompañarme éste hasta la puerta comprendí que quería decirme algo en secreto. Lo invité a disfrutar juntos en un coche de aquella tarde luminosa.

—Usted—dijo rompiendo un silencio prolongado—usted me ha considerado mucho tiempo como un hombre desgraciado. Es inútil que lo niegue porque sus miradas saldrían a desmentirlo. Usted me ha tenido lástima durante algunos años, viendo en mí unas veces un pobre diablo que sabe que su mujer se la pega y no tiene el coraje necesario para preparar el atentado, y otras un vil comerciante que si se ha retirado del ramo de tejidos, continúa comerciando con la linda boca de su esposa...

Quise protestar de la brutal avalancha. Pero mi amigo tenía aquellas frases guardadas hacía mucho tiempo y nadie hubiera podido contener la explo-

sión. Con un gesto que en él era peculiar, me hizo señas de guardar silencio, y después de una pausa en que encendió un cigarro, prosiguió con voz más tranquila:

—Mi matrimonio con Magdalena fué un proyecto descabellado que llevé a vías de hecho por satisfacer un deseo momentáneo y de paso hacer un excelente negocio material. A usted que es un hombre absolutamente honrado y de estrecha reserva, puedo hablarle sin ambages. Con diez y ocho años de viudez, extinguido en fuerza de la falsa condición humana, el recuerdo de mi primera mujer a quien creí seguiría queriendo muerta como la adoré viva, pareció despertar en mí la llama débil del sensualismo; y por tenerla más cerca, fué Magdalena, la hija de Pérez mi socio, la mujer en que mis ojos se posaran. Era entonces realmente un bocado apetitoso, uno de esos bocados que en sus hartazgos del harén deben reservarse los sultanes para postre. La vi crecer dando un rayo de luz y alegría al estrecho patio interior junto al cual y al fondo del almacén vivía mi socio sin aire y sin sol. Era una de esas hermosas flores de la humedad, que vemos en cada pantano. La fruta maduró a pesar de la falta de cultivo, y a los diez y ocho años era Magdalena un soberbio modelo de hembra tropical, un poco pálida tal vez, pero admirablemente esculpida.

Fué a su padre a quien le dije que la chica me gustaba. Me la ofreció desde luego como hubiera hecho con una caja de telas, y dos meses más tarde verificábamos el matrimonio tranquilamente, sin emociones, como se cierra un pacto de líneas ya calculadas y trazadas. Magdalena no me dió más *sí* que el

de rúbrica ante el cura. A los pocos meses se resolvió la albuminuria de Pérez, y heredera única como era Magdalena, la sociedad Dorié y Pérez con todo su capital común pasó a ser puramente conyugal.

Durante dos años mordí en la sazónada fruta, e invariablemente fuí un perfecto tipo de esposo, en el cual la juventud exuberante y ardorosa de mi mujer nada tenía que echar de menos... Pero no pasó de esos dos años. Bien sea que mis ánimos iban por la edad en declive, bien que el exceso de almíbar empalaga siempre, es el caso que acabé por hartarme y desear menos los brazos cálidos y la boca húmeda de mi esposa.

Pero Magdalena no se armonizaba con este plano inclinado en que yo iba rodando. Fresca, brava, en la desbordante lozanía de los veinte años, exhalaba por su carne morena que tenía tonos calientes de topacio y tonos pálidos de ámbar, un chorro invariable de salud, era toda ella un poema de triunfo donde la raza humana cantaba al amor, al placer, a la sangre. Era una espléndida flor de carne que pedía riego y cultivo constante, cumpliendo la ley inmutable del desarrollo y la fecundación, que no podía conformarse a pasar estéril y muda por el ciclo del desarrollamiento que impone la Naturaleza a sus hijos. A mis abatimientos respondía en ella una mayor cantidad de exaltación, y frenética, ávida de amor, en vano buscaba en mi boca fría el calor que la suya, roja e hirviente como una herida, reclamaba. En aquellas horas que para ella significaban una tortura y para mí un fastidio, me convencí, tarde al fin, de que racionalmente, en un buen reparto de las cosas,

no podía ser aquella la mujer de un buen comerciante sesentón, retirado de los negocios.

En tal situación de desigualdad concluyó mi mujer por aborrecerme. A las solicitudes de su amor fogoso que no se saciaba con un esposo débil, siguió una especie de rabia sorda, mezclada de desprecio y desdén por mi poca utilidad práctica; cuando me dormía en la poltrona durante las primeras horas de la noche, sentía de un modo vago que sobre mí pesaba su mirada fría, irónica, despreciativa. No enamorado yo de ella, siéndome ya absolutamente indiferente su ternura, se me hacía odiosa también aquella altivez, y probé por cortesía a distraerla, llevando su aburrimiento y el mío de aquí a allá, primero por teatros y salones, después por escapadas alegres a los campos y las playas, más tarde por viajes al extranjero.

Pero la Naturaleza no se conforma con remiendos. Hay en todos los individuos un sedimento de amor que tiene forzosamente que salir a la superficie en una época determinada; si las circunstancias lo constriñen y atrofian, la mina de amor se agria, y al agriarse envenena todo el organismo. Esto fué lo que ocurrió a Magdalena. La imposibilidad de su desbordamiento sensual, operó una evolución terrible en su modo de ser. Egoísta, irascible y violenta, se hizo a poco realmente insoportable. Todos esos pequeños inconvenientes de la vida en familia—el plato que se rompe, la habitación que no se ha barrido, la pila del agua que se ha quedado abierta—fueron hinchándose y haciéndose groseros. Las comidas no estaban nunca en su punto ni a su hora: Magdalena olvidaba dar las órdenes oportunas, hundida en la

cama hasta después de las doce. Se perecía por llenarse de perfumes violentos que bien sabía que me disgustaban, por regañar con su madre y con los criados a gritos, apenas aparecía yo por las puertas, por envolver unas compras en los periódicos acabados de llegar. Mi casa fué por algún tiempo un infierno, del que apenas llegado tenía que salir de estampía buscando refugio en la charla del café con cuatro amigos. . .

Fué en aquella temporada horrible, cuando por una disposición gubernamental se trasladó a la otra cuadra de mi casa, ahí donde todavía lo ve usted, el cuartel de la Guardia Rural. Roch, el teniente Roch, ya sabe usted de quien le hablo, comenzó a visitar nuestra casa siendo el rato de su charla verbosa, hueca y simpática el único agradable que en mi casa pasara. Tenía la apariencia de un caballero, me trataba afablemente y no se me ocurrió que pudiera traicionarme—empleemos el vocablo usual—como al fin lo ha hecho. Pero resultó; porque bien reflexionado, era lo natural y lo bueno, lo normal y lo justo, que cada oveja fuese con su pareja. Roch me enamoró la mujer, desde que sentado en una de mis sillas, se puso a mi lado y dió lugar a que los ojos de Magdalena hicieran un paralelo.

Y mire usted, amigo mío, cómo me dí cuenta de que el adulterio se había consumado. Magdalena comenzó poco a poco, a retornar a sus antiguos moldes, a ser la excelente ama de casa atenta a cuanto ocurriera en un rincón de su hogar. Su voz dura y acre, fué dulcificándose otra vez y sus ojos tomaron nueva luz de vida y su cuerpo volvió a ondular suavemente a cada paso marcando la morbidez del organismo en

plena salud. Junto a ella y comiendo como antes, juntos, en la misma mesa y a la misma hora, pude saborear el tranquilo goce de una vida sin obstáculos materiales, vida honesta y agradable de padre e hija, de hermano y hermana.

Dentro de mí comenzó a moverse entonces, al amor de la lámpara de la mesa y sin llegar a mortificarme, lo juro, la interrogación que demandaba la causa de aquella evolución dichosa que me traía de nuevo la alegría de vivir. Y lentamente, gallardamente, fué surgiendo del humo de la sopa, al través del cual veía yo los ojos suaves de Magdalena, la imagen esbelta de Roch, cuadrado y de gran uniforme lleno de oro. La animalidad de mi mujer estaba satisfecha y la traducción de ello estaba en su tranquilidad moral. No hice más que encontrar la causa por el efecto; y sin el acicate de los celos, sin que ninguna fibra conmoviera mi corazón, pude darme cuenta de nuestro nuevo estado...

Desde entonces vivimos felices los tres. Ella sonríe, sonríe sin cesar, y mi chocolate no deja nunca de estar a su hora fija. Acaso el menos feliz sea ese vividor de Roch, que encuentra poco interesante este amor tan absolutamente exento de peligros. Pero yo lo vigilo, y ¡créame usted! no lo dejaré que me quite fácilmente mi tranquilidad actual...

¡Ah! Veo que abre usted los ojos. Por sus miradas habla la consideración a la sociedad... Pero ¿todavía no sabe usted que la sociedad es idiota de nacimiento?

1905.

EL LLANTO DE LAS HADAS

Cuando Durand, después de luchar desesperadamente hundiéndose y cabeceando entre la espuma vercosa de las olas coléricas, comprendió que ya no tenía remedio su desgracia, y que los camaradas de la barca de salvamento no habrían de oírle al través del mugido brutal de la tormenta, cerró los ojos para no ver nada y se dispuso a morir pronto, dejándose llevar por la mole de las aguas...

Entonces fué cuando sintió bajo su torso el roce de una piel suave y cálida que, aunque invisible, lo sostenía a flote y lo llevaba en muelles golpes hacia un rumbo indeterminado. Sin buscar explicación a aquel avance y a aquel bienestar que invadía voluptuosamente su cuerpo en lánguida corriente sensual, se dejó llevar hasta que las aguas se hicieron menos violentas y menos rumorosas y sus pies fueron a tocar un fondo de arena, apenas agitado. Adormecido poco a poco, vino a despertar en una playa sonrosada, bajo el espejo de una sonrosada aurora...

Durand, parisiense de Montmartre, producto de la civilización batida y rebatida en los arrabales de las grandes ciudades, y venido a la condición de marinero de barco mercante por su mala cabeza, no tenía muchas condiciones espirituales para comprender el alma de los paisajes hermosos ni menos para postrarse en un himno triunfal a la Belleza. Pero, sin embargo, todo aquello que le rodeaba era suficientemente claro para que no comprendiese que estaba en un país singular, en un todo diferente a los que sus ojos saltos habían visto de prisa en su marcha de golondrina bohemia por el mundo.

Dos estrellas de mar, escabrosas y brillantes, punteadas de verde, le sorprendieron usando de la propia humana palabra al arrastrarse hasta él... Estaba, según su información, en la isla de las hadas... Durand hizo un gesto de incredulidad... “¿Las hadas?... ¿Melusina, Espumosa, Decorela?... Oh, no! Ya todo eso había desaparecido... Lo probaban unos librotos muy serios que se leían en su tierra...”

Pero las estrellas de mar—gnomos subvertidos a esta condición por leves pecadillos—lo convencieron guiándole por sendas extraordinarias, de la naturaleza de aquella región. Tras la vasta explanada de arena que era como un pecho de mujer, pulido, róseo y ondulado, se insinuaba una rara florescencia de un verde de alga marina con hilos de plata entrelazando las ramas; torrentes reidores corrían por las arrugas del suelo y cada uno venía cantando en el idioma de Durand; pero con un dejo a provenzal del siglo XIII—lo que en la montaña de cuyo vientre nacieran, hacía cada una de las hadas buenas aquella mañana. Ya no quedaba duda. Una gruta vacía exor-

nada por una rama de maduros duraznos y provista de un lecho de hojas, de un huso con su rueca al lado y de la larga varita de los milagros, hecha con un tejido de rayos de sol, le sedujo irresistiblemente; y allí se quedó a esperar el hada de la gruta en quien suponía ya dos alas barnizadas emergiendo de los rosados homóplatos.

¡Justo Dios, y qué gratísima acogida le hicieron las hadas!... Un hombre, acaso un príncipe, en la isla!... Las más jóvenes no comprendían a aquel extraño sér barbudo que en vez de ropilla y jubón, habíase envuelto en ridículos trapos con calzones corridos hasta los pies... Y se oyó un grito agudo, un pequeño grito *stacatto* que tienen todas las mujeres de este y el otro mundo, de *Sideral*, el hada de la gruta de cuyos cabellos de miel había brotado naturalmente una guirnalda de myosotis... Y al huir el grupo hubo un claror de carne blanca en la espesura de la fronda...

Después vinieron las hadas antiguas en cuya marchitez de hoja seca se había salvado aún la mirada suave y angélica... Las varas luminosas se inclinaron benévolamente, y Durand atontado, las ideas confusas y un hilo de baba en los labios, fué admitido como huésped de honor y llevado en cálido tumulto de risas. En el corazón del bosque, en la corte del reino azul y bajo el dosel de un mirto ondulante, hicieron las hadas sus confidencias a Durand.

Estaban allí por la ingratitud de los hombres, que las habían lanzado de Europa, echándoles encima ¡pobres necios! el carro del progreso, invadiendo su terreno con máquinas diabólicas, serpenteando de calzadas los tiernos bosquecillos, antes sólo frecuentados

por gnomos. Una vez un fraile rencoroso de sus tentaciones, inventó una rara sustancia que producía el trueno, y los montes fueron horadados y los ríos desviados de su curso. Otro, seglar, produjo una extraña armazón destinada a multiplicar el texto de los códices, y el cruel aparato, inyectó de páginas revolucionarias los campos, quitando a los pobres aldeanos la bendita fe en los hechizos de las hadas. Entonces fué cuando huyeron del desastre... Las más obstinadas permanecieron todavía junto a los arroyos suspirantes; pero un día apareció ennegreciendo los altos gajos, un monstruo rugidor que retemblaba bajo un penacho de denso humo arrastrándose sobre dos largas culebras iguales...

Y los hechizos desaparecieron con la sangre de fresa de la última hada triturada por el monstruo.

“Por eso es que tan lejos estamos de nuestros amados castillos ojivales...: Algunas golondrinas cuentan aún que no está todo perdido, que si las cosas han variado en su forma, el pensamiento de los hombres está intacto y lleno de poesía... ¡Quién sabe!...

Se habían replegado en torno a Durand, que se veía envuelto, estrechado por un mar abrumador y ondulante como el que la tarde anterior le hiciera bailar entre las algas y las medusas. Pero un mar armonioso, mórbido y cargado de perfumes, con olas de carne blanca que se coronaban de espuma en las crespas cabelleras pajizas. Invadían las piedras aterciopeladas de musgo, se apretaban en los matorrales, se mecían las más leves, como mariposas sobre las ramas delgadas. Estaban todas las que Durand recordaba de los cuentos remotos allá en la brumosa cocina de la infancia. *Coralina, Rizolia, Perla-mosca, Sideral,*

Aurea, Céfiro, Nacarada, Melusina, Amorosa, Rayo-de-luna. . . Las túnicas ingravidas rodaban y se confundían en grises tornasoles por las veredas discretas y entre las altas hierbas florecidas. Más allá el bosque roncaba en suave respiración salutífera y enviaba al grupo el aroma de sus maderas.

Las hadas pensaron que el naufrago era un excelente muchacho en todo diferente a lo que de los hombres actuales contaban las gaviotas y las golondrinas viajeras. Con él venía la ocasión ansiada de probar el pensar y el sentir de la civilización en un tipo aislado, tomado en plena naturaleza y fuera de lo corriente. . . Y Durand fué dueño de una gruta rosada como una gran concha marina, de un viñedo mecido por el viento, y de una hada tierna, fresca como el seno de una flor de espino: el hada *Amorosa*.

Fué feliz cerca de un mes. Su hada le había traído las sensaciones, ya perdidas desde largo tiempo, de un amor sencillo, blando y sin violencia, como la brisa que fuera de la gruta cantaba. En su vida de paria triturado y deglutido por el vientre de las grandes ciudades, el amor había sido un vicio que olía a podrido, hermano gemelo de las borracheras y las reyertas rojas de sangre que terminaban siempre en el sollado húmedo del barco. . . El hálito grato de *Amorosa* era una onda de vida sana y sin complicaciones que se le ofrecía como una fruta en sazón y que le entraba por los poros hasta el espíritu.

Y no obstante, aquel maldito Durand, renovado, absorbido dentro de la selva fecunda en la gran ley del amor honrado y hermoso, no se dió por satisfecho más allá del primer mes de aquel epitalamio coronado de rosas y acantos por las hadas, elfos y ves-

tiglos... Le supo a agua tibia la pasión sencilla de *Amorosa*... Se acordó de París y Londres, de los arrabales cercanos a los muelles en cada puerto rezumante de grasa... Y aquella figura de azucena casta, infiltrado de su morbo, fué asomando a la civilización por los caminos del vicio...

Para Durand, una vez serenadas las ideas y corrida una semana del arribo, era fábula pura todo aquello de las hadas... ¡Valiente broma! ¡Y con él, que no creía en Dios ni en el Diablo! Todo aquello era sólo una organización un poco rara de mujeres extravagantes, especie de amazonas a quienes no importaba mucho la sociedad!... ¡Tanto mejor para él! (Y al llegar a esta idea sonreía maliciosamente...) Aunque ¡quién sabe qué misterio habría en la otra costa, posible oasis encantado para la sed de amor de fatigadas dotaciones marineras!

Poco a poco se fué hastiando de aquello. Largas discusiones se empeñaban entre la pareja de la gruta. Si los árboles crujían agriamente, en las noches de tormenta, *Amorosa* pretendía que aquella era la voz de Céfiro, el hada vieja y gruñona. Si un mirlo parloteaba en la selva, ya estaba *Amorosa* dando interpretaciones extrañas. Si a la vuelta de los paseos vespertinos, un crujido como de bestia en fuga, recorría los bajos hierbazales, ya había que creer que los gnomos barbudos acudían a sus talleres de orfebrería...

Cierto día provocó una gran conmoción en la isla. Las hadas le obsequiaron con un hermoso talismán, un largo berilo al través del cual, el día aparecía como en la dorada hora del alba. Pidió explicación de su objeto. Era un talismán para tener fecunda pro-

le; realizaba el ideal de los hombres puros de las viejas edades... Pero Durand, pálido de rabia y sin decir palabra, lanzó la gema a la espesura...

—¡Gracias!—dijo secamente—¿me habrán tomado por tonto?

Por aquel acto de irrespetuosa cólera fué convertido en buitre. Intercedió con lágrimas *Amorosa*, y el encanto fué deshecho. Durand creyó haber tenido un mal sueño y rió largo rato de la extravagancia...

Algún tiempo después le envió recado *Rizolia*, la reina de la túnica constelada. Deseando hacerlo feliz en el libre ejercicio de su culto, querían concederle un santuario en el bosque, tal como él lo quisiese. Los gnomos lo construirían de una a otra luna... “¿Cuál era su fe? ¿Respetaba a Roma? ¿Se había afiliado al cisma? ¿Era acaso creyente del Profeta? ¿Creía en las encarnaciones brahmánicas?...”

Durand no pudo detener una gruesa carcajada, que recogieron las cavernas sagradas en general escándalo. “¿Religiones a estas alturas?...”

¡Oh, aquellas conferencias a sus camaradas rudos, en el castillo de proa!... ¡Cómo las recordaba ahora al estirarse para pronunciar un discurso que anonadara aquellas pobres tontas!..

Ya todo eso está en el suelo. Eso del cielo es una mentira. Lo del infierno también mentira. Cuando la buena gente muere no hay quien la saque del hoyo para llevarla a sitio alguno. Todo mentira. No hay más que un mundo tunante, y arriba otros mundos sin gente...

Era un discurso áspero, sin referencias científicas pero robustecido por agría lógica sancho-pancesca, fiel expresión de ese escepticismo de la plebe moder-

na, que no ha nacido de la cátedra, y que, no obstante, por una vulgarización insensible de las grandes ideas conquistadas, es hermano gemelo del otro.

Las hadas más arrugadas cambiaron una mirada de desaliento.

Pero las hadas eran unas pobres inocentes. El pensamiento de los hombres—lo habían repetido las ána-des viajeras,—les era todavía propicio aunque las maquinarias hubiesen molido, hasta modificarlas, sus aficiones externas. Durand, por ejemplo, haría un excelente chambelán en el palacio de hojas frescas de la reina de las hadas. Hermoso porte, un lindo mosta-cho de hilos ambarinos, ¿qué más?... .

Durand recibió con la nueva un duro golpe en su orgullo. Aspiraba ¿cómo no? a la majestad suprema en aquella sociedad donde él representaba la fuerza; y su irrespetuosidad de conquistador, recién venido hacia los viejos fueros, daba anchos márgenes a los panoramas de su ambición.

Y ante el mensaje llegado en un nube de túnicas pálidas consteladas de puntos de oro, hizo algo muy humano: lo que se hace cuando lo que anhelamos se pone fuera de nuestro alcance... . Protestarlo.

—Habláis de algo que pugna con mis ideas. Queréis contar con mi concurso para sostener una situación de tiranía... . Pues bien ¡renuncio! (Aquí intercaló Durand una tos tribunicia)... . Tenéis un siglo de retraso. Vivís con Luis XIX y yo vivo con Marat. Las jerarquías han muerto ante el grito del 89. Los derechos del hombre, adorador de la diosa Razón, son garantizados por la Constitución... . ¿Sabéis lo que es la constitución?... .

Al gesto interrogante, el grupo albo cruzaba miradas confusas. Eitontecidas no sabían si sonreír o darse a la fuga... Un rugido de Durand las hizo volar como sedosa parvada de palomas.

—Decid a vuestra ama que la democracia ha derribado ya muchas cabezas...

...El mundo actual, de donde aquel mozo era una piedra rodada, estaba en un todo perdido.

Y un día llegó el final.

Aleteando de boca a boca llegó a la corte blanca un rumor escandaloso: *Amorosa*, el hada fresca como la savia que corre por las ramas nuevas, no amaba ya a su señor. Y otras se contaban: Durand no estaba exento de toda culpa en este triste desleimiento de un idilio: decíase que amaba de manera extraña, demasiado extraña tal vez a su florida muchacha. *Amorosa* mostraba cierto cansancio en el rostro...

Pero el rumor culminó un día en una espantosa revelación: *Amorosa*, poseída de malos genios, comenzaba a faltar a la fe conyugal. Se habló de furtivos paseos a cierta escondida playa, frecuentada por robustos tritones, bellos como efebos...

Y se tembló por su vida. El honor de su señor y dueño habría de clamar sangre... Las hadas viejas recordaban dramas terribles en las alcobas de los rocosos castillos europeos.

Pero Durand, enterado de todo, las sorprendió una mañana. Nada de honor indignado, nada de sangre...

—Siento que no posean ustedes juzgados municipales—dijo simplemente.—Sería muy distraída una demanda de divorcio cursada en forma legal, con separación de bienes, y nuevo matrimonio... ¡Lásti-

ma!... Así como así ya me iba fatigando un poco vuestra *Amorosa*... Estoy ahora por *Coralina*... Más redonda, más comestible!...

Las hadas suspirantes, perdida toda esperanza, lloraron con amargura, confesándose vencidas por la época. Su llanto fué largo, resonante, el llanto de muchos siglos derrotados... Y todo su sér excelso se fué diluyendo en aquellas lágrimas diamantinas, cálidas, celestes... Fueron después perlas color de luna, que los arroyos llevaron hasta el mar.

Una compañía inglesa de hombres rojos y lacónicos, estableció una explotación por muchos millones en aquel criadero...

1905.

LA RISA

Eduardo Pons quería a su mujer hasta el idiotismo, y lo que es aun peor, se lo demostraba a cada momento. Para él era el mundo una inmensa sinfonía donde Matilde era la melodía... y todo lo demás su acompañamiento.

Olvidándolo todo, su dignidad entre otras cosas, entendía que su envío al mundo no tenía otro objeto que el de adorarla a ella, del mismo modo que se cédica una lámpara a una imagen.

Lo que con más fuerza le ataba a sus pies era su risa, una risa diabólica y fresca, arrulladora, contagiosa, casi musical, que retozaba entre sus dientes traviesa y rumorosa como una cascada entre piedras blancas, y que tenía el poder de decidir todas las diferencias conyugales que pudieran surgir, dejando a Eduardo enteramente conforme en llevar su correspondiente peor parte.

Sobre aquella risa personalísima hubiera escrito Eduardo algunos tomos más de los que empleó Can-

tú en relatar el paso del hombre por la tierra. Se le había metido por los oídos y le había echado raíces en el alma. Y con ella andaba por el mundo, como quien marcha sin conocerlas por las calles de una ciudad, mirando siempre hacia dentro de su corazón, evocando todas aquellas escalas cromáticas, todos aquellos arpeggios de un piano ideal, cuyas notas en vez de perderse en ondas sonoras por el espacio, iban a guardarse como en un estuche, allá en lo más íntimo de su sér.

Matilde sabía todo esto y lo explotaba. En medio del mundo burguesito y tranquilo en que había vegetado antes de su matrimonio, a lo largo de una vida tirada a cordel, no había podido vencer su temperamento de mujer perdida. ¡Cuántas veces en el fondo de su cuartito oloroso a bergamota, donde el sol entraba a través de los altos cristales como una lámina deslumbrante, haciendo tajos de luz en los pliegues de las sábanas marcadas con letras góticas en hilo rojo, cuántas veces había desviado su imaginación del crucifijo que sobre la cómoda se caía de viejo, para calentarse los ojos infantiles devorando novelas repletas de perversidades mundanas, y entregarse después a soñar en un porvenir libre, agitado, sembrado de estrujamientos pasionales, de vida fuera de la ley, hasta que la voz de su madre, despertándola como un llamamiento de algo muy grande y muy lejano, la hacía esconder el libro y saltar corriendo hacia afuera con el pecho palpitante, las venas de los ojos irritadas y la boca húmeda y temblorosa de emoción!...

Pero cuando estos raptos se pasaban y la carne se callaba, volvía a ser la misma de antes: alegre y vi-

varacha, aparentando ser más infantil que femenina, fogueando corazones con las candelas de sus ojos techados por el terciopelo de unas pestañas tostadas al sol tropical, se abandonaba a su risa loca y malvada, que hacía temblar deliciosamente la pulpa de sus músculos duros y firmes, como los de quien no ha soportado diez y ocho años el peso del mundo...

La vida burguesa de sus padres, chapados a la antigua, no había hecho más que transformarla en calculadora y relativamente juiciosa. Como ocurre en todas esas familias de honradas tradiciones y gustos vulgares, allí no se había hablado jamás de afecto, ni en el vocabulario de la casa existía la palabra corazón. Se la educó para la reflexión con vistas al egoísmo, se le puso en la vida con su equipaje de costumbres honestas y hábitos regulares, y se le señaló el punto de parada del matrimonio en la seguridad de que sabría escoger un buen marido. En Matilde no surtió todos sus efectos el viejo procedimiento: el egoísmo fué absoluto, y las costumbres honestas no pasaron de relativas.

Eduardo Pons fué para ella un accidente de su camino. No le gustaba, pero era el tipo soñado por ella para su orgía futura a los cuatro vientos de la vida. Pons era un autor dramático de los nuevos, que después de varios años de miserias morales y materiales, acababa de imponerse a la crítica.

Ella lo conoció en una noche memorable para él: la noche del estreno de su comedia dramática *El qué dirán*. Desde el balconcillo de un palco que a su padre había regalado un cliente de la escribanía y a donde había ido con su túnico alto de colegiala, le vió inclinarse confuso y entorpecido, cerrando los

ojos ante el resplandor de las baterías y sosteniéndose de las manos de las dos primeras actrices para no caer bajo el peso de su primer éxito franco.

El marco de gloria que adornaba la figura desgarbada de Pons deslumbró por un momento a Matilde. Pero en seguida se contuvo, y un minuto después ya había soñado su plan. Eduardo Pons, mimado por toda la ciudad y viendo inclinarse a su paso doble fila de sombreros, pudiera ser muy bien aquel suspirado tornillo de su máquina, que estaba destinado a exhibirla a los ojos codiciosos de las multitudes.

En cuanto a su genio literario, poco o nada la impresionó. Las mujeres bonitas no entienden de arte.

Se lo presentaron en alguna reunión de familia cursi. Los artistas y los literatos no frecuentan por lo regular otra clase de sociedad.

Aquellos blancos dientes y aquellos negros ojos que se hacían armónicos para formar una risa deliciosa y comunicativa, hicieron un surco profundo en su corazón y en él fructificó un germen de pasión que no había de secarse jamás. Eduardo le entregó su alma y con ella su vergüenza y su talento; a fuerza de darle tanto se quedó solo con su cuerpo ridículo y encanijado. . .

En cuanto a ella, siguió riendo, riendo, como para acallar el ruido de la rumia que en su linda cabecita hacían sus pensamientos disolventes. . .

Fué en noviembre, un año después de casados, cuando Pons comenzaba a ser recibido en el *smart set* y empezaban a llenar las planas de los diarios las inmensas reseñas de las recepciones de invierno; fué entonces la época en que se iniciaron sus prime-

ros resbalamientos. Se habló de simpatías mutuas entre ella y un teniente de artillería; después se la señaló como la querida franca de M. Habern, diplomático alemán, rubio como la cerveza; antes de los doce meses se batían a espada el teniente y un conocido abogado que se habían encontrado juntos en su mismo cuarto, mientras el diplomático improvisaba de *frappelera* su sombrero de copa, para enfriar un par de botellas de champán que en el ángulo de un reservado esperaban el momento de solemnizar con salva de taponazos su triunfal posesión de Matilde.

Eduardo Pons, encerrado en su despacho, con las narices hundidas en un manuscrito a medio concluir, vivía en una nube, dichoso en medio de su deshonra por la felicidad de su ignorancia.

Un día vino una mala alma y le reveló el secreto. Fué en un viaje artístico que Eduardo hacía solo, dedicándose a conocer el ambiente de una ciudad en ruinas. La noticia de la falta de Matilde produjo en su ánimo más tristeza que ira, más impresión de desencanto que deseos de matar. Su naturaleza debiluca se rebeló un momento al principio, pero acabó por entrar en un estado de cansancio que determinó la calma. Cuando quince días más tarde tornó a su hogar, apenas tuvo fuerzas para representar una escena ridícula de celos y gritos destemplados, que ella epilógó con algunos sollozos y risas mezcladas en un gran beso.

Pons acabó por pensar que siempre debía estar satisfecho con que en el reparto de su amor algo guardase Matilde para él.

Acabó por idiotizarse. Temeroso de que se la llevasen totalmente, dedicaba por entero su tiempo a

Matilde, olvidando las letras de un modo lastimoso. Sin embargo no se atrevía a imponerse a su mujer, por miedo de perderlo todo en un instante de histérismo...

Pero ella se asqueaba. La existencia al lado de aquel hombre que iba hundiéndose poco a poco en el fango, que había perdido su dignidad y hasta el aspecto de hombre, y que se tiraba a sus pies a llorar con un hilo de baba en la boca cada vez que ella se negaba a satisfacer sus caprichos de un sensualismo cretino, se le hacía verdaderamente insufrible e improlongable.

Una tarde anocheció sin que Matilde hubiese vuelto a casa. Pasó la noche, y a la mañana siguiente visitó Pons todas las estaciones de policía y las casas de socorro. Algunas horas más tarde le dijeron que la habían visto en un tren que salía para el interior, abrazada con el mayor descaro a un señor alto y de barba negra, y riendo, riendo siempre...

.....

Pons acabó por curarse de su decaimiento mental.

Sus amigos, al menos, así lo aseguraban; y con él iban a orgías, bailes, fiestas de artistas y romerías al campo.

En el fondo de su alma no había quedado más que un dejo de escepticismo que lo hacía más elegante en sociedad y que lo llevaba a no respetar nada sagrado. Por su corazón había pasado el drama de su matrimonio como una ráfaga de viento huracanado, y después de los horribles estremecimientos que no habían podido matarle, se sentía más fuerte en sus raíces.

Aturdido entre el vértigo de la vida social, abandonando toda su naturaleza a los cosquilleos del *flirt*

y a las caricias del vals, pasaba la vida arrullado por voces de mujeres que lo preferían por el aire melancólico de sus ojos, envuelto entre nubes de cabelleras rubias que buscaban el contraste de su pelo negro. Para las mujeres no hay nada más encantador que un hombre que ha sufrido por otra mujer.

Algunas veces se acordaba de Matilde. Pensaba en ella fríamente, asqueándose de aquel otro Eduardo Pons que se había dejado aplastar de tal modo por el peso de una carne morena de mujer. Sólo cuando oía reírse a alguna de aquellas hermosuras de salón con quienes cambiaba besos en los balcones de las sociedades, sentía una impresión de frío parecida al corte de una navaja. . .

Dos años después de su ruptura con Matilde,—en pleno verano—salió con toda una tropa de gente alegre para una de las playas elegantes de los Estados Unidos. Quería disfrutar de la vida a pleno pulmón, de aquella vida de ruidos y locuras que había visto siempre desde lejos, y cuya falta de conocimientos se traducían en el desdibujo de los personajes de sus comedias, lo que siempre le había echado en cara la crítica.

Una noche salió solo del hotel. Había comido extraordinariamente, y sentía necesidad de hacer la digestión caminando. No quisieron los demás acompañarle y emprendió la marcha hacia el parquecito de crotos y califas que escondía su mancha oscura al oeste de la ciudad playera.

Ya se retiraba, después de media hora de camino, cuando sintió murmullos a lo lejos. Máquinalmente echó mano al revólver temiendo una agresión en la media luz del bosquecillo. . . Y adelantó sin querer unos pasos hacia un grupo de cinco o seis personas

que se movían sobre un banco de piedra. Un farol que pestañeaba como de miedo, le hizo ver con más claridad las siluetas de varios hombres y mujeres que cenaban sobre la hierba...

De repente sintió como si por las plantas de los pies le hundieran en tierra. Había oído una voz conocida de mujer, y tras ella una carcajada diáfana, argentina, fresca, casi musical, que rodaba en ondas sonoras filtrándose por el encaje de las ramas, que resbalaba alegre y rumorosa como lluvia de perlas sobre una concha de nácar, que tenía dejos de flauta pagana y arrullos de guitarra, y que penetraba sutil por todos sus poros hasta agarrar en un solo haz todos los nervios de su cuerpo en una sacudida brutal y espantosa...

Eduardo Pons vió entonces, como si en un cinematógrafo se hubiese puesto ante su vista, toda la infeliz historia de su vida de miserable; sintió la oleada de vergüenza que le salía a los ojos y a la frente, oyó en cada una de las notas de aquella risa las injurias que en otro tiempo le escupía ella a la cara, se vió más preso que nunca por aquella mujer y aquella risa... Dominó en un solo golpe de vista todo su porvenir negro y encadenado...

Aquel desgraciado que en otro tiempo no hubiese castigado la ofensa inmediata, sintió entonces, después de dos años de olvido, todo el torrente de su sangre que se precipitaba en su cerebro...

Y como quien se liberta de un enorme tirano, corriendo para no dar lugar al arrepentimiento, se abalanzó sobre Matilde; y a tiros hizo de ella un guiñapo rojizo de carne y trapos, manchado de sangre, tierra y deshonor...

LA AVENTURA DE "PETENERA"

Fábula de Navidad

Decididamente, *Petenera*, el borracho del pueblo, era una buena persona. Sus ojos blandos sonreían en su cárdeno rostro sobre una nariz accidentada, gesticulante por sí sola, tornasolada hacia la punta, y suavizaban la expresión arisca que a lo lejos producía la maraña de sus crines rojizas como pelusa de maíz. Sobre su edad, escondida bajo el traje pintoresco y entre la costra de roña, había prolongadas discusiones entre los vecinos que le suponían cincuenta años y los que le calculaban veinticinco. En cambio la conformidad era absoluta—salvo el parecer de su mujer *Nastasia*,—en lo referente a su buen corazón y a su humildad de perro doméstico, amén de la presteza voluntaria de sus manos para cualquier servicio que se le pidiese, bien fuera cargar las andas de la Virgen en las procesiones o hacer de pregonero en los remates del juzgado, ora conducir al-

gún billete saturado de amorosas ansias, ya servir de *coco* para someter algún niño rebelde a las razones del papá iracundo. Algunas señoras hasta le habían conocido buen mozo en sus primeras juventudes.

Por desgracia, no siempre era dueño *Petenera* de sus facultades de simpatía, y nunca fué más lamentable el anonadamiento de todo su ser que una mañana de Navidad en que le sorprendieron las sonrisas tibias del sol de invierno, sobre la hierba tostada de la cuneta, entre el zumbar denso de las moscas que acaso lo creyeran muerto bajo la sombra azul del álamo de la carretera. Pero *Petenera* rodaba por mundos áureos, más hermosos que los que cruzaban sus alpargatas, deshechas en irónica risa. Soñaba.

La Noche Buena había sido conmemorada solemnemente. En su vida hubiese faltado *Petenera* a una de las fiestas que consagra la Madre Iglesia...! Acaso si *Nastasia* al ver a su marido echarse encima lo mejor del arca, se sospechó que no era pura contrición lo que relucía en aquellas citas furtivas con los amigos ¡aquellos odiosos amigos, causa de sus pesares! Pero *Petenera* era inflexible para cumplir con el Calendario; y las protestas de su mujer se abatieron ante los nudos de su garrote naranjero... Y fué a la misa del gallo; y ayudó al campanero a desgranar un repique bailarín sobre los tejados, cenizos en la luz de la luna; y atolondró soplando en caracoles de mar a las parejas fundidas entre la fronda; y, como siempre, resumió la jornada de codos sobre la mesa grasienta del bodegón, en amplio debate sobre las cualidades tónicas del Cazallas cuando es Cazallas de veras.

Después necesitó aire puro, de ese que sólo da la

carretera; contó a los pájaros nocturnos el caso de sus amores con *Nastasia*; para retener un pensamiento poético que se le escapaba se sentó sobre las raíces de un álamo; y así, cerrando los ojos, vió cómo resbalaban sus pasos por un camino florecido, cómo se abrió la noche para dejar paso a un sol risueño que ponía un barniz dorado a las piedras y a los insectos.

Sentía que caminaba como si navegase. Era una ruta tortuosa en que los aguinaldos reflejaban el color de su pensamiento, y si pensaba azul, azules se tornaban, y si rosa, vestían un tono como de aurora tierna... De pronto, en una quiebra del camino, he aquí que una luz vivísima, rasante al suelo, proyecta su fulgor en un pedazo de calzada. *Petenera* creyó que era una estrella caída, donde podría él asirse y bogar por los espacios siderales... Pero entre la aureola clara avanzaba un niño mofletudo, con túnica morada: reconoció al Niño Jesús, tal como lo viera en el gran cuadro del presbiterio, perdido por las calles de Nazareth.

Petenera no tuvo miedo. Sólo se arrodilló respetuoso ante la infantil silueta sonriente.

—Vengo a salvarte, dijo la aparición. Yo sé que eres bueno...

Sí; era bueno. Aquella era la única vanidad del desposeído de todo, y la mostraba como un oriflamo.

—Eres bueno, repetía la voz sagrada, y quiero concederte el cielo desde ahora, antes de que seas viejo y peques más gravemente...

¡El cielo! *Petenera* era un fervoroso creyente. Su vicio mismo tenía melancólicas crisis al considerarse irremisiblemente condenado a los tizonazos y a la ausencia de Dios.

¡El cielo!... Pero de pronto se acordó de lo que aquí dejaría, de la boca de *Nastasia* cuando no vertía improperios, de las palmaditas del alcalde, de la tertulia de amigos, de su papel en las elecciones...

Adivinando su pensamiento:

—Mira, le dijo el niño Dios, señalando a un abra soleada entre dos montañas. Allí está el cielo... ¡No renuncias por él a los placeres de aquí abajo?...

Como por el desgarrón de una cortina, aparecía clarísimo el Paraíso suspirado por millones de almas; se dibujaban anchas y majestuosas sus gradas; y encima desbordaba su resplandor único la gran puerta dichosa. Vagamente, cabalgando en el aire, llegaban murmullos de arpas de oro, y hasta la arenisca de la calzada se impregnaba de un leve olor de santo incienso... ¡Y allí, tan cerca!... ¡Quién lo diría!... No está tan lejos el cielo para los que lo saben ver...

—¡Vamos!, gritó convencido.

Petenera empuñó su garrote de nudos, se afirmó los calzones con un ademán vigoroso y emprendió la marcha adelante junto al Niño Jesús, ante el cual se inclinaban para secretarle, los manojos de aguinaldos.

Sólo que la ruta no era tan fácil como *Petenera* la imaginaba. A corto trecho del álamo, se estrechaba la carretera, y un kilómetro más allá era una vereda vacilante, difusa, bordeada de erizados arbustos que agitaban agresivos las espinosas ramas. Llegó un momento en que los matorrales, confundiéndose en un abrazo infernal, cerraron absolutamente el paso y la vereda se adivinaba apenas como un arroyuelo que se oculta.

Petenera, atento con los débiles, quiso abrir el primero el paso; y la emprendió a garrotazos con la fronda asfixiante, enloquecedora. Pero a cada golpe del hombre y como si se animase la selva con un alma rebelde, las dificultades eran mayores y el cerco se hacía más angustioso.

El Niño Dios lo dejaba hacer con sonrisa compasiva. *Petenera* enardecido, se interrumpió un instante para explicar su sistema.

—¿Ves tú? Parece que no resulta y... ¡ya verás!... Así es con mi mujer: al principio una furia, pero después los garrotazos la ablandan y me deja el paso franco...

—¿Y sacas algo en definitiva?, pregunta el Niño. ¿La has hecho más buena?...

Petenera ante esta idea que nunca le había venido a las mientes se dió un enérgico rascón en la greña intrincada.

—Vamos, añadió la aparición. Será preciso que abandones el palo... Anda.

El miserable, conmovido, con mayor pena que un rey al abandonar su cetro, dejó caer el garrote entre la maleza, bañándolo un rato en una mirada de amigo.

Y entonces con habilidad, con esa santa habilidad que rinde las ciegas fuerzas de la tierra, fué el niño prodigioso desenlazando ramajes, apartando lianas, doblando vástagos airados. *Petenera*, avergonzado, seguía sus huellas que perduraban en el suelo como frágiles láminas de plata.

Alcanzaron al fin la llanura. La vereda se alzaba trepando por la falda sedosa de una loma. En la cresta moría. Sobre las rocas peladas de la cima, entre el

batir de los vientos opuestos, se detuvo la pareja. *Petenera*, perplejo, abatido por el cansancio, no sabía qué partido tomar.

El vagabundo pudo observar que la figura del niño se había engrandecido y era ahora grave, austera.

—Eres bueno, *Petenera*, dijo al fin, y eres constante y eres obediente. Vas bien dirigido todavía y si no tienes algún vicio incurable...

El pobre hombre tembló imperceptiblemente. ¿Es que no podrían entrar al Paraíso los tachados de algún viciechillo inofensivo? Su afición al alcohol no molestaba, al cabo, a nadie: la misma *Nastasia* confesaba encontrar en su charla, cuando estaba bien regada, un saber personal que la trastornaba los sentidos. Menos mal que el divino acompañante no estaría penetrado de ciertos detalles terrestres.

—Tú no tendrás ninguno de esos vicios puercos, ¿eh?... Lo digo porque vamos a remontarnos un poco y al pasar por el Purgatorio tendremos cierto calorillo que ¡vamos! con un poco de vino dentro sería insoportable... Anda, cójete a mis pies y procura hacerte ligero...

Y suavemente, como se levantan en las mañanas de invierno las nubecillas caídas en la hierba hasta ganar las montañas y luego los cielos, fué ascendiendo el Dios Niño con *Petenera* colgando como un guiñapo a los pies, todo tembloroso y doblado en zig-zag, en una extraña cadena que asustaba a los pájaros tempraneros.

—*Petenera* ¿qué tal vamos? decía la voz augusta.

—Bien, Señor. ¿Te peso mucho?

Al niño Dios no le pesaba *Petenera* porque era bueno; pero asaltábale acaso el temor de que no

podiera aventurarse al paso por el Purgatorio, a causa de algún poso antiguo de licores libados.

Empezaba a sentirse ya un poco densa y cálida la atmósfera, como en esos días de viento sur en que surgían de súbito las disputas con *Nastasia*.

Se empieza a sentir, señor.

En la frente de *Petenera* comenzaron a brillar gotas de sudor, e instintivamente intentó buscar un pañuelo; pero no soltó las manos. A medida que subían, el ambiente se hacía tórrido, sofocante. En la mente del miserable surgió una luz vaga de alarma. ¡Si podría resistir la prueba! Nada se veía abajo; el éter sólido, un aire de metales en fusión. Se hacía horrible.

—¿Pasamos sobre el Africa?

—No blasfemes. Es que estamos ya cerca del Purgatorio. Aquí es donde han caído algunos pobres beodos que por no tener otro pecado iban ya camino del cielo... Algunos se inflaman repentinamente y caen encendidos como aerolitos...

Petenera se estremeció horrorizado. En la atmósfera de fuego se evaporó el sudor frío que brotó de la raíz de sus cabellos. Aún suplicó:

—Pero no podríamos tomar otro rumbo... para llegar al cielo.

—No; no hay más que uno. Pero no es nada... Los que no beben apenas lo sienten... Mira allá a lo alto... Ya se entrevé.

Petenera levantó cegado los ojos. Era un vasto espacio rojizo, llameante, en cuya ígnea ebullición nada concreto se distinguía. El infeliz errabundo sintió el soplo hirviente azotarle el rostro, y, entrándole por las abiertas fauces, quemarle las entrañas.

—¡Ay!... ¡No más, por Dios!...

Se inflamaba sin remedio. Las vísceras saturadas de alcohol se rebullían próximas a una combustión, y hasta la cara le subían espantosos vapores que le cortaban la respiración...

—¡Ánimo *Petenera!*, ¿qué te ocurre?, oyó decir desde lo alto.

Pero no pudo contestar. Sus manos se aflojaron. Como un proyectil atravesó el espacio, tropezó con estrellas, agujereó nubes...

*
* * *

Al abrir los ojos a la verdadera vida buscó *Petenera* instintivamente su garrote y la botella a medias vacía. Habían desaparecido. Tal vez robados; quizás perdidos en la maleza del camino celeste.

Tornó pensativo a su casa. Abrazó a su esposa bajo una nube de insultos. Tomó un par de piedras para arrojarlas al tabernero de en frente... Pero después de pensarlo mucho comprendió que su vida entera había sido un solo disparate... y que en lo adelante debía dedicarse a la morfina, más tónica y más distinguida...

1907.

CREPUSCULO

Mariana, la elegante viuda del Marqués de Pravantes, escuchaba aturrida la lista de preparativos que le recitaba su mayordomo con voz que fluía igual de entre las dos patillas rígidas.

—¡Se ha encarecido a la orquesta el número de aires noruegos en honor del Príncipe?...

¡El Príncipe! Mariana, cuyos hombros marfileños, inmaculados como dos alas de cisne, habían lucido en aquella atmósfera de lujo durante los tres años de matrimonio y los catorce de viudedad consolada e incitante, reía aún con mucho sol en el alma ante un acontecimiento social cualquiera; y diríase que para conservar su espíritu grácil y eternamente joven, habían laborado incógnitos artistas junto a los que con estucos y afeites hicieron un prodigio de delicadeza eterna, de sus manos, de su talle, de su piel sedosa y aromada. Muchos príncipes habrían estrechado su nerviosa manecita enguantada, y al través de sus *monocles* ávidos la desnudaron un momento... ¡Ah,

pero este Príncipe!... Esta vez lo tendría en su casa, entre sus amigas envidiosas... Porque era un Príncipe de sangre real, incluido seguramente en la lista civil, y cuyo nombre triple o cuádruple consignaba el almanaque de Gotha. Y sus divagaciones no se paraban a imaginar sus probables ojos azules, su posible acento extranjero, su indudable porte militar. El Príncipe no era un hombre; era un símbolo.

¡Oh brillante banda de envidiosas risueñas cuyos cuerpos de serpientes desenlazaría el vals!... La condesa de Tours, de cabellos con algo de luz de luna sobre su noche negra; Mme. Tcharkoff, cuyas pestañas albinas se entornaban a la caricia de las galanterías; la baronesa de Cligny, demodada en los trajes, sombra medioeval y rítmica; la alegre señora de Pascua, sonriendo a todo un cuerpo diplomático de sudamericanos... ¡Cuán bello marco para adornar el beso de un príncipe en su mano larga de marquesa...!

Pero ¡ah! qué loco soñar!... Su pobre *mignon*, su pequeña Suzzette, para cuya presentación al gran mundo surgía aquella fiesta, no había pasado aún por su cabecita a pájaros en medio a aquel desfile suntuoso!...

—Vea usted, Mauricio, interrumpió de súbito, prefiero dejar nuestras cuentas para después. Me marean los números... ¡Ah, avise a la señorita Sezzette!

La figura negra y silenciosa se dobló entre las cortinas.

Suzzette había salido semanas antes del colegio. Sobre su niñez triste y dulce, diez años habían corrido formándola un carácter tímido y monjil, que no modificaron las rápidas visitas de la mamá llenando

su alcoba casta y pequeña de rumores de seda, ni las soleadas vacaciones en la playa entre niñas precoces y niños que mudaban la voz. Ahora era una muchacha de melancólica belleza, alta y con flexibles movimientos de barca en bahía, que entraba sin ruido, como si aún viviesen en sus retinas los altos muros, las arcadas silentes, los cipreses esponjosos del convento.

—¿Qué tal Suzzette? ¿Estás contenta?... ¿Has tenido alguna carta?

Desde el pequeño cojín en que con leve impresión de cansancio se había sentado confidencialmente a los pies de su madre, Suzzette no contestó de pronto.

—¡Oh, sí; soy muy dichosa, mamá!... He recibido un telegrama de Gabriela, ¿te acuerdas? mi amiga del convento; dice que acaso no pueda venir... Además Raimundo me ha enviado unas flores, unas grandes azaleas para esta noche.

Mariana quedó pensativa un minuto. Antes era a ella a quien, los días de recepciones, enviaba flores Raimundo, el buen Raimundo Dumény, el más constante de sus adoradores, el más discreto en respetar una inconstancia. Y levemente, en su frivolidad de mujer halagada, sintió pasar la sombra de una rivalidad. Luego, satisfecha, reconoció una ofrenda indirecta. Suzzette era su hija.

Sintiendo su calor sobre las rodillas vino a divagar sobre el instinto de la maternidad que de pronto no comprendía. En la aturdida mundana, que no conocía más suspiros que los de violines *tziganos*, no hubo nunca más que tres meses de madre, aquellos de forzoso veraneo, en que menos se sentía vivir, lejos de París, de sus amigos, de su mundo. Todo el resto era muñeca de salón, respetada por los años y siem-

pre *remarquée* en las crónicas sociales, rendidas a su imperio de reina moderna. ¡Cómo infiltrarse de pronto de aquel sentimiento grave, pesado, que suponía algo de retiro, de renunciamiento, de arrugas en la boca y en el corazón?...

—Suzette ¿estás contenta de tu mamá?

Para la colegiala, hecha al gesto respetuoso de la Superiora, al hablar de la marquesa de Pravantes, era una dicha haber nacido de tal madre, la más aristocrática y hermosa de las mujeres. Sí; Suzette estaba contenta de no separarse ya de su mamá, y de ir con ella a las recepciones para verla triunfar sobre todas las damas...

—Seremos como dos hermanitas,—concluyó dilatando los mansos ojos azules.

Mariana pensaba que bien podían parecer dos hermanas. Su talle fino, su busto erguido, su andar claro y nervioso decían de una sangre febril de veinte años. Y si alguna manchita en la piel o cierta dificultad en la digestión vinieron a negar la dulce mentira de su verdor, pronto el auxilio médico en una proscripción de varios días, reponía las cosas a su nivel.

—Eso sí; que había que respetar a la hermana mayor en todo, en todo... Suzette aceptaba con gozo; ¡oh, si supiera la mamá las vergüenzas que la esperaban aquella noche! Tenía que aconsejarla, conducirla; porque en el colegio, a vuelta de lecciones de baile, no se obtenía nada en limpio. Mariana apretó la dulce cabecita rubia.

Pero se detuvo, viéndose otra vez como renovada. ¡Qué curioso era aquello de pedirle consejos a ella, a *Polvorilla*, como la llamaba el doctor. ¡Qué extraño papel era el que estaba ensayando ahora con semblan-

te grave y voz profunda!... Y como ante un declive peligroso y atrayente, se apartaba de la nueva tendencia que nacía en su corazón... Probando a defenderse se repitió al ponerse en pie bajo un beso largo de su hija:

—Sí; seremos dos hermanitas...

Fueron hacia la *serre*. Mariana se detuvo para decir algo. Luego murmuró dulcificando la idea con el gesto:

—Bésame siempre así, ligero... o cogiéndome del talle, como a una amiga... Luce feo el reclinarse sobre el hombro...

*
* *

La sala fulgía. Ancha catarata de luz se derramaba sobre el pequeño jardín haciendo llamear las fachadas fronterizas. Bajo los arcos grises del *porch* desfilaba un río de carruajes y *autos*, crujiendo, inquietos.

Arriba, la recepción esplendía en plena fiebre. Junto a los balcones, debajo de las amplias hojas de las palmeras, se formaban grupos alegres por risas de mujer, claras y frescas como el agua de los pilones allá abajo entre la fronda. Vibrando con los sollozos de los violines, volaban las parejas, dejando vago perfume en el aire. Por los corredores se barajaba la turba dorada de uniformes pintorescos y fracs realzados por la cinta roja.

Mariana paseaba embriagada, dichosa, junto a un joven pulcramente afeitado. En aquel ambiente de brillo y de estruendo estaba el filtro de su alma y en él ansiaba desvanecerse como un gusano dentro el cáliz de una flor. Amaba perderse entre el murmullo de las sedas y el chocar de las copas, oírse acariciada por

las chispas de ingenio de un grupo de hombres, mecerse soñando a la caricia de los vales de Cremieux. Amaba todo esto más que el amor mismo. Sus ideales eran harto frívolos para pasar de las decoraciones del gran misterio.

Junto a su cola caracoleaba alguien murmurando una frase de felicitación.

—Mi enhorabuena por la joyita nueva; ya sabe usted, por la pequeña Suzzette... ¡Encantadòra!

Mariana sonreía agradecida a la calva refulgente que se inclinaba para alejarse. Pero en su alma hubo una sensación de vacío: ¿porqué no se la felicitaba por sí misma? ¿por qué había de traerse el nombre de otra, aunque fuese el de su hija? Y de pronto vió en aquel rápido coloquio de enhorabuena un pequeño diálogo, entre viejos que comentaban el avance de algún joven... De cierto no se hubiera felicitado de tal manera a una hermana mayor. “He aquí uno, pensó, que ya desertará de mi reino”.

Siguiendo el pensamiento buscó a Suzzette. Se deshacía de un hormigueo animado de fracs, asustada ante dos jóvenes que discutían *carpet* en mano. Su alto traje de *chiffon*, su rostro pálido y toda su silueta ágil de ondina, componían un solo celaje milagrosamente caído en aquel cuadro de áurea banalidad. Las sonrisas estudiadas, los ojos lascivos, las *toilettes* en matices osados, los descotes inverosímiles como cálices de erguidas flores blancas, toda la viva *reclame* de las mundanas a la moda, harto conocidas, harto gastadas, deslucían aquella noche ante una débil figurita, aún no formada, que pasaba sonriendo con aire aniñado e intranquilo por el salón..

Mariana gozaba sinceramente con el éxito radio-

so de su hija. Se desvanecía su temor de que su timidez provinciana fuese a descomponer la recepción, y orgullosa de ella, pensaba que no podía desmentir la sangre. Pero allá en sus adentros una leve comezón le roía ante la certeza de que aquella noche había alguien que lucía más que ella, y se sorprendía al comprobar que era la primera vez que no se la proclamaba reina del baile. Y sin quererlo, venían siempre sus divagaciones a Suzzette, a la linda marquesita que pasaba ahora a su lado mostrando la frescura de los dientes, dichosa entre la red de miradas que la envolvía. . .

Entonces frenéticamente, por una rebelión de todo lo que de femenino había en su ser, su cuerpo ligero y fuerte cobró alas como para una lucha. Fué un relámpago en los ojos, una agitación en el abanico, una vibración cristalina en la risa. El brazo esforzado del general deslumbrante que la llevaba, se sentía fatigado. . . Suspirando de envidia la sonreían al paso la condesa de Tours, jugando bajo las luces con su melena azul-negra; Mme. Tcharkoff, la de albinas pestañas, apretando estremecida el brazo de su compañero; la baronesa de Cligny con su poeta de tanda, silenciosa y rítmica; la alegre señora de Pascua, palpitando entre un cascabeleo de charla española. . . Una pareja de divorciados, en nuevo *flirt*, saludó su paso. . . Había de verse en definitiva quién era la reina del baile! . . .

De pronto brotaron de la tribuna festoneada de verde, suspiros de violines que cantaban un aire de Grieg. . . ¡El Príncipe! . . . Mariana sintió los latidos de su corazón, mientras infantilmente paseaba una mirada circular, satisfecha e impertinente. El prínci-

pe tenía noticias de su belleza; voluntariamente había solicitado conocerla, pidiéndoselo en concreto al doctor Dumois... ¿Qué efecto le haría?

Las señoras se miraron de soslayo en los grandes espejos. El príncipe, alto y desgarbado en su uniforme oscuro, avanzó por el salón a zancadas, como en una revista militar, a duras penas acompañado por el doctor Dumois. Sus ojos claruchos buscaron a Mme. de Pravantes, que se tenía en pie con su hija, plásticamente colocada junto a un jarrón de raros plátanos. El doctor redondo y cortés, hizo la presentación.

—La señora marquesa de Pravantes... Su hija la señorita Suzzette...

El príncipe deslizó a Mariana una galantería sobre los prestigios de los Pravantes. Después distraído y con una rápida ojeada de comparación a las dos mujeres, murmuró entornando los ojos a Suzzette:

—¡Oh, señorita; había oído hablar a todo París sobre su asombrosa belleza... Pero crea usted que dicen muy poco sus admiradores...

Mariana tembló imperceptiblemente mientras una tenue aureola subía a su rostro. Su lengua viva de mujer adulada estuvo a punto de interrumpir al príncipe reclamando lo que esperaba como suyo. Pero se contuvo mientras Suzzette ruborosa se inclinaba, entretegiendo el abanico entre las manos.

Luego comenzó una serie de frases aprendidas para halagar a su Alteza:

—¡Oh, aquellos *fjords*, aquellas aldeas de pescadores!...

Pero cuando terminado el breve paseo por el salón se cogió al brazo del viejo doctor, mientras Suzzette resbalaba con el príncipe:

—¡Ay, mi buen Dumois, suspiró con fiebre en los labios; cuán pronto desilusionan estos personajes vistos de cerca!...

—Ta, ta... mi amiguita, sonrió bonachonamente el doctor. Los tiempos pasan... y con ellos vienen turnos nuevos... Cierto que mi augusto amigo no ha extremado su discreción...

Mariana se detuvo en firme con chispas en los ojos.

—Perdón, doctor, no continuemos... ¡Oh Raimundo!—continuó dirigiéndose a Dumeny que pasaba travieso,—tengo algo para usted.

Pero toda su altivez rebelada no podía evitar el desplome de sus ilusiones y vanidades. ¡Oh, sí! El príncipe, impuesto de que iba a ver a una bella Pravantes, se había dirigido a la más hermosa, a Suzzette. Un episodio sencillo, la entrada de otra mujer en el mundo elegante, había echado sobre la seductora mentira de su juventud, ocho, diez, quince años. En un día sólo se convertía Mariana de Pravantes, en la marquesa viuda, la madre de Suzzette... Se ahogaba en el salón.

—Raimundo, amigo mío, lléveme a la *serre*...

Fueron a parar a un grupo plácido de mamás que comentaban el paso de las jóvenes, hundiendo la cucharilla en la espumita del sorbete. Dumeny, jugando nerviosamente con el *monocle*, no sabía cómo distraer a Mariana, postrada y muda en un sofá de mimbres. Aquel ambiente tibio y dulce la iba reponiendo en sus ideas, y como desde una cumbre lejana columbraba poco a poco todo el cuadro de sus afanes inútiles, extemporáneos. Su eterno vaivén mundano, evocado en fechas sobre fechas, acabó por producirle

una tenue sensación de cansancio... ¡Al cabo eran treinta y siete años bien ganados!

—Ivonne, hija mía, preguntó una voz cariñosa desde una butaca próxima, ¿has bailado mucho?

Un punto de luz brilló en la conciencia turbada de Mariana. Aquella buena mujer se divertía también, prolongándose en el alma de su hija, y con ella vivía de nuevo, bailaba, *flirteaba*... Respetaba los turnos nuevos... ¡Ah, pobrecita Suzzette!

Y Raimundo Dumény no supo qué contestar cuando con semblante de intensa emoción, tal vez de tristeza, tal vez de alegría, le suplicó su amiga quedamente:

—Raimundo, amigo mío, condúzcame a mis habitaciones... Tengo ganas de llorar...

1907.

LOS DOLIENTES

Cuando el señor de Bonaldes murió, su viuda la hermosa Sofía odió la vida. Nada bastaba a reponer en aquel corazón desgarrado la dulce paz que lo anegara en los tiempos de eterno idilio, cuando su inexperiencia nerviosa de muchacha había encontrado caliente asilo protector en el ancho pecho del maduro solterón, afanoso por su parte de encontrar un puerto amorosamente quieto para su bullidora existencia.

Del recuerdo de los diez años perfectos de matrimonio, sólo le quedaba, a falta de hijos, el legado del prestigio de un nombre que aún llevaría, la buena calidad del medio a que la exaltara su marido, honorable presidente de varias sociedades elegantes y compañías bancarias, y el cercano calor de algunos amigos fieles que no quisieron abandonarla a la frialdad de sus negros crespones.

El señor de Rovira, miembro capitalista de la razón social "Bonaldes y Rovira Sucesores", comensal desde muy antaño a la mesa del matrimonio y hombre de

espíritu impresionable como artista que había sido en sus desocupadas mocedades, salía de la casa cada jueves con el alma compungida ante la severidad de aquel duelo tiernamente conservado; y las noticias mercantiles que había de llevar a la viuda de su socio se entrecortaban por sentidos comentarios a la memoria del que había sido el eslabón de sus dos vidas. Porque aquél era un gran amigo—pensaba Rovira— a quien no se hubiera podido traicionar.

Y fué en una de estas últimas recepciones a que concurrían algunos accionistas con sus esposas coquetamente ataviadas, que surgió de los cálidos panegíricos, la idea de perpetuar por un marmóreo monumento, el recuerdo del buen amigo.

—Un ángel llorando sobre una columna tronchada, sugirió una opulenta dama de pelo rojo.

Rovira, conmovido hondamente ante tal concepción, presentó, sin embargo, una enmienda. Quien tenía que llorar al pie de la rota columna era ella, la pobre Sofía, que también era un ángel. El escultor se encargaría de reproducir sus facciones desencajadas bajo el manto de Artemisa.

—¡ Oh, si usted mismo lo hiciera...!—suspiró Sofía desde sus cojines tenebrosos.

Rovira quedó confundido. ¡ Cómo había de exhumar él todas aquellas aficiones de su juventud! Quince años hacía que no tocaban sus manos una espátula ni un cincel; apenas si recordaban aquellas épocas dos viejos yesos que reproducían en su desván la testa terrible de Lacoonte y el torso impúber del Apolino...

—¡ Oh, no!—protestaba tosiendo discretamente,— de ninguna manera!...

Pero no hubo modo. Las señoras intervinieron dán-

dole un voto de confianza para toda la obra. Sofía inclinó la suave cabeza rubia :

—¿ A mí? . . . ¿ A mí me lo niega usted? . . .

El austero burgués no podía negar nada a la viuda de su mejor amigo. Su brazo estaba presto a apartarla de los innumerables peligros que podía atraerle su exuberante juventud . . .

A la semana siguiente comenzaron las sesiones. Por la ventana abierta a la brisa sonreía un naranjo florido. Sofía agrandaba sus ojeras azules, mientras Rovira en amplia blusa se quitaba las salpicas de barro que le matizaban los altivos bigotes . . .

*
* *
*

Se encontraban con frecuencia en el cementerio, donde Rovira vigilaba el trabajo de algunos obreros, ocupados en el gran recinto abovedado que habría de ser sostén y zócalo de todo el monumento. Era un espacio cubierto y cuadrado, sobre la primitiva base, al cual daba acceso una pequeña puertecilla, y cuyas vastas proporciones denunciaban el firme voto de la viuda, de ir a acompañar algún día al noble esposo.

—Usted sólo me comprende, mi buen Augusto—decía la viuda, apretando emocionada el brazo de Rovira . . . Oh, usted también debería venir con nosotros a dormir aquí, como el más fiel de nuestros amigos, nuestro común sueño eterno . . .

Y Rovira bajando los ojos sobre las guías del bigote, soplaba agradecido, como ante la oferta de un hogar :

—Si usted me permite un modeño rincón . . .

Después se daban cita para las *poses* escultóricas.

Sofía adoptaba la más lánguida y lúgubre de sus actitudes.

Y mientras avanzaba el trabajo torpe, bajo los dedos gordos del antiguo aprendiz, se cambiaban frases de recuerdo al llorado muerto.

—¡Pobre Bonaldes! ¡Como ése no tendremos otro!... Vea usted Sofía, tiene usted el perfil más griego que he conocido...

*
* *

Había concluído el trabajo, con el cariñoso auxilio de algún antiguo compañero de Rovira, a quien se encargó del complemento mecánico de la talla en mármol. Sofía, místicamente blanca, desmembrada, exhausta, se desmayaba al pie de la columna trunca en que revivía el espíritu del esposo. Con grandes esfuerzos mecánicos se había transportado el grupo a la Necrópolis; y allí junto al gran basamento arquitectónico yacía sobre el césped fresco y sano, en espera del día del aniversario en que sería inaugurado bajo la unción de un solemne responso.

Era la mañana transparente de un domingo, y Sofía encontró a su amigo divagando entre los cipreses, siguiendo el vuelo de los gorriones que gorjeaban irrespetuosos. El rostro de la viuda se coloreaba bajo un pico alzado del negro manto; Rovira que había seguido su avance desde que atravesara la gran verja, la saludó con un ligero temblor en la voz felicitándola por aquel renacimiento de su mermada salud. Todavía retuvo un momento entre sus manos la mano regordeta de la viuda, para decirla:

—¡Cómo debió quererla a usted mi buen Bonaldes! Hacía un suave friecillo. El antiguo escultor invi-

tó a su amiga a desentumecer los pies en un breve paseo por las alamedas. Hablaban suavemente, cortando en largas pausas la conversación. Él tomó pretexto en el grupo escultórico que lloraba junto a la bóveda chata, para añorar la desviación de sus destinos, que habían hecho un comerciante de un artista. Sus manos cobraron fuego y se detuvo un momento para confesar a Sofía mirándole a los ojos.

—Usted, usted me ha hecho de nuevo, artista...

Sofía volvió el rostro hacia la tumba clara de una doncella, murmurando:

—Es que usted también... no sé, pero creo que usted... me ha hecho sentir también un poco la belleza...

Rovira disimuló su turbación, dándose golpecitos con el junquillo. Se acercaban, después de una vuelta circular, a la cripta bordada de andamios, y el burgués enlutado sentía que en todos sus miembros vibraba una rara agilidad de juventud. Pero no podían continuar. El esmalte del cielo se empañaba bajo el vaho denso de una nube y finas gotas listaron como rectas agujas la verde decoración de las frondas. Todavía cambiaron algunas frases temblorosas.

Ella tuvo de pronto un escalofrío que vino hasta su faz, ruborizándola.

—¿Qué hacemos?... ¡Oh, qué fastidio!...

Rovira propuso penetrar, como recurso el más próximo, en el recinto techado que con una altura suficiente, formaba el panteón. Para dar paso a su amiga por la puertecilla estrecha le rodeó la cintura oprimiendo el largo velo de crespón que caía desde la capota.

—Ay, Augusto, no... todavía no...!—dijo la po-

bre romántica doblegando la rubia cabeza hacia atrás.

Y en la dulce sombra protectora se sumergieron las dos figuras un momento, cantando en silencio a la vida en la misma casa de la muerte. Bajo sus pisadas unas letras negras se lamentaban: "A mi amor de siempre, su Sofía..."

Escampaba. El timbre duro de Rovira sonaba en lo hueco. Salió él primero ayudando a su amiga a saltar una pequeña charca entre la hierba. A un lado, el grupo de blanca piedra seguía su sueño bajo el céfiro lavado; y en él se desplomaba la Sofía moribunda, penando por la caída eterna de su esposo. Unas gotas resbalando sobre el mármol, semejaban lágrimas.

Después, sin pizca de ironía, todavía emocionados por el homenaje al muerto, por la aurora de su amor, por su *Te Deum* a la Belleza, recordaron los deberes aceptados:

—Tenemos que andar muy rápidos. Se aproxima el aniversario...

Ella se abrazó todavía un instante a Rovira y recordó trastornada al muerto, como a un padre, como a un abuelo.

—¡Cuánto gozaría, el pobre, al vernos así...!

1908.

LA AGONIA DE "LA GARZA"

Vuelto a mi playa querida, pregunté por los míos. Mi playa es esa costa chata y riscosa que se duerme en línea temblona más allá del gran boquete de Cárdenas. Los míos son toda aquella población ruda y sincera: Lucio el pescador de agujas, Josefa la vieja tejedora de mallas, *Anguila* el chico que preparaba la carnada, Pío el carbonero, Gaspar el brujo.

—¿Pío?... ¿Gaspar?... ¿Pero no sabe usted lo que les pasó?... ¡Pos si hasta los papeles hablaron de eso!...

Y en un ángulo del bodegón, entre dos tragos de aguardiente, me contaron el terrible episodio que huele a marisma, a vientre de monstruo, a carne atormentada. "En el nombre del Padre"... Perdonad que me persigne.

Fué el mismo Pío quien lo contó a algunos hombres de mar cuando su razón, como un ave desenjaulada, se escapaba ingrata de su cerebro. Aquel Pío no tenía

más apellidos, tal vez ni recuerdo de padres, como si de aquellos manglares verdes hubiese brotado. Su edad acaso madura, por el tono amarillento de su barba arisca, parecía joven por la recia arquitectura de sus hombros. Vivía lejos de toda población, y frente al viento del Norte que pasaba iracundo sobre aquella tierra muda y desolada, apilaba sus hornos de carbón. en espera de los arrieros que hasta allí se aventuraban de mes en mes. Cerca de su bohío, al canto de un gallo, otro carbonero, el negro Gaspar, apilaba también sus leños secos de mangles, de hiacos, de peralejos retorcidos; y menos mal que en su choza reían las voces de la parienta y los dos chiquillos ayudándole en la faena. Y más allá el desierto, y en redor el silencio. Sobre el paisaje simple, donde muy alto a lo lejos azuleaban montañas como una promesa de salud, ascendían lentas las dos columnitas de humo; y eran suaves, y eran trémulas, y eran humildes, como plegarias aldeanas.

Era una época mala. Aquel mes no se oyeron cenorros por los uveros de la playa. En las tiendas lejanas a donde llevaban Pío y Gaspar las alforjas alguna vez, oyeron hablar de crisis, de que la seca había empobrecido a todo el mundo. Tal vez. Y lo aceptaban como una cosa inexplicable, porque para ellos el aire se hacía oro más allá de aquellas montañas de esmalte. Vieron pasar iguales otros dos meses, mientras el mar comenzaba a mugir y a empenacharse, recibiendo el otoño. Había que ir a Cárdenas, ¡qué remedio! *La Garza*, la vieja balandra de Gaspar, herida en los costillares, haría el viaje, y en ella irían todos para que ningún hombre tuviera que esperar al retorno... Se remendó la vela; se calafa-

teó con copal y espartillo. Los negritos enseñaban los dientes como pulpa de coco.



Aprovechando el terral que los empujaba hacia afuera echaron toda la vela frente al sol que se desleía en púrpuras violentas. A proa, junto al palo, habían metido los treinta sacos de carbón; y en el centro se acurrucó Pío, con la negra y los chicos, mientras Gaspar, la escota a la mano, daba con su cabezota una mezcla esponjosa y negra a la arena amarina de la playa. Eran aguas de estero, dóciles y sin ruido, y *La Garza*, limpios los fondos por la prolongada carena, saltaba ágil, haciendo gemir el mástil flojo en la calinga. La vela y el foque se ennegrecían sobre la tapicería oriental del horizonte, como las alas abiertas de un alcatraz errante.

Pero más allá del estero, guardado por la barra de islotes muertos como enormes cocodrilos, una línea blanca de espuma les esperaba. Las olas fueron haciéndose gruesas, pesadas, olas de almidón cocido, y *La Garza* adelantaba poco, casi reculando ante el instinto de un peligro. Al fin tomaron una *pasa* estrecha entre dos puntas mordidas por las espumas, de donde se levantaron graznando bandadas de gaviotas. Una ráfaga de aire salitroso les saludó brutalmente y la chalupa crujió hincando la proa, en una tosca reverencia. La palpitación enorme del mar libre se dilataba hasta el horizonte, dando temblores de fiebre a los encajes de cada ola. De pronto se hizo calma, un minuto apenas; y ya fué un noroeste húmedo, desigual. Se hizo más difícil remontar el

mar para entrar directamente en la gran bahía. Gaspar, recortando el trapo, comenzó a voltijear junto a la playa.

Cerró la noche a mitad de aquellos esguinces. A lo lejos una luz rasando con el agua comenzó a parpadear dando trazos geométricos a las olas cercanas. Era el faro de Bahía de Cádiz clavado del otro lado de la línea azul. Casi en el mismo instante una gaviota puso su mancha fugaz sobre el punto de luz.

—¡Jesús! gritó la negra, santiguándose: ¡Qué desgracia vendrá?

Los demás no hablaron. Gaspar miraba a las nubes. Pronto comenzaron las rachas duras que acometían bruscamente a la vela. Hubo que ponerle rizos. Mas no bastó; una ráfaga súbita abofeteó el trapo por la banda de babor.

—¡Larga la escota!—gritó Pío.

Pero la cuerda enredada en la cornamusa resistió un segundo, y allá fué rodando, infeliz, sin fuerzas, la vela con la gente y la carga. Por fortuna la escota rodó al fin y el mástil chorreando agua se irguió de nuevo. *La Garza* ahullando por todas sus viejas heridas, cojeando con el peso de los lingotes corridos a una banda, volvía a dar la cara al mar; pero los treinta sacos de carbón habían rodado al abismo negro. El mar, ávido y despótico, se había tragado en un sorbo el trabajo de tres meses miserables.

Pío soltó un juramento y Gaspar no pudo contener dos lagrimones, ante los ojos desbordados de los negritos, calados de agua.

—Vamos *pa* atrás, masculló imperiosamente, amarrando de nuevo la lona.

Un momento creyeron haber perdido el rumbo en

la negrura de la noche ya cerrada. Pero el faro les envió desde allá abajo un guiño protector. Tomaron el viento a un largo, entre terribles bordadas que arrancaban gritos a la negra y los negritos.

—¡A remo! ¡Vamos a remo!

La negra, hecha a tostarse en las solanas de la pesca, comenzó a temer a las sacudidas crecientes. Pero Gaspar se obstinaba en aferrar la vela. Y he aquí que en uno de los golpes de viento un quejido agrio recorrió el palo y doblándose por su base se recostó sobre el agua con todo el peso de la vela. Y fué la decisiva. Una ola enorme favoreció la vuelta, y a poco, lentamente, en golpes convulsivos como las náuseas de un enfermo, fué girando el casco hasta poner al aire la quilla mojada, llena de mataduras. Braaceando desesperados cinco cuerpos flotaron en su torno hasta coronar la quilla, como inundados que esperan la muerte sobre el caballete de sus casas.

Y comenzó el capítulo dantesco. Al ruido del agua, al olor de la carne humana que se prodigaba, un remolino pequeño se produjo allí cerca y, rasgando el moaré negro, asomó visible, siniestra, terrorífica, una espoleta cartilaginosa. Nadie chistó, pero por todos los poros brotó un sudor frío. El tiburón, más temible que los huracanes y los incendios, estaba allí, esperando... Y al primer remolino siguió otro, y otros, y en breve hubo un radio pequeño en que una tribu de monstruos, mantas, tiburones, rayas, se disputaba a dentelladas la presa futura, siguiendo las oscilaciones de una caja rota en medio del mar, adornada con cinco espectros a manera de cresta.

Sobre el bote volcado, todo era un mundo de temblores. El faro, inmutable e irónico, les saludaba mos-

trándoles todavía la energía del hombre, dominadora del mundo. Pero la familia de monstruos se impacientaba y sus feroces tumultos súbitos esparcían sobre las espumas un hedor acre. Acaso el hambre les dió ánimo y uno de los escualos, sacando su masa blanquizca sobre el agua, acometió un costado de la barca. Del grupo salió un ahullido múltiple, y uno de los muchachos, desmadejado, se deslizó sin ruido de junto a su madre.

—¡José!. . . *Condenao*, ¿dónde estás?—gritó la negra.

Un ruido brusco de huída, y después un barboteó del agua, al otro lado, les contestó. Gaspar se incorporó convulso: una tintorera ágil como una anguila, saltaba sobre el muchacho: y fué un clamor agudo como el de un cuerpo apuñaleado. . . Las fauces chapotearon, las aletas chocaron con fofa rumor. . .

Gaspar el negro perdió la razón en aquel minuto: salvaje, vuelto a su gallardo abolengo africano, se lanzó al agua puñal en mano, abrazando frenético un lomo pizarroso que le huía. Seis, ocho, diez tiburones *engodados*, codiciosos, se repartieron sus pedazos poniendo un charco tibio y rojo en la gran masa de agua fría.

Los tres que quedaban eran tres idiotas. Habían asistido a la escena como en sueños, hipnotizados, sólo conscientes para prenderse a la quilla carcomida enterrando las uñas en la madera. La noche siguió reinando sobre sus cabezas, y el viento, harto tal vez, empezó a amainar aquietando poco a poco el crepitar fúnebre de las olas.

Pasaron los minutos; tal vez fueron horas. Los tiburones, después de rozar muchas veces el casco hue-

co con tenaz avidez, fueron abandonando el ojeo. De pronto un ligero estremecimiento de la barca los sacó de su estupor; el muñón del mástil tocaba fondo seguramente. Una lucecita débil se encendió cerca, tal vez a pocas brazas. ¡Salvados! Un egoísmo feroz, ese egoísmo desenfrenado de los náufragos, les hizo olvidar a los muertos.

—¡Auxilio! demandaron a las sombras circundantes.

El negrito, con la bella inconsciencia de sus doce años, no dió tiempo a que lo pensaran, y probando primero con un leve manotazo en el agua si en verdad habían desaparecido los tiburones, se lanzó al agua hasta tocar la arena del fondo. Era la playa sin duda: la vela subía hasta la superficie y el chico podía tenerse en pie y caminar hacia adelante. La negra trató de retenerlo en vano...

Pero pasaron los minutos y el chico fundido entre las sombras no contestó a los gritos de su madre.

—¡Yeyo... Yeyooo!—gemía llorosa.

—Espera, murmuró Pío; él vuelve.

Los ojos de la negra no veían nada: sólo aquella luz agujereando la noche como para abrir una salida a su desesperación, la fascinaba. Torpe y lenta, dejó ir balbuceando lamentaciones como un niño su grasa hacia el agua, irguiendo en balance súbito la proa donde Pío se acurrucaba; el agua dormida la abrió paso... Y debió recibirla con amor, porque a poco sus respuestas fueron débiles; y luego nada; luego sólo la noche callada y el quejido doliente de la barca vieja.

Pío, el carbonero, pudo ver crudamente toda su situación de abandono. A corta distancia tal vez ha-

bía una tierra donde todos dormían sosegados, seguros de su suelo y de su techo; no muy lejos tampoco surcaban el mar enormes transatlánticos punteados de luces, atestados de gente feliz, de marinos que formaban su porvenir y ricachones que se hacían el amor sobre los mimbres de popa. Los talleres hervirían aún palpitando de fuerza, y en los lupanares correría sin frenos la orgía. Sólo él, en medio de la humana cadena que se deseaba y se apoyaba, en mutuo esfuerzo, era el eslabón perdido que a nadie hacía falta. Y de ningún puerto saldría a buscarlo una barca de salvamento. Levantando el puño en alto lanzó una imprecación a las estrellas, testigos irónicos de su agonía; y en el cerebro le iba penetrando algo negro como tinta.

—¡Acabemos!—se dijo arrojándose al mar de frente a aquella luz que parecía alumbrar la ruta de la muerte. De repente le faltó el terreno.

—¡Aquí es!—murmuró.

—¡Mi madre!...

Pero pudo rehacerse y ganar su posición anterior. Un corte de la roca submarina, a ángulo recto, cerraba allí la tierra alfombrada de arena en que habían varado. Junto al cantil resbalaba violenta y terrible una corriente profunda, que no habían podido vencer seguramente la negra y su hijo.

De pie en el borde escarpado, sin avanzar ni retroceder, sin vestigios del casco destrozado, se estuvo allí el náufrago hasta el alba, sonriente como una querida largo tiempo esperada. La marea subiendo poco a poco le hizo muchas veces cerrar los ojos y rezar un Padre-nuestro para morir. Y hubo unos minutos en que ahogándose tuvo que levantar la barba

para que sobrenadase la cara como una medusa flotadora...

*
* *
*

A la madrugada lo recogieron los obreros de una draga que trabajaba frente a la bahía, a muchas millas de la ciudad. Después apagaron tranquilamente la luz de una lámpara de señales, de una lámpara que tuvo aquella noche un gran papel y fué homicida sin saberlo.

Cuando pudo hablar Pío y contar este relato se vió que lo mezclaba con palabras incoherentes. A los pocos días hubo que ponerlo en observación.

1908. .

LA BANDERA

Hacia el otoño de 1896 tuvo que pasar Luisita a la casa de su hermana mayor. Su padre, infortunado médico de campo, había volado a la guerra con dos de sus hijos: antes, se casó Juliana, la primogénita, y a su cuidado, que podía presumir tan desvelado y tierno como el de la madre muerta, la encomendó el pobre hombre, en una carta nerviosa y dislocada. Una madrugada se sintió Luisita mojada de lágrimas en su sueño; despertando, vió a su padre que apresuradamente tomaba de una percha su capa de aguas. Después no le volvió a ver, ni en casa de su hermana la habían podido informar a ciencia cierta de dónde se hallaba.

Cuando se tienen ocho años, lógico es que no arraiguen demasiado las impresiones tristes. Sin embargo, ¡aquel papá suyo era tan bueno, tan especial entre los de otras niñas que ella conocía! Aquel papá que la llevaba a los ingenios sobre las pistoleras de la montura y cuyos besos filtrados por entre una

maraña de pelos la sorprendían diez veces al día, estaba ante ella presente a cada minuto desde su rincón ignorado. Por la noche, cuando todos dormían, sentía más la falta de estos besos cálidos y la almohada se le empapaba de llanto y le parecía verle más claro entre las lágrimas. ¡Cómo había podido abandonarla! ¡Cómo haberse conformado a no verla, a no dormirla, a no vestirla los domingos! ¡Qué causa, más fuerte que su cariño, pudo arrancarlo de la casita humilde!...

Seguramente estaba en la guerra, donde estaban cuantos poco a poco iban desapareciendo del pueblo. Pero Luisita no podía representarse prácticamente la idea de este lugar o cosa tan espantosamente seductora. A veces, al escucharse a lo lejos un disparo, al pasar por la carretera un carro de heridos quejumbrosos, había observado la consternación de los rostros: —“Oh, esta guerra!” repetían. Con todo, Luisita se hacía en sus adentros una idea simpática de aquel enigma que había enamorado a su padre, a sus hermanos. Confiadamente esperó su vuelta sin zozobras, con la suave tristeza de los que aguardan el final de un viaje.

Pero al acercarse la época de Pascuas, la impaciencia empezó a quemarla. Llegaba el Año Nuevo e iba a entrar sola en él. El techo familiar y amoroso de su hermana se le antojaba hostil y extraño al recordar la velada modesta del médico en la noche de San Silvestre, recuento anual que congregaba bajo la lámpara paterna a todos los hijos, bien que viniesen algunos desde muy lejos. En tales ocasiones hacía Luisita su cena en las rodillas de su padre, hasta que el sueño la vencía sobre el ancho pecho del luchador;

de pronto aleteaba por sobre los tejados el repique de las doce. ¡El Año Nuevo! Luisita se sentía sacudida y levantada en alto y con los ojos aún cerrados pagaba torpemente los abrazos locos de todos...

Y he aquí que en aquellos días había llegado a Juliana una carta misteriosa. Luisita la había escuchado furtivamente, cuando con su marido la leía junto a la ventana del cuarto la hermana mayor. Y así supo que su padre no estaba lejos a la sazón; tal vez en algún potrero conocido de ella, a donde él mismo la llevó cien veces. Y así se preguntó todo naturalmente, por qué no habría de ir a verlo aquí o allá, donde fuera, como antaño hacían los hermanos casados.

Lo dijo redondamente aquel día en la mesa. Estupefacción general. Juliana fijó sobre ella dos ojos abiertos e irritados. Comprendió que había dicho algo muy malo y con los párpados bajos siguió comiendo apresuradamente. Pero su determinación estaba tomada y a la otra mañana expuso gravemente su plan a Lucas el lechero, portador, entre los repliegues de la albarda, de la carta misteriosa. El pobre diablo lívido, probando a reír y negándose a aceptar encomiendas para el doctor, sólo dejó insinuar que se le suponía *por vuelta de La Canoa*. ¡Cualquier día lo cogían a él por ese rumbo!

La Canoa... Luisita conocía muy bien aquel potrero de altas hierbas, con una laguna espejeante en el medio, matizado de ganados bermejós hasta las grises lomas lejanas. Esperó suspirando la mañana del treinta y uno. Por fin!... Se guardó su pan del desayuno, puso en él un trozo de jamón—¡tanto como le gustaba a su papá—se calzó sus zapatos fuertes y su som-

brero ancho, y como en una escapatoria de colegial, tomó por la carretera arriba, a saltos, tropezando con los centinelas del fuerte, tirando con la honda a los pájaros...

El sol estaba bueno; todo se doraba alrededor y una brisa delgadita y pizpireta atenuaba el hervor de la sangre. Al tomar por un atajo le brincó el corazón; aún resonaban en sus oídos las patas del caballo paternal, machacando estos guijarros. A las dos horas sus duras piernas campesinas comenzaron a flaquear. Súbitamente de entre un florón de cañas bravas dos jinetes se destacaron: Luisita tuvo miedo y quiso huir. Pero una risotada bajo uno de los sombreros de yarey le hizo reconocer a Lucas, al mismo Lucas transformado en guerrero. El parlamento fué breve.

El guajiro, ocultando el rostro para secarse los ojos en la brisa, le tendió desde arriba las manos. Un minuto después reía estremecida galopando entre el palpar de las botijas, hacia el campamento.

*
* * *

El doctor se afeitaba de pie ante un rancho cuando vinieron a avisarle que algo bueno le traían del pueblo. Leyendo en el rostro del mensajero una gran noticia, arrojó la navaja y con el rostro enjabonado corrió al murmullo de un grupo reunido allá afuera en torno a uno de los hombres de avanzada.

—*Doctor*,—gritó Lucas alzando a la muchacha entre la turba de cabezas. ¡Luisita! ¡Hija mía!

El buen viejo no podía creer a sus ojos y codiciosamente palpaba el rostro mofletudo, lo besaba man-

chándolo de jabón, hundía las manos ávidas entre la greña fresca y aromosa de la muchacha.

Después, llevándola a un banco la asedió a preguntas sobre la pobre Julia, sobre el hijo mayor enfermo, sobre su escuela y sus amigas. ¡Y bien que había crecido en tres meses, diablo de chiquilla!— “¡Vean ustedes, señores, ocho años, ni un día más!” Él también estaba enfurruñado por no esperar el Año Nuevo con los suyos. ¡Qué bueno, qué pistonudo!

Luisita, súbitamente seria, miró alzando la cabeza por sobre el grupo risueño.

—Papacito,—dijo muy bajo y como con miedo,— Isidro... Juan Francisco, ¿no están contigo?

El doctor no contestó. Dejó caer la barba lentamente sobre el pecho y al cabo movió la mano en el aire como designando la lontananza opalina, más allá de los cerros, donde también se batían.

Uno de los circunstantes compensó:

—Lo que es Isidro ya debe ser generá... Tan seguro quisiá yo tener un buen almuerzo...

Quedó convenido que cenarían esa noche como en el pueblo, presididos por Luisita, que daría un salto a las doce para no quedarse en el año viejo. Al fin y a la postre no había allí más jefe que el doctor, y éste, contagiando a todo el pequeño campamento, sentía desleirse su energía ante aquella personita que, mitad hada, mitad diablillo, acababa de aparecerse como por arte brujo... Sólo que—pequeña contrariedad—no había qué cenar. Los más próximos prometieron rondar por los potreros en busca de algo, fuese fauna o flora, jutía arisca o mangos sin hacer.

Pronto se sumergieron en las maniguas los comi-

sionados. Pero, de repente, en la serena tranquilidad de la tarde, dos detonaciones sonaron aisladas, lejanas.

—¡El soldao!—dijo uno trepando rápidamente a un arbusto; y después:—lo menos son doscientos, ¡rayo!...

Una rama cortada cayó y el hombre descendió rápidamente.

—¡Al avío!

Las detonaciones se precisaron más frecuentes. En un minuto todo el campamento estuvo a caballo. Sobre las cabezas, calando la arboleda, silbaba el plomo con maullidos asombrosos. El doctor, indeciso, estrechaba aún contra su corpachón a Luisita, toda pálida, antes de mandarla a la impedimenta. De pronto uno de los jinetes, aún replegados tras los árboles, abrió los brazos y rodó del caballo con un tropel de palabras en la boca.

—*Dotor*, arriba! Déjeme la muchacha, —gritó Lucas. ¡Mire usted que nos fusilan!

Reteniendo la punta de los cabellos infantiles entre sus dedos, terminó el médico un largo abrazo y cerrando los ojos corrió hacia su caballo. Pero un alarido horrible, como el de una bestia apuñaleada, heló su movimiento.

—¡*Dotor*, ya lo ve usted!—rugió Lucas sollozando.

La pobre Luisita, con el pecho rojo, se le deshacía de las manos sin una queja, como una torcaza herida. Algunas briznas manchadas, temblaron en el viento!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!,—suspiró, cubriéndola con su cuerpo el médico— ¿Y para esto ha venido?

—¡Arriba, doctor!—gritaron de cerca.—¡Que ya están ahí!

—¡Aguántense, cobardes! ¡De aquí no me voy ni *tostao!*

Abriendo el trajecillo de la niña comprobó el padre una herida enorme de *parque amarillo*, sobre el corazón. Sacó nerviosamente el pañuelo y engañando a su ciencia trató de cerrar con ambas manos el negro boquete; por entre los hilos de la tela y hasta sus dedos crispados, fluía la sangre irrefrenable.

—¡Luisita! ¡Luisita!—repitió muchas veces, angustiosamente, sordo al tumulto exterior, mirándola a los ojos que se volteaban con leve temblor de párpados hacia arriba.

Cuando la conoció muerta sin remedio, le cerró los ojos suavemente. Luego, parándose brusco y como un loco, recogió el pañuelo tinto en sangre y se puso de un salto sobre el caballo. Su *yaguaramas* inmenso brilló al sol y en su punta clavó el trofeo enrojecido.

—¡Ahora—masculló—adelante! Esta es la bandera... ¡Apretarse los calzones...!

Y el tropel de hombres galopó hacia la muerte en pos de aquel guiñapo que como una flor vibraba en el humo...

*
* *
*

Diez minutos más allá eran dueños del campo. Una carga feroz había diseminado un montón de cadáveres sobre el potrero. Nunca se había peleado con tan salvaje vigor entre aquella gente agrupada junto a un médico inofensivo. Mas esta vez la vuelta al campamento fué silenciosa: algunos sintieron como nunca la tristeza infinita del crepúsculo tendido sobre el llano.

Cuando se abandonó aquella noche la ranchería, cada uno fué depositando un tierno tributo de hojas verdes sobre la tierra blanda en que dormía la dulce amiguita. El doctor marchaba adelante inclinado sobre la crin del potro; uno de los últimos, sacando de la chamarreta un pañuelo sangriento y despedazado, lo plantó prendido a una estaca, sobre el verde túmulo efímero... Y así pudo encontrar la aurora excepcionalmente rósea del Año Nuevo, el sitio oscuro donde la esperaba la pobre cabecita loca.

1909.

EL PUENTE

Quiero dejarlo escrito para el comentario de los investigadores futuros. Para la discusión apasionada que en años por venir, cuando haya arrojado la ciencia algunas gotas más de luz sobre el misterio, se ha de encender de juro en vetustas asambleas de calvas rutilantes a propósito de este caso enigmático, torturador, que hoy me obsede hasta abrasar mi vida en su sola llama.

Sonriendo he escrito estas dos palabras: *mi vida*. Porque ¿es que hablo acaso de un hecho positivo y tangible como el de esas innúmeras vidas que cantan o claudican a lo largo de la acera bullente o en lo hueco de los tranvías, bajo esta misma ventana que toco o creo tocar, que he abierto hace un minuto con ruido que mis oídos percibieron claramente?...

Veréis... No he querido hasta ahora comunicarlo a nadie. Por lo pronto, mis hábitos actuales son los mismos que mi cuerpo cultivó siempre en aquella existencia indudable y lejana que duerme del otro lado

del drama horrible. Cómo, saludo, sigo las modas, aprieto una cartera bajo el brazo tembloroso no sin temor a que se reblandezca de súbito y me envíe al rostro su hedor de sepultura. Mi equilibrio, creedlo bondadosamente, preguntadlo a mis amigos, mi equilibrio no ha padecido un ápice... Bien se entiende que no lo he referido a los médicos. Apostaría a sus sonrisas piadosas, a sus dictámenes profilácticos: reposo, huelga de lecturas, un paréntesis inerte, vegetal, en mi actividad pensante... Y con todo, la duda subsistiría, y la misma pregunta habría de martillar en mi cerebro o en mi foco de pus... Héla aquí: “¿Estoy vivo o estoy muerto?” Enorme, enorme, ¿verdad?...

¿Cómo fué que empezó?... ¿Quién sabe!... Imagino que me he ido muriendo poco a poco, desde mi verde niñez, desde aquella tarde sombría en que a vuelta del colegio sentí torpe la lengua y el paso medroso. El oval espejo tallado de mi abuelo me devolvió una imagen lívida y gesticulante y caí fulgurado sobre el mármol, la boca borrada por una espuma verdosa... Por fortuna pasó prontamente... Y así las veces sucesivas... Pero en la consulta del doctor se inquirió sobre la vida de mi padre, ya entonces muerto. Algo raro, enigmático, se diagnosticó: sólo me quedó fija una frase lenta, apoyada con una mirada perforadora por sobre los espejuelos: “Pudiera ser... pudiera ser un candidato a la catalepsia”. Sospechando vagamente el sentido de aquellas palabras, experimenté entonces un leve placer, el placer de poseer algo extraordinario... Más tarde leí en un libro de Patología, buscando quizás por la sugestión venenosa de sus láminas cárdenas, que esta suerte

de accesos, generadores de magna tensión nerviosa, solían también resolverse en una muerte fulminante. Esta vez reí intempestivamente, reí para reaccionar del calofrío que como una hoz helada cortó mi cuerpo...

Con todo fuí feliz. Mi juventud fué besada por toda la teoría de dioses amables que otorgan los dones. Una tía, arrugada y vivaracha como una hada caduca, puso un hermoso rubí en mi dedo anular; y por él vi la vida como un vasto panorama rosa. Al cabo comulgué con las cálidas hostias de Eros; y hasta el Amor vino a mí domado y sin flechas. Una joven, rósea y cándida, prometedora de fecunda cría, me amó hasta lo absoluto; siguió enloquecida mis miradas; lloró ante el miedo remoto de perderme. Yo saboreé la novela sencilla, al ras de la tierra, que había soñado siempre para mi mesa hogarina... Cambiándola el nombre la llamé Carlota, como la de Werther.

¿Hice mal en no advertirla de mi carcoma oculta?... En todo caso debe considerarse que ya la crisis me otorgaba largos eclipses, que el optimismo de las energías físicas nació con el hombre y perduró más allá de la serpiente, que yo había anhelado mucho aquella paz junto a una gran muchacha hija del pincel de Rubens, que estaba enamorado, en fin...

Una tarde... Sí, fué otra tarde, en la frescura de una calle de comercio, cuando terminó mi vida palpable y real, la que confieso indiscutible... Aquella tarde volví a sentir sobre mi pecho, en la garganta extrangulada, en mis manos que se contraían, la llamada del viejo tirano, ávido de compensarse de una larga tregua. Pero esta vez fué definitivo. Guardo

una vaga memoria de que me desplomé sobre un coche, balbuceando mi dirección... No me doy cuenta, o tal vez lo he dejado en las brumas de una memoria podrida. Sólo guardo clavada la sensación de descoyuntamiento, la horrible sensación del espinazo curvado hacia atrás... El fantasma del libro de Patología, abierto por la página reveladora, danzaba ante mis ojos...

Luego entre el revoloteo de faldas que crepitaban en las escaleras, entre las ondas intensas del éter, tal vez una hora, tal vez muchas horas después, comencé a comprobar un aflojamiento benéfico de los músculos tirantes, una atenuación grata de las visiones externas... ¿Sería la vida volviendo, o la muerte llegando? ¡Cómo saberlo!...

De pronto una mano tomó la mía inerte, una cabeza horrenda se posó sobre mi corazón. Era el doctor, era la solución... Las canas ásperas, verdosas, barrieron suavemente mi barbilla... ¡Ah!... Desventurado... La horrenda cabeza tambaleó con desaliento.

¡Esto se fué, dijo con sencillez académica. (¡Por qué, Dios mío, por qué se emplearán siempre las fórmulas banales para los momentos solemnes?)

Entonces sentí como si atravesara nubes, muchas nubes espesas y algodonosas, semejantes a la de esos mares blancos que se cruzan en los arduos trenes alpinos. Al cabo—¿un minuto, una hora?—fué un tenue resplandor remoto; líneas de cosas y hombres se insinuaron en la lejanía, y mis pupilas inmóviles volvieron a refrescarse lentamente con la visión de mis formas queridas. Una llamita de esperanza aleteó

en mi quietud yerta... ¡Si no fuera verdad, si el doctor se hubiera engañado...! Mi cerebro, como por estímulo súbito, se abrió un camino entre las nieblas preguntando a mis ojos que veían claro en derredor. ¡Ah, sí, la catalepsia! La bendita catalepsia, si era cosa de adjetivar!... Quise decirlo netamente, quise gritar su error a aquel infame levitón... No me lloréis todavía, hermosos ojos azules; voces aldeanas, soñadas siempre para mi túmulo, no es hora aún de lamentarme...

Pero otra voz me suspiró más íntima: —Desdichado ¿qué sabes tú lo que es la muerte?...

¡Oh, cierto, cierto!... También podría verse con ojos de ultratumba... Acaso si se asistirá en muda expectación a esta loca comedia que acá abajo representamos. ¿Quién lo ha contado? ¿Quién puede negar que todo esto, en suma, no sea el errante cavilar de un muerto?...

Desde aquel punto comenzó mi calvario; esta abrasadora penitencia de la duda que mi historia posterior no ha logrado despejar.

Todo, todo lo he observado con la misma limpia visión que antes. He visto cómo me trasladaban, desmadejado y dúctil, a un lecho blanco, cómo me envolvían en sábanas olorosas a benjuí, cómo depositaron en mi cámara unos candelabros y unas alfombras, cómo al cabo me embalaban en una caja negra donde reían baratijas de plata. Así fuí sintiendo la lenta congelación, la que prepara a la frialdad de la lápida, continua, inexorable desde las piernas al vientre. Sobre mi cuerpo rígido vino a posar su cabeza mi pobre Carlota, y aún pude gozar la unción tibia de sus lágrimas.

Tales percepciones me daban la evidencia de mi vida... ¡Tal vez...! Con todo, la vida es la acción. ¡Por qué mi lengua no podía rezar?... ¡Por qué en mis labios no temblaba un beso? ¡Ah, no; muerto y bien muerto estaba...! Afuera lo repetían todos y la fuerza de la mayoría empezaba a convencerme. Un espejo aplicado a mis labios me desahució con su lámina impoluta... ¡Quién hubiera pensado que eso tan simple fuera la muerte, esa pura asistencia pasiva al panorama del mundo!... Mis ojos de muerto comenzaban a sondear la penumbra del misterio!

Pero de aquí arranca el pasaje extraño de esta narración cuya clave hallarán los sabios del futuro. Hacia aquella madrugada ocurrió algo trágico en la alcoba mortuoria. Mi espíritu permanecía aún en su estuche deleznable o acaso rondaba muy cerca de él. Ved que puedo darme buena cuenta de todo...

Mi mujer—sabéis que me amó sin treguas ni medida—mi mujer no podía conformarse a la idea de mi muerte. Así, netamente. Figuraos que de ello hablaron los periódicos. Mi Carlota, “la última romántica”, decidió irse conmigo del mundo—¡adónde, Dios mío!—y con seguro estoicismo consumó el sacrificio. Fué algo elemental: de entre los consuelos húmedos de las amigas se desprendió hasta la alcoba mortuoria; me besó en silencio largamente, después empapó furtivamente sus vestidos con un frasco de algo oloroso, tal vez alcohol, y con pausa solemne aplicó a ellos unos de los amarillos blandones ardientes... No puedo prodigar más detalles: una claridad inmensa, un clamor informe, un olor a comidas asadas...

No sé si desde aquel minuto he empezado a soñar. Diré lo que recuerdo... En pos de la negra comitiva que ahullaba conduciendo a Carlota, creo que mis músculos rígidos hicieron un esfuerzo supremo para gritar y que mis manos probaron a estirarse hacia los bordes de la caja. Uno de los circunstantes me miró fijamente con ojos que se iban desbordando. Después hubo un leve tacto de codos entre los que avizoraban la desnudez de Carlota, cuya belleza gemía profanada. Todas las pupilas fueron clavándose en las mías y algunos hombres retrocedieron. Una mujer, al fin, echó sobre mi rostro un pico del sudario; y entre el hormigueo de la sangre rediviva, entre la rebelión de las manos que querían aplaudir y de los ojos que querían llorar, sentí cómo unos brazos temblones levantaban mi ataúd y lo trasportaban a otra cámara. Y la vuelta a la vida, no tan tenue y blanda como el viaje a la muerte, fué en una jornada de lágrimas, puras como hasta entonces no las había derramado...

Cuando pude ver a mi pobre heroína, ya sus ojos se habían cerrado a mi dicha. Con el sol aún de rosa la transportamos a la caja sombría que yo había abandonado. Los mismos cirios iluminaron su lividez, y los diarios de la tarde anunciaron su entierro como los de la mañana habían invitado al mío. Lloré sin descanso varias horas. Fuera llovía, ¡cómo llovía, Dios Santo!...

Poco a poco, por detalles aislados, me iba formando la conciencia de que vivía de nuevo, todavía sin atreverme a jurar que no me hubiese muerto nunca. De sobre el féretro de mi Carlota tomaba a veces una flor—de *mis* flores—y a modo de comprobación aspi-

raba su perfume, acaso con un deleite que en aquel instante me hubiera sido triste confesar...

Pero he aquí que toda mi torre de esperanzas, se desplomó horas más tarde con la luz embrujadora del crepúsculo, ante una simple interrogación, misteriosamente formulada por alguien que se cogió a mi brazo un segundo, mientras seguíamos entre los cipreses la negra caja suntuosa:

—¿Es que usted está seguro de no ser el muerto?

¡Diablo! Era una voz conocida, casi puedo afirmar que era la del médico horrendo que horas antes certificó mi muerte. Pero al volver el rostro me encontré solo, a muchos pasos de un grupo que comentaba la última nota política. Súbito, sin tener con que negar la verdad asentada en aquel certificado fehaciente, me doblé como bajo una maza, vencido por la lógica aplastante de la pregunta.

Ciertamente. ¿De quién podría ser aquel ataúd si no mío?... Concurría a mi entierro, como antes había concurrido a mi velorio. Por lo menos, la única muerte natural, comprobada, vista por ojos de humano vivo, era la mía. La otra, la tragedia roja de mi mujer, se había desarrollado ante mis ojos de muerto, y aunque luego mis manos palparon el extraño suceso, todo esto había tenido su arranque en mis primeras sensaciones de ultratumba. *Ergo*, justo es que fuera la continuación de un extraño espejismo de "esa región de donde ningún viajero ha vuelto".

Quise aún con loco deseo de asirme a la vida, coordinar y poner en relieve firme toda la serie de menudos hechos que en aquella mañana me habían testimoniado mi existencia real... La felicitación con-

tenida de una comisión obrera, el pésame sospechoso de mi prima, el sastre que me improvisa un luto barato, el tío del campo... Pero todos, destacados o juntos, acusaban un lamentable ilogismo, una enorme inverosimilitud. Inadmisibles; mis métodos filosóficos de interpretación se rebelaban. ¡Inadmisibles y ridículos!...

Mi espíritu sonrió penosamente en aquel ocaso, al desaparecer el ataúd en el hueco de la tierra, rayada y lustrosa por los golpes del zapapico. Mi mano—seguramente la mano de algún pariente a cuyo espíritu se acopló por un minuto el mío errante—devolvió muchas veces el estrechón ceremonioso y medido del dolor urbano.

En lo adelante debía rodar desorientado por este puente sin estribos, infinitamente suspendido entre la vida y la muerte. Ambas orillas se dibujan bien lejos, y sus contornos se esfuman. El pobre examen inductivo me satisface muy mediocrementemente. Y así, cuando me pregunto por qué no volví a ver desde la noche trágica a mi dulce amiga, no tengo que hacer esfuerzo para contestarme que una negación no prueba nada, ni en este caso puede ser un argumento para jurar sobre la muerte de Carlota.

Ved: he escrito todo esto, con tinta y pluma bien terrenales y sobre aquel papel que quedará para los sabios futuros que han de hacer hablar a la Esfinge... Y bien; mi ansiedad queda hirviendo. ¿Quién puede afirmar que no ha sido un puño ajeno, un grueso puño de obrero, el que se ha movido galvanizado por mi espíritu inquieto? Y que sus mismos temblores convulsos no son los que me traen una

impresión de vida, haciéndome sufrir la alucinación intermitente de que estoy vivo!...

¡Oh, creed que es un puente dantesco!... Si al menos pudiera saltarse por sobre el pretil y no estar ni vivo ni muerto...

1912.

PASADO Y PRESENTE

Cuento con moraleja

I

Cerca de tres años se estuvo hablando entre los cubanos que en la primera guerra emigraron a South-distville, Florida, del caso extraño de don Crispulo M. Castillo, Presidente del Club *Metrala Redentora*, propietario de un *cigar store* cuyo crédito se iniciaba; amigo particular de don Francisco Vicente Aguilera, y abonado perpetuo a traje blanco y tabacos importados directamente de la Habana.

Se trataba de un caso singularísimo de catalepsia que dió mucho que pensar a los médicos de la colonia; una especie de muerte sin podredumbre que iba matando el espíritu de los que lo rodeaban.

Fué un 10 de Octubre, cuatro veces posterior a aquel que inmortalizó Céspedes, cuando en el público que había acudido a la velada del *Redentora*—lla-

mado así para diferenciarlo del *Metralla Purificadora*—se produjo una inmensa sensación de terror que invadía de oleada en oleada toda aquella alfombra de cabezas humanas, al mirar cómo en plena tribuna y mientras cerraba la velada, se turbó la palabra del ciudadano Castillo, invadió su rostro un tono amarillo lívido y cayó a todo lo largo hacia atrás con los brazos abiertos y un claror de espuma en los labios.

En aquel río de cabezas que se tejían, deseosos de ganar el boquete de la puerta y pisar la arena de la calle, se creyó en algo superterreno, promovido por gestiones españolas cerca de la corte celestial.

Minutos después estaban todos frente al *storcito*, en cuya trastienda, inmóvil, impassible, sin rigidez, como encantado por algún maleficio, sin síntomas aparentes de lesión, posaba mirando al techo el pobre patriota.

Bien es cierto que si no para exitar la médula hasta producir una exacerbación o tonificación de músculos que determinase la catalepsia, al menos para una congestión había motivo suficiente.

Después de un día en que el sol parecía duplicado, la arena devolvía en la noche su calor a la atmósfera. En aquel ambiente de incendio se había deslizado la fiesta con su tira roja de discursos vibrantes, y enormes explosiones de aplausos. A la ciudad americana clavada en medio de la llanura, llegaban los rumores de los asesinatos de Cuba, y aquella fiesta del 10 de Octubre fué un grito de rabia más que una manifestación de entusiasmo. La tribuna fué rodeada de banderas bordadas por un grupo de americanas simpatizadoras de *la causa*, y de determinados cubanos en particular. El club *Southdistville y Camagüey*, envió

dos oradores; el delegado de la Junta realzó con su presencia el acto; los expedicionarios del *boarding* de la señora Agüero concurren de uniforme, y hasta los disidentes del *Metralla Redentora*, los que entonces constituían el *Purificadora*, acudieron, olvidando pasados rencores y haciéndose notar del público femenino, a fundirse con sus hermanos en un inmenso abrazo. El tono de los oradores fué el mismo, el único posible en aquellos tiempos en que la acción torturadora de España necesitaba una reacción de titanes: se predicó la guerra a muerte, sin reconciliación imaginable aun después del triunfo, y el anhelo general culminó en una gran frase del ciudadano Equis, dicha al terminar la recolecta del intermedio. "Pensemos, dijo pudiendo apenas concluir, que cada centavo representa una bala que hay que sembrar en la carne española, y no como antes un gramo de quinina para nuestros heridos; con España no puede ya hablarse más que a balazos y..."

Y aun era poco para la España de ayer.

II

Año y medio después del ataque que en el ciudadano Castillo produjo aquella singularísima catalepsia inacabable, todavía surgía a menudo el tema de su enfermedad durante las sobremesas y se comentaba su patriotismo hasta la intransigencia y su constancia en promover mítines, organizar clubs, gestionar adhesiones a la Junta, etc.

A los tres años, fuéle olvidando por los hombres; las mujeres dejaban caer su nombre cuando les faltaba asunto de que hablar, y los médicos citaban como

caso excepcional el de aquella especie de momia que allá en un rincón de Southdistville iba poco a poco consumiéndose, impasible, con algo como de asombro en el rostro mudo, tendiendo a hacerse fósil en el frío del olvido.

A los cuatro años ya nadie se acordaba de él. Sólo su mujer y su hija velaron constantemente aquel enorme sueño.

Treinta años duró el paseo por ultratumba. Una generación se deslizó a su lado produciendo otra. Una vez, apenas hace quince meses, comenzó el pobre cataléptico a respirar con cierto vigor de recién nacido; poco después se humedecieron sus ojos; acabó por desperezarse débilmente y un mes después se paseaba, casi repuesto, por entre una ciudad y una población que se parecía un poco a Southdistville y a sus antiguos habitantes.

A poco estuvo de volver a la catalepsia cuando se le contó que ya era Cuba independiente y reconocida como República. Sin detenerse un minuto tomó el tren y en seguida el vapor, dando por bien empleado el zarandeo de la mar gruesa de principios de octubre, llena la cabeza de sueños, reconstruyendo en la imaginación la escena de la toma de la Habana palmo a palmo, y el minuto de venganza presidido por la bandera estrellada erguida sobre las piedras del Morro.

El pabellón cubano sobre el castillo lo confirmó en su idea, haciendo subir en muchos grados su entusiasmo, y los estirados pasajeros que del veraneo retornaban a Cuba no pudieron ocultar su asombro ante el ¡Viva Cuba Libre! sincero y atronador que se le escapó al entrar en el canal.

La decepción comenzó antes de llegar a tierra. Aún había boteros en la Habana, ¡y boteros con boinas y alpargatas! Tres artículos cuya importación debía haberse suprimido... Sin esperar el equipaje saltó a tierra y en un coche enfiló el rumbo hacia el fondo de la ciudad, a atravesarla de punta a cabo. Tuvo la desgracia de subir por Muralla y vislumbrar desde lejos algunos bigotes enormes y cabezas enterradas sobre los hombros, de aquellos que en otros tiempos vió y odió él.

—Serán franceses del Sur, pensó. Se parecen mucho a ellos...

Después buscó periódicos y encontró reseñas de sociedades regionales. Habló con amigos y oyó citar a España con desprecio—es inevitable—pero sin odio; y su indignación no tuvo límites cuando supo que se le había admitido entre nosotros un cónsul y una bandera.

Esperó ya alarmado el 10 de Octubre, el día en que habría de desbordarse el sentimiento de venganza y barrer con lo que quedara. Pero muy lejos de eso, vió que entre las banderas extranjeras se notaban en los balcones, algunas españolas; que los *leaders* de los partidos chocaban copas con los jefes de las colonias españolas; que el Presidente de la República hacía votos por la prosperidad de los centros regionales; escuchó de muchos labios que los españoles de aquí, fuertes y utilizables, no tenían nada que hacer con la España retrasada y triste, empantanada a muchas leguas de distancia de nosotros...

III

Al día siguiente embarcaba de nuevo para Tampa dispuesto a facturarse en seguida para Southdistville, el ex-presidente del club *Metralia Redentora*.

Aquella cabeza que, considerada su noción del tiempo, se había dormido la víspera en un club revolucionario a mitad de la época de más cruel desesperación, no podía amoldarse al ambiente tranquilo, burgués, frío y poco aventurero de una nación en marcha normal.

Sus ideas habían estado catalépticas como sus músculos. Habían escapado a la ley de transformación y resultaban infantiles e inadaptables a la vida adulta de la República.

No obstante, la República burguesa continuó viviendo, acaso con mejor sentido que nunca, la verdadera libertad...

VICIO DE ESPECIE

Si se hubiese preguntado a Lolita dónde había colocado Dios el Paraíso Terrenal—aquél Dios y aquél Paraíso de que ya había comenzado a hablarle la imaginación de la profesora—hubiera respondido sin vacilar y con toda la gracia de sus diez años deliciosamente llevados, que en un jardín enorme, apretado por una verja desde la cual curioseaban hacia afuera algunos crotos, y en el que era ella la Eva encantadora sin más Adán que el abuelito en algunas mañanas de sol.

A aquel rincón de la ciudad escondido en el fondo del Cerro, llegaba muy apagado el cansancio rumoroso de la ciudad. El mundo parecía acabar tras la muralla, matizada de rojo, del coralillo que vestía la tapia del fondo.

Bien que poca falta hacía a aquella castellanita que el mundo se prolongase o no, más allá de los dominios de su castillo de fronda. Los que de fuera venían: los gorriones que le daban inmensos conciertos alegres dos veces al día y caían como motas de seda

a sus pies, donde rodaban las migajas; y la zanja que ondulaba roncando perezosa sobre su cama de piedras bruñidas, trayendo voces de muchos hogares a lo lejos, tenían un lenguaje muy dulce y era natural que todo lo que afuera quedaba se reflejase claramente en ellos.

No le contarían datos más ciertos el abuelito momificado entre los periódicos y la caja del rapé, y la pobre mamá a quien conoció siempre baldada y haciendo esfuerzos para sonreír.

Lolita tenía un capítulo que llenaba su presupuesto del tiempo: el engordar a los gorriones. Aquellos glotones que caminaban a saltitos no se hartaban nunca, y el toque a rancho se efectuaba tres veces al día: al despertar, poco después de la diana gozosa que hacía de cada laurel un órgano de arpegios en registro agudo, y que ella oía desde el fondo de su cuartito invadido de luz rosada; al mediodía, cuando bajaba acompañada del hijo del jardinero, bajo el tejido de sombra de la alameda central, por donde el sol se colaba desmenuzado en manchitas luminosas; a aquella hora era siempre menor el número de comensales, y era una delicia ver como se 'afanaba la pabela de cintas rojas, alzándose para buscar a los que haciendo maromas sobre los hilos del teléfono, parecían puntos negros sobre la inmensa turquesa comba del cielo. Por último había un gran banquete al anochecer; Lolita no pasaba de la gran enredadera de jazmines que formaba una visera sobre la puerta reja de su cuarto, y allí acudían ligeros, ingrátidos, haciendo rúbricas en el aire, los más hambrientos, los bohemios que sólo volvían a la puesta del sol, a dormir en el seno verde de los laureles.

En todas las edades y las fases de la vida hay afectos especiales, y Lolita lo sentía entre el grupo de sus amigos alados por uno de aquellos que no aparecían hasta que comenzaba la retreta estruendosa de los nidos y las puntas de los árboles dejaban de ser esmeraldas para ser topacios. Lo conocía por un defecto que lo afeaba mucho: una pata paralítica que desviaba y hacía torpe su vuelo; acaso una consecuencia de sus correrías de todo el año. Era fino, verdense de plumaje y de aspecto enfermizo.

Le puso Lolita un nombre: *Baby*, como si fuera una muñeca más. *Baby*—a pesar de la triste experiencia que su pata coja le diera del trato con los niños—acabó por tomar confianza con aquellos zapatos menuditos que siempre se le aparecían entre migajas y que dibujaban el principio de una figura que continuaba en un traje claro hasta rematar en unos bucles negros y muy brillantes.

No debían ser tan malos los hombres cuando en su raza se encontraba esa chiquilla seductora. Acabó *Baby* por aventurarse hasta los balaustres de la reja; el terror al hombre transmitido de padres a hijos en todas las especies zoológicas, fué acaso borrándose en su corazón diminuto. Una vez se encontró Lolita con que había trasladado el nido a la solera del colgadizo, a un paso de su cuarto y de sus jazmines, en un rincón acolchado con buena y sabrosa mezcla de moho, serrín y paja.

Mal sitio escogió el pobre gorrión para pasar el invierno. Una mañana al salir al patio vió Lolita a su *Baby* aún en lo alto, asomado a su agujero y sangrando un poco por un costado.

Al ver a su amiga, hizo el pájaro un esfuerzo para

volar, y perdido el equilibrio, con una ala rota, cayó rodando como una bola de plumas entre las hojas secas. Por la forma de la herida se pensó en seguida en la rata, la vieja rata que se había hecho reina de techos y sótanos y que se burlaba desde hacía mucho tiempo de todos los sistemas de ratoneras.

La curación del gorrión fué imposible: había perdido el derecho a volar, y sana ya la herida, se le veía decaer poco a poco, siguiendo con la vista el retozo alado de los otros, que parecían cabalgar sobre las ráfagas de viento...

Fué bien rápido el desenlace. *Baby* apareció una mañana frío y rígido, el pico hundido entre los trapos con que le había arropado su amiga. Lolita supo entonces lo que era el dolor; lloró mucho y sin ruido, para que no la sermonearan la mamá y el abuelito, y pensó con odio, con una sensación extraña que hasta entonces no había sentido, en la rata malvada que le destruyera aquel juguete delicioso... Hubo en su alma algo nuevo, un deseo oscuro de destruir que verificaba un germinal terrible en su corazón, y que la angustiaba atrozmente el no poderlo disipar...

Tres días después, cuando por el rumor de las carcajadas que salían de la cocina, se enteró de que por fin habían atrapado a la rata famosa, quiso verla... Y sintió al mirar sus ojos vidriados y su sangre hecha coágulos en el hocico aguzado, una gran alegría indisimulable, y no se pudo contener de aplastar con sus pies el cuerpo inanimado...

En su paraíso festoneado por crotos, saboreó Lolita por primera vez, sin que nadie se lo hubiera enseñado, por propio impulso de una conformación de raza, el placer ponzoñoso, endiabladamente humano,

de la venganza!... ¡Oh! Aquel día no mostró la chiquilla un defecto de educación; fué la tendencia de la especie quien habló con su lengua propia... No había seguramente dudas en afirmar que fué un acto reprobable, sin posible defensa...

Pero ¿por qué deja de serlo cuando se extiende al derecho de legítima defensa de las sociedades y se le llama ley de Lynch o administración de justicia?

¿Por qué?

PRIMERA FALTA

Corte Maupassant

—¡ Cáscaras!—dijo Guillermo, casi en voz alta, mirando con fijeza al almanaque, que, como los flamboyanes, iba perdiendo hojas a medida que agonizaba el año,—pues si hoy hace precisamente un año que me casé! ¡ Maldita coincidencia!...

Este Guillermo era un buen muchacho después de todo, a pesar de su carácter un poco atolondrado y no conformarse con el amor de su mujercita.

Se habían casado ella y él doce meses antes, doce meses llenos de esa felicidad, única en el mundo, que da el término medio: la de no ser pobre ni rico, que supone la ausencia de miserias o preocupaciones de negocios; la de no ser hermosos ni feos, lo que evitaba los celos; la de no ser tan débiles que reclamasen la amistad con el médico, ni tan fuertes que hiciesen temer una congestión.

Eran dichosos en su vida anónima, como si, huésped de ellos alguna vez, allí se hubiera dejado olvi-

dada la camisa el famoso hombre feliz de la fábula. Guillermo se marchaba muy temprano a la casa de donde era tenedor de libros, pensando en su Lola, y Lola se quedaba cantando como un pájaro en su casita del Cerro y pensando en su Guillermo.

Hasta aquel clarísimo día de noviembre, en que el invierno tropical comenzaba a llenar las copas de los árboles de cuchicheos de aves venidas de muy lejos, y las cercas de piedra vestidas de verde, de menuda lluvia de aguinaldos, hasta aquella mañana había sido Guillermo fiel a las promesas que alimentaron sus amores sencillos y burgueses. .

Pero una aventura en la calle, una de esas frecuentes conquistas rápidas que creemos sinceramente deberlas a nosotros mismos, había precipitado aquella cita de que ya estaba arrepentido, para almorzar en un hotelito de las afueras... ¿con quién? Apenas sabía su nombre, aunque sí tenía idea de que acababa en *ina*.

Guillermo había cometido su primer delito olvidándose de que era aquélla la fecha de su matrimonio. Lola, en cambio, la llevaba bien presente; para ella se había preparado con quince días de anticipación y de reserva, marcada por órdenes en voz baja a la criada y sumas de monedas de plata hechas con toda clase de misterios tras las hojas del armario. Preparaba una sorpresa a su marido para la mañana del día feliz, para aquel almuerzo íntimo que habían de hacer como dos locos, sin preocuparse de los criados, antes de que llegaran los papás que comerían con ellos. El *clou* sería un par de botellas de champán que ella con sus ahorros había adquirido sin decir una palabra a Guillermo.

Pero daban las doce y Guillermo no aparecía. La pobre Lola, que no se sentía esfinge, demostraba vivamente su impaciencia de niña acostumbrada a ser obedecida en todo. Después de hacer varias novelas, en su cabecita ardorosa, de tropical, acabó por enfadarse, yendo a sentarse sola en la mesa, dispuesta a comer y beber con el más absoluto egoísmo, empeñada en la empresa de convencerse a sí misma de que no necesitaba de *él*.

Tratando de engañarse estaba, cuando sintió pasos que franqueaban la puerta, abierta de exprofeso. Este era el momento de tomar una actitud de reina. Ni siquiera movió la cabeza, como no fuera para imprimirle cierto delicioso aire de altivez de comedia. Pero el tiempo pasaba: los pasos se habían detenido, y no llegaba aquel beso a traición con que dos veces al día la sorprendía Guillermo. No tuvo más remedio que pedir una ligera tregua al orgullo.

—¡Ay! pero si no es Guillermo...—fué su frase.

—¡Oh! no, señora; pero si es lo mismo... digo, si usted me escucha un momento... traigo un recado...

El recién llegado era un muchacho de unos diez y ocho años, vestido descuidadamente elegante y de ojos claros y bondadosos. Lola no le había reconocido; de espaldas al cañón de luz que entraba por la puerta, era todo él una inmensa sombra negra. Luego recordó...

—¡Ah! ¿Usted es Joaquín?

Joaquín no podía hablar. Al cabo explicó su presencia. Guillermo tenía un trabajo urgentísimo cerca del jefe de la oficina, y para no perder un momento había aceptado la invitación del jefe a almorzar con él. Y para que no lo esperasen hasta la tarde, venía

Joaquín con el encargo de avisarlo y, de paso almorzar allí.

Todo esto, dicho balbuceando y haciendo un talachío con la vista en las losas del suelo...

En realidad, todo el discurso era una solemne mentira. Guillermo no había podido deshacerse de la señora acabada en *ina*: con ella se había ido a almorzar sobre la hierba al fondo del Vedado, allá donde el amor vive sin pagar contribuciones...

En cuanto a lo del encargo de almorzar allí, era tan cierto como la primera parte. Joaquín, enamorado platónico de la mujer de su amigo, había visto pasar la ocasión a su lado y, aunque tímido, se agarró desesperadamente a los pocos pelos que le quedaban a esa señora a quien pintan calva.

Entonces hubo en Lola un curioso proceso psicológico. Aquel Joaquín que le parecía sencillamente un simplón propio para distraerle, y que le ofrecía su corazón, para que con él jugase, tuvo para ella un interés grandísimo. Pensó que con él podía hacerse más deseable a los ojos de Guillermo, pensó en el soberbio efecto de la llegada del marido indiferente que la postergaba por los negocios—¡y quién sabe si por algo más!—encontrando allí otro hombre. Halló, pues, muy divertido y muy digno retenerle allí hasta la tarde...

Comieron mal; es decir, Lola comió como cuatro Lolas, porque el despecho la hacía manifestarse alegre. Joaquín, en cambio, no hubiera hecho a gusto más que comérsela a ella, que surgiendo de la oleada de encajes de su bata, parecía una riquísima bombonada.

A los postres tuvo ella una idea diabólica. Aquellas dos botellas de champán destinadas a dar sus salvas

de taponazos al amor, no debían esperar durmiendo hasta el año siguiente. Se le escapó el pensarlo en alta voz, y Joaquín encontró excelente la idea.

El champán no tardó en hacer de las suyas. Al acabar la primera botella, Lola ordenó que se llevaran la comida, y ya solos, se empeñó Joaquín en apuntarle a la nariz con la segunda botella, pidiendo permiso con todo respeto. Antes de que ella pudiera indignarse, salió el tapón, chocando bruscamente contra su rostro, como el beso de un gigante.

Hubo que remediar el mal. Los mohines de Lola acabaron de volver loco a Joaquín y ella al fin consintió en que le pusiese un pañito mojado en el mismo champán... Aquella cabecita a pájaros se quemaba al jugar con el fuego...

Decidieron pasar un par de horas lejos, allá en el ca... ca... mpo—como decía ella tartamudeando ya, mientras separaba los rizos que se le metían en aquella boca que parecía una fresa en leche,—y después buscar a Gui... gui... guillermo.

La fatalidad los puso en la pista. Parecía que Guillermo y la señora acabada en *ina* eran Pulgarcito dejando migajas de pan en su camino, y que Lola y Joaquín eran el ave que se las llevaba.

Llegaron a un hotelito. Joaquín no pasó del zaguán: allí cayó envuelto entre un paquete de chinchorros, nasas, botes con huellas de lino y pescadores con huellas de hambre. Lola, la deliciosa muñeca, se sentó a su lado en un banco que había soportado varias generaciones de vagabundos...

A poco salió Guillermo. Había oído desde adentro la risa de su mujer, y se quedó helado. Salió sin poderse contener, como un brazo de mar; en un ángulo

del comedor quedaba la otra mezclando su olor de almízcles al perfume picante del alcohol y al olor acre de mariscos descompuestos. Le dominaba un deseo invencible de saber todo lo que allí había ocurrido.

Por un momento vió pasar por sus ojos una nube de sangre, al ver a su mujer en aquel montón de desperdicios que el mar había escupido. Luego reflexionó: tenía a su vez que justificar su presencia allí y después exigir una explicación de todo.

Su mujer no había dormido. El otro sí, pero Guillermo no reparó en él. Lola no le dejó hablar.

—Te había preparado... preparado dos botellas de champán...—tartamudeó;—pero como tú no venías, por culpa del jefe... he venido a traértelas... Aquí las tienes...—y señalaba para sí misma—...me parece que mejor estuche...!

—Vamos Lolita, mira que el jefe está oyéndote...

Pudo llevársela al fin. Ella no cesaba de hablar del maldito jefe que le había quitado a su Guillermo... A él le devoraba la fiebre de preguntar...

Ya llegando a la casa se serenó ella.

Pero he aquí que al entrar encuentran en su propia sala al respetabilísimo jefe de oficina, que se adelanta respetuoso a saludar al matrimonio...

—Como no había pasado usted por allí en toda la tarde, mi querido don Guillermo, temía que se encontrara usted enfermo, y quise pasar a encargarle...

Guillermo se conformó con no saber en qué había pasado el día su mujer!

CRONICAS Y APUNTES

LOS REYES DE ORIENTE

Los Reyes protectores de los niños llegan ya.

Se siente retemblar la tierra bajo las pisadas de sus camellos. Se percibe el vaho de mirra de sus capas rojas, el olor a aceite perfumado de sus odres, el aroma de romero del Líbano, prendido aún a las duras pezuñas de las bestias, donde parecen insinuarse nuevos florecimientos. Se adivina, entre la bruma, por el lado de Levante, la nube de polvo dorado que envuelve a la caravana dichosa...

Algo también, que huele a madera recién pintada, traen las brisas que llegan antes que ellos. Es la carga alegre de juguetes, que les hará detenerse en la madrugada memorable, delante de cada balcón lujoso, y poner algo en la botita brillante, escogida de antemano para que sea agradable a los reales ojos. Un alto en cada casa noble, mientras resoplan los camellos con columnitas azules de humo en las narices y se expurgan las barbas luengas y blancas, de los ca-

nelones de nieve que en ellas dejara el paso por otros climas...

Los jadeantes dromedarios, secos y amarillentos, son altísimos. Diríase que se han escogido exprofeso para que la mano de su jinete quede al nivel del piso principal. Parecen pequeños cerros pelados de donde ven el mundo los Reyes. No puede desde ellos dejarse nada en el zaguán; pero tampoco alcanzan a la bohardilla.

Son los Reyes Magos el mito más feliz del paganismo cristiano. Las sagradas escrituras, empapadas en jugosa poesía oriental, las exhibieron en adoración ante un niño divino—grupo delicioso de dos vidas en descenso que se cruzan con una en ascenso—; y así se han quedado, en esa idolatría eterna, dedicados a simbolizar en los hogares buenos el culto a las cabezitas locas, en cada uno de cuyos bucles se ha sembrado un beso... Entre las figuras de la historia de estos hebreos que invadieron el espíritu de Europa, no las hay más risueñas y seductoras!

El oro, el incienso y la mirra han sido sustituidos por los juguetes de cartón, de madera, de porcelana. Las ofrendas de los reyes copian cosas vivas: son muñecos, caballos, pájaros, y en todos ellos hay algo como un embrión de alma: el alma de Colombina y Pierrot. Con ellos se fabrican los niños una especie de pequeño mundo, donde no se riñe ni se llora. Es la parodia de lo que ven vibrar a su alrededor, pero sin el lastre de las amarguras humanas... Y así, disfrazado de rosa, ven el pícaro planeta.

No concibo una vida de niños sin juguetes. ¿Hay algo más dramático que esos ojos hambrientos de niños pobres, que se hipnotizan ante una vitrina des-

lumbrante de juguetes artísticos, con alardes de raso y terciopelo, con brillo falso de metales nuevos? No comprendo que se pueda haber sido constantemente feliz, si no se han sumergido alguna vez las manos, cuando eran más pequeñas, en la onda de rizos áureos de alguna muñeca coronada por algo rojo, mitad sombrero, mitad amapola; o no se ha seguido con la vista la carrera rumorosa de uno de esos juguetes de cuerda que tan poco duran!

Una niñez sin juguetes, una niñez que no han visitado nunca los Reyes, puede ser acaso la larva de una vida de misantropía. Para la óptica infantil, exagerada, debe ser esto una gran desgracia, algo en la misma proporción que las grandes desolaciones morales que más tarde nos acechan...

Por eso hay siempre hogares venturosos donde se desvelan los padres por dejar algo brillante y con olor a nuevo en las botitas que se hielan bajo el rocío de la noche, y cunas donde una cabecita rizada sueña con la silueta de los tres Reyes barbudos que se detienen junto al antepecho de su ventana, diciendo en hebreo cosas dulces sobre su buena conducta del pasado año.

Es la época de los balances en los grandes almacenes. Las columnas de números parecen sonreír en su pie, y hacen sonreír también al gordo burgués que piensa en su fortuna y en su hijita candorosa, lo único suave que ha conocido en la vida. Dos días después, una mañana: "¿Qué hace esta bota en el balcón?" Nada, los Reyes que han dejado un recuerdo a la *nena*...!

Ya se oyen más cerca los golpes de las pezuñas sobre la arena caldeada. Vienen desde muy lejos,

desde las montañas asiáticas, en cuyas crestas, doradas al sol rutilante y saturadas de aromas de tomillo y resedá, se enclavan las fábricas inmensas de juguetes para todos los niños ricos de la tierra... Los cedros del Carmelo dan la madera olorosa y rica... Las arcillas del Asfáltites son más tarde la nítida porcelana...

¡Ya están aquí! No pasarán de las ciudades y en los balcones lujosos dejarán su cuelga. Antes eran las hadas, envueltas en gasa hecha con nubes, las que asistían sólo a los nacimientos de los príncipes. Ahora son ellos.

En el campo, se conformarán los chiquillos con embriagarse como las abejas entre los bosques de aguinaldos. En la playa sabrán darse los arrapiezos regalo al alma, recibiendo las caricias salitrosas de las olas hurañas que envía el Norte.

Melchor, Gaspar, Baltasar, seguid! No os detendréis en las chozas ni en las bohardillas. Los Reyes no se tratan con la plebe...

1904.

BAJO EL ARBOL DEL BAMBU

Impresiones de viaje

Es la canción que hoy llena todo el Sur americano. *Under the bamboo tree*, que dicen ellos en un compás que tiene algo de danzón y algo de *two steps*.

Palpitando en bocas inmensas de negros donde ríen enormes cuadernas de dientes, la he escuchado muchas veces a cada estación pintoresca atestada de pacas de algodón, en que el tren se detenía para resollar antes de continuar avante.

Y al oír sus notas enervantes me ha parecido sentir sobre el rostro un golpe violento en que vienen mezclados el olor de la resina de los pinos, el aroma de los azahares entre la maleza, el vaho de los remansos ensombrecidos donde se pudre entre lianas el agua de los grandes ríos, todo ese gran perfume de las tierras meridionales donde la naturaleza salvaje no se da por vencida aún.

Así las he sentido como ellos, mientras el *banjo*, roncando con murmullos armónicos, marcaba los gra-

ves de la estrofa. La misma figura siempre en Jackson, en Mac-Comb, en New-Orleans, como primer plano de un paisaje de llanura interminable, con prados graneados de motas rojas y amarillas y pinos al fondo cortados por manchas plateadas de lagos microscópicos.

La topografía del Sur, melancólica bajo la caricia del sol, no puede ser interpretada en el pentagrama más que como se trasparenta en *Under the bamboo tree*, en *Hot time in Old Town To-night*, en todos esos caprichos que sobre una letra disparatada hace la musa popular.

Son esas sonatas que endulzan la vida gris del negro aplastado por la máquina que tiene sus resortes en Washington, algo en que se mezcla la tristeza de la raza conformada a los latigazos y la alegría con que dora el sol a sus tierras predilectas. Música mezclada con la cual se expresa cuanto se quiere, aunque la letra sólo diga tonterías en un inglés con vistas a congo, y que va dejando poco a poco en el pueblo un sedimento de ternura que engendra una especie de patriotismo... De patriotismo en aquella patria que se da a menudo el gusto de verlos asados a la parrilla!...

La música tiene sus cosas incomprensibles. Por ella es difícil sacar el tipo étnico de la raza que la inspira; pero en cambio da una idea bastante fiel del modo de vivir del pueblo, de su estado de alma. La música de los negros del Sur, es la de todos los países pobres, errantes u oprimidos. Y sucede que respondiendo a leyes de herencia bien distintas, cantan los húngaros, como los andaluces, como los cubanos, motivos melancólicos en moldes alegres y ligeros.

El dejo grave, profundo, marcado en bordones, de las canciones del Sur, que rezonga una queja a vuelta de un alegre picaresco, es el mismo nuestro, el que vibra en las guarachas antiguas, ya casi perdidas. Véase por qué podrán ser parientas cercanas las cantatas zíngaras del Danubio, de los *cake-walks* de las costas del Golfo y de las coplas bárbaras de las kábilas de la costa del Africa, cuyos *banjos* adormecieron las horas amargas de los cubanos deportados.

Los negros del Sur tienen en sus canciones y en su *banjo* un consuelo muy grande para sus viejas heridas que siempre hay quien haga sangrar. Cometan un acto cualquiera de salvajismo, de esos a que los ha obligado el estado de desnivel social: un adoquinazo, por ejemplo, sobre los cristales de un *pullman* que pasa sonando a *comfort* insolente y aparatoso... Y después ¡a aprisionar la rabia en las cuerdas del *banjo* soltando *bajo el árbol del bambú*, como si desgranara pétalos de azaleas, un puñado de *cake walkes* que no dicen nada y que todo lo dicen!

Pero lo que más curioso tiene el caso, es el interés extraordinario que despierta este arte raro en los hombres de las regiones nevadas, los fríos y serenos hijos del Norte.

El Norte explota hoy esa nota vibrante del Sur. Y así la rubia Franklin canta "Under the bamboo tree" y "All coons look Alike", junto a "Bedelia", "Anona" y otras páginas de música puramente yankees. Y en obras hechas en el Norte como "Happy Hooligan", que ahora se representa con furor, se hace preciso robar a la musa popular dos o tres de sus mejores producciones... Y los del *vaudeville* no

pueden pasarse sin un número de *ministrels* que se descalabren dentro de las reglas de la coreografía.

El mercantilismo yankee, mercantilismo inteligente que los ha hecho gigantes, comprende cuánto visten estas pinceladas de color en el *spleen* de los viajeros hastiados. Acaso por eso, para procurar la fisonomía típica de la tierra, están servidos los vapores del Sur, pertenecientes a gentes del Norte, por camareros negros, que parecen arrancados de esos cromos donde se les pinta invariablemente devorando una tajada de melón. Una noche de luna se sabe que el camarero que sirve a nuestra mesa canta algunas cosas del país; y allí en la popa, al rumor del agua del río transcurre la velada deliciosamente. . .

Entonces sale a relucir "Under the bamboo tree". Y todos escuchan en sus notas la gran voz del Sur que no quiere callarse de una vez como el Norte desearía.

Porque así, diáfana y elocuente, es esa dichosa música. Al través del pentagrama se adivinan las cañas nudosas del bambú, abanicando con su ramaje a la pareja que enseña los dientes color de coco haciéndose el amor en calabarí. . .

1904.

HUMOS DE SAN SILVESTRE

A 365 días vista

Al amor del ponche de San Silvestre, que humea en nube azul entre los rostros congestionados, y ya que acabamos de dar el salto de reglamento al 1905, pensemos deteniéndonos un poco antes de tomar la horizontal, en lo que hemos dejado allá por el 1904 que ahora va rodando silencioso al osario polvoriento de Papa Saturno.

No es este que vamos a someter a balance, el año económico de las estadísticas y los presupuestos, cosas que siempre salen al revés de lo que conviene. Es el año vulgar de enero a enero, que, por cierto, será todo lo que se quiera menos económico, ya que a causa del desprendimiento de nuestros legisladores nos ha salido por un ojo de la cara. Fué sustancioso ¿verdad? Hubo hasta dos eclipses parciales en el cielo y uno total aquí en la tierra, por el nimbo del Congreso. Conque, no les digo más.

Año fecundo en sensaciones, ha pasado sin que to-

davía lleguen a nuestras playas los famosos millones extranjeros destinados a ponernos *en circulación* ante el mundo asombrado, pero sí viendo aumentar las chimeneas de las industrias, que levantan vapor con la propia energía. Los pocos siboneyes que quedan han encontrado en el caso una ocasión para cantar aquello de

Cuba no debe favores
a ninguna extraña tierra...

Por desgracia, abundan poco los coleccionadores de impresiones agradables. Lo que se nos echa a la cara invariablemente son las malas noticias, que una diligente tribu de agua-fiestas hace circular y hasta lleva a domicilio por multitud de ingeniosos sistemas. Si frente a los que nos aturden con los casos de fiebre amarilla y nos cuentan al oído el número de armas preparadas para *un golpe en Oriente*, hubiese unos cuantos ciudadanos de aspecto bondadoso que llevasen cuenta del papel que hacemos en las exposiciones, así como de las cosechas de tabaco con *mosquitero* y del aumento, cría y desarrollo reciente de automóviles, que dice de carreteras civilizadas, otro sería el semblante de nuestros hombres políticos, siempre con aire de pésame, y otra la forma de trabajo de las buenas almas que se han tomado demasiado en serio eso del *malestar económico* y la *bancarrota de las ilusiones*.

Hemos cerrado el año (esto del plural es una fantasía que proporciona cierto placer inocente) con el tipo de siete reales y un prolongado pico, en el azúcar. Las *primas* de la remolacha alemana han tenido a bien suprimirse, y la muerte de las primas se ha traducido para nosotros en estos siete reales que por

su origen vienen a ser una especie de herencia. La esperada inyección de oro del empréstito dejó de ser el lazo siempre visto y nunca alcanzado de los cuentos azules...

Pero no han de ser completas nunca las cosas de este valle de lágrimas. Estamos enfermos de la política, y nuestro mal como todas las enfermedades crónicas y debidas a leyes de herencia, sin matar de repente no dejan de doler un momento.

Durante los doce últimos meses no cesaron los partidos de usar la palabrita *reorganización* como si esa partícula *re* no necesitara lógicamente algo *organizado* ya. El caso es que las asambleas primarias han vuelto a formar su cuadro con tropas de refresco, si bien por las oscilaciones de las cabezas directoras que han venido a culminar en dos mosaicos o rapsodias, uno frente a otro, haya habido que hacer ciertas operaciones de raspado en las inscripciones de los antiguos estandartes de seda.

Pero ninguno de estos fenómenos ha tenido la amabilidad de la campaña de obstruccionismo del partido nacional (según los habaneros) liberal (según los camagüeyanos) y radical (al decir de los orientales,) por lo cual se consiguió declarar de receso parlamentario el año de 1904. Fué un obstruccionismo cómodo y original, ante el cual es nada el de las oposiciones europeas, esmaltado de bofetadas y duelitos distinguidos. Por él pasa en blanco, inocente e inútil como pocos, el año 1904, que irá derecho al limbo de los reinos de Saturno. Y no sabemos si existirá otro limbo más apacible aún, para el pueblo beatífico que lo vió pasar...

La paga del ejército llegó; llegó con un retraso de

dos años. Sólo que por efecto de la tardanza sufrió la paga un error en la dirección, llegando a equivocarse de ejército, ya que no fué precisamente el libertador sino un nutrido ejército de usureros connotados, el favorecido. El saldo de la sagrada deuda nos ha valido para el citado ejército una hermosa y bien ganada reputación de *palomas*. Los pobres soldados de la Revolución han seguido a pie y descalzos. Y los alzados de Sevilla se preguntan si para eso se *alzaron*. . . (¿Qué cosa, Dios mío? ¿La visera?)

La *coda* de esta simpática composición veraniega ha sido el reglamento de impuestos que ha transformado en fecha célebre el modesto 27 de febrero. Las visitas sensacionales de los inspectores y la hermosura de algunas multas ha llevado también a las puertas de la fama a algunos honrados burgueses, *amateurs* de la amplificación. Cierta compañía de seguros ha comenzado la propaganda de unas nuevas pólizas por las que se previenen los comerciantes de las posibles multas, consideradas como calamidades semejantes a los incendios, inundaciones, etc.

El gran acontecimiento del año correspondió también al mes de febrero; y fué aquel acto extraño y multiforme a que se dió el nombre de elecciones. Fué una frenética rumba del mes de los carnavales; una fiesta a la que fué en serio un buen número de ciudadanos de buena lana, en la que hubo *forros* y *porras* armónicamente combinados y de la cual salió la santa efigie del sufragio universal como ropa de la misma bullanguera época. Un determinado número de políticos activos, tal vez demasiado activos, no salieron sino que entraron, y fué a una habitación tomada en contrato por años en las cárceles de la nación.

Hemos tenido también varias notas de esas que visiten mucho ante las extranjeras naciones, acreditadas diplomáticamente en nuestra *corte*. Nos referimos a las cuestiones sociales.

Las huelgas nos han salido a dos por mes, sin contar la oficial de carácter pacífico de las Cámaras, contra la cual desgraciadamente no pudieron utilizarse rompehuelgas. No han sido los albañiles, los barrenderos, los escritores o cualquier otra suerte de obreros positivamente desgraciados los que se declararon en huelga: fueron los estibadores y tabaqueros, aristocracia del trabajo, que por escala de salarios están aquí sobre los profesionales y deciden el resultado de las elecciones.

A medio año se habló de inmigración y reprobación. La caña necesitaba que la cortasen para ser aprovechada, mientras no se descubriese el sistema de que se desprendiesen solas y echasen a correr al batey. La falta de brazos con sus correspondientes cuerpos, se hizo visible. Traerlos de fuera, era el único remedio. Se habló durante dos meses; hasta los legisladores hablaron del asunto... Todavía estamos en el punto de partida.

¡Ah! La población fué considerada desde un punto de vista muy nuevo. Considerado el tipo hispano-criollo como excelente *desideratum* ideal de la raza caucásica, se estimó que había que atender a su conservación y engorde con la importación de unos cuantos españoles tan españoles como nosotros.

La ola católica de Roma, que ahora reacciona y promete a su rebaño llegar a la suspirada Inquisición, nos dió una buena remojada que culminó en las diez y seis mil luces eléctricas de la fachada de

Belén y las quince mil de la Santa Catedral. Un alumbrado parecido al del establo de Cristo.

Al concluir el año podemos contar con siete u ocho colegios religiosos sobre los que existían antes de la guerra... Sigue siendo de buen tono el afiliarse a las huestes vaticanistas... √

El arte apenas se ha atrevido a salir del corazón de unos cuantos *amateurs* conformados a la condición de *arpas mudas*. El teatro dió ocasión de abreviar en frescas fuentes a los espíritus refinados. Tres astros pasaron por la órbita en herradura de Tacón: la Mariani, la Réjane y la Vitaliani.

La cabeza blanca de un actor dió lugar a que se descubriera que Gabrielle Réjane era un timo francés, una especie de nuevo Panamá. No tenía talento ni se vestía como nuestras más insignificantes *picúas*. A nosotros no nos toma el pelo más que los políticos.

Libros: pocos. Un poeta muy dulce y hondo, Lozano Casado, trató en vano de vender un tomo exquisito: *Claros de luna*. Otro poeta, Valdivia, que talla en el bronce de la prosa y en el mármol del verso, y a quien como al Itelio de D'Annunzio pudiera llamarse *El Imaginífico*, publicó un gran poema sobre la *Melancolía* de Durero. Otro poeta en prosa, Mario Muñoz Bustamante, remató el año con aquellas amargas, profundas *Crónicas Humanas* que antes habíamos leído todos. En el verano, Raimundo Cabrera, nuestro director para el cual nos están prohibidos todos los elogios, impresionó a la Habana toda con sus *Cuentos míos*, que tienen de Daudet, de Bret Harte, de Dickens, de todos los grandes sentimentales.

La nota literaria de más relieve la ha tenido Ar-

pas Cubanas, antología de nuestros poetas vivos, que es un testimonio, más halagüeño de lo que podía esperarse, del estado intelectual de Cuba, a poco más de un lustro de la guerra. Veintinueve bardos forman en el libro un coro rotundo y armonioso, como hasta ahora no lo hubiera podido componer nuestra tierra.

Una cosa normal: la intentona de Mariano Larra para fundar una escuela de Declamación, fracasó por completo. Una cosa extraña: la Sociedad de Conciertos reunió una gran cosecha y pudo de paso dar a conocer a algunos compositores cubanos.

Esto fué el año 1904, más digno como he escrito de Limbo que de Infierno. Los reyes del año fueron: en oratoria, Bustamante; en la poesía Uhrbach; en la prosa, el *Conde Kostia*; en la música, Pujans; en la pintura, el enorme, el tremendo artistazo Romañach.

Esperemos el séquito sensacional de 1905. Será con seguridad un año animado: al final tendremos hasta elecciones presidenciales. Hagámonos de nuevo la ilusión de vida nueva, con hombres viejos.

La nube azul del ponche se ha disipado. ¡Hasta la otra, San Silvestre! ¡Busca mejor vanguardia!

1905.

DORMIR, DORMIR

Suspiros de un perezoso

Hay una dulce tradición del país de las pagodas que me viene a la mente con algo de olor a *papynes*, cada vez que creo sentir al destino atisbándome para hacerme daño.

Era una princesa color de ámbar, una de esas suaves princesas de leyenda, que caminan armoniosamente como los tigres entre las hojas, y que van dejando al flotar de su túnica, débil vaho a canela, a anís, a sándalo. Sufría de la cruel enfermedad del amor, y atribulada fué a contarlo al brahman que la dejó mojar con lágrimas su severa barba negra. Por desgracia no era aquel mal de los que tienen remedio: los altos manes consultados la condenaron implacables, y el ingrato que la había destrozado el alma, habría de seguir lejos de ella reclinando su turbante en otros senos de mujer... ¿Qué hacer?

Entonces el sacerdote con la barba húmeda bri-

llando al sol, levantó a la prosternada y la condujo a su jardín.

—Toma—y arrancó una soberbia flor roja—es la adormidera; la que pone una tregua a todos los tormentos. Absórbela y tendrás todavía el derecho de ser feliz muchas horas cuando el Dolor como el águila sobre el cordero, revolotée sobre tu cabeza...

Medicina asombrosa, bálsamo consolador, fuente pródiga de la dicha grande, profunda, no conocida jamás con los ojos abiertos, el sueño es una madre perennemente tierna para todos, y en su regazo tenemos palabras y arrullos dulces que no nos niega jamás, por muy bajo que hayamos descendido en el aprecio de los hombres y las instituciones.

Dormir, dormir... ¿Pero no es este pozo de olvido y de silencio cosa suficiente para hacernos reconciliar con las arterías del destino? Es que como hombres somos dados a hurgar en lo duro y no en lo grato, que nuestra condición de tipo zoológico nos impone. No queremos meditar y columbrar la magnitud de esto que en cada sol que pasa hemos disfrutado...

Deslizarse en una tentadora pendiente que se orilla de siluetas agradables, sonrientes, ante el viajero que entre ellas rueda; sentir gradualmente esfumados los ruidos y los ecos del mundo bullente y feo que atrás queda, y que va borrándose en la cruz del mechero que brilla menos al través de los párpados y la voz del amigo fastidioso que llega como enfundada; sentirse mecido tenuemente, cada vez más tenuemente, a medida que se sale de la cárcel de la vida que se ha vivido diez y ocho horas y se asoma uno a círculos luminosos donde la paz tiene un trono adulado por lánguidas músicas; y allí,

en un mundo donde no hay choques, ni vibra nada con estrépito, lograr cuanto la imaginación en su vuelo de mala muchacha se atrevió a planear, y ser banquero risueño ante columnas áureas y resonantes, y orador adorado por la multitud, y marqués apuesto con el pecho recamado de medallas temblorosas, y monarca despótico metamorfoseado en arcángel sobre su automóvil volador, y encontrar el tipo soñado de mujer, y sentirse a poco buscado por sus ojos, y cruzarle sobre su talle el brazo hercúleo hasta la curva atrevida de los senos, donde hay un mundo de palpitaciones como en dos pomos colgando de la rama...

Y volver suavemente a caer en la tierra, como cuando se desciende de la barquilla indecisa de un globo... Eso es dormir. Eso es lo que, para compensarnos del negocio torpe que hemos hecho y del hígado que crece y nos molesta, tenemos una vez cada veinticuatro horas. ¿Podemos sentirnos defraudados?

Los inmortales del tiempo heroico no dormían. El Sueño es hermano de la Muerte, y a ambos estaba prohibida la entrada en el Olimpo. Pero Juno sabía de su magia y dos veces lo hizo pesar sobre los párpados del dios de los dioses, para endulzarle su desplazamiento del jardín sagrado en que ella quedaba componiendo las cuentas desarregladas de su divino esposo. Zeus el buen mozo, debió agradecer este obsequio infinito del amor conyugal.

Y no es sólo interesante el sueño cálido, sudoroso y sonrosado de las mujeres jóvenes que saborean las exquisitas horas de la mañana, hundidas en una ola fresca de lienzo blanco. Aun en esos sueños de obreros rendidos, en que el dormir tiene algo de abotagamiento que deja al abrir de nuevo los ojos, una como

madeja confusa enredada en el cerebro, hay un venero inmenso de consuelo para las penas del día. Da a los infelices, al menos, lo que más han de menester: la muerte. Pero una muerte sabrosa, indulgente, a la cual se llega como bailando dulces farándulas; la muerte asignada invariablemente por los libros morales a todos los justos, aunque estos justos sean cardíacos o cancerosos. Comparamos el sueño con la muerte, porque así la quisiéramos para cuando nos llegase nuestro número de fila en los libretes destartados del Señor Destino, sin asfixias espantosas, sin dolores punzantes, sin vahos de la propia podredumbre, sin problemas de familia que nos conturben y atenacen cuando nos sacan antes de tiempo de un rincón donde no estaríamos de sobra.

Dormir, dormir... ¡Qué desgracia que ya no existan aquellos tiempos de hadas roñosas y desairadas que condenaban a un sueño de cien años, como en el cuento rosado de Jewault! ¡Cien años de sueño, de escape a toda esta multitud que pesa con su necedad sobre nosotros y se precipita para darnos malas noticias y exhibirnos cuentas de deudas atrasadas! Los chinos—¡oh, yo os saludo, asombrosos artistas de la crueldad!—han comprendido muy acertadamente toda la intensidad de este placer, y en definitiva, a vuelta de muchas consideraciones profundas de ventruídos doctores, han declarado oficialmente la supresión del sueño como forma de suplicio. Los pobres coolíes ribereños que roban arroz en los muelles a los ingleses, saben lo que es este centinela provisto de un agudo acicate que los acosa cada vez que los párpados se le doblagan para dormir...

Y es que nada hay más enternecedor que el sueño

de los pobres. Caen como plomos sobre el lecho, y allí se tienden embrutecidos, abrazados a la almohada como si quisieran hacerse más dueños de ella. Algunos son criados, picapedreros, cargadores de muelle para quienes la labor empieza en el claror lívido que precede al alba. Se piensa al verlos que no son al cabo tan desdichados. Tienen un hartazgo de dicha gruesa, animal e intensa cada día: también pueden desquitándose del empellón que del amo recibieron la tarde anterior, libertarse de su condición de bestias reventadas, y vagar por los mundos del ensueño, y ser amos de sus amos... y saborear el delectable gozo humano de esgrimir el látigo sobre las espaldas ajenas...

De esta suerte de pensamientos he deducido un respeto tierno, casi religioso por la cama. En este cuadro muelle que blanquea al fondo de la habitación, dejamos cada noche una carga de dudas y de añoranzas. Y es ella, quien en algunas caídas del espíritu, ha recogido nuestras más ardorosas lágrimas, las más puras, aquellas que a todos ocultamos y que nos salen de lo hondo de esa fuente escondida que en todos los hombres es buena e infantil. La cama nos consuela, se hace blanda para todas nuestras convulsiones atormentadas, y al cabo las disuelve en suave onda de paz, llamando para que anuble nuestros ojos al callado morador de la isla de Lemnos. Los legisladores de todas las naciones lo han pensado así, y para ella, para la cama del deudor impenitente, han hecho una excepción en la implacable lista burguesa de muebles embargables.

Durmamos, durmamos... Olvidemos nuestros problemas materiales, pensemos que a la postre, en cuan-

to se marche el sol y cierre de firme la noche, nos hemos de indemnizar con un buen hartazgo de holganza. Y abandonémonos a los ensueños; allí lo logramos todo, alcanzamos lo más inaccesible.

Viviendo así, mecido en el ensueño ¡qué hermosa la vida! Recordar lo que soñamos, saborear de antemano lo que vamos a soñar... y de este modo poder mascullar entre dientes, desde nuestra acera, al paso de alguna de esas soberanas de belleza que desfilan por el *boulevard* desbordando las llamas de sus ojos sobre los forros pálidos del carruaje...

“Menos orgullo, menos desdén, amiga mía; que alguna vez nos hemos amado usted y yo con infinita ternura”...

1905.

BAJO EL MAREO

El disco es enorme; amplísimo y todo azul. Como pista para juegos atléticos de dioses. Y en medio de él, arañando con trabajo la costa móvil y reluciente, va el barco levantando su penacho de humo como la barba risible de un gnomo, triste, ridículo, disminuido por las proporciones del escenario.

Pero dentro del escarabajo negro y feo que rotura la gran masa de aguas benévolamente apacibles, hay algo más grande que el círculo esmaltado del horizonte, y que las nubes rotas que se desperezan mirando la espalda acerada del mónstruo, y que los grandes cetáceos que desgarran el moaré de la superficie con el morro grasiento, y aun que las finas estrellas que en la cabellera de la noche titilan engarzadas como diamantes.

Es la imaginación del hombre. El poder creador que se asila en esos infusorios bípedos, encerrados en el vientre del escarabajo. Y es más grande que ellos porque contra todos se ha atrevido a levantar la faz

soberbia y, encerrándolos en un prisma o en una placa fotográfica, o en el ángulo de un sextante, los ha medido a su sabor, analizado minuciosamente, pesado, fijado su densidad y destruído el prestigio de sus misterios.

Desplomado sobre la silla húmeda de cubierta, con los pies en alto y el espíritu en bajo, odiando a los otros pasajeros cuyas miradas enconadas se sienten, y sólo asociándose a ellos en una rabia loca hacia el hombre del *gong*, el viajero aniquilado medita mirando oblicuamente el mar.

Y piensa siguiendo un hilo sinuoso como la línea con que se anota la fiebre de un enfermo:

...¿A qué este lujo de agua amarga tendido sobre la esfera inmensa como una sábana picoteada a trechos por los huesos de la tierra? ¿Para adular a qué oído se hizo este órgano profundo y sonoro, de sinfonías eternamente iguales, donde las sirenas ya viejas y destronadas, cantan jadeantes, aptas sólo para el amor de agrios lobos marinos? ¿Es que el buen Dios, aquel a quien suprimió la ciencia el pasado siglo, compuso todo este poema de arquitectura divina sólo para dejar demostrado en un símbolo, que por cada parte de dulce habría siempre en la tierra tres cuartas partes de amargo? ¿O quiso representar más bien que lo movedizo, lo versátil y lo traidor era lo normal y formaba por tanto mayor cantidad en el pobre planeta enfermo?... Es sensible que la semilla de los poetas, intérpretes en verso de la palabra sagrada, se haya esterilizado definitivamente...

Mirando la desmesurada inundación que a todas las razas alcanza y cerca, se pregunta ingenuamente el

hombre frío, el *porqué* de su creación. Y es fuerza pensar en cuánto se parece la madre Naturaleza a sus hijos los hombres, en lo defectuoso y grosero de sus trabajos.

¡Oh, ilustres errores de la ilustre matrona!... Los topos ciegos, los macaos con muelas desiguales, los pelícanos y los tucanes soportando el peso de su pico y penando para alimentarse, los manjuaríes sin escamas que los resguarden, las tortugas condenadas a eterna cárcel en su concha e imposibilitadas de todo movimiento, las lianas parásitas que ahogan la vida de los grandes árboles, la miserable óptica humana que nos lleva de chasco en chasco por el mundo, la propia existencia de toda esa pequeña fauna de insectos domésticos e indomesticables cuya razón de ser hubiera intrigado al mismo Hegel... Tuvo demasiada benevolencia consigo misma la Naturaleza que nos pinta el Génesis al echar a rodar este planeta como cosa concluída en la ruta ancha y silenciosa de los astros...

¿No será el mar una de esas pifias trascendentales? Inútil por su longitud y amplitud, más inútil aún por su profundidad, va llevando de unas a otras orillas las mismas salmodias murmurantes, y las cantan uniformes olas que coquetean con la invariable y conocidísima voluta espumosa. Las gotas no tienen alma; que si las tuvieran ya se aburrirían ellas también de resbalar siempre unas contra otras como ovejas en el aprisco: ruedan y ruedan, y una vez arriba son perlas fúlgidas un momento, a la caricia del sol; pero a poco tornan a ser ignoradas moléculas grises en las entrañas del mónstruo...

Se defiende al océano atribuyéndole condiciones me-

dicamentosas. Purifica las tierras vecinas, oreca las dunas donde se enclavan las ciudades angustiosas, hincha los pulmones penetrando la sangre de glóbulos rojos... Bien está que así hablen los doctores de cómoda terapéutica; pero ¿tendrían derecho a añadir que para regar sobre las arenas caldeadas un poco de cloruro de sodio era absolutamente indispensable cubrir leguas y leguas de la cáscara terrestre, hacer simas insondables en sitios apartados que ningún pulmón humano aprovecha, gastar en vano su evaporación salutífera en las altas mares donde crecen los linos extraños y no hay huella de una quilla de barco?...

Un simple hombre, un escéptico cualquiera, llámese Luciano o Voltaire, encargado de la reconstrucción del mundo con seguro ejercicio de la omnipotencia, ya se las hubiera arreglado para que de las hojas de los árboles, de las aristas llameantes de la piedra, de nuevos mares pequeños y proporcionados, emergiese suavemente ese estimulante de la química natural.

Y es que ni siquiera los peces comprenderán el *porqué* del mar en sus enormes dimensiones. Llamados a uno de aquellos legendarios congresos de Júpiter, declararían honradamente que así como han menester realmente del dominio que hoy gozan, tres veces superior al de los hombres, no necesitan en cambio para nada del inmenso espesor del mar en ciertos lugares. ¿Para qué, en efecto, estos deprimidos valles submarinos que no se dejan escrutar por la aguja de la sonda, si a cierta profundidad ya la presión tremenda del agua no franquea el paso a ningún ser blando? Y el razonamiento de los peces, que no co-

nocen, como los hombres, de límites nacionales ni boletas de arrendamiento, no podría ser tomado como una ambición de territorio.

...El sol de alta mar se observa también con tristeza; es la lámpara lujosa que ilumina las salas de una casa vacía. Bajo su fuego va evaporándose algo de la superficie movediza, y el vapor de agua asciende, asciende: luego se forman admirables juegos de nubes que nadie ve y después de pasearse hinchadas y fastuosas por el cielo se deshacen en lluvia que tampoco necesita el mar. Y por ese sol claman en vano las muchachas pálidas de las tierras borrosas del Norte. Y por esas nubes suspiran los beduinos de la caravana. Y por esa agua hacen rogativas a un pedazo de madero los labradores de Castilla... Un sencillo descuido en el reparto de las cosas!...

...Ahora bien; si el hombre pudiera no necesitar el mar de un modo urgente, en cambio, el mar no podría pasarse sin el hombre. ¿De quién sino de la humana raza ha salido la idea de llamarle hermoso y cantar a sus ondas, a sus perfumes, a sus brisas? Esta galantería de los hombres que no se han detenido a comprobar su fundamento, es de agradecerse mucho.

Su hermosura es la de las grandes montañas; debida más a la amplitud de las líneas que a la pureza de las mismas líneas. Como las mujeres blondas y de ojos claros, se muestra verdaderamente bello cuando se enfurece. (¿No habéis visto el resplandor que despiden en los grandes arrebatos la carne semidorada y los ojos metálicos de las rubias?)... El mar picoteado en encajes azules y blancos es efectivamente admirable. Pero también es mar la llanura de almidón cocido que vemos a veces oblicuamente desde

la borda de un buque mientras maldecimos al hombre del *gong*...

Con la glorificación del mar sobre los otros espectáculos de la tierra ha ocurrido un caso muy vulgar: es hermoso porque le cantó Homero y tras los pasos del padre siguió toda su descendencia de ruiseñores. Y es que también en las maravillas de la Naturaleza hay postergaciones. El Niágara parece más bello que las Cataratas del Congo, porque ante éstas no ha clavado sus plantas un Heredia. Y así muchas cosas: las erupciones estupendas de los volcanes australianos no han tenido su poeta: por eso es más bello y dulce el Vesubio.

No ha habido, sin embargo, muchos que canten al mar en lo que de más bello tiene: el misterio de su seno. Las entrañas profundas del océano deben ser cantadas porque hay en ellas un cementerio vasto y complicado que remeda en huesos desleídos, todo el organismo social que aquí arriba se estremece. Hay en él, bailando entre las algas, cadáveres de buenos y de malos. De pretendientes a reinos fabulosos que se ahogaron cuando fiaron a una vela su aventura; de novios puros y tiernos que perdieron en un beso la vida cuando llevaban de un pueblo a otro su luna de miel; de piratas negreros que se hundieron con su cargamento despavorido al darles caza el barco inglés; de generosos emigrantes que no consiguieron llevar hasta América el concurso de sus brazos de acero; de frívolos *clubmen* y de expedicionarios científicos; de *cocottes* destronadas y de hermanas de la caridad... ¡Vasto, extraño cementerio, sin lápidas ni epitafios que señalen las diferencias sociales!...

Esa es acaso la verdadera hermosura del mar: la

melancolía a que va llevando poco a poco los corazones, y acaba el espíritu por ser como una de esas olas terriblemente tristes de los mares solitarios, que no suenan por no hallar riscos en que estrellarse, ni encuentran oídos humanos que escuchen su rumor al resbalar por los flancos de un buque.

Porque al cabo esto es todo. Hay que preguntarle al mar lo que Zaratustra demandaba al Sol: “¿Qué valdría tu fuego si no tuvieras tierra que alumbrar?”

...El viajero anonadado se incorpora como quien trata de salir de un agujero. El mar representa la misma escena del día anterior: un trozo de terciopelo sucio que tiembla; a lo lejos algunas velas detenidas sobre la línea del horizonte; delante de la proa los peces voladores hacen trazos rápidos; a veces una ligera espuma se advierte en el agua y la espoleta de un monstruo aparece, tornando en seguida a cerrarse la herida abierta. Y en medio de todo, arañando con trabajo la costa movable y reluciente, va el barco levantando su penacho de humo como la barba risible de un gnomo...

1905.

POSTA RESTANTE

No vais a creer que es mentira, porque lo cuenta una revista francesa, y las revistas francesas, al revés de las americanas, mienten el menor número de veces posible.

Santa Clauss por este tiempo tiene también su correspondencia y hasta puede suponerse que tenga su secretario particular dedicado a la importante tarea de abrir cartas y contestar en tipos de maquina bajo sobres conminatorios de \$300 por uso privado.

Pero, según parece, no todas las cartas llegan a turbar a Santa Clauss en sus paseos por los talleres inmensos de juguetes, donde los techos son de vidrio escabroso y las paredes de talco ajustado con hilos de plata. Algunas misivas de los niños de la tierra, aclarando interesantes puntos relacionados con los regalos de Pascuas, han quedado, acaso por mala dirección o errores en la ortografía del remitente, en la burguesa administración de correos, que no entien-

de de estas cosas ni guarda la dirección de un personaje del prestigio de Santa Clauss.

Es el caso que según *Autour du monde*, en Cleveland, Estados Unidos, un bondadoso empleado de correos acaba de mostrar a sus amigos una hermosa colección de cartas de niños escritas al buen viejo del país de los aguinaldos y las violetas. Tales cartas, dirigidas a Alemania, a Suecia, a la Galitzia o al Polo, han dado unas cuantas vueltas por el mundo: los funcionarios de correos se volvían locos buscando en los directorios. Nada. Algunos sonreían... y aquel día besaban con más efusión y con los ojos más húmedos a sus chiquillos.

Al cabo de un mes de parranda por balijas de letreros extraños y mareo por barcos y furgones, volvían al punto de su envío, embadurnadas de sellos y lacres, destinadas a dormir en la posta restante hasta el día en que se acordara echarlas al fuego.

El bondadoso empleado a que hago referencia tuvo la indiscreción de violar el secreto de las cartas muertas, que no llegaron a Santa Clauss. Y en zapatillas y con el gorro calado, vió palpar en las letras grandes, dibujadas con caracteres de imprenta y bailando unas con otras la zamacueca, toda la poesía del alma infantil abierta inocentemente al abrigo del secreto postal.

Había una enviada "A *mister* Santa Clauss: En Alemania." El pequeño Nelly que escribía, debió haber oído hablar de la dulce Germania misteriosa donde pudieron vivir Lohengrín, Parsifal y las Amazonas del aire. Entre las barbas de Wodan y Santa Clauss hay cierto matiz de paisanaje.

Y dice así:

“Usted que es tan bueno para mí, señor Santa Clauss, lo será más todavía este año, trayéndome lo que a mí me gusta. No quiero caballos, ni carrozas, ni espadas. Quiero un automóvil con su fotuto. ¡Ah! y un beso: me lo puede dejar delante de la máquina.”

Pero el automóvil no llegaría de ninguna manera. Porque en el reino apacible y medioeval de Santa Clauss no se conciben los engranajes complicados de un *Mercedes* ni se admite nada que pueda matar niños por las calles.

Otra carta, y ésta debió provocar un gordo lagrimón disimulado en el coleccionista.

“*Saint Nicholas*: Te escribo para que no te pase lo que el año último, y me traigas los juguetes que quieras sin equivocación. Acuérdate que en el *flatt* de más abajo que nosotros pusiste dos muñecas, y en casa no dejaste ninguna. Después, la niña de abajo, que es muy orgullosa porque es rica, no quiso darme la que me correspondía. Sin duda esto ha sido una equivocación. Te lo digo para que no pase lo mismo en estas *Chritsmas*.”

Y en antítesis a esta carta en papel grosero y con barbas, dícese que había otra muy limpia y en papel de satín, que debió ser perfumado...

“No quiero juguetes este año, Santa Clauss. Quiero que me traigas una medicina que me cure, para que mis papás se pongan alegres. Los he visto llorar, y el verlos así me da miedo... Si traes juguetes tráelos a ellos, tráelos una *baby* que les haga reír; como era yo de chiquito.”

En cada una de esas cartas aparece el espíritu infantil flotando en una llamita encantadora que enter-

nece, y como en esta última, se ven los ojos abiertos interrogantes del niño que presiente escenas terribles sin acabar de comprenderlas a derechas, al paso que en otra la manera tranquila de ver un caso doloroso, denuncia la dichosa apacibilidad del alma blanca que no sabe que hay niveles y categorías. Un drama de esos permanentes y terribles se entrevé en la carta de un chico de hospicio que manifiesta al santo que acaba de saber de su existencia por otro muchacho y como hasta entonces nadie le había hablado de él, quiere que le mande algo para creer que no le han engañado; el papel rosado de un niño ambicioso inserta una lista que implicaría todos los talleres de talco y vidrio para satisfacerla; otro le pregunta por dónde entra en su cuarto para dejar los regalos...

Acaso en la reseña haya algo de falso, pero puede perdonarse por el caudal de poesía tiernísima que acendra...

Una colección de esta clase tiene un valor inapreciable, y casi merece la pena para poseerla de ponerse el gorro y las zapatillas y ser correvedile de ajenos secretos. Es decir, como valor lo tendría para el que guardase en el pecho algo parecido a corazón; que estas cosas son como la ropa hecha, que sólo sirven a los que tienen buen cuerpo.

El mito de Santa Clauss tiene que vivir mientras los hombres empiecen la vida siendo niños. Los niños constituyen tal vez la única poesía que nos queda en la turbulenta vida moderna. La punzante fiebre de análisis nos ha ido quitando vendas. Hasta la mujer, la obra maestra de la creación, se despoetiza. Su último golpe ha sido algo enigmático pero visible-

mente demoledor a que los fabricantes de frases han llamado feminismo...

Nos quedan las cabecitas rubias u orladas de rizos morenos, que alzan las bocas rosadas pidiendo besos que no perturban ni envenenan, y con las cuales se charla descansadamente, sin temor a réplicas lógicas, como se sigue el vuelo rumoroso de un pájaro.

Sostengámosle la dichosa mentira de Santa Clauss. Al cabo éste es un dios bueno, que como no se manifiesta más que en un aspecto pródigo y amable, hace soñar en países azules a las cabecitas rendidas sobre la almohada. Con estos sueño sabrosos pueden indemnizarse del fantasma tremendo de un dios implacable con que se atormenta a sus tiernas conciencias, el de la frase invariable *que Dios te castiga...* y el de *las pailas hirvientes del Infierno...*

Señores, un poco del himno para Santa Clauss, que pasa, formando el corazón a los hombres del mañana...

1905.

SERPENTINAS

Señora :

Arrugáis el ceño ¡oh tenue dibujo a plumas sobre pétalos de rosa té! porque no podéis sufrir esta moda de las serpentinas, que permite al hampón color de tierra, mezclarse a vuestra aureola de princesa por un hilo de burdo papel que ha comprado con su moneda de cobre.

“¡Oh! Preguntan las áureas llamitas de vuestros ojos coléricos ¿es que no ha de interceder la autoridad uniformada en este horrendo abuso?”

Sois injusta. Condenáis el más sugestivo encanto que pudiera entrañar este lindo complemento del tocado de Carnaval. Las serpentinas, tendidas a la brisa de las avenidas como las hamacas de las hadas, forman hilos telegráficos que van de unos corazones a otros, sin contar para ello con la sociedad que exige presentaciones en regla. Abrevia fórmulas, y esa es toda su misión. Es un *me gustas*, que cruza co-

mo un pájaro que dejara huella de su vuelo, para ponerse a vuestros pies de rosa llevándoos un homenaje que no esperabais... y que no pide nada en cambio.

¿No habéis pensado nunca en la distancia que os separa del miserable que va a pie por el arroyo, gozoso en su alegría gruesa e insolente? Habéis pensado demasiado. Pues bien... Toda esa distancia la salva, apenas en un pestañeo, esa leve cinta que avanza, irisándoos brevemente las retinas, y os dice en el idioma sutil de las cosas que también en el hampa se estima lo que son ojos lindos, que un corazón humilde quiere sentirse un momento, un momento siquiera, ligado a vuestra atención,—aunque sólo sea por lo tenue de un hilo que rompe el *landeau* que detrás viene,—y que éste es acaso el único sistema que los duros hombres, inventando la frasecita de las *capas sociales*, han puesto al alcance de su admiración ingenua...

Pero, ¿me permitís que os lo confiese? Creo que no sois sincera en vuestra repugnancia hacia este aspecto democrático, igualitario, poco *smart* diríais vos, de las serpentinas. Pensad que si estos hilos tenues, como trazos de teñidos dedos de nereidas, salvan barreras sociales que parecen inquebrantables, no sois vosotras, las damas, las que salen peor tratadas en el reparto de las bienandanzas adquiridas. También la sociedad os pone muros tiránicos, os aprisiona en vuestra actitud pasiva, en vuestros ojos entornados al halago apasionado del galán, en vuestras esperas tormentosas, que os hacen mordisquear los guantes, y agitar la sombrilla espumosa, cuando vuestro amigo no se decide a empeñar la última es-

caramuza para la cual salisteis de casa con bandera de parlamento.

Confesádmelo: ¿verdad que es espantosa esta colocación de forzada segunda parte en que tenéis que esperar siempre, hasta en el apretón de manos, hasta en el piropo callejero?

Y decidme ahora, ¿no se os ha escapado alguna vez el pensamiento imprudente por la serpentina que dejáis ir, sin tiempo para arrepentiros, hacia el coche en que va el joven cuya sonrisa os agradó, y del cual no conocéis ni el nombre? Y en otras ocasiones, cuando se trata de un joven a quien veis en todas las recepciones, y a quien la casualidad o el hecho de ser novio de una de vuestras amigas ha impedido que solicite vuestra presentación... Pensadlo bien. En estos casos le hacéis una trampa a la sociedad, y arrojáis con la serpentina algo así como la crisálida de un beso: también vosotras aprovecháis el mensaje disimulado que os abrevia en aquel momento todo un capítulo de conveniencias sociales que no os convienen...

Creedlo, mi buena amiga. No puso la moda más poético vehículo de afectos; no lo son en tan alto grado ni las mariposas que llevan el polen dorado de unas corolas a otras. En ellas se entrañan acaso todos los símbolos del amor, soberano del mundo.

A veces estos envíos delicados que vuelan a vuestros balcones, no cumplen su ruta, y los veis caer de nuevo al polvo. Y os recordarán sin duda anhelos incumplidos, episodios que parecieron despertar vuestra alma a una novela y no pasaron de la noche del baile, ansias de amor que sentisteis rozar vuestros oídos y que se disiparon en breve.

Pensad si asimismo no os dan tristeza esos balcones en cuyo barandal cuelgan en flecos despedazados los manojos de serpentinas. Son lo que queda de aquellos mensajes que pudieron llegar a vosotras o que enviaron vuestras simpatías: rotos a poco, se balancean en el aire juntos, conformes en su alineamiento sucesivo, como historias de amor que formaron una vida...

Y este hacinamiento de recuerdos es más triste si habéis concurrido al paseo en vuestro carruaje. Entonces el raudal de serpentinas que recuerdan otros homenajes sencillos, os acompaña hasta el hogar, formando una estela de ondulantes hilos, en vuestra carrera victoriosa. Y vos, señora, os olvidáis de ellos, llevándolos arrastrados como turbas de amantes que componen bien en el lujo de vuestra apoteosis...

Al cabo, cuando algunas horas después del paseo el sueño derriba vuestra rizada cabecita, acaso, acaso juega todavía en vuestro pensamiento la malla de las serpentinas, vengándose de vuestra condenación con cantos extraños...

Y os parecerá que un poeta canta:

“...Son las hilachas perdidas de la falda de Colombina, las cuerdas del laúd de Pierrot...”

“...Son suspiros errantes que una mano prodigiosa ha querido hacer gráficos, visibles y coloreados...”

“...Son cometas de órbita minúscula y cauda políeroma, que van a chocar con vosotras, las estrellas...”

BALADA DE LA HOJA SECA

Por la carretera blanquecina, de un blanco de perla bajo el cielo tristón, un rumorcillo fofo, acariciador, flota detrás de mis pisadas al ras del suelo. Vuelvo el rostro instintivamente.

Es una hoja seca que ha volado hasta allí cabalgando sobre el aire delgado del invierno. Ahora rasca sobre el polvo como un ratoncillo, entre el doble ribete sombrío de los laureles, sacudidos en rudo estruendo. El sol es dulce, fresco; tiene algo de la turbada sonrisa de una doncella.

Y la hoja pasa a mi lado arañando la arenisca. Es una verdi-negra hoja de álamo, puntiaguda y curtiada de dobleces. Con ella va mi pensamiento... lejos, allá abajo, al través de los campos y las ciudades.

Desde el árbol de la ladera ha atravesado la llanura azotada por el hálito glacial del invierno. Pasó sobre el lecho seco del torrente, que hasta septiembre estuvo riendo entre las piedras ambarinas. Pasó luego en saltitos sobre el terreno surcado, de rojas en-

trañas, donde el labrador separa fatigosamente las malas hierbas, amoratadas las manos, los ojos entornados por el viento y desmelenada la amplia bufanda de paño... Y así continúa su viaje tierra adentro... Es el Norte que llega. Las muchachas, ruborizadas por su propio pensamiento, se abandonan a extraños escalofríos voluptuosos...

La hoja seca rueda más allá... Y observando a derecha e izquierda, goza de su paseo. Un gallo rojo, de ojos encendidos, canta sobre un techo de paja, poseído de extraña agitación. Las gallinas, no se han atrevido a tanto en aquella mañana cruda; en el corral alfombrado de estiércol, se esponjan sin atreverse a llevar su *clo-clo* más allá de las gateras de salida, y en silencio admiran al macho bravío que allá en lo alto se ufana de su hermoso papel.

Luego, cuando el sol mira desde lo alto, pasa junto a una banda de muchachos. Saltan como gorriones sobre las vallas de piedra, alegradas en clara oleada de aguinaldos... “¡Hay asueto... asueto!...” Y la turba hunde los zapatones campesinos entre la fronda aromosa, enredándose en la florida malla... Las risas y las flores se hermanan, y diríase que, flor nevada o carcajada infantil, son una misma cosa, fresca impresión materializada de la belleza agresiva...

Ya en la tarde una parvada gris vuela rauda, envolviendo a la hoja en la sombra de una nube. Los patos del Norte hienden con agrio lamento el aire seco, saludando a la hoja de álamo...

“Adiós hermana... allá te esperamos... allá... donde crece el millo dorado...”

Al fin, ya a la hora lívida, cuando la noche baja

de los picos, y el ambiente se adelgaza como la tela de las hadas... la hoja seca resbala hasta los bordes de una ciudad pobre, llega a una verja pintada, y sobrepasa un parquecillo alumbrado por débil lámpara temblorosa, donde los árboles desenfrenados hacen extraños juegos de sombras...

Es una casa vasta de vecindad... En lo alto de una ventana pequeña, resguardada por verdes persianas, encierra los sueños de un rubio muchacho, dormido en la noche de Navidad. Debajo otra ventana cubierta de cristales y cortinas guarda la agonía de una joven corroída por la tisis, que se bebe las lágrimas y las devuelve a golpes de tos...

La hoja seca levantada por el cierzo va a chocar bruscamente en las persianas y luego cae rozando los cristales empañados...

Al ruido indiscreto se abren en la sombra los ojos de la muchacha y los del niño. Y ambos se estremecen dejando volar la fantasía...

Arriba piensan:

“Es él... es Santa Clauss que llama...”

Y abajo murmuran:

“Es ella... es la Muerte que llega...”

1906.

AQUELLOS AÑOS! . . .

Fueron duros, fueron a veces mojados con lágrimas aquellos años de la emigración. Y no obstante, ¡con qué dorada luz los devuelve el tiempo en su compasiva caridad, que pinta con tonos bellos todo lo pasado! Acaso esté el secreto en que éramos más jóvenes, y estamos ya hechos, sin razón suficiente, a ver como sinónimos juventud y dicha. Ello es que las fatigosas jornadas en que se peleaba el *problema diario*, y las grandes postraciones que seguían a la lectura de las cartas de Cuba, todas cargadas de nuevas fúnebres, o de los cablegramas de la prensa, todos cargados de mentiras dulces o acres, bailan alegres en la vida del recuerdo como días de viejo veraneo, como visiones de amable ensueño.

Entre todas las recias impresiones que se escribieron entonces en mi espíritu, hay una que se me figura de ayer. Es la llegada de *Cuba y América* en un solo y apretado paquete con *Patria*, trayendo a la severa y polvorienta México una ráfaga de la vida extra-

ña, pintoresca, de la emigración neoyorkina, elegante, pizpireta, mezcla de refinada al calor de los *halls yankees* y de *mal criada* en los frescos comedores habaneros.

Conductor del grato mensaje era siempre un mo-fletudo muchacho indio, con indiscretos pómulos tocados de leve rojo, ferviente alabardero en los mítines cubanos y dotado de admirables pulmones para gritar en Plateros los triunfos del General Maceo en Vuelta Abajo. Buen tipo de mexicano con ojos en que llameaba la viveza del ingenio de la raza, no se demoró nunca para pedir a los indignados cantineros españoles *una copa de Cuba Libre con lágrimas de España*. ¿Qué habrá sido de él? Acaso muerto, tal vez sepultado en la Penitenciaría por un navajazo regado con pulque... De todas maneras muerto para quien de él se halla separado por un pedazo de océano y la divergencia de dos distintas orientaciones.

Pero si él, al deletrear ávido los periódicos del paquete se decidía por *Patria*, que le aportaba noticias de la guerra, mi voto para primera lectura fué siempre por *Cuba y América*. Había en la coquetona revista neoyorkina lo que la añoranza por el terruño buscaba en parejas con la satisfacción de la fiebre del ideal político; había la impresión del aire habanero, del bullicio criollo, de la modalidad especial de costumbres y vocabulario que forma tanto o más que la comunidad de credos, el pozo fecundo del patriotismo. Y eso no lo traducían los rotundos editoriales en tono de arenga. ¡Buen consuelo para los ojos que buscaban la dulce frivolidad de una lista de apellidos conocidos, el encontrarse con la demostración perfec-

ta, abrumadora, de la inoportunidad de la autonomía para Cuba!

Cabrera dió, como nadie, en la emigración, el color cubano, genuino, a su revista. Pero supo vestirla al mismo tiempo con el *full dress* necesario a la sala de gran capital en que aparecía: tal un amable burgués cuyos fervientes ideales no le hicieron perder jamás las buenas formas. Su propaganda era ardorosa, pero razonada, sin que las tempestuosas indignaciones del momento le hicieran descalzarse para echar cuatro frescas de ciudadela a los de la acera de enfrente. Su factura externa, con asemejarlo a elegante *weekly* americano, no le quitaba algo de la movida y caprichosa composición del material que recordaban las revistas cubanas.

¿Qué era aquello? ¿Revista política, ilustración para familias, semanario artístico, simple papel impreso para la propaganda? De todo esto tenía sin ser algo fijo, porque de lo primero hablaba la maciza concisión de las notas editoriales sobre la actualidad, lo segundo se justificaba en las crónicas de salones (¡ah, Paco Cisneros, qué recuerdo!) lo otro aparecía en los hermosos versos de Byrne y las prosas áticas de Heredia, y lo demás allá era de creerse ante las donosas caricaturas de Torriente, dejando correr el lápiz sobre los últimos cables del *Herald*...

Fué de todo, y con toda la mezcla adquirió una personalidad. Adquirió lo que marca de antemano la longevidad de todo organismo: el carácter propio, sostenido sin vacilaciones. "Procura, he leído en una tira de máximas árabes, hacerte una especialidad, aunque ésta sea para cometer crímenes, sosténla y espera." Lo que fué *Cuba y América* en 1897 viene a

representarse en lo que es en 1907: un propulsor de cultura, con sencillez, con la sinceridad incapaz del pecado de ironía, con el respeto por la religión de la Belleza, de un pedagogo paciente.

Se comprende que el silbido lejano del *gamín* indígena allá en la melancólica ciudad pétrea de los virreyes, me sacara siempre a los labios una sonrisa alegre, adivinando la ráfaga alegre de aire cubano—del bueno, del que olía a jardines del Cerro—que se me colaba por las puertas. En New York se vivía todavía en la Habana; al menos así lo veíamos entre aquella familia fuerte de mexicanos que apenas cultivaba relaciones comerciales con Cuba; familia parecida y más fuerte (condición admirable para la absorción) dentro de la cual veíamos cambiados rápidamente nuestros hábitos, hasta nuestro acento prosódico tradicional. La emigración de New York era muy otra cosa: Baralt organizaba cuartetos de verso, Cisneros hacía galanes jóvenes. Se soñaba con la Caridad del Cerro.

El sentimiento tiene sus notas infantiles: había entre los anuncios de *Cuba y América* uno muy sencillo, muy conciso: su autor jamás se propuso emocionar a nadie. Todo lo que decía era esto: *Melado de caña*. Y he aquí que los ojos volvían toscos a posarse en él, semana tras semana, *melado*, lo que no veíamos los de México desde nuestra salida de Cuba! Nuestra nueva psicología acaso se extrañaba de aquella palabreja: *melado*, ¿por qué no dirán *miel*?... Y vueltos a Cuba los ojos y contemplando un paisaje de palmas y cañaverales al través del dorado chorro dulzón, pensábamos: ¡pero qué cerca de Cuba se está en New York!

Entonces no soñaba yo, pobre filósofo de diez y ocho años, sin hipótesis concretas sobre como acabaría lo de Cuba, colocado en esa edad en que, según Carlyle, “sería bueno encerrar a todos los hombres en toneles para hacerlos invisibles hasta que terminasen sus estudios a los veinticinco años”; entonces no soñaba yo en que algún día fuera *uno de los de adentro*, uno de los que manejaran la máquina admirada.

Hoy soy, para mi yo de antes, algo más de lo que puede ser un tramoyista para un chico. Y surcando con el deseo, con un deseo punzante, las nieblas del tiempo y la distancia, busco al *pelado* vivaracho, de redondos ojos, en su *jacal*, en su presidio, en su tumba.

—*Ugenio*: ándele; grítalo muy alto: *Cuba y América* con un gran artículo de tu amigo!...

1907.

LA PRIMAVERA

La Primavera tropical encuentra escasos creyentes. Son legión los espíritus poco sutiles que, aptos sólo para las sensaciones enérgicas y picantes, dividen su almanaque en un tiempo en que el sol machaca los cráneos, y al que llaman Verano; y un fugaz *intermezzo* poético en que brotan los aguinaldos y le nombran Invierno, con una leve visión exótica al pronunciar la palabra.

Pero los poetas y las muchachas de diez y ocho años la conocen bien y la rinden pagano homenaje de amor. Acaso si fantaseando un poco la definirían así:

*
* *
*

La Primavera es una rubia *miss* que aparece un poco retrasada, cuando va ya desmembrándose la ronda de turistas de Christmas. Es una *miss* alegre que viste corta falda de casto lienzo: bajo sus cejas se abren dos milagrosas campanillas azules: nadando en la brisa hay una chalina gualda que sujeta el

cuello flojo de su blusa. Pocos la conocen, y ya se ve, sólo los de la falange lírica y las Evas de la edad en flor, han sentido desde la mañana de su arribo un suave cosquilleo interno, como el que deben probar los rosales al despertar de la savia nueva. Las graves autoridades del puerto examinaron sus papeles, sellados en la tierra de Citerea, un país extraño para el que embarcaron hace siglo y medio las encantadas figuras de un pincel galante. Alguien que la adivina vagamente se pregunta si será Manón, que con su amado *venía a poblar la América de amores...*

Sólo que no hay que interrogarle quién es ni indagar por sus abuelas: su prestigio es el de no saber nada, el de olvidar y hacer que se olvide. Si se le asegurase que las otras Primaveras del tiempo viejo eran buenas hadas con manto de plata, no habría de creerlo, porque aquéllas agitaban una varita mágica y el cetro de ésta es un *racket*, un hermoso *racket* de *tennis*, con el cual llama a la vida libre de los *sports* y a las citas bajo los árboles, a la vida olorosa a hierba segada de los prados.

Esta *miss* Primavera tiene un lindo programa para cada día: gusta de levantarse un poco tarde, sobre el filo de las seis, sin los extremos democráticos del Verano, ni la modorra torpe del caduco Invierno. Es hora tibia, y esta buena muchacha descende en ella al jardín a abrir con sus dedos teñidos en rosa las corolas adormiladas, entre el curioseo de los girasoles que ya miran al Oriente. El mediodía la aturde un poco; entonces para luchar contra el sol duro y blanco que quiere que todos callen, levanta la música parlanchina de su piano en un raudal de jotas, guajiras y *giges*; y allá abajo van, marcando dis-

traídos el ritmo, los pobres diablos que trotan por la acera. La tarde es a la intemperie, sobre el cuadrado de arena donde se duerme la luz dorada, peloteando de un lado a otro de la red que tiembla en el céfiro; la garganta marfileña de *miss* Primavera ondula sudorosa sobre el amplio cuello abierto; un *gentleman* artista trata de sorprender en un dibujo su silueta ágil y esboza algo así como una gaviota fugaz rasan-do el agua. La noche ¡ah! la noche es larga y apa-cible, y en ella hay tiempo para todo: para escoger entre dos ramos y preferir las mariposas a las *ame-rican beauty*, para saborear una tanda de opereta, para escuchar a un conferencista galante, para *flir-tear* un poco, para sentirse levemente enamorada, para madrigalizar con las estrellas que velan en el azul, tímidas y parpadeantes...

Y he aquí que de pronto, como si el país se prepara-se para recibir a alguna reina Eulalia que viniese en su palanquín de seda, con su cortejo de damas azu-les y bufones rojos, todo se transforma y se dora, pa-rra regocijo de los poetas y las muchachitas de diez y ocho años que están en el secreto.

Hay en la ciudad un desengañado solterón que ha libado en todas las copas del amor sin embriagarse nunca; en las de Champagne aristocrático y en las de Chianti plebeyo y sangriento. Y a este árbol seco, que tiene ya más de leña que de savia, le empiezan a bro-tar cárdenas ramitas y hojas tiernas que tiritan en el aire. En las pupilas del solterón irradia el fuego de las ilusiones que rompen en los adentros la capa de cenizas a la sola vislumbre de dos palomas que se persiguen en el cielo. ¡Oh, en estos tres meses vuel-ven sus oídos a tener una delicadísima percepción

para el *frou-frou* de las enaguas de raso! ¡Y quizás hasta qué sublime tontería llegara, echando por tierra todos sus principios definitivos!

Y hay un político eminente que no sabe lo que vale su tiempo, comprometido por el interés de la patria. Desgraciadamente esta época tiene una gran influencia en sus costumbres: trastoca los papeles, fatigados bajo las columnas de estadísticas; olvida ponerse en el ojal la roseta de legionario y se hace prender una gardenia entre el baño ideal de una sonrisa de mujer; pierde las horas soñando con las espirales del cigarro; y, ¡horror de los horrores! escribe versos, pobres versos cumplidos y estirados al dorso de las mociones, como académicos en junta, y en que se califica a la vida de

una gran flor de entraña acibarada...

Y hay todavía nuevos milagros en la vida febril de los enamorados sin esperanza, que antes de este tiempo han ido arrancando las hojas al almanaque mientras murmuraban convencidamente: "En Primavera, en Primavera me amaré..." Y en la vida gruesa de los bolsistas, que en sus lentes de oro parecían tener grabados dos signos de pesos, y que ahora llegan a la casa trasudados, al brazo un gran envoltorio azul que dejan junto a la cómoda de la nena diciendo con cierta turbación: "No es nada, una muñeca; otra tú..." Y aun en la vida hermética de los conventos marchitos se registran pequeños escándalos porque Sor Encarnación o Sor María de la Paz que cuidaban de las flores, han sido sorprendidas en un rápido ojeo por la ventanilla alta al paso de los estudiantes, o porque en sus escritos místicos se traslu-

cían anhelos de no muy depurada unción religiosa...

Coronando este cuadro de remozamiento de todo un planeta decrepito, campean aquí y allá las triunfales trompetas del amor, emparejando al mundo disperso, con un soplo que viene desde la Grecia de los faunos bicornes y las ninfas desmayadas sobre las hojas... Una doncellita que se fuga, un colegial que vuelve a casa con los claros del alba, un sacerdote que cuelga los hábitos... Y por doquiera, como deshecha guirnalda en el sol fresco de abril, como nota cantante que alarma y conmueve los puntales de la sociedad, rueda la nube de las casadas alegres que han gritado su eureka soñado y roto los muros conyugales, por seguir unos bigotes rubios, unos ojos de fiebre, unas botas militares que suenan a escándalo con sus plateadas espuelas...

¿Qué queréis? *Miss Primavera*, educada en el Norte, tiene sus filosofías que no son para leídas al amor de la lámpara hogarina... *Miss Primavera* es ácrata y no respeta preceptos legales, en el fondo convencida de que poco valen las sombrías y tormentosas convenciones de los hombres para poner dique a la turba de diablillos rojos que bailan en su propia sangre; el culto a Flora, donde offician las mariposas lúbricas, los claveles todo pasión, no pudo enseñarle otra cosa. *Miss Primavera* es sobre todo elegante; mantiene superviva en medio de la invasión de fealdad de los siglos modernos, la dulce lógica helénica que dirigía las cosas cuando lo útil no había sustituido a lo bello; sostiene muy seriamente que esta migaja anual de alegría, de irregularidad, de libertinaje si queréis, es una válvula de desahogo al pobre corazón humano que pide cumplir de cuando en cuando

su misión; y para su cabecita a pájaros hay más verdades encerradas en el encaje que espumea sobre su busto palpitante, que en todo un volumen de apretada filosofía alemana.

¿Pudiera calificársele de mala muchacha? Tal vez. El mundo es implacable con los que se sustraen al régimen social...

*
* *
*

Una de esas chiquillas de diez y ocho años y uno de esos poetas videntes, *nababs* de ideales, que van tropezando por poner las miradas demasiado altas, han tenido esta mañana de Cuaresma una sorpresa singular: su viejo jardincito solitario donde se encontraban junto al cuchicheo de un mirto nevado, se ve ahora inundado por una cálida multitud que ríe bajo las copas y bajo los nidos... Es una decepción.

Una decepción, sí; porque aquél era un privilegio de sus almas sencillas. Sólo ellos sabían de aquel silencioso jardincito público que, enclavado a un extremo de la ciudad, soñaba bajo una dulce capa de abandono. Sólo ellos conocían sus árboles de troncos retorcidos, sus bosquecillos de dalias, de rosas y de campánulas silvestres, sus senderos que obstruye la red de las arañas irisándose trémulas en el sol, sus estanques empañados de polvo, turbio espejo de las libélulas eléctricas y las blancas mariposas de Semana Santa.

¡Buen Señor, qué invasión!... Sobre los bancos que antes nadie honraba, huelga hoy dichosa y suspirante toda una burguesía enloquecida por un minuto... El solterón decepcionado, el *politician*, el bolsista rígido, el religioso enflaquecido por el cilicio, han

venido a sumergirse en la sombra azul, y extrañados de haber coincidido en la misma humorada, sonríen, sonríen... Acaso si creyendo que combaten una dispepsia o una tuberculosis, vienen simplemente a aprender a sonreír... Y como la mañana era color de perla y como aquella noche soñaron con los gorriones locos del jardincito, he aquí que vuelven, infantiles, arrastrados por una fuerza misteriosa, durante un período de tres meses tibios y luminosos.

Sólo la fresca muchacha del lazo negro, sólo el poeta de la chalina encarnada, saben que el milagro se debe a *miss* Primavera, que ha pasado por la ciudad. Y sus ojos, donde fluyen gotas de Dios, pudieran también decirnos por qué en otra mañana lejana se rindió abrasado nuestro hermoso geranio rojo y sufrió su primer ataque de neurastenia el banquero del piso alto...

1907.

AGUAFUERTE

Barcos que pasan

Diez y seis navíos blancos van de viaje; diez y seis castillos flotantes que fingen islotes de sal puestos en movimiento. Se sabe que van a mares lejanos, donde las cosas y los seres parecen de otro planeta; pero de cierto nadie puede decir de su programa audaz. En los pliegos cerrados que para abrir en alta mar lleva el Almirante, va oculto un misterio que al revelarse puede transformar la faz del mundo.

Pero lo que se sabe es ya para trastornar el orden sosegado de las ideas en los cerebros de las buenas gentes. La era de las maravillas se abre; Julio Verne sonreirá desde la sombra. Hay un barco fino y rápido que lleva los cigarros y el andullo de los marinos; acaso si en los entrepaños van también los *cakes* con que se han de solemnizar el Christmas y la noche de San Silvestre a la cadencia rumorosa del océano. Hay en Panamá una procesión de plataformas de ferroca-

rril que esperan a los cruceros de poco tonelaje para trasportarlos de uno a otro mar, luego de desmontados los cañones, como rosario de hormigas que conducen migajas enormes, realizando el sueño del loco de Boyle Aldrich. Y hay entre las nubes todo un mundo de vibraciones eléctricas que transportan una misteriosa correspondencia del Almirante al Presidente y de los acorazados a los puertos en que les espera el socorro de carbón.

¡Viaje romántico! se ha dicho por algún diarista. Y en verdad que no parece de estas épocas ese bojeo de un continente, al través de tres zonas, avizorando primero costas de palmas y después costas de pinos. ¡Viaje de conquistadores que pudieran ostentar ante las olas las efigies de Vasco de Gama o el Capitán Cook, esculpidas en las proas!

En esta empresa que Roosevelt brinda al Mikado Japonés, lo que más seduce es la simpleza arrogante con que se acomete. La Europa continental, apegada a las frases hechas, no hubiera esperado tan brillante *élan*, de los mercaderes de cosas útiles.

Y es que los yankees son quizás hoy los únicos románticos que al mundo quedan. Hasta ahora poco eran niños, y sin gran complicación de ideas en la cabeza repartían a la humanidad sus emulsiones productoras de glóbulos rojos y sus infinitas combinaciones de *sports*. Hoy poetizan: componen versos a la luna en creciente: desafían al mundo a un concurso de belleza internacional; buscan blasones y pergaminos para sus muchachas soñadoras, que a los catorce años suspiran sin haber por qué; enseñan a los pueblos gastados a amar el *home* dulce y cálido, fuente de todos los heroísmos del pensamiento y la voluntad...

Por eso el ímpetu de este pueblo es incontrastable. El romanticismo es un canto que denuncia exceso de vida; porque sólo canta el que está sano. Y tal fué la virtud de los españoles del siglo XVI y los franceses del XIX en sus albores...

La flota blanca sabe de estos misterios de las razas románticas. Sus marinos velan mientras ven surgir

“du fond de la mer les etoilles nouvelles”...

1907.

ARTE FRANCES

El efecto inmediato de este salón, elegante, discreto, es un poco desconcertante para los que venimos a él con el espíritu saturado de las netas, rotundas ideas españolas. Nuestras retinas se han hecho a amar una luz cruda y áurea, un dibujo simple, sencillamente demostrativo, una composición hecha en la calle y en la vida, sin programa y sin porqué. Este salón, en cambio, tiene un alma complicada, difícil de desentrañar; expresión de un arte de justo medio, fiel a los dogmas académicos, poco amigo de audacias técnicas, sabiamente escrupuloso en la composición, en la armonía de color, en cuantos medios pueden llevar al público una emoción,—¿cómo diremos?—una emoción *literaria*.

Bien es cierto, que entre lo que este salón representa y nuestras ideas generales de pintura, hay algo como un choque de épocas. La Exposición del Ateneo es, salvo contadas excepciones, una muestra del gusto clásico, citando así aquella pintura de género,

esencialmente del pasado siglo, que cultivaron los Vernet, los Gericault, los Delacroix y que estuvo a punto de morir bajo los brochazos locos de Manet y su corte de innovadores. El francés ha sido en todo tiempo y al través de las filosofías importadas, un *conteur*, inimitable, hasta en el quieto y momentáneo medio de la tela pintada, para narrar una historia sencillita y sentimental, acaso sin pasión pero viva en fuerza de naturalidad. ¿Cómo había de morir en Francia,—a pesar de lo que hagan algunos talleres impresionados por las revistas extranjeras—la pintura de género, honrada y burguesa, que corre luego por los hogares en grabados de acero, en postales y almanaques?... En España e Italia, en los Estados Unidos, cuyos pintores beben en la fuente Castalia de Roma, parecerá inverosímil que aún se comprenda así, un arte, al cual sólo se debe pedir la impresión de lo que naturalmente se recoge en una sola mirada, con toda la cortedad y torpeza de la óptica humana... Pero el genio francés no ha sido nunca el de la verdad; ha sido, simple y encantador, el genio del *savoir faire*. Y a tal fórmula, permanente al través de los tiempos, deben la inmortalidad Geronne, Meissonier, Gustave Moreau... ¡Tantos otros!

La pintura francesa ha tenido, eso sí, una gran virtud constante, al paso de sus múltiples manifestaciones: la fidelidad del dibujo. “Fija el contorno, y duérmete dentro”, decía Benjamín Constant. Así como para los pintores españoles lo esencial es agrupar algunas manchas que den la idea de los tonos de una cosa, aunque la cosa no aparezca plausiblemente, la obsesión de los transpirenaicos es, como en los tiempos del Renacimiento, esclavizar la figura, no men-

guándola músculo ni huecesillo, y a costa de años de agotamiento en el estudio, llegan, cuando poseen genio, a ser maravillas del calibre de un Dominique Ingres, y aun en la oscura masa de la vulgaridad resultan esos asombrosos ilustradores que difunden su nombre en el vuelo de las ligeras hojas periodísticas, hasta los más disimulados repliegues del mundo.

Algo de esto en pequeño,—y para nuestros medios de acción ya es mucho—nos lo ha dado la actual Exposición de Arte Francés. En mayor o menor grado, se observan en abundancia, grandes aciertos de dibujo, en contraposición a los pocos de color. No era tampoco cosa de trasladar a la Habana el Louvre o el Luxemburgo. . .

*
* *

Viene como el cuadro más importante de esta remisión *L'Enfant Prodigue*. J. A. Muenier, su autor, es en efecto entre los jóvenes, uno de los pintores más adulados de París. Pintor de escenas aldeanas, como Millet y Dupré, ha presentado en los dos últimos años dos hermosas telas de frescos asuntos al aire libre: *La soupe des camps volants* y *Le braconnier*, de las cuales ha hablado con calor la prensa, tal vez más que del que ahora acaba de adquirir el Estado. *L'Enfant Prodigue* es, con todo, un admirable hallazgo de perspectiva y de impresión real, angustiosa, de un paisaje huraño. De las figuras sobresale por su corrección de dibujo, la joven silueta del disoluto arrepentido, en cuyos ojos hay lágrimas que viven y lastiman.

Como firma cotizabile ha venido también algo de León Comerre: un lindo efecto de luz, un poco convencional y rebuscado, pero prodigioso de verdad en el reparto de la luz, e irreprochable en el color.

Henri Zo, en plena fiebre de españolerías, nos ha enviado un torero poco simpático. Hubiéramos preferido su *Marchande d'oranges*, expuesto esta primavera, porque siquiera en él detona una luz valenciana cantando áureas coplas, en la cáscara rugosa y requemante. Este *toreador*, bien tratado de líneas, es de un tono muerto que no sabe en manera alguna a España... ni a humanidad.

Joyas de la exposición, acaso cuanto más vale en ella, se revelan tres pequeños óleos del maestro Tony Robert Fleury. Raros óleos que fingen pasteles, hay que admirar en ellos una robusta conciencia pictórica que no omite fealdad ni capricho de luz, en la firme reproducción de la línea. Particular ofrenda para el desnudo a contra luz, en que ha sorprendido el artista un admirable juego muscular. No puede decirse más verdad.

De Albert Guillaume, el dibujante de las bellas mundanerías parisienses, ¿qué podía esperarse? El elegante autor de la serie *Contre l'spleen* ha enviado un lindo cuerpecillo vicioso que desenrosca sus anillos de sierpe fascinante sobre la fragancia muelle de una piel de oso polar. Guillaume no es un pintor; no debemos pasar del aplauso cálido a su dibujo y a su composición.

Otra firma leída: Cormon. Es un interior discreto, donde un claror de mañana da prestigio a un pobre menaje y a una fresca sonrisa de mujer: hay en todo el cuadro una sensación de paz amable que va

desde los cacharros a la silla que cruje bajo la cálida escultura de carne, desde los cristales lípidos a la boca menuda y juguetona. Y se anhela pedir permiso a la muchacha, en un tuteo familiar, para oler con ella un rato el santo olor de la cocina.

De Mercié hay una suave cabecita rubia, apenas indicada, pero firme de modelado y afortunada de color. De Jean Beraud, el maestro convertido, como el diablo harto de carne, viene un Cristo desgraciadísimo, que más le valiera no haber remitido; y se diría que el pobre Crucificado gime bajo la pátina gris y entre la maraña de cuerdas que fingen cabellos. Una desdicha mayor que la del Calvario. La vista entristecida se consuela con la jocunda *danseuse* de Hippolite Lucas, segura de líneas y potente de color, dentro de su factura lamida, un tanto antigua. Con ella al menos se huele a vida, siquiera venga envuelta en el vaho polvoriento del *tablado* plebeyo.

Otro cuadro hermoso sin reservas es aquella madre aldeana que nos manda Richemont, discípulo de Jules Breton. En esas medias tintas de casi imperceptible diferencia es donde hay que probar a los coloristas.

Edmond Gelay, nuestro ilustre huésped, presenta algunos interiores, bien apreciados y bien construídos.

Son notables en el resto de la exposición—y es una lástima no poderlos citar por separado—, las figuras de Victor Mared, Boutet de Monvel (padre), Emile Renard, E. Bordes, Henri Darien, Chocarne Moreau, Rafaelli (unas punta-secas hermosísimas), Sanbés y Tanoux; y los paisajes de Gabriel Guay, Reuscay,

Monteley, Maurice Eliot, Marchair, Grosjean y Gerard.

De escultura ha venido poco. Sobresale un jarrón de Lerroux, un busto de dogaresa o cosa tal, de Loiseau, Rousseau, una *Chevrière* de Chalón, y un tipo medioeval de Levasseur.

*
* *

Como demostración del actual estado de pintura francesa, es pues, débil dato el que ahora vemos en el Ateneo. Claro que largo tributo debemos por él a los abnegados intelectuales que al servicio de esta aventura de vulgarización artística han puesto su noble mano. Pero, sin culpar a nadie, sino sólo doliéndonos de nuestra insignificancia geográfica en el mundo, y de la pobre cultura de nuestros ricos, que no tienen jamás en su presupuesto el de adquirir lienzos o bronce, —es el caso que tenemos que lamentar algunas ausencias de altas firmas que estuvieron presentes, bien que en pequeñas muestras, el año pasado. No siendo, como no somos, francos devotos de la pintura francesa, ¡cuánto hubiéramos dado, sin embargo, por tener aquí algo de Albert Besnard, de Flameng, de Jean Paul Laurens, de Fournier, de Carolus Duran (que pinta por miles los retratos), de Courtois, de Aman Jean, de Lhermite, de los maestros calificados, en suma! O, a título de representantes de lo nuevo y lo raro, algunos fragmentos de Caro Delvaille, Degas, Boutet de Monvel—el hijo del autor de *Los que esperan*, presente en el Ateneo—Gaston La Touche, Jean Veber!...

¿Es esto una censura a la Exposición?... Le su-

pongo demasiado talento a los iniciadores de esta cruzada civilizadora, para imputarles tal creencia. Ellos sabrán medir lo que hay de amargura en esta observación sobre lo que podemos traer aquí y por qué tenemos que limitarnos a ello. . .

Como sabrán también sentir el calor del aplauso que todo espíritu culto, o simplemente patriota, ha de rendirles.

1908.

VISIONES DE JUNIO

Los Flamboyants

Están de fiesta por este tiempo los flamboyants. Hasta ahora poco fueron unos pobres árboles esqueléuticos que levantaban sus ramas como flacas manos implorantes. Hoy no se sabe de su osamenta miserable: todo es en ellos una explosión de rojo, un desbordamiento de vanidad, y tomaríaseles por burgueses acicalados que han venido a los parques a pasar el domingo.

¡Árboles extraños, árboles de evocación! Vinieron de la Francia ilustre y con nombre francés han quedado. Nuestra campechana habla criolla los encontró demasiado altivos, demasiado violentos acaso, entre los honrados laureles panzudos y los álamos bohemios; y no se atrevió a traducir su nombre suntuoso y pictórico. Y, embajadores de la Francia, trajeron a los álamos y los laureles de aquellos viejos parques, la impresión de marqueses emigrados que huían de

una Francia gallarda y trágica, aún empapada en la sangre del regicidio.

Pero al través de los años muertos, los flamboyants permanecen extranjeros en el trópico, y de su tierra de jocunda entraña húmeda nada han tomado para parecerse a esta flora riente que a su redor se hincha, libre de marcadas estaciones para crecer y para enviarse su polen dorado bajo el sol. Los flamboyants obedecen a su viejo calendario: rígidamente abandonan sus hojas en otoño para recibir la nevada que no llega, y no dan sus brotes rojos hasta muy entrada la primavera, como si respiraran gozosos al cabo del deshielo.

De ahí que los flamboyants no sean amados. Bajo sus ramas no se advierten parejas dichasas que devanen, ebrias, la sublime madeja. ¿Para qué, si sus ramas ligeras—aún en el lujo verde del verano—no ofrecen sombra? En sus troncos no anidan los gorriones. ¿Para qué, si allí falta abrigo, y se vive como entre las bambalinas de un teatro?

Mas ellos se conforman con el tributo de la admiración. Ser amado tiene sus inconvenientes: ser admirado es tomar toda la gloria sin espinas. Amén de que en la admiración hay en cierto modo una deuda reconocida de gratitud, por cuanto significa la expresión de un bienestar recibido. No existen, no, brillantes inutildades; todo lo que es brillante es útil; para cumplir su papel bástale derramar un poco de belleza a nuestros ojos como para el sediento vierte el manantial un poco de su agua... Los flamboyants han aprendido esta pequeña filosofía de las mujeres coquetas, y, simpáticos egoístas, viven satisfechos de no dar sombra, ni perfume, ni abrigo.

Hay un momento de altruísmo, sin embargo, en su programa rítmico. Es en el otoño, cuando desnudos para la añorada capucha de nieves, dan sus semillas largas y duras, bullentes dentro de la vaina cascabelera, a los fusiles de los chicos que, en el primer germen de combate, refaccionan sus municiones de guerra. Todos recordáis bien, ahondando con vuestros ojos húmedos, aquella niñez bravía que entre el espanto de los gorriones, hacía de todo lo menudo un taco de fusil. Y si es así ¿cómo no perdonar a los flamboyants su frivolidad cruel? Tengo para mí, pobre ignorante de teologías, que no hay Biblia ni Korán completos si no consignan que “quien haga un favor a un niño encontrará abiertas las puertas del cielo”...

Y así, devueltas las semillas al aire por la cerbatana o la escopeta agresivas, y hundidas en la tierra madre, y fermentadas por la lluvia y rotas por el vaho cálido del suelo, van surgiendo aquí y allá otros jóvenes flamboyants, que se ponen un frac rojo en primavera, imperturbables y elegantes en su mancha de sangre como aquel Mr. Williams, que según De Quincey, vestía de *full dress* y calzaba guantes blancos para realizar sus asesinatos.

Ahora comienza su prestigio a decaer. Las primeras lloviznas que lavan las estatuas y sacan las gardenias al aire azul, van arrancando su pompa roja, que se riega a sus pies como la púrpura hirviente de un emperador destronado. Entre los huecos de los ramilletes van apareciendo tímidamente gajos de un verde tierno. Y es un juego de tonos verdes y tonos encarnados cuya gama hace soñar en la piel cambiante de los lagartos al ser sorprendidos en los jardines.

Han cumplido una misión de belleza. Bien pueden morir en olor de santidad. Y benditos sean los flamboyants y las mujeres coquetas y todos los hermosos egoístas que adulan los ojos, heridos por la incurable fealdad de los tiempos nuevos...

1908.

QUEBEC, LA ROMANTICA

Con motivo del tercer centenario de la fundación
de la ciudad

Una de las más bellas jornadas de la *entente cordiale* franco-inglesa—¡que Dios haga perpetua!—se consume ahora de este lado de los mares, en esta América generosa como joven. Quebec, dormida a la sombra de su ciudadela donde se clava sobre los cielos la bandera británica, mientras abajo suena el *calembour* francés, era la ciudad símbolo para sellar con un choque de copas espumeantes, los pasados celos de la Roma y la Grecia modernas, ávidas de tragarse al mundo. El Canadá, y Quebec dentro del Canadá, es la paz, la salud; es el romanticismo irresistible del Norte; y así, al conmemorar la fundación de la ciudad, en realidad lo que se consagra es la historia patria, donde no hubo indignos ni traidores, donde no importa llamarse Champlain, Wolfe, Montcalm, Monthermy, y haber venido de tierra gala o

sajona, si con igual honor y con la misma honrada púrpura se ha teñido la base rocosa del Gibraltar de América.

En buenas cuentas lo que ahora se decora es el nacimiento allá en la bruma de la ciudad de tres siglos; y el héroe debiera ser Samuel Champlain, osado y fantástico, vencedor de las selvas y del gran río, amado de los indios como un colono puritano, señalando con un dedo de iluminado el emplazamiento de las grandes urbes futuras: Montreal, Ottawa, Quebec. Pero los canadienses no prescinden de su historia entera y aprovechan para casar en grandes homenajes al inglés y al francés enemigos que ya se casaron en la muerte. Y he aquí que el desdichado Champlain queda en la penumbra con su sueño gigantesco de la Nueva Francia tendida de Louisiana a los Grandes Lagos; y son Wolfe y Montcalm los que vuelven a la vida de la evocación, más grandes a cada año que pasa, extrañamente canonizados a una vez como padres del pueblo, después de haber representado los ideales encontrados de dos razas enemigas

Fué aquello en 1759; y fué cinco años más tarde, por la paz de París, que dejó decididamente la América de ser francesa. Su semilla hundida en la fecunda tierra aborigen prendió, sin embargo, lo bastante para que perdurara todavía hoy una gran familia de normandos, bretones y gentes de la Gascuña, como recuerdo de aquella hermosa intentona. En las calles estrechas de la ciudad alta, todavía se escucha alguna dura interjección de las costas de Finisterre que daría emoción al pobre Guy de Maupassant. Pero este pueblo francés sometido, no ha vivido como el alsaciano en el odio que agosta y en la resistencia que

enerva. El canadiense francés dominado por Inglaterra, ha sido un buen súbdito de la Reina Victoria, sin perder su alegría latina, tal vez satisfecho de vivir una Francia bien gobernada y sin soldados, dispuestos a quemar la pólvora de su *esprit* en honestas y sanas diversiones británicas... Quebec, pues, no acendra rencores. Quebec ama tanto a los que murieron por sostener a Francia en América, como a los que de ella la arrojaron.

Difícil sería saber cuál de las dos augustas sombras impresiona más a aquel pueblo en evolución. Junto al río, ancho como un lago, un monumento yergue su aguja de piedra en los jardines del Gobernador, consagrándose a dos héroes adversarios. Una lápida canta la leyenda: "El valor les dió una misma muerte, la historia una misma fama, la posteridad un mismo monumento". Ante la fachada del nuevo Parlamento, un Montcalm en bronce se empareja con un Wolfe en bronce. Y en el campo de St. Foye, en el ancho estadio donde se libró la segunda batalla del monte Abraham, una columna habla de la gloria del vencedor Wolfe y del ilustre vencido marqués de Montcalm.

La Gran Bretaña, con esa sabiduría colonizadora que no ha inspirado nunca a la Europa Continental, no pretendió hacer inglés al Canadá: pensó quizás que el tiempo y el derrame natural de los *yankees* en un país virgen, harían la obra lentamente. Ya hoy puede decirse que el viajero que en los *palace-steamers* remonta el St. Lawrence va oyendo sin interrupción el *slang yankee*. Ya Ottawa y Montreal son absolutamente inglesas, y alrededor se levanta Hamilton, Toronto, Halifax, las ciudades nuevas también, de nue-

va sangre sajona. Sólo Quebec palpita el alma de la Francia con la intensidad de lo concentrado. Y se ve una interesante Francia que es a París y a las ciudades fabriles, lo que al Madrid actual son esos pueblos judíos de los Balcanes que hablan un español de la corte de los Felipes: monjas que pulsán el rosario por las calles y frailes que explican el silogismo categórico en las Universidades; de pronto un golpe de gentes endomingadas que doblan una esquina con el chispear de mil cirios: es *La Fete de Dieu*, que va de la Catedral a la pequeña iglesia de Lowertown, levantada para conmemorar la derrota de Sir Williams Phips en 1692; delante marcha una descubierta rubia y alegre de niños que trazan curvas de humo con el incensario.

Bella agonía la de esta raza separada de su tronco. Ya el mismo idioma, baluarte postrero de los pueblos, capitula ante la invasión de pequeñas voces necesarias al tráfago diario. Un rótulo dice: *Groceries en detail*; otros: *Forbided d'outré passer les premises...*

El mundo se nutre de invasiones sucesivas, y en la América el turno de la Francia pasó ya. Menos mal que el Canadá, latino de la zona fría, va tomando las cosas con calma e intenta hacer de la mezcla una tercera personalidad propia. Quépale a la Francia el dominar aún sobre los altos espíritus. Louis Frechette, el poeta nacional que acaba de morir, escribía sus versos en francés. Y mientras haya poetas!...

1908.

ESTAMPAS NEOSECULARES

Los héroes de Reims

Es una llanura infinita toda parda hasta hacerse violeta en el cielo. Bajo este sol de la Champagne, que ha madurado tantos años las uvas que dan la alegría, se consagra el atrevimiento del hombre en la conquista del último rebelde entre los cuatro elementos. Es la postrer jornada: los grandes pájaros de acero y lona cortan con tediosas bordadas los anchos ámbitos vencidos.

Hasta ahora era una celebridad irónica la de la vieja ciudad provinciana. Sonaba a tapón disparado y la impresión óptica era de algo rubio y juguetón. Su catedral caduca, arca de añejas consagraciones reales, no resistía al prestigio paralelo de la señora viuda de Clicquot. Pero *esto matará a aquello*, se ha escrito por pluma prócer. Y la celebridad amable de la señora viuda, se ha visto, a su turno, eclipsada en los anales de la rancia Reims por los aletazos ilus-

tres de la teoría de conquistadores: Lathan, Bleriot, Curtiss, Farman...

El *tout* París de verano, que es más legítimamente algo de Trouville y de Ostende, de Biarritz y de Spa, ha venido a cultivar, en las claras glorietas, el adulterio elegante floreado de *calembours*. Bajo las rosas castas de los sombreros vuela el esprit maligno, y alguna vez entre dos pausas, discretamente, se giran los gemelos hacia el aire dorado donde trazan los aeroplanos las grandes elipses de las águilas. Han venido a las carreras, clásicas como las de caballos en Chantilly, ultramodernas como estas de Betheny: para ellas y ellos es lo mismo: la modernidad está en sus ideas del más complicado catolicismo; en sus *toilettes*, creación de algún genio de la *rue de la Paix*; en el chiste sutil, ingravido, completamente nuevo que traen preparado. Es una resurrección divina de las *preciosas* de Rambouillet. M. Maurice Barrés medita encantado, la sonrisa presa por el puño del bastón.

De la arena asoleada viene de súbito una onda de rudos vítores. Es Bleriot que pasa, humilde bípedo, junto a las tribunas, el rostro semivendado por el incendio reciente de su aparato. Los buenos franceses, también dotados, y por su fortuna, de esa chispa de candor que enciende los grandes entusiasmos, han sentido un leve alivio con el lamentable accidente: Curtiss, el americano triunfador de la copa Gordon Bennett, había ofrecido a Bleriot la revancha de este domingo. Bleriot, el abanderado del momento, tenía absolutamente que vencer. Si un suceso eventual lo impidió, gracias sean dadas en voz baja: así podrá seguir manteniéndose la ilusión, sin poner en peli-

gro el nombre de la Francia. ¡Ah, ce pauvre Curtiss; Bleriot l' a pardonné!

Pero Bleriot ha cumplido ya un hermoso vuelo conquistando el premio de *tour de piste*. Vuelo puede decirse esta vez con exactitud, porque es un gran pájaro de alas inmóviles,—tal un magnífico albatrós dormido encima de las olas—que ha conquistado este francés histórico las orillas borrosas que parecieron un sueño a las legiones romanas. De esta lámina audaz es también el aeroplano de Lathan, *recordman* de la altura; y ambos son los que se ganan las miradas, porque más sensiblemente realizan el prodigio del hombre-ave; porque no traen sólo la idea de máquina y navegación, sino que ponen en relieve plástico la reversión de una ley zoológica hasta ahora respetada.

Los otros son extraños aparatos que atormentan la imaginación, como las composiciones de los primitivos flamencos cuando pintaban el infierno. El de Farman es un chato panal en que una cola insinúa la más desdichada curva. Sommer gobierna otro biplano bajo y fraccionado como una casita de papel; sólo que la hélice va al centro y es como un insecto fantástico que tuviese las alas en el vientre. Tissandier y Lambert representan a los hermanos Wright y el basto aparato americano, envejecido y demodado en pocos meses, pasea por los aires su rara estructura de langosta. El de Curtiss es pequeño; hay algo de grácil y femenino en sus rápidos cortes, en sus evoluciones increíbles de dócil bicicleta; pero todavía testimonia la impotencia del hombre para ser, como la Naturaleza, gallarda y fuerte al mismo tiempo; y es una pobre silla de inválido viajando por los

aires como en la quimera de un enfermo. Todos, al cabo, componen una danza de líneas inesperadas que lejos de hacer pensar en lo más evidente, en lo tangible de esta conquista de lo inconquistable, apagan en la conciencia todo sentido de la realidad y hacen flotar con ellos los espíritus por un mundo de delirio donde todas las escapadas a la locura son posibles.

Y es que hay algo también en esta fiesta de los aires dorados y sobre esta llanura sin color, que estimula a sentirse muy fuera del flus de paño y de la silla numerada y de la charla mujeril que bien terrenalmente nos comprimen. Cuando se mira a la lontananza desde estas altas tribunas, la impresión óptica adula a la ilusión de creerse vagando por la atmósfera con las máquinas diabólicas; porque, allá a lo lejos, las dos inmensidades se besan sin horizonte; porque hacia acá, hasta el suelo inmediato donde hormigean los automóviles, todo es gris o pardo y en todo caso indefinido como las nubes, tal como se ve cuando se camina por altas montañas. Delagrange y Lathan, Farman y Curtiss, secos ingenieros empeñados en problemas de matemáticas aplicadas, no pueden sospechar cuánto espiritualiza en torno su extraña invención y cómo se difunde hasta los más humildes espectadores de tribuna numerada, esa vaga embriaguez de sentirse pájaros, sin más cerebro ni más sensibilidad que la rudimentaria y oscura de una golondrina. . .

Sólo que al cabo, cuando se mira cerca y se pisa fuerte el suelo, una ruda divagación filosófica pone el pedal a la sinfonía de nuestros entusiasmos. El dominio de los aires es un hecho cumplido; quien esto ha visto, quien ha visto superar por el aeroplano

la agilidad y la rapidez del automóvil, no puede dudar de ello; pero, en fin, ¿quién puede decir si esto hace un bien o un mal a la humanidad! Aligeran los viajes, se evitan las asperezas del suelo. Pero, ¿es tan corta nuestra vida que no nos alcance su promedio para aprovecharla sin forzar *records* de velocidad? Después de todo, parece que es entre los *yankees*, esclavos del *time is money*, donde abunda más lamentablemente la neurastenia. Y cuéntase mucho, por lo contrario, de la alegría perenne de aquella nobleza del siglo XVIII, que sólo viajaba en calesas con cambios de tiro en cada ocho leguas. En cuanto a lo del *comfort*, es cosa apreciable. Pero, ¿qué hemos de decir a los médicos que nos prescriben derivados gimnásticos para endurecer y fatigar el músculo?

La duda acompañará eternamente cada paso del hombre. Es una mala brújula que amamos llevar, porque es elegante, pero que jamás nos resuelve qué es norte y qué es sur.

Menos mal cuando la piedad de un buen confesor o de un maestro a la antigua nos concede el don inapreciable de las ideas petrificadas. La turba de pequeños funcionarios o de ricos labradores que este domingo diáfano ha colmado la *pelouse*, esa muchedumbre francesa admirable de mal gusto y de caprichosa indumentaria, ha gozado tal vez un poco pensando en el paso de avance que el ideal del *comfort* ha ganado para toda la humanidad; pero allá en el fondo de sus almas gordas, buenas muchachas, en lo que hay allí de más incommovible y fósil, toda la alegría es nacionalista y antiprusiana; en lo que se piensa es en el *Zeppelin* alemán, que queda en la sombra de los objetos de museo; lo que se ve entre

nubes como vió—o no vió—Juana de Arco al grupo de ángeles anglófobos, es un cuadro de extraña función de guerra, donde aligeros aeroplanos vierten lluvias de melinita sobre ciudades de pabellón negro, blanco y rojo. ¡Pobres hombres volantes, si es que soñaron en una victoria para todo el universo! La humanidad es un ensueño socialista; todavía el horizonte de las almas no pasa de las siete leguas que alcanza su percepción óptica.

Confieso que amo, sobre todas las cosas, la sinceridad. Así nada hubo para mí en aquella fiesta tan emocionante y tierno, como el apretón de manos de mi vecino de glorieta, un buen M. Prud'homme rojo y tallado en una pieza.

“Et alors, mon ami, c'est que vous ne croyez pas encore á la revanche?...”

1909.

ESTAMPAS NEOSEculares

La danza de los "apaches"

Todos sabéis que entre las instituciones del París moderno figura la muy respetable de los *apaches*. París lo tenía todo: flamantes rastacueros, cirujanos ilustres, aviadores internacionales, anarquistas de cátedra, *femmes de lettres*, vizcondes casaderos... Sólo le faltaba algo de abierto y arrogante que, como las pequeñas selvas de los parques urbanos, lo redimiera de la demasiado seca civilización, poniéndolo en contacto con la madre Naturaleza, dando un poco de color sincero, y como de Far West, al conjunto gris de sus monumentos de piedra. París necesitaba bandidos, como Tartarín anhelaba leones. Ahora bien, la opereta había muerto y no cabía el consuelo de una España de bambalinas, lindamente decorada con trabucos y mantas zamoranas.

La necesidad crea el músculo. Los *apaches* surgieron, como el caballo de Lohengrín, al momento en

que se les invocó. Claro que un suceso de esta magnitud no podía aparecer descolorido en la tierra del *savoir faire*: los *apaches* asaltaron en los bulevares, exploraron vientres, secuestraron comisarios de policía, y no está demostrado que no detuvieran en la *banlieu* algún tren del París-Lyon-Mediterráneo. Estas jornadas heroicas gozaron su premio en la musa amable de los cronistas diarios que encontraron ese mote bizarro, oloroso a pradera americana. Acaso si el Prefecto de París, con un sentido del matiz que no se sabría bastante elogiar, circuló las órdenes de prudencia necesarias para que no se acentuara demasiado la persecución. Los *apaches* pasaron de su edad de piedra a su edad de bronce; se depuraron a lo largo de un precioso ciclo de organización; al cabo cobraron personalidad jurídica y como nuestros inmortales *ñáñigos*, supieron por qué combatían a tiros en la calle y bajo qué bandera podían colocar el trofeo de carteras y relojes conquistados. Una mañana apareció la *Casque d'Or*; fué un subrayado de azul al poema de los nuevos templarios. Los empresarios disputaron rabiamente su exhibición en la indumentaria de la Orden.

Ya no faltaba más que algo lapidario, propio a encerrar para siempre el carácter de la institución y consagrarlo a las generaciones futuras. Este monumento existe: es una danza fantástica; fantástica tal vez por demasiado humana. Es la *Danza de los Apaches* que desde hace un año enloquece a todo el *sno-bismo* europeo.

*
* * *

Fué en Ostende, la vitrina elegante donde exhibe media Europa sus vanidades más insolentes. La *Danza de los Apaches* ha dado la vuelta al planeta como el número de la noche en los teatros de variedades, y todavía la reclama este mundo perfumado de la *Brassarie Helder*, mundo de ojeras moradas y de labios sin sonrisas que parecen haber probado todos los hastíos.

Algún filtro muy penetrante y algo más que *apachería* debe acendrar este baile del año, una danza más en la moderna industria coreográfica. Pues bien, esto es lo cierto: los *apaches* han dado a la humanidad un espejo trágico y solemne de sus pristinos apetitos. Esta danza es el misterio de la creación en toda su grandeza. Y es áspera, y es cruel, y es obsesio-nante como el amor del hombre de las cavernas, libre apenas de su paternidad simiesca.

El ritmo es lento y acompasado y para él parecen haberse escrito esas *czardas* tristonas de Michælis y de Ganne, que las orquestas húngaras pasearon tantos años por los restaurants de moda. De entre el cuerpo de baile, que ha desgranado toda una serie escandalosa de *panaderos* y *garrotines* españoles, un hombre y una mujer se destacan, se unen bruscamente en un abrazo huraño, y comienza la danza entre la expectación religiosa de las mesas cargadas de vajilla.

Para comprender lo que es este baile diabólico hay que imaginarse una escena de pesadilla donde todo ha sido compuesto para un orden de impresiones trágicas. Aquí no se sonrío. Los ojos de los danzantes se hundén e inmovilizan y en la boca se clava un rictus amargo. Cuanto al traje algo hay de *apachería* literaria: ella ciñe el busto en una chaqueta roja de

granado, parca de mangas hasta dejar los brazos casi desnudos; la falda es corta y vulgar, y sobre el cabello amontonado en la frente, la cinta estrecha de la Venus de Milo. Él es el tipo clásico de Montmartre: zafios calzones de pana, faja color de sangre, y caída hasta los ojos la gorra enorme de seda negra. Son dos hermosas figuras de insolencia plebeya.

Los primeros pasos son sedosos, felinos. Alejándose y aproximándose insinúan un aire de *cake walk*, mientras se miran de hito en hito. Pero de pronto se abrazan y es un abrazo salvaje de osos. Nuevamente se apartan, y el hombre asiendo a la mujer por el cuello la arroja brutalmente sobre su pecho. Ella finge defenderse y hace por huir; pero él le aprieta las manos y abrazándola siempre con su mirada inmóvil, la atrae hipnotizada, y como torcida por un placer doloroso. El baile es ahora una lucha, una lucha rítmica que precisa y descubre el alma apasionada de la *czarda*. Nuevas figuras revelan nuevas crueldades: el hombre pega y la mujer se humilla y se retuerce en cada compás. Y ambos parecen gozar en el deleite sádico que anima el brazo flagelante. Al cabo parecen tocar a un punto de paroxismo que se marca en una vuelta rápida, vertiginosa: la hembra cierra los ojos y contrae los labios echando atrás la cabeza fina. La orquesta solloza unos últimos acordes y la pareja languidece hasta que con un choque súbito como el golpe de un puñal ponen punto a la danza.

* *
*

—¿Le ha conmovido a usted este espectáculo?
Es la voz de un amigo cuya cena ha sufrido un pa-

réntesis absoluto mientras duraba el baile sobre la tarima central.

—¡ Tanto como conmover...! No sé si será esa la palabra exacta. Pero conmigo y a mi alrededor ha habido una atención absorta, fervorosa, en torno a los dos *apaches* serpentinos. No conseguirían un mayor tributo de respeto los más titánicos cantantes. Las mismas muñecas frívolas que pliegan los labios bajo el lujo fantástico de los sombreros han dejado ahora de sonreír.

Y es que esta danza ultramoderna ha tenido la fortuna de evocar un sentimiento común a todos los hombres y las épocas. Representa el panorama del amor, pero no del amor del siglo XVIII, ni el amor pagano, ni el amor enfermizo de las grandes decadencias, sino sólo el Amor, como energía del mundo, como símbolo eterno de todos los anhelos, el invariable amor que en la simpleza salvaje con que debió asistir a la infancia de la humanidad, se ve repercutir en todos los corazones circunstantes, aun los más defendidos por almidonadas pecheras y por petos de raso Liberty.

El triunfo, pues, de la *Danza de los Apaches* vuelve a ser el de todas las cosas que han sabido hablar en el volapuk o esperanto común a todos los hombres. Su victoria se parangonea con la de la *Leyenda de los Siglos* o con la de *Hamlet* porque en su proporción humilde ha podido hacer obra humana, saliéndose del marco estrecho de las artes nacionales, opuestas a otras artes fronterizas.

Es inútil que una nueva muchacha, morena como las aceitunas andaluzas, haga tronar bajo el foco de luz eléctrica, el vendaval de sus castañuelas. La dan-

za de la plebe persiste. La ola de alegría no logra lavar el tinte sombrío que ha quedado en todas las frentes.

¡Quién lo había de decir a toda esta turba elegante que acaba de abandonar la sala bullente del Kursal!

“He aquí a la naturaleza sorprendida infraganti”, decía Buffon observando el polen de un gran ébano llevado por el viento. “He aquí a la humanidad cogida”, podría derivarse, empequeñeciendo la vieja frase: ¡Bendito el artista ignoto que imaginó esta danza que desenmascara el más rudo de los apetitos humanos, y nivela en sus ritmos crueles a todos los nietos del gorila!

Esperemos a que el tiempo, poeta y razonador a una vez, la haga formar parte de un futuro Evangelio de la Verdad.

1909.

LA TRISTEZA HUMILDE

Hay tristezas anonadantes, tristezas sin fondo que, al darnos de nuevo a la superficie, nos devuelven malvados, fermentando rencor. Y hay tristezas modestas, casi pudiéramos decir acariciadoras, tristezas disimuladas y sin violencia que acaso nos minan el alma derrotándola para soñados futuros, pero que son sientes generosas para cosechas de bondad, disponiéndonos a la piedad, al ensueño, a la curiosidad por descifrar ciertos enigmas que guardan los ojos y las bocas ajenas con que nos cruzamos a cada paso, y que antes no sospechó nuestro egoísmo feliz.

Alfred de Vigny sabía bien de esta dulce tristeza que es como el reflejo de terribles dramas extraños, cuando encarándose con la *froide Nature*, cantaba:

Plus que tout votre regne et que ses splendeurs vaines,
J'aime la majesté des souffrances humaines.

Duro y desconcertante sería establecer que es sabroso ver sufrir. Pero sin llegar a fórmulas de Inqui-

sidor Mayor, persiguiendo por lo contrario un ideal de bondad, de reblandecimiento de la cartilaginosa corteza del corazón, lícito es que hablemos de esta impresión de simpatía y de frescura enternecida que hemos gozado levemente todos, aun el político, aun la coqueta, aun el usurero de veinte por ciento, al advertir en la calle, donde todas las penas individuales se acumulan en silencio, esas figuras de hombres y de cosas que por un detalle del traje o del paso, dejan al descubierto el drama que llevaban vestido de digna complacencia urbana. La sensación, fielmente analizada, es sólo de íntimo regodeo al sorprendernos simpatizando generosamente con el dolor ajeno... Porque he gozado de esta voluptuosidad penetrante como la del primer rocío en la tarde, por agradecimiento si queréis, vengo a hablaros de esas pobres siluetas en que tanto he amado la humildad, la discreción de la tristeza.

Amo en primer rango la sonrisa de las feas, de las dulces muchachas feas que sobre su estigma natural tienen el dolor perenne de saberlo. La juventud no es casi nunca fea, porque el barniz de salud y de frescura salva generalmente la línea. Pero por este mismo carácter excepcional es tan lamentable el caso de las jóvenes feas. Se piensa en un error de la Naturaleza, un triste error inexplicable, de esos con que, a menudo, como ante los terremotos y los insectos dañinos, nos anonada su poder.

Estas buenas muchachas sonríen siempre, sonríen a todo pretexto. No se busca comúnmente la sonrisa de las feas; pero si con un poco de generosidad se la atendiera, descubriríanse tesoros de gracia humilde, de una gracia tímida y febril que os pide perdón por

la penosa impresión estética. La sonrisa de las feas es pródiga como es avara la de la bella mujer estatuaria. Confiad en que os premiará con su luz débil de crepúsculo cualquier pequeña galantería casi impensada: el dejar la acera a sus pies, al cabo femeninos, el saludarla con fría ceremonia, el hallar coincidencia entre vuestras ideas literarias y las suyas, porque tienen casi siempre ideas literarias. Y es una sonrisa homérica, divinamente triste, como que sólo con ella se defiende la obsesión femenina de atraer, como que en ella va escrita una inevitable desesperanza...

Y amo también otra casta de tristes humildes más conocidos: los miserables de levita de quienes, sin conocerlos, sabemos que ocultan su forzoza huelga a las miradas indiscretas. Estos ambulan por las avenidas comerciales con la mirada errante, soñando acaso con un fantástico letrero hospitalario que solicita oficinistas para un escritorio. Ante las vitrinas lujosas se detienen hipnotizados y comparan dilatadamente las Mayólicas con las Sajonias, y aceptan debates con los otros mirones, vagamente atadas las miradas a una vajilla donde vuelan aves de hinchada pechuga. De pronto el saludo de un amigo, pone un poco de rojo a sus mejillas pálidas, y recobran la ruta activamente, mirando a hurtadillas el reloj de la tienda, temiendo llegar tarde a la oficina imaginaria. En la esquina se detienen al fin con aire preocupado, como si meditaran ir en un salto a casa del sastre... Pero un mordisco vigoroso en el índice denuncia el diálogo interno: “¡Córcholis, que esto pueda pasar! ¡Un hombre con cuatro tipos de letra! ¡Cuatro, sí, señor Secretario...!”

Y tengo otros amigos desconocidos, cuya tristeza es la de los irremisiblemente vencidos. Son éstos los viejos que aún trabajan, sobre todo algunos a quienes el hambre ata a oficios manuales. La vejez es algo que va asociado siempre a la idea de un trono; un trono donde el anciano reposa de la larga ascensión, sin más cuidados que brindar al viento la poesía de su blanca barba. ¿Podéis imaginar un conductor de tranvías, de sesenta años? Yo los he visto manchar sus suaves manos augustas con la mugre del montón de cobre; y calcular por sobre los espejuelos la turbonada que se avecina y que les hará encorvarse bajo el chaparrón agresivo hasta poner en regla unas antenas de acero que se encabritan chispeando allá en lo alto, diabólicas y como animadas por la electricidad del ambiente. Otros son cocheros casi sin vista, o que más bien miran hacia adentro soñándose jóvenes caleseros ante una puerta de muralla toda florecida de romerillos. Y hay quienes junto a un cruce de líneas, un largo gancho en la diestra temblona, disponen desde su taburete la marcha de los tranvías, luchadores titánicos contra la dulce seducción del sueño... Y por todos tiemblo, pensando en su jubilación próxima, sintiéndolos a la merced del corazón, posiblemente bueno, de un Administrador.

Y aun hay otros tristes cuya melancolía tímida es bien poco apreciada y ¡cuán amarga debe sin embargo ser! Hablo de estos hombres que sin haber conocido nunca la miseria, no se han visto tampoco hartos jamás. Los tratamos de cerca en la oficina, donde una vez llegados cambian cuidadosamente el saco por una ligera chaqueta azul, y con nosotros vienen a hablar de museos, de París y Londres, de la hem-

bra pletórica que todos desean. Y no obstante estos hombres no han conocido jamás la hartura; nunca usaron los zapatos anchos, sedosos, que su piel delicada pedía; ni se levantaron repletos y rubicundos de una mesa; ni durmieron nueve o diez horas seguidas descuidados del despertador. Seguramente ven la vida como algo medido a cordel, especie de perdón escatimado de la muerte. Claro; trabajaron desde niños; se casaron jóvenes; la mujer le regaló siete chiquillos: el pan, el techo, todo han tenido que dividirlo, suspirando allá en sus adentros por un día, un solo día de desenfreno, en una cama muy vasta aunque sea conquistada por una grave enfermedad... Debiera para estos seres de vida estrecha crearse una especie de limosna inmoral, que por sorteo riguroso permitiera a cada agradecido un día, unas horas aun, de perfecto libertinaje y de anchura perfecta!

Los últimos humildes tristes no son hombres; pero tan de cerca nos tocan que bien puede hacerse-les hombres honorarios. Son los caballos de fiacres, los pobres pencos remendados de patas caricaturescas, de lacias orejas, que han servido brillantemente a nuestros ocios cuando hermosos, a nuestros quehaceres ahora que tiemblan sobre sus remos comidos de insectos. La lastimosa tristeza de estos pobres amigos fieles está en sus ojos. ¿No habéis reparado? Son los más melancólicos, los más trágicos ojos de la escala zoológica. Acaso para ahorrarse ese espectáculo inventó el hombre la visera.

Os excuso de otras menudas tristezas del arroyo: el trotecillo del perro pequeño y sin rabo que os sigue a distancia parándose si os paráis; la queja muda

del asno que se conoce cobarde y no se atreve a ser filósofo... La misma pena suave que fluye de ciertos muebles antiguos: de esas mesas cargadas de libros que nadie lee y que en vano han sido propuestos a los *bouquinistas*; de esos cuadros de medallón donde se yergue un retrato bordado que nadie conoce... Y aun lloran las pequeñas hierbecillas del tejado, y los rosales abandonados... Y por eso los amo. Y por eso quiero decir sin rubor que su pena es mía, porque son tal vez la única nota de poesía que queda al mundo despoetizado de hoy...

De ahí que mi plegaria al Dios de la injusticia sería esta, extraña y acaso cruel:—¡Conservad, Señor, estas tristezas humildes, que aún decoran el cuadro monótono de un mundo hartado equilibrado; conservadlas, Señor, como fuente de enternecimiento, de abnegaciones y de ensueño!...

1909.

RENACIMIENTO

Bajo la promesa cercana de un día de gloria escribimos. Será un día hermoso, como nacido para ilustre, como previsto desde ahora para los catálogos de efemérides futuras. Con él marcarán las naciones vivas el inicio de una nueva etapa en el ensayo republicano que de un siglo atrás viene haciendo la humanidad; con él recordarán los cubanos un momento positivamente feliz de su vida nacional, cuando se doraba el alma de esperanzas y se caminaba al porvenir con paso vacilante tal vez, pero todavía con un saludable verdor de ilusiones.

Hay en la hora presente una realidad palpitante que es nuncio de prosperidad para nuestro mañana: es el gran deseo de vivir en paz noble y fructífera. La palabra paz es hoy la piedra de clave, el *leit motiv* de los trabajos políticos de todas las sectas; y diríase que sobre la tumba de la Intervención que muere, como sobre el mausoleo de Grant, la patria suplica temblando por el día siguiente: *Let us have peace!* La

semilla de los perturbadores y los mal avenidos con la vida legal podrá no estar muerta—porque no puede ser ya un cadáver lo que ha sido un factor apreciado de nuestra evolución histórica,—pero justo es reconocer que hoy parece olvidada, casi tenida en horror, mientras se suspira por la perdida riqueza nacional, que en otro tiempo nos hizo invulnerables a la bancarrota aun en nuestro estado de indefensión e ignorancia financieras.

El Presidente de la República encuentra, pues, una situación del espíritu colectivo bien propicio para triunfar. Pero mirando derechamente nuestra situación económica actual, ¿bastan estas circunstancias puramente morales para esperar la buena cosecha? La paz es un fruto natural del equilibrio económico, que por su parte es todo independiente de la fertilidad del suelo, siendo sólo la resultante natural de la sabia distribución entre lo que se produce y lo que se consume. De ahí que exista un estado endémico de guerra en Guatemala la tropical, mientras se disfruta de paz en Inglaterra, la estéril. La paz es, en suma, algo que es preciso conquistar, fundándola en el bienestar económico, y para cuyo advenimiento es sólo una causa de mediana importancia la situación de beatitud de las almas.

Cuba sufre desde su nacimiento a la forma republicana de un mal inconciliable con la paz: es el de la tendencia de la clase media, la que a una vez es representativa y trabajadora, a basar en la nómina del personal gubernativo el fundamento de la diaria existencia. No hay que ahondar mucho en esta observación vulgar, sólo tocada aquí como premisa: de olvidado se cae el argumento de que mientras se

dispute con el calor propio de las luchas políticas, el más oscuro rincón del presupuesto, no habrá orden consolidado ni verdadera administración adiestrada e imparcial, ni seguridad en que los *peligrosos* guarden las líneas de la normalidad culta, ni puede lograrse con este sistema otra cosa que el turno funesto de dos partidos en el poder, con la eterna deficiencia de los empleados, siempre inexpertos, y el mismo rescoldo de odios en los que caen y en los que esperan.

No; lo que nos interesa analizar ahora es la causa de este burocratismo recrudecido, así como los medios de curar o siquiera atenuar la enfermedad. En nuestro sentir todo ello es un producto natural de la crisis que hace años sufre esa misma clase media, la que más padece en la paulatina extranjerización de nuestro capital, la que más desarmada se encuentra en la estrechez de los horizontes que hoy se brindan a las actividades. Esta clase media, para la cual estuvo vedado en las épocas coloniales el festín del presupuesto, hubo de hacerse forzosamente de medios de vida en el profesionalismo, en la agricultura; pero tales defensas, inseguras y mezquinas, no podían bastar a una población en su ciclo de crecimiento; y por eso fué tan enorme la invasión de candidatos, hambrientos de un vivir modesto y seguro, al abrirse con el advenimiento de la independencia el cauce salvador de los destinos públicos.

Contra esta realidad que no muestra los estigmas de pereza de un pueblo sino el natural movimiento de salvación cuando la salida es sola una, no resuelven nada las declamaciones ni los anatemas. Inútil condenar al *presupuestívoro* y ensordecerlo con la can-

tilena de que vaya a cortar caña. Es *presupuestívoro* porque no puede ser otra cosa. No está resuelto el problema con hablarle de la falta de brazos en los campos, pues que esto atañe sólo a la clase de peones, con los cuales no reza el grave conflicto que ahora consideramos. Nuestro *presupuestívoro*, al dejar el filón que se le disputa, tendría por fuerza que batirse como médico frente a la clientela que se le esquivo, amparada bajo el manto de las sociedades facultativas, novísimo problema de carácter socialista: o arrastrar en negocios torpes la pobre toga de abogado; o espigar en las efímeras formas del corredor, el periodista o el curial por un campo ficticio, a expensas de la momentánea agitación urbana. Nada de esto es siquiera tolerable como presente; todos conocen su raro y poco valor como base de porvenir.

El problema queda, en consecuencia, reducido a asegurar el trabajo a esa clase media, rompecabezas menos arduo que el que ahora, y referido a las clases proletarias, preocupa al Parlamento inglés. Para esa sociedad media no hay campo de desahogo más fecundo que la industria nacional. He ahí lo que es de absoluta necesidad crear. Con una industria cubana proporcionada a lo que normalmente consumimos, hallaría un cauce fácil y seguro la inmensa multitud de los menesterosos de levita, que se haría al propio tiempo más inteligente, y daría margen a que paralelamente cristalizase una casta de diestros funcionarios administrativos, tal vez con número más reducido que el que hoy necesitamos y pagamos.

Y bien: si de hecho existe la necesidad; si nuestro consumo, aquilatado en calidad de artículos al de los más cultos pueblos, daría mercado a cualquier in-

dustria que surgiese ¿por qué transcurren años sobre años sin que en este pródigo ramo se advierta el menor síntoma de desenvolvimiento? Simplemente porque jamás ha recibido la industria la menor protección de los gobiernos; porque nadie ha levantado la voz en su pro, para una reducción arancelaria de maquinarias fabriles, para una creación de primas por tantos de producción, para una exención de contribuciones durante los años de fomento. Por el contrario colaboran a una el Estado y el Municipio para ahogar en su cuna toda prueba que a estos respectos se aventure. Acaso si se tema al peligro de ver disminuída, con la nueva era industrial, la pingüe renta de aduanas de que hoy casi exclusivamente vive el Estado. Teoría engañosa en todo caso, porque gran parte del personal que hoy es preciso alimentar con cargo al Tesoro derivaría hacia la actividad manufacturera; y la nómina, puesta en su justo equilibrio, se haría considerablemente más corta. Aparte de que queda todavía por explotar, siempre en los justos límites de la merma aduanera y en proporción al abaratamiento sucesivo de la vida, el inmenso terreno de los impuestos directos en cien combinaciones.

Las ventajas de esta conversión de nuestro sistema económico no puede ocultarse a nadie. Los millones que ahora enviamos a Europa y Norte América por cuanto vestimos y comemos, quedarán aquí reforzando el *stock* monetario de la isla; y en cambio no es probable que contra esta política proteccionista, quepan represalias extranjeras, ya que por muchos años todavía sería forzoso comprarnos los dos artículos principales de nuestra producción, no compe-

tido el uno y bien escaso el otro para las necesidades del mundo.

Claro que, como aseguró hace ya algunos años un agudo publicista, no es sólo económico nuestro problema. Por mucho llevaría de vencido en toda su ardua complejidad, si se llegara al día ideal de la indiferencia hacia el destino público por la mejor oferta de la empresa privada, a la mañana de victoria en que no hubiera brazo perdido para la noble explotación de la riqueza yacente, y en que al calor de nuevas formas de trabajo hasta ahora desconocidas, se vaya recobrando poco a poco lo que dejamos arrebatarlos por la audacia extranjera.

Nuestra independencia no ha sido más que a medias, una redención. Por ahora somos los simples representantes de una idea que venció; los señores de un nombre y un escudo; desdichados hidalgos de un suelo que no es nuestro y que apenas vivimos de prestado. Para acendrar algo más que el prestigio de un pergamino precisa que nos hagamos de una entidad productora, cotizabile, que se baste a sí misma, que no pueda ser tildada de usufructuaria perezosa de lo que los extraños siembran.

Mientras esta *self-possession* no se adquiera, por la protección de los gobiernos a las industrias nuevas, no habrá derecho a denostar al *presupuestívoro*, ni se logrará en consecuencia paz robusta y duradera.

1909.

ADIOS A 1911

Fué éste un año trágico; cruzado de visiones sangrientas y de fantasmas de epidemias. Año de barbarie vestido a la europea. Año de peste y de cólera. Año en que Europa abrió las fauces históricamente voraces y se lanzó sobre dos regiones desamparadas del Africa y Asia. Año que a falta de terremotos y erupciones volcánicas hizo pasar por el mundo un largo rumor de hierros homicidas preparando los espíritus a la guerra. El Padre Saturno haría bien en subrayar con lápiz rojo la nota que en sus libros de sombras corresponda al año que se fué.

Dijo Herbert Spencer en una de sus obras de plena madurez, que la trayectoria del progreso mundial tenía que estar sujeta a la línea curva de ascenso y descenso de todos los cuerpos en libertad. Y esto, que determina la probabilidad de un retroceso, parece que empieza a insinuarse ahora en cuanto se refiere a la influencia de la moral política. Resumen del estado actual de la mentalidad europea sobre pro-

cedimientos de guerra a los diez años de la Conferencia de la Haya: dos naciones de primera fila, acaban de proclamar abiertamente la doctrina de la crueldad sin límites para caso de represalias. Hace dos meses era Italia la que, habiendo invadido la tierra tripolitana, llamaba traición a un levantamiento de nativos del país conquistado y daba carta blanca a los soldados del ejército expedicionario para matar en montón en una divertida caza discrecional a todo árabe que, por la rápida y personal impresión pudiese ser considerado como sospechoso. Ahora, en estos mismos días, es Rusia la que echa sus cosacos, los pobrecitos cosacos que huyeron ante los japoneses, sobre las desarmadas aldeas persas con entera libertad de arrancar dientes, destripar mujeres y ensartar niños en las bayonetas, según los gustos, circulando sobre ello a las cancillerías una correcta nota en que se confiesa, que de San Petersburgo se envió la autorización para todo eso como medio de castigar la osadía de los gendarmes persas, que dispararon algunos tiros sobre los invasores de su país.

Sin que haya sido la guerra en ningún tiempo escuela de piedad, justo es convenir en que empieza la civilización a sentir como una carga ese viejo pudor que hasta las postrimerías del siglo XIX reinó, respecto a la crueldad, como un arma eficaz de sumisión del enemigo. Cierto es que vamos ya lejos de aquellas épocas de Turenne y Condé, en que los ejércitos enemigos se saludaban antes de entrar en batalla; pero de todas maneras, todavía hace diez años se hablaba de guerras con guante blanco, y los barcos de Sampson en Santiago de Cuba tendían al agua sus botes para salvar a Cervera y a sus infortunados ma-

rinos. Esto de proclamar la carnicería por los más pavorosos medios, es cosa nueva, y parece augurio cierto de una época en que, abandonando toda hipocresía de Cruz Roja y hospitales de sangre, se abra toda la llave a los instintos prístinos de ferocidad y se saquen del museo Carnavalet y de la Torre de Londres los potros de tortura para combinarlos, aplicados a los prisioneros, con la obra de los aeroplanos que arrojen bombas sobre las viviendas de los pacíficos, de los *shrapnels* que siembren la muerte a cada tiro, de los tóxicos activos que envenenen las aguas de los acueductos... Ya el ensañamiento no es motivo de vergüenza nacional. Bebel, William Stead, Hervé, la evangélica familia de los pacifistas, han pasado al mundo de la caricatura.

¿Será que va resultando el mundo pequeño para la ambición de los que lo ocupan? Si la historia es un tejido de hechos lógicos que a la larga encuentran su explicación, hay que inclinarse ante sus mandatos y aceptar estas sencillas distracciones de exterminación. Nietzsche triunfa sobre Cristo. Démonos por satisfechos los pequeños pueblos sin refinamiento y sin fuerzas que todavía no aspiramos a tragarnos al mundo. Sólo nuestra vulgaridad de espíritus podrá salvarnos de sentarnos cualquier noche a comer menudos de niños enemigos en el Hotel Sevilla.

1912.

CHISPAS PARA UNA DIADEMA...

Los libros son, al cabo de nuestras adulaciones, unos malos amigos; porque los que no nos hacen ver toda la gusanería humana, nos ponen unos cristales rosa para que le pidamos peras al olmo.

Las mujeres hermosas son las ilustraciones que amenizan el libro ;tan fatigoso! de la vida.

La verdad fué desnuda, es cierto, en algún tiempo; pero como hoy no lo hubieran permitido las exigencias sociales, la hemos vestido y adornado convenientemente...

La educación es el jabón con que se limpia el espíritu, y sin él la instrucción no lava más que como el agua sola.

La belleza es una derivación de la fuerza: no hay belleza raquítica ni menuda.

La idea de patria no indica coherencia sino disolución; la provoca el deseo de reñir con alguien de fuera, más bien que el amor hacia los vecinos de ciudad y provincia.

El pudor femenino es un velo que roba a nuestro apetito muchos encantos de la mujer; pero proporciona en cambio el prestigio del misterio, en el cual vive siempre la gracia.

Las mujeres hermosas tienen una gran condición para triunfar: que todas saben que lo son.

El honor es una palabra inventada por los militares, los jugadores que no pagan, los maridos celosos y los políticos de profesión. Con ella han embromado a todo el mundo.

La misma raíz y ¡qué gran diferencia! La mujer es sensible; el hombre es sentimental.

Se censura en las mujeres que sea su motivo mayor de ofensa el oírse llamar feas; la culpa es enteramente nuestra...

El amor que para los hombres es una distracción agradable, para las mujeres es la causa única de vi-

da. Sin embargo, ceder a su influencia faltando a un juramento se llama en los hombres calaverada, y en las mujeres crimen.

Los campanarios de las iglesias y las cúpulas de las academias cobijan muy distintos métodos de enseñanza moral. Pero lo esencial es no quedarse abajo, porque en el remate de ambos las flechas señalan el mismo camino a lo alto...

1912.

Brindis pronunciado en el banquete ofrecido en
la Habana por un grupo de intelectuales, al
brillante pensador argentino, Manuel Ugarte.

BRINDIS

Señores: Invitado esta tarde por los organizadores de este homenaje, para llevar la palabra en su nombre y decirle al festejado de esta noche con cuánta simpatía hemos visto su paso por esta isla, baluarte el más avanzado de la América latina, debo expresar, que he recibido con verdadero regocijo la comisión, porque en primer lugar pocas veces nos hemos reunido los literatos de Cuba para festejar a un compañero, y porque no recuerdo otra fiesta en que nos hayamos reunido una veintena de hombres en derredor de una mesa, estimulados por un propósito de más alto y espiritual desinterés. Sin embargo, Manuel Ugarte, según confesión propia, no es aficionado a banquetes, y si tal nombre diéramos a este simple convite, en el cual no está lo más interesante en el mantel, sino en el silencio completo de almas que aquí se unen, seguramente daríamos un mal

recuerdo de sus impresiones de la Habana; pero él bien sabe que no se trata de un banquete; que esto no es un banquete en el sentido profano que tiene la palabra en fuerza de ser usada a golpe de bombos y platillos, y si fuera tal banquete, lo sería en el fresco sentido platoneano de la palabra: significación de un refugio de espíritu tranquilo que lanza ideas al amparo cálido de las copas de vino, consagrando al noble rito del regalado vicio antiguo: un banquete, en una palabra, en que él sería Sócrates y nosotros sus fieles discípulos que lo escuchamos.

Justamente en estos días, conversábamos Ugarte y yo, de la única vez en que él aceptó esta clase de homenaje. Fué en París, y en él se trataba de una doble ofrenda, pues que se rendía también tributo a una hermosa mujer, artista genial de su noble tierra argentina. Aquellos laureles estaban tejidos con cadenas de rosas: y Manuel Ugarte no tuvo más remedio que aceptar la terrible realidad del banquete que su temperamento aristocrático repugnaba; pero que aquella vez estaba aristocratizada por la presencia del elemento femenino: eterno resolutorio de todos los conflictos humanos. ¿Pero es que en el caso presente no estamos también acompañados idealmente de una figura de mujer, de la magna figura de la América latina, india altiva de paso libre y flechas siempre alertas; dulce entidad imaginaria que como en todas las advocaciones del cariño ha tomado nombre femenino, y que en los últimos años ha sido la amada única y definitiva de este gran poeta del pensamiento y de la acción? Sí; Manuel Ugarte había seguido siendo criollo cuanto más alejado del terruño, limpio de todo el escepticismo de la gran capi-

tal en que nutrió sus primeros años y ha quemado su juventud en el amor de esa amazona heroica que crió Bolívar, y educó Juárez.

¿Encontrará su Anahuac portentoso este Hernán Cortés del siglo XX? ¿Llegará siquiera a la primera etapa de su labor, consistente en que estos pueblos de habla española se conozcan y se busquen? De las sombras del pasado deben de haber llegado a veces a la memoria de Ugarte aquellas palabras amargas como retama con que se despedía del mundo, moribundo en Santa Marta, el libertador Simón Bolívar: "la América es el caos; quien la sirve ha arado en el mar". Seguramente que esperan a este redentor muchos momentos de amargura, muchas horas de desfallecimientos en el huerto de los Olivos; y a ratos pensará si no hubiera sido mejor que como sus compañeros de toda la América, permaneciera en su torre de marfil, cincelando custodias de arte, y ajeno a cuanto sufre y llora en el mundo de las realidades.

Pero la América de hoy es otra. Desde los tiempos de Bolívar acá han corrido cien años. Las hojas periodísticas cruzan los mares y van a contarse las intimidades de cada país: los ferrocarriles vencen a las montañas y los vapores profanan el cauce virgen de los más escondidos ríos. Yo no sé si tendrá razón este enérgico peregrino en los puntos esenciales de su campaña; acaso si por mi parte sienta que en su bandera haya un fermento de desconfianza a una nación que para nosotros los cubanos no puede ser sospechosa. Pero su propósito es noble y los mismos comentaristas norteamericanos han saludado su último libro de protesta como la muestra de un gran carácter, que señala en la América latina energías

de un cuerpo vivo. Cualquiera que fueran los desig-
nios de nuestro ilustre amigo, y aun cuando no fue-
ran tan simpáticos como son, van santificados por su
fondo de sinceridad, y con ellos estará el aplauso de
todos los hombres.

Brindo, pues, señores, por este moderno Quijote,
enamorado de una Dulcinea tal vez posible; brindo
porque su paso por esta isla—primera etapa de una
admirable expedición evangélica—sea el mejor au-
gurio de la ola de simpatía que habrá de recibirlo
dentro de algunos meses, en su asombrosa Buenos Ai-
res. Brindo, sobre todo, porque no encuentre un solo
momento de desmayo, en la ruta; porque no vea
su alma desfallecer cuando en su marcha persisten-
te hacia el Sur contemple con sus hermanos, los con-
quistadores de Heredia, cómo surgen del fondo del
océano, las estrellas nuevas.

1911.

INDICE

INDICE

A manera de prólogo	7
LOS ARGONAUTAS	
I.....	13
II.....	34
LA MANIGUA SENTIMENTAL	
I.....	83
II.....	92
III.....	106
IV.....	112
V.....	123
VI.....	135
CUENTOS	
Un paréntesis.....	149
Un epicúreo.....	153
El llanto de las hadas.....	161
La risa	171
La aventura de <i>Petenera</i>	179
Crepúsculo.....	187
Los dolientes.....	197
La agonía de <i>La Garza</i>	203
La bandera.....	213

20724
13 ll

JESÚS CASTELLANOS

El puente.....	221
Pasado y presente	231
Vicio de especie.....	237
Primera falta.....	243

CRÓNICAS Y APUNTES

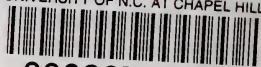
Los reyes de Oriente.....	251
Bajo el árbol del bambú.....	255
Humos de San Silvestre.....	259
Dormir, dormir.....	267
Bajo el mareo.....	273
Posta restante.....	281
Serpentinas.....	287
Balada de la hoja seca	291
Aquellos años...!.....	295
La primavera.....	301
Aguafuerte	309
Arte francés.....	313
Visiones de junio—Los flamboyants	321
Quebec, la romántica	325
Estampas neoseculares—Los héroes de Reims.....	329
Estampas neoseculares—La danza de los <i>apaches</i>	335
La tristeza humilde.....	341
Renacimiento.....	347
Adiós a 1911.....	353
Chispas para una diadema.....	357
Brindis.....	363

a





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00028719959